

136

SEXTA CARTA PASTORAL

QUE EL

Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D.

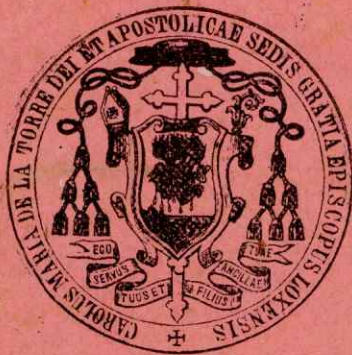
Carlos María de la Torre

Obispo de Loja

DIRIGE

AL CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS.

TRATA DE LA CARIDAD CRISTIANA.



LOJA.-1915.

IMP. DEL CLERO. almas, gracia

ores de su infali-

fica con los suaves

Nos, D. D. Carlos María de la Torre,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA APOSTOLICA,
OBISPO DE LOJA.

—O—

A Nuestro Venerable Capitulo Catedral, al Clero secular
y regular, y a todos los fieles de nuestra Diócesis,
Salud y Paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Diligamus alterutrum, sicut dedit mandatum nobis. Amémonos mutuamente: así nos lo tiene mandado. I. Joan. III, 23.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

Una vez más, en el decurso de los siglos, estupefacto ha presenciado el mundo la resurrección de Pedro.

Aquella sublime e inmortal Cátedra contra la cual rómpense impotentes las rugientes olas de las pasiones humanas, que en vano sacuden con frenético furor las potencias conjuradas del averno, y que la irresistible y destructora mano del tiempo no se ha atrevido a tocar; aquella intangible Cátedra que, entre fragmentos de cetros y coronas e informes ruinas de cien tronos, después de veinte siglos, intacta, invulnerable, y asentada sobre granítica roca, cual centro de un mundo nuevo, poderosamente atrae las almas, irradia sobre ellas los purísimos fulgores de su infalible luz y las calienta y vivifica con los suaves

rayos del amor; aquella sagrada Cátedra, que durará mientras dure el mundo y permanecerá incólume mientras ruedan los siglos, acaba de ser ocupada por un nuevo Papa.

Oh Padre común de las almas, oh Supremo Jerarca de la Católica Iglesia, oh gran Benedicto!, a través de las inmensas soledades de dos mares, que en su lecho de flores la arrullan con misteriosos cánticos y la acarician con el suave vaivén de sus cristalinas ondas, América, la joven América, radiante el rostro de alegría, vuelve hacia Vos su filial mirada; nuestra Patria, en especial nuestra querida Patria, con su privilegiado suelo en el que pródiga naturaleza atesoró todos sus encantos y en el que hizo gala la divina Bondad de sus magnificencias y gloria; nuestra Patria, en cuyos nobles hijos prendió Dios la activa llama de la inteligencia con los mismos fulgores de su sol ecuatorial, y agitó sus sensibles corazones con el mismo fuego en que abrasa a sus volcanes, el Ecuador, cuya fe cristiana, casi cuatro veces secular, no ha zozobrado en el turbulento y tempestuoso mar de un siglo incrédulo, deposita hoy a vuestras venerandas plantas el rendido tributo de su inquebrantable fe, el ardiente aliento de sus más halagüeñas esperanzas, y los abrasados incendios de su tierno y filial amor.

A los lúgubres gemidos con que un mundo huérfano lloraba inconsolable al mejor de los Padres, sucedieron los gritos de júbilo, las aclamaciones de contento y los fervidos y entusiastas himnos de inusitada alegría. .

Pero ay! cuán pronto se extinguieron los postreros ecos de la solemne fiesta con que el orbe entero aclamó a su Padre.

Llegado apenas a la santa montaña, y asentado el Pontífice en la gloriosa Cátedra, atalayó, desde allí, el inmenso rebaño que el Supremo Pastor acababa de entregar a sus cuidados y cariño. . . . Triste y funesto cuadro, horrendo y

pavoroso espectáculo el que embargó su mirada: trocado el mundo en inmenso campo de batalla, la desolación y la muerte habían extendido sobre él su fúnebre sudario: campos áridos y marchitos por el fuego de los combates, florecientes ciudades convertidas en ruinas, silencio sepulcral en donde antes bullía la vida; y sobre los abrasados campos, y entre las humeantes ruinas, y tropezando a cada paso con ensangrentados cadáveres, los hombres, extinguido en el pecho todo humano sentimiento, con el corazón abrasado por el odio, con la mirada encendida por el furor, con los labios manchados por el procaz insulto, cual rabiosas fieras, trabados entre sí e hirviéndose sin compasión, despedazándose sin piedad, sembrando los campos con sus despedazados y humeantes restos, y regándolos y embriagándolos con su propia sangre.

No de otra suerte las hinchadas olas de mar bravío, que azotan con furor el peñón que las divide, si logran por fin romper el poderoso dique, se amenazan, se acometen, chocan con ronco fragor, mezclan sus aguas, confunden sus furoros, y, en apretada masa de hirviente líquido, trepan los cielos, persiguen hasta las nubes, y no extinguen su rabia ni apagan su ira hasta que, deshechas y rotas, descienden en cendales de blanca espuma.

Los furiosos gritos de los combatientes, los lastimeros ayes de los heridos, el ronco retumbar del cañón y los pavorosos truenos de la metralla, en conjunto horrendo y espantoso, llegan hasta la mansión de paz del Vaticano, y hieren y destrozan el bondadoso corazón del común Padre. De su ulcerado pecho exhálase profundo y angustioso gemido; brota de sus ojos copioso raudal de amargas lágrimas; pero su pálido semblante no pierde la tranquila serenidad y acostumbrada calma. Es que, depositario de los celestes tesoros, posee el bálsamo que restaña toda herida, el consuelo que enjuga toda

lágrima y el remedio que cura todo mal.

Extático y absorto en muda contemplación, bebe a torrentes la divina ciencia; y bañado luego el semblante con celestiales fulgores, y fortalecido el pecho con virtud divina, yérguese majestuoso sobre su excelso trono, extiende hacia el mundo la sagrada diestra, impone silencio a los combatientes, y habla...

No, no es desconocido el timbre de su voz; no es la vez primera que a la tierra envuelta de tinieblas hace brillar los encantos de apacible luz. Siempre que, heridos en el corazón los pueblos por desbordadas e indómitas pasiones estremecíanse y agitábanse con convulsiones de muerte; la infalible voz de Pedro diagnosticó la naturaleza del mal, señaló la causa primera de la agonía y el seguro secreto de su remedio. "Mortales, ha exclamado Benedicto XV, cesad ya de combatir; sosegad vuestra cólera; calmad vuestro furor; extinguid vuestros odios y venganzas; arrojad las mortíferas armas, y estrechaos con el dulce abrazo del amor....Sois hermanos....No os ha concedido Dios la inteligencia para que sin descanso busquéis la manera de destruirlos; no ha infundido en vuestro pecho el valor para que sin piedad os persigáis; no os ha entregado la tierra para que la empapéis con vuestra sangre. Caridad, caridad, caridad: el mundo va a perecer porque se ha apagado en su seno el amor"...

Permitid, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, que, aunque ya el año pasado llamamos vuestra atención sobre la hermosura y encantos de esta virtud celestial, cediendo gustosos a la invitación del Romano Pontífice, que sobre un mundo en conflagración tremola el pendón de la paz, y cual lema de su gobierno y programa de su pontificado ha grabado en él con letras de oro la favorita frase de Juan: *DILIGAMUS ALTERUTRUM: AMÉMONOS MUTUAMENTE*; permitid, repetimos, que, a medida de

nuestras débiles luces, demostremos que si la falta de caridad es la raíz de los males que nos aquejan, el sincero regreso a la cristiana caridad es su infalible remedio.

I

Si el cuerpo tiene sus dolencias las tienen también las almas, las tienen igualmente las sociedades y pueblos. Y la sociedad humana, en nuestro siglo, está enferma, gravemente enferma; su mal íntimo y profundo ha comprometido los órganos más vitales, y, humanamente hablando, tan desesperada es su vida que, si no interviene Dios con su poder, cierta es e irremediable su muerte. "Vacilan en sus mismos cimientos, exclama el Romano Pontífice en su inmortal encíclica *AD BEATISSIMI APOSTOLORUM PRINCIPIS*, vacilan las naciones en sus mismos cimientos; y se ha producido tal cambio de ideas y costumbres que si Dios no lo remediaría pronto, parece inminente la destrucción de la sociedad humana"

¿Cuáles son los síntomas de la enfermedad? Los señala magistralmente el Papa: "la ausencia de mutua benevolencia entre los hombres; el desprecio de la autoridad de los que gobiernan; la injusta lucha entre las clases sociales; la ardiente sed de los caducos y transitorios bienes como si no existiesen otros más excelentes."

Descubierta la naturaleza de la enfermedad y conocidos sus alarmantes síntomas, ¿nos será dado también saber su nombre?...La gravísima enfermedad que, estancando la sangre en cada miembro del organismo social, impide que libremente circule por los demás miembros, llámase *EGOISMO*.

Sí; el Egoísmo es la raíz más profunda de los males que nos aquejan.

Y en verdad: ¿Porqué "ha huido la mutua

benevolencia de entre los hombres"? ¿Porqué, llevando profundamente insculpido en el corazón el precepto del amor, violanlo y quebrantanlo con pasmosa facilidad? ¿Porqué no los doblega y subyuga, antes bien los deja insensibles y fríos el esforzado y poderoso grito de la naturaleza y de la Religión, que, dominando el estrepitoso tumulto de sus mezquinas pasiones, no cesa de clamar a su oído: "amaos"?...

Porque el amor, que es el precioso jugo de vida que ha de circular por entre todos los miembros para conservar la vida social, se ha estancado en cada uno de ellos, y no fluye, y no circula, y no pasa de uno a otro; porque desgraciadamente los hombres están enseñoreados del Egoísmo.

¿Porqué la ciega rivalidad, la fría envidia, el mal disimulado odio, y "la injusta lucha entre las clases sociales?"

Porque cada cual tiene muy abiertos los ojos para su propia ventaja y los guarda muy cerrados para la de su vecino; porque en la sociedad contemporánea hablan todos de derechos y nadie de obligaciones; porque el rico, ponderando la importancia de su capital exige para sí la mayor ganancia, y alegando el obrero la preeminencia de su trabajo la reclama para sí; porque patronos y obreros, dueños y colonos, señores y sirvientes están dominados por el Egoísmo.

¿Porqué la paz, hija del cielo, parece ha regresado para siempre a su patria? ¿Porqué la incendiaria tea de la discordia proyecta por todas partes sus funestos resplandores, y la demolidora hacha de la revolución pasease triunfante de un confín al otro confín de las naciones? ¿Porqué el seno de la común madre, en vez del fecundante sudor del trabajo, riégalo la sangre de sus propios hijos, condenándola así a irremediable esterilidad?....

Porque no reina la paz en donde no existe

el orden; porque rompió toda unión donde no impera el derecho; y en los Estados modernos violase con desvergüenza el orden, concúlcase con menosprecio el derecho; porque los representantes del Poder, olvidando sus sagrados deberes, acaparan para sí solos todos los sociales bienes, mientras que los pueblos, hambrientos de dicha y sedientos de placeres, suspiran por los engañosos bienes de excesiva y falsa libertad, y forcejean por romper todo vínculo, aunque sea el de la ley, y luchan por sacudir todo yugo, así sea el de legítima autoridad; porque autoridades y súbditos, pueblos y soberanos están dominados por el Egoísmo, aquélales el funesto mal del Egoísmo.

¿Porqué, en fin, las naciones, menospreciando las prescripciones del derecho natural y violando las más solemnes convenciones, armanse unas contra otras, decláranse guerra, persigüense de muerte, y por las mil bocas de sus cañones y metrallas vomítanse mares de plomo y fuego?....

Porque la nación rival corre a agigantados pasos a la prosperidad, y es menester cerrarle el paso; porque exuberante de vida crece, se desarrolla, se engrandece, y es menester aplastarla; porque a ella afluyen todos los bienes que aporta consigo el comercio, y menester es encauzar para sí todos esos deslumbradores ríos del codiciado oro; porque el Egoísmo, en una palabra, cual cáncer emponzoñado, después de penetrar en el individuo, extenderse por todas las capas sociales, y corroer el corazón mismo de la sociedad, ha extendido sus perniciosas raíces y ha aprisionado con sus destructoras mallas a los pueblos y naciones.

Ya desde el pasado siglo grandes pensadores fijando la mirada en las horrendas convulsiones con que retorciáanse los pueblos habían señalado como causa primordial de todos los males el Egoísmo: "Un gemidosordo, exclamaba el famoso orador de Nuestra Señora de

CARTA PASTORAL.

Paris, el gran Padre Lacordaire, un gemido sordo y una queja unánime denuncian a la tierra el enfriamiento de los corazones. Ya escuche al soldado que sobrelleva el peso del servicio militar, al magistrado llamado a ejercer la administración de justicia, al profesor que descubre en el alma del joven sus secretas inclinaciones, al político que estudia de cerca los grandes resortes del mundo; ya escuche, en fin, la voz de la sociedad por todos los poros por donde se escapa; no escucho sinó una palabra que hiere mis oídos: Egoísmo."

Y también otro insigne orador, no menos célebre que Lacordaire, tan elocuente y pensador como él, y de acerada e inflexible lógica, desde el púlpito de Mans, exclamaba: "Nuestra sociedad rica de tantos bienes, que no conocían nuestros padres, padece los indecibles tormentos de un mal desconocido. Y como el enfermo que atacado de un mal profundo agítase aún sobre el mullido lecho, así se agita la sociedad en medio de su opulencia; por su anhelante respiración diríase que no siente el movimiento sinó por la fatiga ni conoce la vida sinó por el martirio; pues padece de un mal inmenso. Este formidable mal ¿de dónde viene y cómo se llama?" Y citando las palabras de Lacordaire responde a su vez: Llámase Egoísmo. (1)

Ni de otra suerte pensaba aquel glorioso campeón de la fe cristiana y celosísimo defensor de la Iglesia, el insigne Obispo de Poitiers, Cardenal Pie: "Esta idolatría de sí mismo, escribía, de sus comodidades y goces de toda especie, este culto desenfrenado del placer y del privado interés es el principio de todos nuestros males, la raíz de todos los desórdenes, la fuente inagotable de donde manan todas las calamidades de nuestro tiempo y de nuestra sociedad" (2)

(1) Christianisme et Socialisme - Première Conférence, p. 10.

(2) Instruction Pastorale (Carême 1853) - Oeuvres. Tome 1, pg. 590-5. 2^a édition, 1879.

Ni ¿cómo podía esperarse otra cosa? "El hombre, al proclamar sus derechos y decretar su soberana independencia, no había llevado a cabo una obra abstracta: una apoteosis meramente metafísica no le habría satisfecho por largo tiempo. Es propio de Dios amarse a Sí mismo, adorarse a Sí mismo, referirlo todo a Sí. Habiéndose convertido en dios de sí mismo, fue muy consecuente el hombre al referirlo todo a sí, como a su último fin. La moral y el culto debían armonizarse con el dogma; y, admitido una vez el dogma de la deificación humana, la idolatría de sí mismo debía convertirse en culto racional, y elevarse el Egoísmo a la dignidad de religión" (1)

¿Quién no creería que el admirable cuadro del Bajo Imperio, trazado por el inimitable pincel de Agustín, es el fidelísimo retrato de nuestra sociedad, de nuestros sentimientos, de nuestras costumbres, de nuestro siglo, en fin, consumido por la abrasadora fiebre del placer e impregnado de la repugnante pez del egoísmo?

En su inmortal libro de la Ciudad de Dios, dedica un capítulo entero a explicar lo que, en el parecer de sus contemporáneos, debería ser un gobierno para llamarse perfecto. El capítulo se intitula "De qué felicidad querrian gozar y con qué costumbres vivir los que declaman contra la Religión cristiana" "¿Qué les importa, escribe, que sea la república una sentina de vicios y de crímenes? Basta, dicen, que esté en pie, basta que florezca apoyada en numeroso ejército y se ilustre con espléndidas victorias; y, lo que vale mucho más, viva tranquila en la seguridad de la paz. Lo demás ¿qué nos importa? O, más bien dicho, sí que nos importa sobremanera que cada cual aumente más y más sus riquezas para que haga frente a los cotidianos derroches y acrez-

[1] Ibid. p. 598.

ca su poder sobre los débiles. Que el pobre obedezca al rico para tener el pan, y, seguro de su protección, se entregue a tranquila ociosidad; mientras que el rico abuse del pobre para ostentación de su fausto y poderío. Aplaudan los pueblos, no a quienes promueven la pública utilidad, sino a los que ofrecen mayores placeres. No se prescriba nadamolesto, no se prohíba nada agradable. No se preocupen de la virtud los reyes; miren únicamente a la sujeción que les deben sus vasallos. Las provincias sirvan a sus reyes, no como a reguladores de sus costumbres, sino como a dueños de grandes riquezas y proveedores de goces y delicias; su autoridad no ha menester de ser sinceramente honrada con tal que sea servil y criminalmente obedecida. Que la ley vigile por conservar a cada cual su vida más bien que su inocencia; que nadie sea arrastrado a los tribunales a no ser que haya atentado contra los bienes, casa o vida ajenos, o haya molestado a alguien contra su gusto: que, por lo demás, haga cada cual lo que quiera de los suyos, o con los suyos, o con los que voluntariamente en ello consintieren. Multipliquense las casas de prostitución. . . , fabriquense ricas y espaciosas casas; dense frecuentes y opíparos banquetes; tengan todos plena libertad para entregarse, día y noche, y donde les pluguiere, a comilonas, embriagueces y toda clase de orgías. Que se escuche por todas partes el rumor de los bailes; que ante crueles y voluptuosos espectáculos resuenen de calurosos aplausos los teatros. Sea tan sólo enemigo aquel a quien desagradare esta felicidad, y, quienquiera que se atreviere a desterrarla o siquiera a reformarla, que la multitud ejerza libremente su derecho, y le imponga silencio, y le arroje de su seno, y le quite la vida. Sean tenidos por dioses verdaderos quienes luchen por procurarla y conservársela a los pueblos. En fin, honre cada cual a la divinidad como le plazca: en cuanto a nosotros estaremos contentos de ella si nos guarda de la invasión extran-

jera, de la peste y de las revoluciones" (1)

¿Quién se maravillará, pues, que el Oráculo del Vaticano, tocando con el dedo la engangrenada llaga, proclame a la faz del mundo que, en el siglo veinte así como en el quinto, el desenfrenado egoísmo es la raíz de todos los males que afligen a la sociedad? "En extremo crueles son, escribe, los odios engendrados por la diferencia de razas; más que por las fronteras están divididos los pueblos por mutuos rencores: en el seno de una misma nación y dentro de los muros de una misma ciudad, las distintas clases sociales son blanco de recíproca malevolencia, y las relaciones privadas regúlanse por el egoísmo convertido en ley suprema" (2) Si, el egoísmo convertido en ley suprema es la raíz primera del mal; porque si en la estructura del órgano entra esencialmente la célula, enferma ésta no puede aquél estar sano, y el individuo es el primer elemento, como si dijéramos la célula, del organismo social.

(1.) Verum tales. . . nullo modo curant pessimam ac flagitiosissimam non esse rempublicam. Tantum stet, inquit, tantum floreat copiis referta, victoriis gloriosa; vel, quod est felicius, pace secura sit. Et quid ad nos? Immo id ad nos magis pertinet, si divitias quisque semper augeat, quae quotidianis effusionibus suppetant, per quas sibi etiam infirmiores sublat quisque poterit. Obsequantur divitibus pauperes causa saturitatis; atque ut eorum patrociniis quiescentia inertia perfusaatur, divites pauperibus ad clientellas et ad ministerium sui fastus abutantur. Populi plaudant non consultoribus utilitatum suarum, sed largitoribus voluptatum. Non jubentur dura, non prohibeantur impura. Reges non curent quam bonis, sed quam subditis, regnent. Provinciae regibus non tanquam rectoribus morum, sed tanquam rerum dominatoribus et delictorum suarum provisoribus serviant; eo quod non sinceriter honorent, sed nequiter ac serviliter timeant. Quid alienae viti potius, quam quid vitae suae quisque noceat, legibus advertatur. Nullus ducatur ad iudices, nisi qui alienae rei, domui, salutis, vel cuiquam invito fuerit importunus, aut noxius; caeterum de suis, vel cum suis, vel cum quibusque volentibus faciat quisque quodlibet. Abundent publica scorta, vel propter omnes quibus frui placuerit, vel propter eos maxime, qui privata habere non possunt. Extruantur amplissimae atque ornatisimae domus, opipara convivia frequententur; ubi cuique liberit et potuerit die nocturne latur, bibitur, vomatur, diffuatur. Saltationes undique concrepent, theatra inhorrestae laetitia vocibus atque omni genere sive crudelissimae sive turpissimae voluptatis exaestuunt. Ille sit publicus inimicus, cui haec felicitas displicet; quisquis eam mutare vel auferre tentaverit, eam libera multetur.

*
* *

Mas ¿no habrá remedio para tan funesto mal? El Egoísmo, a la manera de cáncer profundamente arraigado en los órganos más vitales, no cederá sinó a la cuchilla, y, extirpado por ésta, no podrá por menos que ocasionar la muerte? No; si no hay mal moral incurable en el individuo tampoco lo hay en las naciones. No es Dios autor de la muerte, dice el inspirado libro de la Sabiduría, ni se complace en el exterminio de los vivientes: no hay pueblo que no pueda curarse de los males que le aquejan: *SANABILES FECIT NATIONES ORBIS TERRARUM*" (1)

Pero ¿en donde se encontrará el suspirado remedio? ¿Dónde el hábil cirujano, que extirpe de raíz tan terrible y pernicioso mal? Lo proclamamos muy alto y en presencia del mundo entero: el único remedio es el amor; el médico omnipotente, Jesús.

Si el Egoísmo ha arrastrado a la sociedad humana hasta la rápida pendiente de pavorosos y negros abismos, y si el Egoísmo es frío que hiel, corrupción que divide, fuerza que, por replegarse sobre sí misma, rechaza y repele, ¿quién no ve que sin el amor será imposible la regeneración del individuo y de la sociedad, porque el amor y sólo el amor abraza, une y estrecha, el amor y sólo el amor se extiende, se dilata y se comunica?

Para gobernar los innumerables astros, que, en maravilloso concierto, ruedan, con vertiginosa rapidez, por los inconmensurables espacios, contentóse el Supremo Hacedor con imponerles una

do avertat ab auribus, avertat a sedibus, auferat a viventibus. Illi habeantur dii veri qui hanc adipiscendam populis procuraverint, adeptamque servaverint. Colantur ut voluerint quos cum suis vel de suis possint habere cultoribus: tantum efficiant ut tñi felicitati nihil ab hoste, nihil a peste, nihil ab ulla clade timeatur. August. De Civitate Dei L. II, cap. XX.

[1]C. 1.

ley: la atracción. Y en el mundo moral, para que no choquen entre sí, ni se hieran, ni destruyan los corazones, dióles también una ley: el amor. El amor es, pues, la misteriosa ley que atrae unos a otros los corazones, así como la atracción es el secreto amor que une entre sí todos los mundos.

El Aguila de Patmos, en su atrevido vuelo, contempló un día la Jerusalén celestial: erguiose esta divina mansión de paz sobre la empinada cúspide de altísima montaña; levantábase sobre cimientos de safiro, esmeralda, crisólito y amatista; toda ella estaba labrada con deslumbrante oro, brillantes margaritas y preciosísimas piedras. Mirada desde lejos brillaba cual límpido cristal, centelleaba con todos los resplandores del iris y reverberaba con reflejos de luz divina. (1)

Pues bien; el zafiro azul, la verde esmeralda, la violada amatista, como todos los cristales, fórmanse lentamente en el seno de la tierra; las moléculas que los componen, atraídas por ciega, oculta y misteriosa fuerza, con tanto orden, belleza y armonía van posándose unas junto a otras, que forman perfectísimas figuras geométricas, que, con sus ordenadas líneas, embelesan, encantan y admiran. ¿Cuál será, en la sociedad humana, la arcana y poderosa fuerza, que, señalando a los miembros que la componen, el sitio que les corresponde, reproduzca la hermosura ideal de una ciudad, que a su belleza arquitectónica asocie la preciosidad de los materiales que la componen? El amor y solamente el amor.

Si, el amor; ¿no escucháis cómo, desde el fondo del angustiado pecho, la sociedad que agoniza, devorada por el Egoísmo, exhala prolongado y trístísimo gemido con que pide amor? "El siglo que grita: me muero de egoísmo, grita también, con voz no menos poderosa: quiero vivir, y viviré por la caridad. Entre estas dos expresiones del siglo no

1.- Apoc. XXI, 10-27.

hay contradicción: la primera es su respiración, la segunda su aspiración; por la una dice su mal, por la otra su remedio" (1)

Y no se engaña la sociedad al suspirar con tan vivas ansias por su único remedio, el amor: este prolongado y angustioso grito es la voz de la naturaleza, que ha enseñado a los seres el secreto de su conservación. Y porque este natural instinto es poderoso e irresistible, por eso se sobrepone a los mezquinos y vanos sistemas inventados por los hombres.

¿No fue la Revolución francesa hija legítima del ligero y sarcástico siglo décimo octavo? ¿No fue hechura del principal representante de ese funesto siglo, Voltaire? "La Revolución y el 93, en particular, dice el P. Félix, fue el espíritu del siglo décimo octavo encarnado en los hombres y realizado en los sucesos: era Voltaire, que, en pie sobre nuestras ruinas, sonreía con la sonrisa de Satán sobre los desastres que él mismo había preparado" (2)

La filosofía de Voltaire, como escribe Lamar-tine, no creó un culto, no fabricó una moral, no enseñó la caridad; no hizo otra cosa que destruir; obrando a la manera del veneno, helaba, no calentaba; mataba, no infundía vida" (3)

Y sin embargo, la Revolución, hechura de Voltaire e hija legítima de su siglo, después de sembrar de escombros el hermoso suelo de Francia, después de pasear triunfante la destructora guillotina de setentrion al mediodía y del oriente al ocaso, atreviase todavía a presentarse ante la horrorizada y estupefacta humanidad, como invicta defensora del amor y celosísima guardiana de la caridad; y en las fachadas de todos los edificios públicos, y en las entradas de todos los teatros, y en los frontispicios de las profanadas iglesias, esculpía estas palabras que encierran su propia condenación: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD:

[1] Félix. l. c. p. 34.-2. Ibid. p. 36.-3. Apud Felix, p. 34.

LIBERTAD, como si esta personificación del más precioso dón, que ha concedido Dios al hombre, hubiese armado a la Revolución del hacha del verdugo; IGUALDAD, como si el nivel establecido entre los hombres hubiese levantado su mano sobre los mejores hijos de un pueblo libre; FRATERNIDAD, como si el amor fraternal hubiese descargado el golpe fatal sobre ciudadanos libres e iguales ante la ley.—Es que, lo volvemos a repetir, el irresistible instinto de la propia conservación es más poderoso que las falsas doctrinas, más invencible que los orgullosos sistemas.

Con cuánta verdad la mirada penetrante de León XIII, después de sondear la profundidad espantosa del mal social, iluminada por los destellos de la sabiduría y del genio, y alumbrada por los infalibles resplandores de la fe, inculcaba el ejercicio de la caridad; pero no de una caridad cualquiera sino fervorosa y ardiente: "La suspirada salvación, escribía en su inmortal enciclica RERUM NOVARUM, se ha de esperar principalmente de una grande efusión de caridad. Porque la caridad es antidoto seguro contra el desenfreno del mundo y el inmoderado egoísmo: *Optatu salus expetunda proecipue e-t ex magna effusione caritatis. [quae] contra saeculi insolentiam atque immoderatum amorem suú certissima est homin antidotus*"[1.]

II

Mas he aquí que si León XIII señala la caridad cristiana cual infalible remedio de los sociales males, pero aquella caridad, que es compendiada ley del Evangelio, y que siempre está pronta a sacrificarse por los demás" (2); y si nuestro amadísimo Padre, Benedicto XV, expresamente advierte que los establecimientos de beneficencia tan numerosos en nuestro siglo, no curarán nuestros males sino en cuanto fomenten el amor de Dios

[1] León XXIII, Enc. RERUM NOVARUM, in fine.-2. l. c.

y de los hombres; "(3) los perpetuos enemigos de la Iglesia, por el contrario, claman a grito herido, que en sus manos está el suspirado remedio, que no se halla en Dios ni en el seno del Cristianismo, que basta para curar a la sociedad de los males que le afligen el amor natural y la natural benevolencia con que han de mirarse los hombres.

Pero yerran, miserablemente yerran; y si por todo remedio propínase a la agonizante sociedad un amor meramente humano, y si conténtanse con inculcar a los hombres una benevolencia natural, y, si para unirlos entre sí, trábaselos con un lazo, que no pende de Dios ni se anuda en el seno de la Iglesia, bien podemos llorar sobre el cadáver de la sociedad: la desgraciada está desahuciada, su vida está a punto de extinguirse y no le queda más que el sepulcro. Si; levantamos muy alto nuestra voz en este día, y avalorando nuestra palabra con los irresistibles y subyugadores acentos de la verdad, que no teme ser desmentida jamás, exclamamos: "La sociedad humana no puede salvarse fuera del Cristianismo; el mundo, lejos del Cristianismo, padece incurable enfermedad; no basta para curarle un amor meramente humano: así lo demuestra la razón, así lo confirma la historia."

Preguntádselo a esta depositaria de la verdad y maestra de la vida; y presentándoos aquel libro, en que, momento por momento, consigna los hechos de los mortales, os responderá: "El áureo lazo del amor no ha estrechado jamás sinó a cristianos; el sagrado fuego de la caridad no ha ardido sinó en el seno del Cristianismo: fuera de él no he encontrado a mi paso sinó crueles divisiones, fríos egoísmos, voraces incendios de odios y venganzas."

No consultaremos a pueblos sumidos en la barbarie: ¿qué podría esperarse de infelices, cuya ig-

norancia es tan crasa y espesa como lo enmarañado de sus selvas, y cuyas costumbres son tan rudas e incultas como el suelo de sus bosques y montañas? Háblenos el pueblo griego, aquel pueblo singular, dotado, cual ninguno, de tiernos, delicados y artísticos sentimientos, y en cuyo seno rindióse culto y se quemó incienso a la belleza ideal; háblenos Roma, la famosa conquistadora, profusamente ataviada con las joyas y preseas del sojuzgado mundo, y en [cuyas leyes rutiló la verdad con tan vivos resplandores que el mundo en su admiración las llamó "Razón escrita."

"Qué era un hombre para los griegos si no había nacido heleno o si por lo menos no hablaba su idioma? ¿Qué era para los romanos si no podía oponer a las empresas de la fuerza esta orgullosa afirmación: "Civis romanus sum:" soy ciudadano romano? Un hombre tal no era sinó un bárbaro. Y no creáis que esta palabra significaba como ahora un desheredado de la naturaleza y de la civilización, un sér grosero e inculto, nó; esta expresión servía para designar a todos los extranjeros. Bárbaros aquellos persas que en Susa y Ecbatana despleaban las magnificencias de la riqueza y del arte; bárbaros aquellos habitantes de la India, que las armas de Alejandro lograron vencer un instante, pero cuya literatura había producido los Vedas, antes, quizá, que Homero; bárbaros aquellos caldeos y egipcios, que hicieron aparecer, muchos siglos antes que el Partenón, maravillas en arquitectura y escultura. Aníbal era un bárbaro para Escipión. Sabemos esto porque la Antigüedad clásica nos ha conservado las confidencias de griegos y romanos. Los ladrillos de Caldea, las estelas de Egipto nos revelarán, quizá bien pronto, documentos en que griegos y romanos son tratados de bárbaros. Así las fronteras detenían la fraternidad humana. To-

do era permitido con el extranjero" (1.)

Y en el seno de un mismo pueblo, y entre los hijos de una misma nación ¿existía aquel respeto a la vida ajena, aquella natural compasión hacia el desvalido, aquellos sentimientos en verdad humanitarios que espontáneamente germinan en pueblos alumbrados por la fe cristiana? Nó. ¿Qué no era permitido al señor sobre el indefenso esclavo?

Un día encuéntrase muerto a un señor romano: en el mismo instante cuatrocientos esclavos son condenados al último suplicio: ¿para qué las lentitudes y molestias de un proceso? ¿para qué siquiera una inquisición sumaria para descubrir al verdadero criminal? Todo era lícito con los esclavos: ¿no era por ventura el esclavo un objeto de su señor? Por lo demás, cumpliósese la feroz sentencia, siguiendo la antigua costumbre: "vetere ex more", como escribe Tácito. (2)

¿Qué no podía el padre sobre su hijo? Si permitió Rómulo el infanticidio (y la historia nos muestra a Roma, durante largos siglos, manchada de inocente sangre; (3.) Licurgo ordenó la muerte de los infelices cuyo crimen consistía en arrastrar un cuerpo de débil contextura o en gemir bajo el peso de deformes o contra hechos miembros (4.)

¿Qué no era lícito al marido con la infeliz mujer sujeta a perpetuo tutelaje, tratada como instrumento de placer, y a la cual, por mero capricho, podía abandonar, sin que nada pesasen en pro de la desgraciada ni sus propias virtudes, ni las caricias de los hijos, ni siquiera el respeto a una sociedad dura y cruel, que miraba impasible los mayores crímenes?

No busquéis fuera del Cristianismo sentimientos en verdad humanitarios, afectos desintere-

(1) Hultz. Conf. "La fraternité humaine," p. 6.—7 2. Tac. "Annales" 14. 42.—3. Dionis. de Halic. "Anti. rom. I. II.—4 Plutarco in "Vita Licurgii."

sados, manifestaciones de sincero y puro amor: no los encontraréis. Un pueblo que, tan sólo por divertirse, constriñe a infelices miembros de la familia humana a perseguirse como hienas, muchas veces sin haberse conocido, a destrozarse con furiosa saña, sin odiarse, y, sin quererlo, a darse muerte, es para un cristiano inconcebible monstruo, de cuya existencia dudaría si numerosos e irrefragables testimonios no la comprobasen con deslumbradora evidencia.

Pero lo que más asombra y admira es que semejantes crueldades hayan sido impuestas por las leyes, sancionadas por las costumbres y calurosamente defendidas por la flor y nata de la sociedad pagana, historiadores y políticos, filósofos, oradores y poetas.

Las "criptias," o escondites desde donde lanzábanse los lacedemonios sobre los indefensos ilotas, y a sangre fría dábanles muerte, fueron, como refiere Plutarco, institución de Licurgo (1). Y las Doce Tablas, después de una prisión de dos meses, permitían al acreedor que vendiese al insolvente deudor, autorizábanle para que le diese muerte, y facultábanles, cuando eran varios los acreedores, para que se repartiesen entre sí los ensangrentados restos.

Nó; y a pesar de los desesperados esfuerzos de los enemigos del Cristianismo, que, con tesón digno de mejor causa, luchan por resucitar los usos y costumbres del paganismo, no creemos posible que estable y permanentemente se introduzcan en nuestra vida social. El Paganismo, vencido en desigual y gloriosa lid por el Cristianismo fue herido de muerte, y murió para no resucitar jamás. La civilización contemporánea, a cuya amorosa sombra abriganse el antiguo y nuevo mundo, es civilización netamente cristiana: el Cristianismo ha penetrado en los más íntimos y esenciales elementos de la sociedad; el

(1) Plutarco, "Vita Licur."

Cristianismo es la savia que la sustenta, el calor que la anima, la vida que la vivifica: fuera del Cristianismo está la muerte.

*
* *

Los adversarios del Cristianismo alardeando de las luces de la inteligencia humana, desplegando ante la atónita mirada las maravillosas conquistas de las artes y ciencias, y ponderando enfáticamente el alto grado de cultura a que han llegado los pueblos, pretenden que, lejos del Cristianismo y aún en contra de las máximas del Cristianismo, pueden éstos subsistir y florecer: como si un árbol, por haber alcanzado un extraordinario grado de grandeza y robustez, no necesitase ya ni de las raíces que lo sustentan, ni de la savia que le da vida. Si, lo que no lo creemos, llegara un día en que Europa y América voltearan definitivamente las espaldas al Cristianismo, ese mismo día reproduciríanse en el seno de las modernas sociedades los horrores y crueldades de las naciones antiguas; ese mismo día trocaríanse los hombres en jauría de feroces fieras, que arrastrando el carro de la civilización por entre pendientes rocas y horrendos precipicios, sin freno alguno que moderase su precipitada carrera, y a merced de sus fieros e indómitos instintos, no pararían hasta arrojarlo en insondables y negros abismos, de los que filósofos ni historiadores, oradores ni poetas lo sacarían jamás, como no lo sacaron en más de cuarenta siglos de Paganismo.

En efecto; el entendimiento humano, en sus atrevidos vuelos en busca de la verdad, nunca llegó, ni es probable llegue después, a donde arribaron Aristóteles y Platón, que en los luminosos e infinitos espacios, cual águilas poderosas, cernieron a vertiginosas alturas; y, sin embargo, Aristóteles y Platón apoyaron con todo el peso de su autoridad disposiciones tan monstruosas co-

mo el infanticidio sancionado por Licurgo (1); y Plutarco, el humanitario Plutarco, al referir estas disposiciones del legislador griego nada encuentra en ellas de injusto, nada que, ligeramente siquiera, empañe la gloria de su héroe (2.)

¿Quién de los historiadores modernos no querría para sí la inmortal fama de un Tucídides, o la no menos gloriosa de Tito Livio? Y sin embargo a sangre fría refiere aquél el asesinato de dos mil ilotas por los lacedemonios, conmemora otras crueldades no menos horripilantes cometidas en la guerra del Peloponeso; y narra asimismo éste innumerables escenas del mismo género; pero ninguno encuentra jamás una palabra siquiera de censura, ninguno hace un gesto solo de reprobación.

Siendo Lucio Domicio Pretor de Sicilia, un esclavo mató a un oso de extraordinaria grandeza. Súpolo el Pretor y ardió en deseos de conocer al héroe de la estupenda hazaña. Esperando aplausos y recompensas acude presuroso a la cita el esclavo; pero al saber Domicio que habíale bastado un venablo para dar muerte a la fiera, ordena que fuese inmediatamente crucificado, alegando por toda razón el sofístico pretexto que estaba prohibido llevar armas a los esclavos.

¿Quién no se indigna ante tan injusto proceder? Pues Cicerón, político, filósofo e insigne orador, después de referir públicamente y sin inmutarse el suceso, con repugnante sangre fría agrega: "Durum hoc fortasse videatur, neque ego in ullam partem disputo". Quizá reprochará alguien tal conducta; lo que es yo ni la aplaudo ni la reprocho. (3)

Pero, al menos los poetas, aquellas almas delicadas, sensibles y generosas, en cuyo pecho ha-

(1) Arist. "Polit." l. 7, c. 16; Plat. "De Repub." l. 1.

(2) Plut. "Vita Licur."-3 Cic. "Cont. Verres, Act. II, l. 5, c. 3.

llan seguro asilo la compasión y ternura, y cuya vida deslizase toda entera entre cánticos y lloros, los poetas, al menos, después de bañar con sus lágrimas a las indefensas víctimas, prendiendo en el sagrado fuego de la inspiración sus más formidables saetas, ¿habrán herido con ellas a los autores y cómplices de tan criminales excesos?—Nó; Homero, el divino Homero, aprueba y ensalza el asesinato de los cautivos, sin siquiera excluir a los niños de pechos. (1); y Virgilio, el tierno y patético Virgilio, que hace en ocasiones gala de extremada sensibilidad y exquisita ternura, Virgilio, sin horror ni disgusto, pinta a su héroe manchado con la sangre de víctimas humanas (2), y no contento con embellecer el escudo de Eneas con el repulsivo castigo del Dictador de Alba, con marcado aire de satisfacción y complacencia se detiene en la minuciosa descripción de escenas horrorosas, y aún parece que celebra como un triunfo el espantoso crimen cuando exclama: "At tu dictis, Albane, maneres(3)."

Los hombres lejos del Cristianismo no son resignados peregrinos que, fija en el cielo la mirada y unidos en fraternal abrazo, encaminanse tranquilos a la consecución de sus inmortales destinos; son hambrientas y voraces fieras listadas siempre a devorarse. Porque, como en ciertas lugares dice Lacordaire: "Cuando nos sustraemos de la influencia del Cristianismo, todos somos más o menos tiranos, todos más o menos abusamos del poder que se nos ha confiado."

Y ya el Papa San León Magno, contemplando a su patria, la orgullosa Roma, conquistadora del mundo, llamábala "selva de rugientes fieras y profundísimo mar de furiosas turbulencias" "Silvam frementium bestiarum et turbulentissimae profunditatis oceanum (4.)"

(1) Hom. "Iliada," "Vs. 62.=2. Virg. "Aenei." X, 518; XI, 81.
3. H. VIII, 642.=4. "Serm." 1 "De Santis Apos. Pet. et. Pau"

*
* *

Empérollos enemigos del Cristianismo, menospreciando las saludable lecciones de la experiencia, confiesan, sí, que la única regeneración posible para la sociedad está en el amor; ellos, ahora más que nunca, reivindican para sí los gloriosos y altisonantes títulos de filántropos y altruistas; sus labios no cesan de proferir las hechiceras expresiones de "amor, libertad, fraternidad universal," y ellos como los cristianos no cesan de gritar a los hombres: "amaos." Pero más atrevidos y osados que los gentiles (que llevaron su espíritu religioso hasta el fanatismo y la superstición,) ellos, adversarios declarados de la revelación, furiosos impugnadores del Cristianismo y enemigos personales de Dios, no contentos con haber laicizado las escuelas pretenden laicizar también la moral: y si el laicismo en las escuelas es la expulsión de Dios de la educación, el laicismo en la moral es el destierro de Dios del alma humana.

Y sin embargo, la fuente primera de todo derecho y la raíz última de toda obligación es Dios.

¿Cómo, pues, obligarán a todos los hombres a amarse? Estupendo hallazgo, prodigiosa invención, maravilloso sistema! . . . El amor de sí mismo, mediante las leyes de la evolución y del progreso, llevado a su última perfección, producirá el amor de los demás. El egoísmo, pues, será el padre de la caridad!!

Pero ¿cómo? De muy sencilla manera: "El Progreso conduce a reconocer que la humanidad que cada cual ama en sí mismo es más amable todavía en los demás, en quienes vive con mayor amplitud: el egoísmo florece así como altruismo." (1)

(1) Hultz, Conférences I. c. p. 12.

Pero escuchemos al más elocuente corifeo de tan extraño sistema, Pedro Leroux: "Partimos de la naturaleza del hombre considerado como ser individual. Partimos de sus necesidades, que le confieren derechos sobre sus semejantes y sobre el universo, que le conceden, a este respecto, un derecho virtual absoluto. Hemos concedido este derecho, lo hemos preconizado como necesario, legítimo, santo. En una palabra, no sólo hemos admitido el egoísmo humano, sino, por decirlo así, hemos coronado este egoísmo. Y henos aquí, llevados por una serie de razonamientos necesarios, conducidos hasta la caridad" (1.)

La nación anticristiana señala, pues, como punto de partida del amor y de la mutua caridad, el egoísmo. "Condecorad este nombre, exclamaba con su viril elocuencia el P. Félix, con todos los títulos con que cierta Filosofía ha querido honrarle; llamadle como querráis: egoísmo legítimo, egoísmo santo, decidle todavía más, decidle divino egoísmo: con todo, el yo es yo; y la legitimidad y la santidad, y la divinidad del egoísmo, es el yo que se hace rey, el yo que se hace santo, el yo que se hace dios, el yo, sobre todo, que se constituye en centro, y que del centro en donde se ha colocado grita a todo el que no es él: Yo soy el soberano, servidme; yo soy santo, respetadme; yo soy dios, adoradme; yo soy el centro, y la ley os lo prescribe, gravitad en torno mío" (1.)

Pero si tengo derecho yo para constituirme en centro en derredor del cual tienen forzosamente todos que gravitar, ¿negaré este mismo derecho a mi vecino, a mi prójimo?—Nó. Pero entonces, ¿qué acontecería? . . . He aquí lo que necesariamente sucedería.

Olvidados los hombres de sus eternos destinos, apagada en ellos la esperanza de la otra

(1) Leroux, "Humanité." §. Félix, l. c. p. 141.

vida, lejos de Dios y divorciados de la moral, sintiendo torturadas sus entrañas con la abrasadora sed de felicidad, y no teniendo más tiempo para apagarla que el efímero de la presente vida, con ansia febril y sin darse un momento de reposo, buscarían los terrenos bienes. Placeres, honores, riquezas; he aquí toda su dicha, he aquí toda su felicidad. Apurar hasta las eces la dorada copa del placer, amontonar riquezas sin fin, y absorber cuanto puedan los brillantes y seductores rayos de la fama y de la gloria: he aquí la meta de toda su vida, he aquí el norte hacia el cual miraría la brújula de su existencia.

Mas el apetito del sensual, embriagado de placer, nunca diría basta; ni al avariento parecerían sus arcas jamás repletas; ni estaría el ambicioso satisfecho con los resplandores de su gloria. Así como el hidrópico, mientras más bebe, siente más las torturas de la sed, así estos infelices, desheredados de Dios, nunca se verían hartos.

Pero, entre tanto, gustado apenas el embriagador néctar de la dicha, pasaría de mano en mano. Y, mientras unos pocos, encendida la mirada y anhelante la respiración, clavados los marchitos labios en la reluciente copa, saboreaban unas gotas del delicioso licor, los demás, cual a ladrones de su ventura, mirarianlos con rabiosa envidia, odiarianlos con profundo encono, perseguiríanlos con insaciable furia, y, cual famélicos y rabiosos canes, aventándose contra ellos, cargaríanlos de injurias, cubriríanlos de heridas, y con ciega y desesperada violencia forcejearían por arrebatárles el dorado cáliz, para, a su vez, con temblorosa mano y labios trémulos, gustar una gota siquiera de aquella vana, engañosa y fugaz felicidad.

¿Cuál sería el resultado final de este combate de fieras? No es difícil conjeturarlo: la palma del triunfo agitaría la mano del más fuerte; el

laurel de la victoria ceñiría las sienes del más rico, y la soberbia y desdeñosa planta del poderoso hollaría la humilde y avergonzada frente del desvalido.

Entonces al imperio del derecho sucedería el despotismo de la fuerza; renacerían entonces los crímenes, ignominias y crueldades del gentilismo; entonces la injusticia triunfante pasearía su victorioso pendón por toda la sojuzgada tierra, y el odio, clavando su envenenado puñal en el corazón de los mortales y dividiéndolos para siempre, haría brotar a torrentes la indefensa e inocente sangre, asordaría los aires con los alaridos de las víctimas y empaparía la tierra con un diluvio de lágrimas. He aquí a dónde fatalmente arrastraría el egoísmo constituido como base de la sociedad humana.

Pero demos por un instante que el exagerado amor de sí mismo no extinga en el humano pecho el sagrado fuego del amor a los demás, que no divida a los hombres, que no arme a unos contra otros, que no siembre, a la postre, el mundo de injusticias y crueldades; la sociedad humana, apartada de Dios y lejos del influjo benéfico del Cristianismo, ¿conservaría de alguna manera el amor de los hombres entre sí, base incontrovertible y necesario cimiento de su existencia? ... Sin temor de equivocarnos, respondemos: No.

Y en verdad; existiría o no existiría una ley que impusiese a los hombres el precepto del amor. Si no existía ley alguna ¿cómo se los constreñiría a amarse? Y si existía ¿qué autoridad la haría impuesto? Porque, lo tenemos dicho ya, y no nos cansaremos de repetirlo: ley que, como en su primer principio, no radique en Dios, es imposible: como sería imposible una gota sola del arroyo que no brotase de la fuente, una hoja sola de la planta que no fuese sustentada por la raíz, una sola piedra del edificio que no pesase y gravitase sobre los cimientos: y Dios es la fuente primera de toda ley, Dios la raíz última

de todo derecho, Dios la piedra angular de toda obligación.

Por tanto; a fin de que el amor, esta base fundamental del orden social, sea incommovible, es menester que sea impuesto por una ley; es menester que el hombre, al escuchar el espontáneo grito de su corazón, que, señalándole al prójimo, le dice: "Amale;" confiese y reconozca que esta poderosa voz, que no logran ahogar los bulliciosos gritos de las pasiones, que, despreciada, lleva al alma la desazón, la amargura, la punzada del remordimiento, es la expresión genuina de aquella soberana e inmutable ley, que, con indelebles caracteres, grabó el Criador en el corazón del hombre, el momento de criarle.

Pero ¿no constituiría sólida base de la sociedad humana aquella natural simpatía, que, sin esfuerzo alguno, inclina a los hombres a tenderse la mano, a estrechársela con cariño y a unirse con los dulcísimos lazos de sincera amistad? ¿qué necesidad hay de Dios para dejarse arrastrar de estos naturales e imperiosos instintos?

No es un amor cualquiera el fundamento de la sociedad. Esta ha de abrigar en su seno a todos los mortales, y ha de extenderse y perpetuarse a través de todos los siglos. Luego el amor que le sirva de cimientos ha de ser universal como es universal la sociedad; firme, constante e inmortal como es inmortal la sociedad; y para no morir jamás, y para permanecer siempre el mismo ha de ser abnegado y generoso y ha de saber ganar, si menester fuere, la enhiesta cumbre del sacrificio. ¿Cómo sin amor universal formarían los hombres todos una sola familia? Sin él ¿cómo no veríamos levantarse de su sepulcro frío a la vieja sociedad gentilica, que rechazaba con injusta crueldad, como indigna de todo amor, a la porción más grande del humano linaje? ¿Cómo sin amor firme y constante permanecería siempre en pie la sociedad, y no vacilaría a cada instante,

terminando por desplomarse y caer al suelo convertida en montón de informes escombros? ¿Cómo, en fin, sin abnegación y sacrificio no sucumbiría en los aciagos momentos, que no faltan en la vida de los pueblos?

Pues bien; el amor natural, que enlazaría a los hombres entre sí, necesariamente fundaríase en uno de estos motivos: o en la conspiración a un mismo fin malo y vicioso, a la manera de los salteadores de caminos, que reúnen en cuadrilla para robar al transeúnte, y tal amistad sería viciosa; o en el goce de los mismos comunes bienes, como la patria, empleos, intereses, estudios, &c., y tal amistad podría denominarse común; o en la participación de una misma sangre, y esta sería amistad natural; o, finalmente, en la estima y aprecio, que, cual justo tributo, exige siempre la virtud. Pero en vano buscaréis en estos amores la universalidad, constancia, abnegación y generosidad requeridas para que, en todo tiempo y lugar, formen todos los hombres una sola familia. La amistad viciosa ni siquiera merece el nombre de tal: ¿puede subsistir amistad sin amor? y amará a los demás quien ni así mismo ama? Pues el malvado, enseña la Escritura Santa, ódiase así mismo: "Qui diligit iniquitatem odit animam suam" (1.) Las otras amistades llevan en su mismo nombre circunscritos y marcados límites: el espacio y las fronteras limitan a la común; la sangre a la natural; el tiempo y las personas a la virtuosa.

Pero fijad sobre todo vuestra atención en la pasmosa veleidad, inconstancia y versatilidad del corazón humano.

Nada hay estable en la tierra. Cambianse los tiempos y nosotros nos cambiamos con ellos. El tiempo, cual impetuoso y precipitado torrente, arrástranos en su rápida y vertiginosa carrera.

Y así como las mismas aguas múdanse a ca-

da paso, porque retratan en su límpido cristal ora las floridas llanuras de la ribera, ora las áridas y descarnadas cimas de las montañas, ya los suntuosos y artísticos monumentos, ya los tristes, solitarios y desapacibles eriales; así el corazón humano, abandonado a sí mismo, aunque invariable al parecer, padece con todo la influencia de los objetos que lo rodean. Con pasmosa facilidad coloca uno tras ótro, en el mismo altar, al ídolo de sus amores; y sobre las calientes cenizas de ya extinguidos afectos, prende nuevas hogueras, que pronto se apagarán. ¿No es esta la triste y vergonzosa historia del corazón humano? ¿No es este el desastrado fin de amores, que decíanse inextinguibles y voraces como el fuego de los volcanes? Para defender el corazón humano de su fatal inconstancia ¿no ha sido necesario que la más íntima y estrecha unión de corazones, aquella que necesariamente debería siempre subsistir, la unión matrimonial, no ha sido necesario, repetimos, que fuese defendida por la Iglesia con todo el prestigio de su divina autoridad y broquelada con la augusta santidad de inviolable y divino sacramento? Y, con todo, ¿qué no ha hecho la inconstancia del corazón por romper este sagrado e infrangible lazo?!

Fundad ahora sobre la movable superficie del torrente el incommovible edificio de la sociedad; contad seguramente con un fuego, que, agitado sin cesar por el furioso huracán del tiempo y falto de combustible, desfallece, agoniza, muere... Nó; para que el amor del hombre a sus semejantes se extienda a todo lugar y salve toda frontera es menester que se extienda, se dilate, y, saliendo fuera de sí mismo, participe, de algún modo, de la inmensidad de Dios; para que no sucumba el corazón humano con las sacudidas violentas del tiempo es menester que participe, de cierta manera, de la constancia, firmeza e inmutabilidad de Dios; para que su amor, en fin, escale la áspera pendiente del sacrificio forzoso es

(1) Ps. 10, 5.

que vea en el desgraciado algo que merezca la dolorosísima inmolación de la fortuna, de la paz, del bienestar y aún de la misma vida: y ¿qué puede haber digno del sacrificio de la vida humana sino Dios y solamente Dios? Sólo, pues, el amor del prójimo fundado en el amor de Dios, ensanchando los senos del corazón humano, lo hará capaz de abrigar en ellos a todos los mortales; sólo el amor del hombre en Dios y por Dios, triunfando de las mudanzas y vicisitudes del tiempo, permanecerá siempre el mismo: firme, constante, generoso y abnegado hasta el sacrificio; sólo el amor del prójimo en Dios y por Dios levantará al mortal hasta las sublimes alturas del heroísmo, y allí, aunque esté destrozado el pecho por el agudo puñal de la perfidia, y aunque se desangre el corazón traspasado por la envenenada saeta de la calumnia, depositará en los inocentes labios la férvida plegaria por el injusto detractor, aprestará el traicionado corazón a inmolarse por el ingrato, e inspirará a la lengua las sublimes expresiones del Obispo de Ginebra: "Arránqueme, en buena hora, mi enemigo un ojo de la cara; que yo abriré muy bien el otro, para continuar mirándole con igual ternura."

III.

Mas ¿en dónde encontraremos este amor inmenso como el universo, constante e inmutable como la eternidad, invencible, generoso, abnegado y heroico hasta el sacrificio? . . .

Ardía en deseos el santo Job de alcanzar la verdad. ¿En dónde, exclamaba, en dónde hallaré la sabiduría? ¿Quién dará con su recóndita morada? "Sapientia ubi invenitur, et quis est locus intelligentiae?" (1) Tierra inmensa, oscuro abismo, mar profundo ¿conocéis el lugar en don-

(1) Job. c. 28, 12.

de habita? No habita, no, en la tierra de los que viven en delicias; no se esconde en los tenebrosos antros del abismo; el mar, con el sordo rumor de sus inquietas ondas, responde: no mora en mí (1) Vivientes que el orbe pobláis; privilegiadas inteligencias que cual ligeras aves os remontáis por los espacios; misteriosa manifestación donde, despojadas de sus cuerpos, moran las almas; temerosas oscuridades de la tumba ¿conocéis por ventura la región en donde yérguese majestuoso el alcázar de la sabiduría? . . . (2) Ignóranlo los vivientes; su fama tan sólo ha llegado hasta los muertos: "Perditio et mors dixerunt: Auribus nostris audivimus famam eius." (3) Solo Dios conoce el camino que conduce a la sabiduría; únicamente El sabe el lugar de su demora: "Deus intelligit viam eius, et ipse novit locum illius" (4.)

Caridad, caridad, precioso bien e inestimable tesoro de la familia humana, base fundamental e imprescindible de la sociedad, segura y portentosa medicina contra el espantoso mal que la aflige y que la ha arrastrado hasta los bordes del sepulcro, ¿en dónde estás? ¿en dónde habitas? ¿en dónde, di, en dónde se levanta tu bendito alcázar? . . .

Dios que dijo a Job: "La Sabiduría es el temor de Dios: "Ecce timor Domini ipsa est sapientia" (5), El mismo señalando con el dedo al Cristianismo nos responde: "¿Buscáis la caridad? Pues buscadla en el Cristianismo; que sólo en él la encontraréis." Sí; porque la "caridad no sólo constituye el fondo mismo del Cristianismo," sino que, en cierto verdadero sentido, "es el mismo Cristianismo."

Sondeemos despacio esta profundísima verdad: ella ha de patentizarnos con deslumbradora evidencia a

(1) Nescit homo pretium eius, nec invenitur in terra suaviter viventium. Abyssus dicit: Non est in me; et mare loquitur: non est mecum. 2. Abscondita est ab oculis omnium viventium, volucres quoque coelatus (Ib.) 3. Ib. 22-4 Ib. 23-5. Ib. 28.

que no despuntará para los pueblos el benéfico sol de la esperanza mientras no se vuelvan sincera y enteramente al Cristianismo, mientras no se bañen con la purísima luz de sus infalibles dogmas, mientras no se calienten con los fecundantes rayos de su divina moral, y, en una palabra, mientras no vivan de la misma vida, que al Cristianismo anima.

Pero expliquemos ante todo qué es caridad.

Podemos amar al prójimo ya por las ventajas que nos reporta este amor, o ya por los méritos y virtudes que lo adornan. Pero ninguno de estos amores es amor de caridad: no el primero, porque más bien que amor del prójimo es amor de sí mismo; no el segundo, porque aunque verdadero amor y fundamento de verdadera amistad, sin embargo, ninguna parte tiene Dios en él.

El amor del prójimo para que sea de caridad ha de ser "en Dios y por Dios:" en Dios, porque Dios es el único móvil de este amor: el prójimo no es amado sino porque resplandece en él la imagen de Dios y porque aparece como objeto del infinito amor. "Por Dios," pues amando al prójimo no se ha de pretender sino dargusto a Dios y cumplir en todo su santísimo querer. En la caridad, pues, el amor de Dios es la base que sustenta y la raíz que sostiene el amor del prójimo. Por esto, interrogado un día el Salvador del mundo acerca de cuál era el mayor precepto de la ley, respondió: el amor de Dios; pero inmediatamente añadió que el segundo, el amor del prójimo, le es enteramente semejante: "Secundum autem simile est huic: diliges proximum sicut te ipsum (1.) Llamóle semejante, porque, como enseña el Abulense lo es "a causa del objeto, de la forma del amor y del fin." (2) El amor de Dios y del prójimo, dice

(1) Mt. 22, 39. — 2. Dicitur simile propter tria: quia in proximo non diligitur nisi Deus: refertur enim dilectio imaginis Dei ad honorem et dilectionem Dei; dein quia est unus habitus virtutis; et quia si Deus diligitur propter Deum, sic et proximus diligitur propter Deum. Est simile itaque in dilecto, in forma dilectionis, in fine. (In h. l.)

San Gregorio, son dos partes que componen un mismo todo; dos anillos que forman una misma cadena; dos acciones que proceden de la misma virtud; dos obras que reconocen una misma caridad por principio; y, en fin, dos maneras de merecer ante Dios, pero de las cuales la una no puede subsistir sin la otra" (1.) Y agrega Saint Jure: "Son dos llamas que se elevan del mismo fuego; dos riachuelos que brotan de la misma fuente, dos ramas germinadas de un mismo tronco, y dos gemelos concebidos y engendrados por la misma madre" (2)

Y precisamente por esto, porque la caridad es amor del prójimo en Dios y por Dios, es amor universal, constante, generoso y abnegado. ¿Qué importa que habite el hombre en las heladas regiones del polo o en las abrasadas arenas del Africa? ¿Qué importa que florezca su semblante con lirios y rosas de peregrina hermosura o que, por el contrario, se cubra de rubor a través de informes rasgos y toscas facciones? ¿Qué da que su alado entendimiento haya surcado los dilatados espacios en que campea el sol de la verdad o que, débil y rastrero, apenas levante el vuelo sobre los objetos sensibles? Como quiera que sea, es hombre; y por imperfecta que sea brilla siempre en él la imagen de su Hacedor, y bullen en su corazón aspiraciones tan sublimes y arden en su pecho tan grandes e inflamados deseos, que sólo en Dios se aquietarán.

Ni siquiera el crimen (horrenda lepra del alma humana, mancha y deformidad de la divina imagen, extinción y muerte de la simiente misma de la gloria,) sería dique infranqueable a las efusiones de la caridad e intrasitable valla a los arranques del amor: aquel desgraciado, que, encorvado hasta la tierra, arrástrase por el fango, y que, en momentos de locura, levanta

(1) Greg. Mag. Moral. c. 10. — 2. Saint Jure, De la connaissance et de l'amour de Dieu, l. 3, c. 11.

tando al cielo la altanera frente, y, clavando en él la orgullosa mirada, desafió al Omnipotente, muy pronto talvez, quizá mañana, bañará su alma en las regeneradoras aguas de la penitencia y, purificados aquellos blasfemos labios con el ósculo del perdón, cantarán las divinas misericordias con tan dulces y melodiosos acentos que atraerán la mirada, cautivarán el corazón y embelesarán al Dios tres veces santo.

¡Pobre corazón humano, tan pequeño, tan variable e inconstante, alégrate: has encontrado en la caridad el misterioso secreto de dilatar sin medida tu seno, y, juntándote con Dios, has logrado participar de su portentosa inmutabilidad!

Pues bien; este nobilísimo amor del prójimo en Dios y por Dios, o sea la santa caridad, esta preciosa medicina que infaliblemente curará a la humanidad de los males que le aquejan, no sólo se encierra en el Cristianismo, sino que, hasta cierto punto, es el mismo Cristianismo.

*
* *

Y en verdad ¿qué es el Cristianismo, o, para expresarnos mejor, qué es la Iglesia Católica, la única en quien reside el verdadero e integral Cristianismo? Es la sociedad en que los fieles, bajo el gobierno del Papa y de los Obispos, forman un solo cuerpo visiblemente organizado, profesan la misma fe, sométense a la misma norma de moral y viven de la misma vida interior y espiritual. El Cristianismo, por tanto, une a los hombres con los indefectibles lazos de un mismo credo, estréchalos con los sagrados vínculos de una misma moral, y hace que por todos ellos circule el misterioso aliento de una misma vida. Suprimid por un instante un solo artículo del símbolo, derogad una ley sola de la moral, sustituid la vida interior de las almas con otra vida, y habréis destruido el Cristianismo: que la Iglesia, según la hermosísima expre-

sión de San Pablo, no tiene sino un cuerpo, no posee sino un alma: un cuerpo, porque sociedad visible regida por unos mismos pastores; un alma, porque alimentada de una misma vida: "Unum corpus et unus spiritus. (1)

La unidad de creencias, la unidad de moral y la unidad de vida bajo el gobierno de una misma Autoridad, constituyen, pues, los elementos más íntimos, más esenciales, más constitutivos del Cristianismo.

Pero, ¡cosa admirable! El conjunto de los dogmas cristianos puede sintetizarse en una sola palabra: "amor;" todas las prescripciones del código evangélico pueden expresarse con un solo término: "amor;" y la esencia misma de la vida espiritual la constituye el "amor." Amor de Dios hacia los hombres en el dogma; amor de los hombres para con Dios y sus semejantes en la moral; y el ejercicio y desarrollo y perfeccionamiento de los dos amores en la vida sobrenatural y divina de las almas.

Y en verdad, ¿cuáles son los principales dogmas del credo cristiano? ¿Qué es lo que constituye la esencia misma del Cristianismo? Lo diremos también con una sola palabra: Jesucristo. El Verbo divino, el Hijo de Dios vivo que, vestido de carne humana, aparece en el seno de la humanidad como su más rico tesoro; Jesucristo, que, en lugar del hombre y para purificarle de la culpa, muere cual víctima en el Calvario; que, en el ara santa, todos los días y hasta la consumación de los siglos, de misterioso, arcano e inefable modo, pero no menos real y verdadero, reproduce las maravillas de Belén y el sacrificio del Calvario. Empero, ¿cuál de los atributos divinos resplandece con más deslumbradores destellos en la Encarnación, Redención y Eucaristía? Todos estos divinos y adorables misterios están bañados por una misma luz y alum-

(1) Ephesios, 4.

brados por un mismo sol: la luz de la caridad, el sol del amor. ¡Oh amor, amor! Tú, que con irresistible y dulcísimo poder nivelas a los amantes, hiciste de Dios hermano del hombre, en todo semejante a él! ¡Amor, amor! Tú, que te alimentas del dolor y vives del sacrificio, tú hiciste de Jesús la Víctima del Gólgota y le exprimiste hasta la última gota de su preciosa sangre! ¡Amor, amor! Tú, que te apellidas invencible y poderosa fuerza de unión, tú encerraste al amante divino en los eucarísticos velos, tú le tienes cautivo de amor en los sagrados tabernáculos, tú, en fin, llegando a los últimos excesos, le introduces en el corazón del hombre, le estrechas con él y amasándole con él y haciendo con él una cosa sola, entonas el himno de tu triunfo y cantas la suprema realización de tus fervorosas ansias: un solo corazón, una sola alma, una sola vida divina: el hombre, en virtud del amor, transformado en Cristo: "Vivit in me Christus." (1) Ved, pues, si el Cristianismo en sus elementos esenciales y característicos y en el fundamento de sus misterios no puede sintetizarse en una sola palabra: amor; pero amor grande, inmenso, infinito, que, apoderado del Divino Corazón, le ha arrastrado hasta los últimos excesos: "in finem dilexit eos." (2)

¡Oh adorables y divinos misterios! ¡oh Divino Infante, que, reclinado en la paja de Belén, sonríes amorosamente a los hijos de Adán! ¡Oh Víctima sacrosanta, que, enclavada en la cruz y cubierta de sangre, extiendes tus amorosos brazos e invitas a los mortales a sentir en ellos las inefables dulzuras del divino abrazo! ¡Oh Jesús Sacramentado, que, humillado hasta el exceso, penetras gozoso y ufano en el corazón del hombre, para hacerle sentir los apresurados latidos de tu corazón y los voraces incendios de tu amor! ¡Altar, Calvario, Belén, no sois tres di-

(1) Ad Galat. 2, 20—2. Joan. 13, 1.

versos misterios, no sois sino tres fases de un mismo profundo, impenetrable e infinito misterio: el misterio de la infinita caridad, el misterio del infinito amor.

*
* *

Si el dogma en su elemento más íntimo y esencial puede llamarse amor, porque el amor es la causa primera de los tres fundamentales misterios cristianos, y la razón final y la explicación última de los mismos, ¿también la moral evangélica podrá compendiarse en una sola palabra: amor? Sí.

Háblenos la autorizada voz del Apóstol de las gentes, San Pablo: "Quien ama al prójimo," escribe en su epístola a los Romanos, "ha cumplido la ley: Qui diligit proximum legem implevit (1) La plenitud de la ley," consigna en otro lugar de la misma Carta, "es el amor: Plenitudo legis dilectio" (2) "Toda ley, enseña en su epístola a los Gálatas, se compendia en una sola palabra: ama al prójimo como a ti mismo: Omnis lex in uno sermone impletur: diliges proximum sicut te ipsum." (3)

Déjenos el Discípulo amado escuchar los acentos de su voz virginal; él que, reclinado sobre el pecho del Divino Redentor, bebió a torrentes los divinos secretos, díganos qué lugar ocupa en el Evangelio la ley del amor. "Este mandato" escribe en su Primera Epístola, "lo hemos recibido de Dios: que quien ama a Dios ame también a su hermano. (4) No es hijo de Dios quien no ama a su hermano. (5) Quién no ama no vive sino que está ya muerto: Qui non diligit manet in morte". (6)-Y cuando, agobiado más que por los años de avanzada vejez por las fatigas de largo

(1) Ad Rom. 13, 8.—2. Ib. 13, 10.—3. Ad Galat. 5, 13-15.—4. "Hoc mandatum habemus a Deo: Ut qui diligit Deum, diligat et fratrem suum" (1 Joan. 4, 21.)—5. Omnis qui non est justus non est ex Deo, et qui non diligit fratrem suum. (1 Joan. 3, 10.)—6. Joan. 3, 14.

y penoso apostolado, no podrá, como quisiera, prolongar sus discursos, se contentará con repetir siempre y todos los días: "Filioli diligite alterutrum: Amate mutuamente; porque, si cumplis este precepto, habéis hecho lo bastante: quia si hoc fiat sufficit" (1.)

Háblenos, en fin, la misma Palabra increada, háblenos el Verbo de Dios, y díganos qué papel desempeña en su Iglesia la caridad. "In his duobus mandatis," dice, es decir, "en amar a Dios y al prójimo, universa lex pendet et prophetae, se compendian la ley y los profetas" (2.)

Y en los momentos más solemnes de su vida temporal, y poco antes de entregarse en poder de sus enemigos para encaminarse a la muerte, y cuando a punto de separarse de sus discípulos daba a éstos los últimos consejos, y haciales saborear las divinas efusiones, que a torrentes brotaban de su alma tierna y profundamente conmovida, entonces, por tres veces, les recomendó la caridad y les habló del mutuo amor; entonces llamó nuevo al precepto de la caridad: nuevo en la forma que debía cumplirse, porque, en adelante, el amor que arrastraría a la divina Víctima hasta el Calvario había de ser la norma y medida del fraterno amor; nuevo, porque el mundo de entonces, como el de ahora, se estremecía con espantosas convulsiones de muerte, porque había arrojado de su seno el amor; entonces, en fin, llamó a este precepto suyo e hizo de él el característico sello y como la exterior librea de sus discípulos. "Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem" (3) Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem (4.) In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem (5.)

Y, ciertamente, que en veinte siglos de Cristianismo ostentaron siempre los fieles esta gloriosa

(1.) Hieron. In Galat. 6, 10.—2 Mt. 21, 40.—3. Joan. 13, 34.—4. Joan. 15, 12.—5. Joan. 13, 35.

librea.

El inspirado pincel de San Lucas al trazar el retrato de los primitivos fieles no encontró rasgo más saliente que el de la caridad; y así dijo de ellos que no tenían sino un solo corazón; que no poseían sino una alma sola "Cor unum et anima una" (1.)

San Ignacio de Antioquía, purísima lumbrera de la fe católica y glorioso mártir de Cristo, a principios del segundo siglo, explicó la misteriosa vida del Cristianismo identificándola con la caridad; y así con atrevida expresión llamó a la comunidad cristiana: la caridad: "Agape." (2)

El más grande de los apologistas de la fe cristiana, envidiable gloria de Cartago y vivísimo esplendor de la Iglesia entera, Tertuliano, en la más hermosa y elocuente de sus obras, en su inmortal Apologético, encarándose con los supremos magistrados del Romano Imperio, y exigiéndoles tan sólo que no condenasen al cristianismo sin antes haberle oído, pondera el mutuo amor de los fieles del segundo siglo y el estupor que embargaba a los gentiles en presencia de este maravilloso espectáculo desconocido é incomprensible para ellos; y refiere sus palabras cuando escribe: "Mirad, dicen, (los gentiles) cómo se aman mutuamente (los cristianos;) pues ellos sólo saben odiarse; mirad cómo está aparejado el uno a morir por el otro, cuando ellos más listos están a darse muerte "Vide, inquit, ut invicem se diligunt (ipsi enim invicem oderunt,) et ut pro alterutro mori sint parati (ipsi enim ad occidendum alterutrum paratiores erant" (3.)

Y Minucio Félix pone igualmente en boca de los paganos las siguientes expresiones de admiración y maravilla: "Si parece que se aman los cristianos aún antes de haberse conocido: Amant mutuo poene antequam noverint" (4.) Con razón

(1) Act. 4, 32.—2. Epist. ad Trat. 13, 1.—3. Tert. Apolog. 39.—4. Minu. Félix, Octav. 9.

el racionalista Harnach, cuando traza la imagen del Cristianismo naciente, no puede por menos que confesar que entre todas las virtudes que lo adornan destácase en primera línea la caridad. "La nueva lengua, escribe, puesta en labios cristianos, era la lengua del amor. Pero no era solamente la lengua, era además el amor una realidad y una fuerza: es que realmente los cristianos considerábanse como hermanos y hermanas, y tratábanse como tales" (1.)

Ni disminuyó este fervor con el decurso del tiempo. Que viva e inflamada ardía la caridad en el cuarto siglo, lo confiesa Juliano, aquel jurado enemigo del cristiano nombre, que, por dar muerte al Cristianismo, blandió las armas forjadas por el odio y la astucia, la fuerza y el poder, y en cuya frente, horrorizados, leerán los siglos el vergonzoso estigma de su traición: Apóstata. Pues bien; Juliano, pretendiendo infundir vida nueva en el cadáver yerto del Gentilismo proclamaba altamente que la caridad es la vida misma del Cristianismo y que a ella debía su admirable propagación. "Aprovechemos, decía en su carta al pontífice pagano Arsacio, aprovechemos el ejemplo de los galileos, que por la hospitalidad que practican, por el cuidado que tienen de dar sepultura a los muertos; han encontrado el secreto de extender y propagar tan rápidamente su impío ateísmo." Y después de exhortarle a la fundación de hospitales y otros asilos de caridad, agregaba: "Instruyan los sacerdotes a los pueblos sobre la obligación de hacer limosnas; porque, en verdad, es vergonzoso para nosotros que nadie mendigue entre los judíos, y que los impíos galileos (así llamaba a los cristianos) además de sus pobres sustenten también a los nuestros que abandonamos sin ningún socorro." 2.

Vino en seguida la irrupción de los bárbaros,

(1) Apud Christus, p. 768.—2 Julian Ad Arsac. frag. Epis. 49 et 62.

y con ella el naufragio de la civilización antigua. ¿Qué habría sido del mundo entonces sin el Cristianismo? El con la majestad de sus pontífices puso freno a aquellos indómitos guerreros sedientos de placeres y de sangre; él dispuso las espesas tinieblas que envolvían aquellas mentes rudas, y tomando en sus manos, con maternal afecto, aquellos corazones duros y broncos, insensibles, y, al parecer, refractarios al amor, los amasó de nuevo e infundió en ellos aquella vida que rebosaba en él, la vida del amor. Entonces, como en los siglos que le precedieron, en el seno del Cristianismo no cesaron de resonar las hermosas expresiones del gran Obispo de Hipona: "Dilarentur spatia caritatis: Dilátense y sin medida se ensanchen los senos de la caridad." (1)

Que si los paganos estupefactos contemplaron las admirables efusiones de la cristiana caridad, y si los bárbaros transformáronse mediante la secreta, misteriosa e invencible fuerza del amor, también cuando, caído el Romano Imperio, germinaron nuevos pueblos y surgieron a la vida nuevas naciones, prosiguió contemplando el mundo los prodigios del amor y los milagros de la caridad. El Cristianismo, siempre joven y lozano, a pesar del tiempo que nada res-peta, ha encontrado, en su marcha triunfal por los siglos, tronos convertidos en ruinas, cetros rotos, coronas despedazadas, pueblos desaparecidos, regiones enteras dominadas por el silencio de muerte; pero él, sintiendo bullir en su pecho inmortal vida, siempre inmutable en su esencia pero maravillosamente adaptado a las necesidades de cada época, no ha cesado de prodigar a los hombres los inestimables tesoros del amor; y el mundo egoísta y cruel no ha podido por menos que aplaudir, en todo tiempo y lugar, las pacíficas hazañas de aquellos héroes de

(1) Aug. Serm. 10, De verbis Domini.

la caridad que en la Religión Cristiana han encontrado fecundo y perenne manantial de indeficiente amor. Hoy se llamarán Juan el Limosnero, Paulino de Nola o Isabel de Hungría; mañana Juan de Dios, Tomás de Villanueva o Vicente de Paúl; no importa; todos estos héroes no son sino vigorosas ramas brotadas del mismo corpulento y secular árbol, la Iglesia, alimentadas y fortalecidas por la misma fecundante savia, el amor.

No basta aún. La caridad, preciosa flor, que, plantada por el Cristianismo, ha crecido lozana en todo clima, y en todo tiempo ha ostentado los vistosos matices de su corola y ha embriagado el mundo con aromas de exquisita y suavísima fragancia, para la humanidad paciente ha sido universal e infalible medicina; no ha habido lágrima que esta virtud, hija del cielo, no haya enjugado, herida que no haya restañado, dolor que no haya mitigado, y aflicción o quebranto que no haya consolado.

Enfermos desventurados, que exhaláis en los hospitales tristes y lastimeros gemidos, consolaos: junto a vuestro lecho de dolor velan sin descanso aquellos ángeles en carne humana, cuya vida, toda entera, empléase en hacer bien y ejercitar la caridad: llámanlas por eso Hijas de la caridad. Huérfanos infortunados arrojados sin piedad del materno seno por los mismos seres que os dieron vida, cesad de llorar: no veis que cristianas y valerosas doncellas, hollando los halagos del mundo y de la carne, inclínanse sobre vosotros, os toman con ternura en sus inocentes brazos, os estrechan con cariño contra su seno virginal, y con exquisita ternura os prodigan besos y caricias, que os negaron vuestras madres? Conocedlas, aprended a balbucear su nombre: son las Hermanitas de la Asunción. Infelices, que, cediendo a los encantos de un mundo corruptor y dejándoos arrastrar por hombres sin fe ni conciencia, habéis man-

chado el alma con execrables crímenes; vosotros, que, despreciados por el mismo mundo que os pervirtió, y odiados por los mismos que, con escritos nefandos e impíos libros, apagaron en vuestra mente la fe y extinguieron en vuestro pecho la virtud; vosotros, que, débiles y solos, sin vela y sin remos fuisteis arrojados al tempestuoso mar del mundo, donde agitados por los contrarios vientos de las pasiones, y barridos por el irresistible huracán de pérfidos ejemplos, desgraciadamente zozobraстеis; vosotros, que, cuando aparecisteis marcados con el estigma del crimen, fuisteis relegados con desdén en húmedos y lóbregos calabozos; no alimentéis en vuestra alma el odio a la humanidad; no lancéis a su semblante la saliva del desprecio; no lo deis todo por perdido: ¿no veis la solicitud con que las Hermanas del Buen Pastor os cuidan, el respeto con que os atienden, la heroica paciencia con que toleran vuestras soeces injurias, que cuanto más injustas tanto abren en su pecho más profunda e incurable herida, la delicadeza, en fin, y exquisita prudencia con que esfuérzanse por ablandar vuestro endurecido pecho y luchan por hacer brotar de aquella viva roca las saludables aguas del arrepentimiento, para, purificados y regenerados con ellas, devolveros a la sociedad que os expulsó de su seno? Vosotros, finalmente, niños y niñas, que aguijoneados por el hambre del saber, buscáis para vuestras mentes el pan de la verdad; junto con él os prodigarán maestros cristianos lo que vale más, mucho más: el alimento del corazón, la vida del alma: la virtud. Miradlos: devorados por el sagrado fuego de la caridad, os han consagrado los momentos todos de su existencia; y con la frente ceñida con la aureola de la ciencia, y con el semblante florido con la sonrisa del amor, extienden hacia vosotros sus amantes brazos y os invitan a precipitaros confiadamente en ellos. No es menester que profiramos sus nombres: los soléis re-

petir con cariñosos y agradecidos labios: son los Padres Escolapios y Salesianos, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los Somascos, las Hermanas de los Sagrados Corazones y de la Providencia, las Betlemitas y Marianas.

Y ¡cosa admirable! En nuestro siglo de incredulidad y libertinaje, y en el seno mismo de aquellos infortunados pueblos, que, pública y oficialmente, han renegado de la fe cristiana, no sólo entre religiosos y sacerdotes sino entre los mismos seglares, el fuego de la caridad alimenta la llama del apostolado. ¿Quién no ha oído pronunciar con respeto y admiración los gloriosos nombres de Federico Ozanam, del Visconde de Melun, de Filiberto Vrau, de León le Prevost, y de tantos y tantos héroes cristianos aclamados por su siglo como perfectísimo dechado y realizado ideal de abnegada caridad?

A veces los enemigos del Cristianismo enfáticamente sentencian que ha envejecido la Iglesia, que no circula ya por sus venas aquella sangre generosa que dos veces conquistó el mundo: cuando inundándolo con ella lo libró del Paganismo, que, con los blandos abrazos de refinada cultura y las melosas caricias de muelle civilización, lo ahogaba; y cuando, infiltrándose en el corazón de los bárbaros trocó en blandos sus feroces instintos. No faltó quien, infatuado por el orgullo y desde la trípode de su loca y jactanciosa vanidad, marcó el último instante del Cristianismo; pero cerca de dos (1) siglos han transcurrido ya desde que sonó la hora señalada, y ahora, más

(1) Voltaire, en su carta a D'Alembert, de 25 de febrero de 1758, aseguraba que después de veinte años el Cristianismo habría terminado: "Dans vingt ans, Dieu aura beau jeu" "(Oeuv. t. x, p. 549.) Pero, justicia de Dios! Después de veinte años quien moría era Voltaire, (30 de mayo de 1778), agitado por la rabia y la desesperación, y gritando: "Muero abandonado de Dios y de los hombres;" y exclamando "ya con que jumbrosa voz, ya con los acentos del remordimiento, con más frecuencia entre accesos de furor: Jesucristo, Jesucristo!" (Cf. Maynard, Voltaire t. II p. 617.)

que nunca, rebosa la Iglesia de robusta y exuberante vida. Y en aquel mismo país, en donde resonó el falso oráculo, y en la misma nación en que un gobierno ateo, instrumento vil de la masonería, sin comoverse ante el llanto de los enfermos ni las lágrimas de los niños, arrojó de la patria, con bárbara crueldad, a aquellos ángeles de caridad, que, con maternal amor y durante largos siglos, habían curado las llagas de los unos y mostrado a los otros el camino de la ciencia y el escabroso sendero de la virtud; en Francia, la Academia francesa, año tras año, y con anuencia de personas manifiestamente hostiles al Cristianismo y con el voto de personajes tan impareiales como Ludovico Halevy, Ernesto Renán o Pedro Lotti, no ha cesado de condecorar con el llamado premio de la virtud a los genuinos representantes de la Caridad cristiana.

(1) Es que, mal que pese a sus adversarios, el Cristianismo no ha muerto; vive, sí, vive; y vive con robusta, florida y exuberante vida; y vivirá hasta el fin de los siglos; porque tiene en su favor lo que no puede alegar ningún pueblo, ninguna nación, ningún gobierno; la infalible promesa de inmortalidad; y mientras viva, su vida animará siempre el fecundante soplo del amor; y mientras viva, pendiente del noble pecho ostentará, con santo orgullo, la gloriosa librea de que le vistió Jesús: la caridad: "In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. (2)

(1) El pasado febrero distribuíanse en el magnífico palacio de la Academia francesa los premios a la virtud. Todos ellos con rarísimas excepciones y sobre todo los más importantes, fueron otorgados a miembros del clero secular y regular. El gran premio mayor de 10.000 francos se concedió a las Hijas de la Caridad de Tesalónica; el Broquette de 6.000, a las Oblatas de Adrianópolis; el premio Argue, de 8.000, a Monseñor Aggear, Arzobispo católico de Galilea, fundador de cuarenta escuelas gratuitas; el Sussy, de 9.000, a las Hermanas de María Auxiliadora, por su trabajo modelo de Villapinta en favor de los niños tuberculosos; otros premios a las 31 misiones orientales de los Padres asuncionistas; al Padre Gervais por su gran Colegio de Filipópolis.—2. Joan. XIII, 35.

Y en estos momentos mismos de indecible angustia para Europa, momentos en que el odio, salvando toda barrera, ha incendiado el mundo entero, y, prendiendo en los corazones el ciego furor y la feroz venganza, ha armado a unos contra otros los pueblos; en estos terribles momentos ¿quién no mira, estupefacto de maravilla, los prodigios de heroica y cristiana caridad con que las víctimas de ayer tratan a sus verdugos, y, lo que es más admirable todavía, cómo, apenas pueden tenderse cariñosamente los brazos, confiadamente vuelan a ellos los cristianos de ambos bandos? ¿Qué cuadro tan estupendo el de aquel soldado francés que reza el rosario y ayuda a bien morir al mismo polaco a quien ha herido de muerte! ¿Qué tierno! y conmovedor espectáculo el de aquellas religiosas y niñas, que, perteneciendo a las distintas naciones beligerantes, mientras, en la toma de Lieja, retumba el cañón, estallan las bombas, incéndianse las casas y caen con roncó estrépito los edificios, unense todas, estrechándose unas con otras, abrazándose y mezclan todas sus lágrimas! ¿Quién sinó la caridad cristiana podía ofrecer al mundo escena tan patética como la que presencié la misma Lieja cuando, heridos un oficial alemán y un sargento belga, y llevados a un mismo asilo, apenas se reconocieron como católicos, depositaron en las llagas del Crucifijo, que besaban con amor, su antiguo odio, se abrazaron como hermanos, asentaronse a la misma mesa, y juntos se acercaron, al siguiente día, a alimentarse del Pan celestial, la Divina Eucaristia, milagro por excelencia de caridad? ¿Quién, para callar de otros casos no menos conmovedores, quien no celebrará la admirable fecundidad de la caridad cristiana, cuando no sólo se compadece de los heridos y, con delicada mano, cura sus llagas, sino que se preocupa del honor de los mismos muertos? Buscad en la historia de pueblos que no han sentido correr por sus venas la savia de la caridad cris-

tiana, buscad ejemplo tan hermoso como el de aquellas damas francesas que, sobre las improvisadas tumbas de los campos de batalla, depositan coronas fúnebres con inscripciones como esta: "A nuestros hermanos en Jesucristo, los soldados alemanes, muertos y enterrados en este sitio?"

Es que la llama del amor es más activa y poderosa que la del odio: es que la caridad cristiana no distingue razas, no mira condiciones, no discute méritos; es que la fraternidad cristiana, si en todo hombre mira a un hermano, a los cristianos enlaza con vínculos más íntimos y santos porque divinos; es que, como decía Tertuliano hablando con los paganos. "Si también somos vuestros hermanos por derecho natural, aunque os mostréis menos hombres vosotros porque malos hermanos ¿cuánto más merecerán llamarse y ser tenidos por hermanos los que reconocen por Padre al mismo Dios, los que han bebido el mismo espíritu de santidad, y los que, arrancados de la misma ignorancia, han abierto los ojos a la luz de la misma Verdad?" (1) Mortales que, entre angustias de prolongada agonía, os arrastráis por este valle de llanto, ¿hasta cuándo, unidos por el sagrado y dulcísimo lazo de la caridad cristiana, no os tendéis amorosamente los brazos, no os enjugáis mutuamente las lágrimas, y no os consoláis así de vuestras penas?

*
* *

Finalmente ¿será menester demostrar que el Cristianismo, no sólo en los principales artícu-

(1) Fratres autem etiam vestri sumus iure naturae matris, etsi vos parum homines quia mali fratres. At quanto dignius fratres dicuntur et habentur qui unum Patrem Deum agnoverunt, qui unum spiritum biberunt sanctitatis qui de uno utero ignorantiae eiusdem ad unam lucem expaverunt veritatis? (Apol. 39.)

los de su credo y en los fundamentales preceptos de su moral; sino también en su misma vida es substancialmente amor y caridad?

La Iglesia, según la hermosa comparación de San Pablo, es el templo santo de Dios (1), que, rivalizando con el que se yergue en la Patria, levántase en el destierro. Pero los elementos que lo componen no son, como en los edificios terrenos, tosca piedra y barro inmundo: su base son los Apóstoles y Profetas, su piedra angular, sostén de todo el edificio, Cristo Jesús (2.) Mas no de otra suerte que las atrevidas torres de nuestros templos no lograrían perderse entre las nubes si las piedras que las forman no estuviesen estrechamente trabadas entresí y si, a plomada, no gravitasen sobre su base; así la Iglesia, templo del Dios vivo, no se encumbraría hasta los eternos espacios ni bebería en los cielos la luz que la ilumina, si no estuvieran íntima y perfectamente unidos entre sí todos los fieles. ¿Cuál es la substancia que de todos ellos no forma sinó un solo cuerpo sólido y compacto? Lo dice San Agustín: la caridad: "Junctura lapidum caritas est" (3.)

La Iglesia, según la favorita comparación de San Pablo, es el cuerpo místico de Cristo: los miembros que lo componen ejercen distintas funciones vitales (4.) Por el bautismo incorpóranse los hombres con este místico cuerpo y revístense de Cristo; pero, aunque como singulares personas, prosigan subsistiendo con personalidad propia y distinta, y aunque, como miembros diferentes, presidan distintas funciones de vida, con todo reina entre ellos intimidad tan estrecha que desaparece toda diferencia de raza, de condición social y aún del mismo sexo. Porque, como divi-

(1). In quo (Jesu) omnis aedificatio constructa crescit in templum sanctum in Domino ((Eph. 2, 21.—Superaedificati super fundamentum apostolorum et prophetarum, ipso angulari lapide, Christo Jesu. (Ad Eph. 2, 20.)=3 Aug. Enarratio in Ps. 44, 31=4 Ad Rom. 12, 4-5.

namente enseña San Pablo: "Non est judaeus neque graecus, non est servus neque liber, non est masculus neque femina: No hay judío ni griego, no hay siervo ni libre, no hay varón ni mujer." ¿Por qué? Porque "todos los fieles son una misma cosa en N. S. Jesucristo: Omnes enim unum estis in Christo Jesu" (1.) Mas ¿cuál será el poderoso elemento capaz de mezclar, confundir y amalgamar así a los fieles, que establezca entre ellos tan estupenda unión, que más bien que unión ha de llamarse unidad: "unum estis?..." Nos responde San Hilario: "Unum Ecclesiae corpus est... per fidei unitatem, per caritatis societatem: La Iglesia no tiene sinó un solo cuerpo por la unidad de la fe y la unión de la caridad (2.)

Es finalmente la Iglesia ejército bien organizado, que, bajo el mando de un mismo Jefe y a las órdenes de oficiales subalternos, ha emprendido la gloriosa campaña contra los enemigos del hombre: lucha contra el demonio, eterno adversario suyo, que, como en el paraíso, no cesa de tenderle arteros lazos; lucha contra el mundo, que esfuérase por apartarle del Sumo Bien con el seductor brillo de falaces y mentirosos bienes; lucha, en fin, contra la carne, que, brindando al parecer sabroso néctar, propina en verdad mortífero veneno. Mas ¿cuál es el glorioso pendón a cuya sombra han combatido los más selectos y nobles hijos de la familia humana? En los hermosos pliegues de la victoriosa insignia, que sin rival tremola sobre las generaciones de veinte siglos, con destellos de oro reluciente grabado está su lema: "Unus Dominus, una fides, unum baptisma: Un solo Señor, una sola fe, un solo bau-

(1) Ad Galt. 3, 27-8.—2. Hilari. In Ps. 121, 5.

tismo," principio de un solo amor (1.)

Y porque la caridad de todos los cristianos forma un solo cuerpo, el cuerpo místico de Cristo, los Padres de la Iglesia han condenado con enérgicas expresiones y formidables anatemas el cisma, que destruye esta comunión de los fieles, llamada por ellos unidad de caridad. "Los cismáticos," dice el Apóstol de las Galias, S. Ireneo, "rasgan y dividen el cuerpo de Cristo, y, en cuanto de ellos depende, le dan nueva muerte (2.) Los cismáticos, enseña S. Cipriano, han de ser mirados con horror, y se ha de huir de ellos; porque no sólo han pecado sino que están profundamente pervertidos y han dictado contra sí mismos sentencia de condenación (3.) Y añade que no hay castigo proporcionado a tan execrable crimen (4.) Ni el bautismo, ni la limosna, ni el martirio mismo lo borraría mientras permitiese el culpable alejado de la Iglesia; porque, como observa S. Fulgencio, "la vida de la Iglesia radica esencialmente en la unidad de la fe y en la unidad del amor; y, por lo mismo la he-

[1] El Bautismo sacramento de la fe, según su elemento sensible incorporándonos a la Iglesia nos incorpora a Cristo; y según el elemento invisible, la gracia, nos une al Espíritu Santo que es el amor del Padre y del Hijo. Cf 1 ad Cor. 12, 13. He aquí cómo S. Juan Crisóstomo recuerda todos los vínculos de unión de los cristianos con Jesús, y por consiguiente entre ellos todos. "Per multa exempla nos unit. Ipse est caput, nos autem corpus; inter caput et corpus non potest ullum esse interstitium. Ipse est fundamentum, nos aedificium; ipse vitis, nos palmites; ipse sponsus, nos sponsa; ipse pastor, nos oves; ipse via, nos qui ingredimur; rursus nos templum, ipse habitator, ipse primogenitus, nos fratres; ipse heres, nos coheredes; ipse vita, nos viventes, ipse resurrectio, nos resurgentes; ipse lux, nos illuminati. Haec omnia unitatem manifestant nec inveniunt aliquid vacuum esse intermedium, ne minimum quidem." (S. Chrys. Hom. 8 in I Cor. III 11 12.—2. Iren. Adversus haeres. l. 4, c. 33, n. 7. Qui schismata operantur magnum et gloriosum corpus Christi occidunt et dividunt, et quantum in ipsis est interficiunt"—3. Adversandus est talis atque fugiendus quisquis fuerit ab Ecclesia separatus; perversus est huius modi, et peccat et a semetipso est damnatus "Cipr. De unit. Ecc. n. 7.—4. Nulla enim tanta ab eis potest fieri correctio quanta est schismatis perniciēs. (Ib.)

regia y el cisma que rompen esta unidad necesariamente extinguen toda vida (1.)

La Iglesia, pues, considerada como sociedad y cuerpo orgánico, constituida por los fieles, que, enarbolando el mismo estandarte de la fe, empuñando las mismas espirituales armas, los sacramentos, y bajo el régimen de una misma autoridad se juntan para alcanzar su santificación en esta vida y su salvación en la otra, la Iglesia, decimos, en su cuerpo está animada de un mismo espíritu de vida, causa de su portentosa unidad: la vida de la fe que hace de todas las inteligencias una sola inteligencia, y la vida de la caridad, o sea la comunión de los fieles entre sí y con sus pastores, que de todos los corazones forma un solo corazón.

Empero de la misma manera que en el compuesto humano existe un elemento íntimo, esencial, causa formal del mismo ser corpóreo por ser su forma substancial, que se llama el alma humana; así también en este organismo de la Iglesia existe un alma, principio interior de vida y término hacia el cual tiende la organización misma de la Iglesia: la gracia santificante. Preguntamos ahora: este principio fecundante de vida en su razón más íntima y profunda ¿podrá llamarse caridad y llevar el nombre de amor? Sin vacilación respondemos: Sí. Penetremos, alumbrados por la antorcha de la fe, en estos profundos misterios. Nuestro Señor Jesucristo para darnos una idea, aproximada si quiera, de la esencia de esta vida sobrenatural y divina, se dignó emplear una hermosa compara-

(1) Omni enim homini qui Ecclesiae Catholicae non tenet unitatem, neque baptismus, neque elemosyna quamlibet copiosa, nec mors pro nomine Christi suscepta, proficere poterit ad salutem, quando in eo vel haeretica vel schismatica pravitas perseverat... haeretica vel schismatica pravitas ducit ad mortem. (Fulg. De fide ad Petrum, c. 39, n. 80.—Cf. etiam. Chrys. Hom. 11 in Ep. ad Eph Aug. serm. 83, n. 19; Cipri. De Unit. Eccl. 2. trac. 9, c. 7.

ción! entre: otras joyas de inestimable valor nos la ha conservado S. Juan, en su divino evangelio. "Yo soy la vida, dice Jesús hablando con sus discípulos, y vosotros los sarmientos (1). Así como el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid; así tampoco vosotros si no estáis unidos conmigo: permaneced, pues, en mí y yo en vosotros" (2)

Dos cosas podemos distinguir en el sarmiento: su aptitud para producir el sabrosísimo y codiciado fruto de la uva, y la vida misma con la cual él subsiste. Y una y otra recibe el sarmiento inmediatamente de la vid. Esta por medio de sus raíces sostiene a sí misma y a los sarmientos; y absorbiendo los jugos de la tierra y trocándolos en rica y fecundante savia, por los conductos que le sirven de arterias la envía hasta las más lejanas y apartadas ramas. Para que el sarmiento viva, pues, es menester que esté íntimamente unido con la vid: su separación de ella causaría irremediamente la muerte. Pero tampoco basta una unión cualquiera, como la que consistiría en una externa yuxtaposición de las extremidades de la vid y del sarmiento: requiérese además la inmanencia del sarmiento en la vid y de la vid en el sarmiento; y esta inmanencia ha de ser operadora y activa: ingertado el sarmiento en el tronco de la vid y la vid recibiendo en su seno al sarmiento, aquella ha de comunicar a ésta la savia que por su tronco circula, y ésta ha de chuparla y absorberla de la vid. Pues, "así mismo, dice el Señor, habéis de demorar en mí y yo en vosotros; porque sin mí nada podéis: *Sine me nihil potestis facere*" (3.)

Dos cosas requiérense, por tanto, para que el cristiano produzca frutos de vida eterna: que es-

(1) *Ego sum vitis, vos palmites* (Joan. XV, 5).—2 *Manete in me, et ego in vobis. Sicut palme non potest ferre fructum a semetipso, nisi manserit in vite; sic nec vos nisi in me manseritis.* (Ib. 4)—3. Ib. 5.

té incorporado con Cristo; y que esta unión sea de inmanencia activa y operadora. Ingértase el hombre en Cristo mediante el bautismo (1); pues por este sacramento es admitido a formar parte del cuerpo místico de Cristo que es la Iglesia. Las ondas regeneradoras del bautismo producen este prodigio estupendo de incorporar a los hombres con Cristo, de ingertarlos en Cristo, de hacerlos vivos sarmientos de la verdadera vid que es Cristo. Vivan siempre los fieles unidos con Jesús; no se separen jamás de él; no dejen de ser sarmientos unidos con su vid; porque en el momento mismo en que se rompiera esta sagrada unión dejaría de circular hasta ellos la savia de vida, amortiguándose el pomposo follaje de sus ramas, se agostarían sin remedio, y secos y marchitos no servirían sino para ser arrojados al fuego a arder en las llamas.

¿Como se pierde esta unión con Cristo? De la misma manera que se pierde la unión con la Iglesia: la herejía, que es la rotura del lazo que une las inteligencias, el cisma, que quebranta la comunión de los fieles entre sí y con sus pastores, tronchando y separando los miembros del cuerpo místico de la Iglesia, los tronchan también y separan de su cabeza que es Cristo.

Mas no basta la unión con la vid para que viva el sarmiento: es menester, además, tanto para que produzca el sazonado fruto cuanto para que él mismo subsista, que la unión de inmanencia en la vid sea operadora y activa; por cuanto la vid ha de desbordar el caudal de su vida en el sarmiento, y el sarmiento no ha de cesar de absorber el precioso jugo que le da vida, tomándolo de la vid: si por cualquier motivo se suspendiera este íntimo e incesante comercio entre la vid y el sarmiento, si por una razón cualquiera, estancándose la savia en la vid no circulara hasta el sarmiento, éste, agotadas las últi-

(1) *Ad Rom. 6, 5.*

mas reservas de vida, manifestaría muy pronto, a pesar de aparecer exteriormente enlazado con la vid, los funestos indicios de su irremediable muerte: flores marchitas que caen al suelo, hojas secas arrancadas por el viento, ramas, en fin, endurecidas y secas, incapaces para todo otro uso que no sea para arder en las llamas y el fuego.

Mas ¿en qué consiste esta vida que de la vid fluye al sarmiento, vida tan esencial al cristiano que sin ella sería sarmiento seco apto únicamente para ser arrojado a las llamas? El Salvador del mundo en su admirable oración sacerdotal, ojos y manos al cielo elevados, exclamaba: "Oh Padre, no os ruego únicamente por mis apóstoles; os pido también por todos los que, en el decurso de los siglos, creerán en mí por su palabra"(1.)

¿Qué pedía el Señor con tan vivas y ardorosas instancias, y en momentos tan solemnes, cuando disponiase a entregarse ya en poder de sus enemigos? . . . Oigámosle: "Que todos sean una misma cosa, como Tu, Padre, en mí, y yo en ti; que también ellos sean una misma cosa en nosotros"(2) Pide el Redentor, y su oración será escuchada, pues tiene infalible eficacia, la identificación de los hombres con él y con el Padre: *ut et ipsi in nobis unum sint*. Pero Dios no solamente vive sino que es por esencia misma la vida, *ego sum vita* (3); luego pide el Señor para sus discípulos que vivan de la divina vida.

Empero esta portentosa transformación del hombre en Dios mediante una unión tan íntima con El, que más bien que unión ha de llamarse identidad, *unum sint*, ¿será posible? ¿No nos encontraremos, por ventura, con hiperbólicas expresiones, que, por su excesivo alcance, han de reducirse a justos límites para que sean verdaderas? Dios nos libre de corregir o enmendar las

(1) *Non pro eis autem tantum rogo, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me.* (J. 17, 20)—2. *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater in me, et ego in te ut et ipsi in nobis unum sint* (Ib. 21.)—3. Joan. 11, 25.

expresiones adorables de la Infinita Sabiduría. = Pero ¿no es Dios fuego devorador? (1) ¿No habita luz inaccesible? (2) ¿No ha amenazado anoadar con los resplandores de su gloria al escrutador de su Majestad? (3) ¿Cómo, pues, podrá fijar el hombre su mirada en Dios sin ser oprimido por su gloria? ¿Cómo lo contemplará de hito en hito sin quedar ofuscado y ciego por su deslumbradora luz? Y, lo que es más todavía, ¿cómo se identificará con El sin verse reducido a pavezas por ese fuego devorador? . . . Ah! para escrutar los impenetrables abismos de Dios menester sería poseer la fortaleza de Dios; para contemplar de hito en hito los deslumbradores rayos de su gloria menester sería tener el ojo de Dios; y para internarse y perderse en la infinita hoguera de la divina naturaleza sin consumirse, menester sería atesorar la naturaleza misma de Dios. ¿Cómo, pues, el hombre, sin dejar de ser una pura criatura, llegará a formar una cosa sola con Dios? . . . Oh Verbo Divino, Oh Sabiduría increada del Padre, oh Jesús, explícanos tus palabras, descorre una punta siquiera del espeso velo que nos oculta este impenetrable misterio; habla, Señor, habla, porque tus palabras son palabras de vida eterna: *Verba vitae aeternae habes* (4)

"*Ego claritatem quam dedisti mihi dedi eis: les he comunicado aquella misma claridad que tú, oh Padre, me has dado, a fin de que sean una cosa sola como lo somos nosotros: ut sint unum sicut et nos unum sumus* (5.) Oh Hijo eternamente engendrado en los resplandores del eterno día, oh Candor de la eterna luz, oh Gloria substancial del Padre, ahora has hablado sin parábolas ni enigmas, ahora nos has revelado el

(1) *Deus noster ignis consumens est* (Hebr. 12, 29).—2. *Lucem inhabitat inaccessibilem* (1 Tim. 6, 16.)—3. *Qui scrutator est majestatis opprimetur a gloria.* (Prov. 25, 27.)—4. Joan. 6, 69.—5. *Et ego claritatem, quam dedisti mihi, dedi eis, ut sint unum, sicut et nos unum sumus* (J. 17, 22.)

inescrutable misterio. Si Tú eres la claridad del Padre, porque del Padre has recibido tu naturaleza divina, al comunicar a los hombres la misma claridad que has recibido del Padre les has comunicado, por lo mismo, aquella naturaleza con la cual resplandesces con destellos de infinita gloria; y si Tú, porque Hijo natural de Dios, eres una cosa sola con El, también los hijos adoptivos de Dios no sólo tendrán derecho a la misma herencia sino que participarán igualmente de la misma vida y serán así consumados en la unidad. . . La vida de Dios, pues, comunicada a los hombres, mediante su adopción de hijos de Dios y la participación de la naturaleza de Dios, he aquí en qué consiste aquella misteriosa vida de que han de vivir los cristianos a fin de que formen parte del alma de la Iglesia.

Pues bien; todo es amor en esta misteriosa vida. Su principio es el amor: tan claramente resplandece el amor como causa de la unidad establecida entre el Padre, el Hijo y los que viven de esta sobrenatural vida, que quien la contemple no podrá por menos de confesar que Dios Padre ha amado a estos hijos adoptivos con un amor muy semejante al que profesa a su Hijo Dios: "et cognoscet mundus quia tu me misisti et dilexisti eos sicut et me dilexisti (1.) El ejercicio de esta vida es el amor: manete in dilectione mea: permaneced en mi amor (2); el alimento que la sostiene es el amor: si guardareis mis preceptos permaneceréis en mi amor.... y este es mi precepto que os améis mutuamente como yo os he amado (3.) Finalmente su esencia misma es el amor; porque Dios es caridad, y quien permanece en caridad, permanece en Dios y Dios en él: Deus caritas est et qui manet in charitate in Deo manet et Deus in eo (4.)

(1.) Ib. 23.—2. Joan. 15, 9.—3. Si praecepta mea servaveritis manebitis in dilectione mea.... Hoc est praeceptum meum ut diligatis invicem sicut dilexi vos. [Ib. v. 10 12.] 4. Joan. 4, 16.

¡Oh santa caridad, transformadora portentosa del hombre en Dios! el fuego en que te abrasas, tus tormentosas ansias por unirse más y más con el Supremo Bien, y tus dulcísimos deliquios e inefables arrobamientos y éxtasis embriagadores cuando sientes sus suavísimas caricias, no son sino las manifestaciones de aquella sublime, misteriosa y divina vida que, manando del Padre al Hijo y del Hijo al alma que está en gracia, hace del justo miembro vivo del cuerpo místico de Cristo y vivo sarmiento que, cargado del precioso fruto—la embriagadora uva del amor—se sustenta, se nutre y vive de la misma vida que la Vid, Jesús! . . . Y esta vida que circula por la vid y los sarmientos, y esta vida que fluye de la cabeza a los miembros, es la vida que anima el alma de la Iglesia. Ved, pues, si no teníamos razón cuando decíamos que elemento esencial, íntimo y constitutivo del alma de la Iglesia es la caridad, es el amor.

*
* *

Tiempo es ya de terminar. La sociedad humana yace en su lecho de dolor víctima de un mal profundo. Agitase, estremécese y retuércese ya con los estertores de la postrer agonía; su mal, humanamente hablando, es irremediable. La enfermedad que la atormenta es el tético y funesto egoísmo. Con desesperados gritos y con las angustiosas ansias de quien está a punto de perecer, no cesa de pedir la desgraciada que le extiendan la bienhechora copa que curará sus males y le devolverá la vida: la copa del amor. Mas en vano se esfuerzan los hombres en conquistar este riquísimo tesoro fuera del Cristianismo. Las páginas de la Historia no registran pueblo alguno que fuera de la Iglesia haya practicado el amor. Y si la amistad es preciosísimo bien, y, por lo mismo, muy raro, la amistad no estrecha con sus dulcísimos lazos sino a pocos seres

privilegiados, y su inquieta y débil llama, expuesta a la inconstancia y vicisitudes del tiempo, muy fácilmente se extingue cuando es agitada por el soplo de la de la tribulación y los huracanes del sacrificio.

Solo el Cristianismo, desde su entrada en el mundo, enarboló por estandarte la caridad, y paseando victoriosamente este glorioso pendón por llanos y sierras, continentes y mares, no ha cesado de cobijar con su bendita sombra a millones de personas que con el corazón en la mano han ofrecido el tributo de puro y sincero amor a todo el que ha dicho: "soy hombre." Y este amor universal ha permanecido el mismo a través de los siglos y de las edades: se han sucedido en el solio los monarcas, han desaparecido los tronos; razas enteras han sido absorbidas por otras más poderosas; pero ya entre los faustos y lujo de las monarquías como entre la sencillez de las democracias, entre los civilizados como entre los bárbaros, entre pueblos carcomidos por los años como en naciones robustas y florecientes con el vigor de la juventud, así en los tiempos prósperos como en los adversos, no ha cesado el Cristianismo de admirar al mundo, con los prodigios de la caridad y las proezas del amor. Es que el Cristianismo no sólo abriga en su seno al verdadero amor, sino que la caridad entra de manera tan íntima y esencial en la constitución misma de su ser que, no sin razón, puede decirse que el Cristianismo es todo amor. Amor en los fundamentales dogmas de su credo, amor en los principales preceptos de su moral, amor en lo esencial de su misteriosa y sobrenatural vida. ¿En dónde, pues, se encontrará el remedio, en dónde la salvación, en dónde la vida para la sociedad agonizante sino en el Cristianismo? Vuelvan, pues, todos los pueblos, vuelvan sus ojos a esta benemérita y divina Institución; alistense en sus filas; sigan su bandera, y vivan de la vida que le anima. Que el Cristianismo con los

admirables dogmas de su Evangelio irradie sobre las inteligencias los resplandores de su divina luz; que el Cristianismo con su dogma y su moral purifique las costumbres de todas las gentes, sostenga las leyes de todos los pueblos, vivifique la constitución de todas las naciones; que el Cristianismo, en fin, con su misteriosa y divina vida penetre en el individuo y lo regenere, circule en la familia y la rehabilite, se apodere, por último, de la sociedad y le comunique su inmortalidad: la humanidad así, sintiendo correr por sus venas estas olas de una vida nueva, generosa y juvenil, se levantará del lecho de su agonía, abandonará el lugar de sus tormentos, y con la mirada fija en el cielo, con el júbilo en el pecho y con la esperanza en el corazón, emprenderá su peregrinación por la tierra, sufrida si pero resignada, hasta que llegue a la morada de su eterno descanso, la Jerusalén celestial, su verdadera Patria.

Dada en Loja, a 12 de marzo de 1915, fiesta de San Gregorio Magno.

✠ **Carlos María,**

Obispo de Loja.

Por mandato de S.S. Ilma. y Rma.

FERNANDO LEQUERICA,

Secretario.

Dr. Luis Armas V 132

TERCERA CARTA PASTORAL

QUE

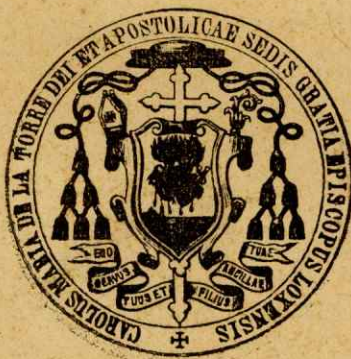
EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

Carlos María de la Torre

OBISPO DE LOJA

DIRIGE

A SUS DIOCESANOS



Loja— 1913.

IMP. LOJANA.

Nos, Doctor Don Carlos María de la Torre,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA APOSTOLICA
OBISPO DE LOJA.

A NUESTRO VENERABLE CAPÍTULO CATEDRAL,
al Clero secular y regular, y a todos los fieles
DE NUESTRA DIOCESIS:
SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

De plenitudine ejus nos omnes accepimus.
De la plenitud de su gracia todos hemos
participado. JOAN. I, 16.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:



A tierra entera se ha estremecido de contento al recordar aquella fecha eternamente memorable en que la mística Esposa del Cordero, la Santa Iglesia Católica, abandonando por fin, tras largo cautiverio, las oscuras masmorras y temerosos antros de las Catacumbas, pudo, a la faz del mundo y sin temor de la muerte, levantar al cielo sus inocentes manos, y, llenas después de los celestes dones, derramarlos con pródiga profusión en los mortales. Habían caído por fin las al parecer infranqueables barreras con que una superstición diez veces secular, las pasiones humanas enseñoreadas del hombre y por él divinizadas, el odio cruel e insaciable de un pueblo amamantado con las inmundicias y crueldades del paganismo, la negra y osada calumnia con que sacerdotes y augures defendían sus bienes y haciendas amenazados con inminente ruina, y la muerte, en fin, precedida y acompañada del espantoso cortejo de los más feroces y horripilantes tormentos, al servicio todos de la Idolatría, habían levantado, con temeraria audacia, para contener en su marcha triunfal

al Cristianismo. Cual sol en el cenit, la verdad religiosa, no ya como hasta entonces, a través de negros y sangrientos nubarrones, sino desde un cielo sereno y transparente, pudo irradiar su luz divina por toda la tierra; la fecundante savia de la moral cristiana libremente y sin tropiezos pudo circular por el individuo y santificarlo, penetrar en el seno de las familias y consolidarlas, infiltrarse a la postre por todos los órganos y miembros de la sociedad caduca y carcomida, más que por los años, por sus execrables excesos, y regenerarla e infundirle nueva vida.

La verdadera civilización, aquella que sin descuidar las nobles exigencias de la inteligencia y de la voluntad, sedientas de la verdad y del bien moral, promueve eficazmente el justo desarrollo material, artístico e industrial en el orden individual, político y social, no sólo recibió del Cristianismo trazada ya la ruta que debía seguir y marcado el camino por el cual, para no extraviarse, debía de marchar, sino que encontró en él experto e iluminado guía, entusiasta y celoso promotor, grande y poderosísimo auxiliar.

He aquí los motivos de la justa y desbordante alegría que embarga todo cristiano pecho, he aquí la razón por la cual resuenan los espacios con cánticos de gloria, vístense las ciudades con sus más ricas y preciosas galas, inúndanse los templos con los suavísimos aromas exhalados, en forma de oración, por agradecidos corazones, y circulan por los santuarios las solemnes, entusiastas y fervientes notas del himno de acción de gracias.

Loja, la católica y piadosa Loja, no podía permanecer insensible ante los entusiastas transportes del orbe cristiano. Sus nobles y esclarecidos hijos guardan con solícito cuidado el precioso tesoro que, cual riquísima herencia, de sus padres recibieran: la fe católica.

Esta fe divina vive de exuberante vida en los corazones de todos, y constituye el más preciado timbre de su gloria; azotada por la tempestad, ha permanecido incólume y vigorosa, y, sacudida por el huracán, cual majestuoso cedro del Líbano, ha ahondado y profundizado más sus robustas raíces; a la manera de generosa y fecundante savia mezclada con la sangre ecuatoriana, despierza, sostiene y aviva aquellas nobles ansias y valientes y

denodados esfuerzos con que luchan por labrar el progreso, el engrandecimiento y la gloria de la Patria; de esta amadísima Patria que, so pena de renunciar a sus pasadas glorias y renegar de sus pasadas grandezas, ha de conservarse, a pesar de los obstáculos, católica siempre y fervorosa creyente, porque la fe que le arrulló en la cuna, le inició en los secretos de la vida, le ayudó a dar los primeros pasos, y no ha cesado jamás de promover, con abnegado desinterés, su dicha y engrandecimiento, constituye su fisonomía propia, su carácter distintivo, el sello peculiar que le da la supremacía sobre los demás pueblos de la tierra.

La Diócesis de Loja, pues, en asocio de sus hermanas de la República, por insinuación del piadosísimo Prelado, que con tanto acierto rige y gobierna la Arquidiócesis de Quito, va, en conmemoración de la paz otorgada por Constantino a la Iglesia, a renovar la consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús. Proclamará con esto la Iglesia ecuatoriana que el Corazón del Hombre Dios es la fuente primera de donde manan todo favor y toda gracia en el orden natural y en el sobrenatural, para los individuos y también para los pueblos y naciones, y que, por lo mismo, la declaración oficial del triunfo obtenido por el Cristianismo, después de tres largos siglos, sobre sus enemigos, y la libertad que concedióle el inmortal Constantino fue precioso dón de este amantísimo Corazón.

He aquí, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, los importantísimos puntos sobre los que deseamos llamar vuestra atención en esta nuestra Carta Pastoral: todo bien tanto en el orden natural como en el sobrenatural y divino de la gracia lo hemos recibido del bondadosísimo Corazón del Salvador; luego, justo, muy justo es que todo se lo consagremos espontánea, voluntaria y amorosamente.

I

El Apóstol del amor, aquél que tuvo la inefable dicha de reposar la cabeza en el pecho de Jesús y contar los latidos de su adorable Corazón, después de recordar con divino lenguaje la eterna generación del Verbo y su aparición en la tierra cubierto de carne humana, celebra

y canta su gloria diciendo que fue cual correspondía al Unigénito del Padre, a Aquél que es la plenitud de la Verdad; porque, fuente de clara e indeficiente luz, y la plenitud de la Vida, porque el océano de la gracia y del amor; y agrega q' de esta plenitud de verdad y de luz, y de este océano de gracia y de amor, todo lo hemos recibido. *De plenitudine ejus nos omnes accepimus.* (1)

Hemos recibido del Corazón de Cristo todo bien en el orden natural. Si contemplando la magnificencia del universo y las admirables prendas y excelentes cualidades que adornan al hombre, nos preguntamos quién fue su Criador; la razón y la fe nos contestan de común acuerdo: Dios. Y si no satisfechos aún, y a pesar de nuestra débil mirada, sondeando los secretos de Dios, nos preguntamos, por segunda vez, a cuál de sus divinos atributos debemos el sér, la vida, todo lo que poseemos; la Filosofía y la Religión nos muestran a la infinita Sabiduría ordenándolo todo con número, peso y medida, a la soberana Omnipotencia pronunciando el *fiat* creador, a la Divina bondad comunicándose a sí misma, y al infinito Amor ostentando y haciendo gala de todas las magnificencias y grandezas dignas del amor de Dios: amor desinteresado porque amando nada pretende alcanzar: es el piélago incommensurable de todo bien y perfección; amor activo y operador porque amando causa. El mismo la bondad por la cual se hace amable el objeto amado; amor sacrificado que, a pesar de la infalible certidumbre con que mira la ingratitud y mala correspondencia del hombre, ámale, sin embargo, y no deja de enriquecerle con sus dones. La bondad de Dios, el incomprensible, eterno e infinito amor de Dios, he aquí la causa primera de nuestra existencia, he aquí la razón adecuada de todo nuestro sér. *Quia bonus est, sumus*, dice S. Agustín: si existimos, lo debemos a la bondad de Dios. (2) Nó, agrega S. Ireneo, no crió Dios al hombre porque de él necesitase, sino tan sólo y únicamente por tener en quien depositar sus dones. *Non quasi indigens Deus hominis plasmavit Adam, sed ut haberet in quem collocaret suá beneficia.* (3)

Ahora bien; ese amor divino que cual encendido Sol

al proyectar los rayos de su calor sobre los negros y fríos abismos de la nada, los calentó, fecundizó, y en ellos hizo pulular el ser y la vida, ese infinito, desinteresado y heroico amor, causa del universo y en especial del hombre, no es propio de una sola de las personas de la Tríade Augustísima: la creación es una comunicación de Dios fuera de sí mismo, y, por lo tanto, común a las tres personas de la Trinidad. El Hijo de Dios, pues, en unión del Padre y del Espíritu Santo amó, y de ese amor brotó la creación. El Verbo creador no sólo anegó la creación en el océano de luz de su Sabiduría increada, lo abrigó, calentó, y vivificó con los rayos de su amor. Y si esto es así, caiga de rodillas el hombre en presencia de Jesús, despliegue sus labios, desate su lengua, y desde el fondo del pecho agradecido deje escapar el himno de gratitud y el cántico del amor.

En virtud de los portentos de la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana, reconcentráronse en el Corazón del Hombre—Dios los amores creados e increados, naturales y de gracia, divinos y humanos; y ese Corazón Santísimo, cual infinita e inextinguible hoguera de caridad, se consumió, agitó y estremeció a impulso de estos dos amores. Y si el amor divino arrancó de los oscuros senos de la nada la belleza, esplendor, gracia y hermosura del universo, el Corazón de Jesús, asiento de este amor y símbolo de esta incomprensible caridad, ha de recibir la adoración, la obediencia, los transportes de gratitud de parte de sus criaturas. Y éstas, al fijar su amorosa mirada en el Corazón Santísimo de Cristo, repitiendo las misteriosas expresiones del Profeta, han de aclamarle como rico manantial de purísimas y frescas aguas, en las que el hombre, acosado sin cesar por la sed ardiente de felicidad, encontrará siempre, seguro refrigerio, dulzura inefable, contento cumplido, perfecta felicidad: "*Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.*" (4)

Y ¿qué diremos de ese mundo mucho más hermoso y excelente, el mundo sobrenatural de la divina gracia? ¿Quién podrá poner en duda que el Corazón adorable del Salvador es también la misteriosa fuente de donde manan estos incomprensibles y celestiales dones? Encar-

(1) Joas. 1, 16. (2) De Doctrina crist. l. I., c. 32. (3) l. 4, c. 14. n. 11.

[4] Isaías XII, 3.

nación del Verbo, dolorosa pasión del Redentor, arroyos de gracia que circulan por los misteriosos canales de los Sacramentos, adorable y divina Eucaristía, rehabilitación del pecador, justificación del alma, y como complemento de todo y corona que encierra en sí todos los dones, la glorificación del hombre en el cielo: todo es efecto del amor y arroyos son que brotan de esta inagotable fuente, el Corazón Santísimo de Jesús. *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (5) ¿Qué es, en efecto, la Encarnación sino el místico connubio de Dios con la naturaleza humana, el ardiente ósculo de amor del Verbo con el alma: *osculetur me osculo oris sui?* (6) ¿Qué es la Redención sino el sacrificio del amante que por salvar al amado rásgase el divino pecho, y tomando en sus manos el amante corazón exprime hasta la última gota de sangre para infundir en el hombre nueva vida? ¿Qué son los Sacramentos sino el amor convertido en regeneración, fortaleza, vida, sustento, consuelo y dulzura del alma? Del amante Corazón del Salvador brotan, pues, estas misteriosas aguas de la gracia. Pero sus límpidos y frescos raudales no sólo corren por entre las abrasadas arenas del desierto de esta vida: refrigerado en el tiempo el corazón con ellas, conviértese él mismo en perenne fuente que hasta el cielo lanza sus frescas aguas y en las que por toda la eternidad saciará, sin decir jamás basta, la ardiente sed de dicha y gloria que le devora. *Fiet in eo fons aquae salientis in vitam eternam.* (7) El alma peregrina devorada por la sed, junto, pues, sus marchitos labios al costado abierto del Salvador, y beba, beba, beba de esas misteriosas aguas. Y en los arrebatos de su entusiasmo agradecido y en los arranques de su entrañable amor, invite a las criaturas todas a celebrar las magnificencias inauditas del Corazón de Cristo: *Confitemini Domino, et invocate nomen ejus, notas facite in populis adinventiones ejus:* (8) porque sólo el infinito amor de Dios, encerrado en el Corazón del Redentor, podía producir tan extraordinarios y estupendos prodigios de amor: *Mementote quoniam excelsum est nomen ejus. Cantate Domino quoniam magnifice fecit, annuntiate hoc in universa terra.* (9)

(5) H.

(8) Isaias XII, 4

(6) Cant. Cant.

(9) H. XII, 4, 5.

(7) Joann. IV, 14.

II

Si pues, todo 'dón brota del Corazón de Jesús, la paz, la libertad, la tranquilidad de la Iglesia después de tres largos siglos de sangrientos combates, fueron también efecto de su amor.

Y ¡qué amor, Venenerables Hermanos y amadísimos Hijos, qué amor el que profesa Jesús a su Iglesia! Heredera de la Sinagoga no es solamente la viña plantada por el Señor, (10) la casa que él mismo se edificó, (11) la hija predilecta: (12) es además su amadísima esposa, (13) es el templo en que habita con sus dones el Espíritu Santo, (14) es el cuerpo místico de Cristo. (15) Por amor de la Iglesia, para que fuese santa, gloriosa, sin mancha ni lunar entregó Jesús su propia vida y murió en el árbol ignominioso de la cruz: *Dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea.* (16) La cuna de la Iglesia se mecía en el Calvario y su vida echó raíces en el Corazón rasgado del Salvador.

Contemplemos este portentoso nacimiento, que nada como él nos hará vislumbrar el infinito amor de Jesús por su santa Iglesia.

La víspera de su muerte, compendiando las maravillas de su caridad, entregóse el Salvador al hombre, en la adorable Eucaristía; el día mismo de su pasión le entregó la vida; pero, ya después de muerto, sobreviviendo su amor a su propia vida, le entregó el corazón. Muerto ya Jesús, el centurión con sacrilega lanza rasgó su costado y abrió profunda herida en el divino Corazón: entonces, narra el Evangelista, brotó del destrozado pecho y del herido corazón, sangre mezclada con agua. (17)

¿Qué significan aquellas gotas de la divina sangre? Proclaman a grito herido que el Amante no se había reservado para sí ni siquiera una sola gota de su propia sangre. ¿Y el agua? Que de lo más secreto y recóndito de su divino Corazón, de aquel apartadísimo lugar en donde se había refugiado la última gota de la preciosa sangre, brotaron los sacramentos y especialmente el regenerador del Bautismo. ¿Y el efecto inmediato de este san-

[10] Ps. 79, 9 s. s.; Isaias v. 1 s. s.; Jer. II, 21, 15, etc. [11] Is. II, 2 s. s.

[12] Ps. XXVIII, 1

[13] Ad Eph. v, 29.

[14] I Corin. III, 9.

[15] Eph. I, 23 etc.

[16] Eph. v, 25

[17] Joann. XIX, 34.

tísimo sacramento, no es incorporar al hombre con la Iglesia y darle derecho a participar de los sobrenaturales dones que ésta trajo a la tierra? Si aquella agua misteriosa representaba, pues, no de oscura manera el Bautismo, y si el Bautismo es el símbolo por excelencia de la Iglesia, la Iglesia brotó del rasgado corazón del ya exánime Redentor. Por esto observa S. Agustín, no dijo el Evangelista que fue golpeado, herido u otra cosa semejante el costado de Jesús, sino que fue abierto, (18) para que comprendiésemos que, abiertas de par en par las puertas del Sagrario, salió de lo íntimo del corazón de Jesús su esposa la Iglesia. Sí, en aquellos tristísimos y solemnes instantes, cuando los compañeros fieles del Salvador con angustiada y estupefacta mirada, penetrando a través de la cruel herida, contemplaron con sus propios ojos el corazón de Jesús, rasgado por la lanza, entonces cual la Eva de la Nueva Alianza, formada como la primera mujer del costado del Nuevo Adán dormido con el sueño de la muerte, saliendo del divino Corazón y representada por lo más florido de sus miembros, apareció la Santa Iglesia. Allí estaba la inocencia imaculada representada por María, allí la dolorosa penitencia en persona de Magdalena abrazaba con indecible amor la cruz, con incomparable ternura besaba los adorables pies enclavados del Redentor, y con dicha sin igual bañaba su cabeza pecadora con los purísimos arroyos de la divina sangre; allí estaban los fieles representados por las piadosas mujeres, allí el sacerdocio católico representado por S. Juan. Había, pues, nacido la Iglesia. Y si Adán vuelto en sí del misterioso sueño, al contemplar por vez primera, delante de sí, a la primera mujer, resplandeciente de celestial hermosura, que fija en él su dulce mirada, suavemente le sonreía, en un éxtasis de ardiente amor exclamó: *Hoc nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea*; (19) también la Divinidad adorable del Salvador unida aún con el yerto y frío cadáver de su sagrado cuerpo, entonó este sublime epitalamio: "Esta es mi esposa querida; yo mismo la he formado de mi propio corazón: la amo y la amaré siempre como a hueso de mis huesos y carne de mi carne: me uniré con ella me estre-

charé con ella, no la abandonaré jamás: mi vida será su vida: *et erunt duo in carne una*. (20)

Pero no sólo ama Cristo a su Iglesia como a su purísima esposa: la ama con el amor con que El se ama a sí mismo; porque la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; (21) Cristo es la Cabeza, y de todos los miembros de la Iglesia fórmasse su cuerpo. (22) La Iglesia es la prolongación de Cristo en el tiempo y en el espacio; la Iglesia es el complemento de Cristo, es, según la expresión de S. Pablo, el *pleroma* de Cristo. (23) Cristo nace, crece, se desarrolla, se perfecciona en cada cristiano porque es miembro de la Iglesia. (24) El Cristo místico, esto es Jesús y su Iglesia, son la vid y los sarmientos, (25) el olivo y sus ramas, la cabeza y los miembros. La misma vida que como en su fuente y origen reside en Cristo, circula después y se extiende por los miembros de todo el cuerpo; la misma savia que fecundiza la vid sostiene también los sarmientos; el mismo jugo vital que fluye por el tronco del olivo corre también por sus ramas. (26) Nadie como Pablo ha profundizado este misterioso amor de Cristo con su Iglesia, nadie como él lo ha presentado con los resplandores de clarísima verdad; porque nadie como él sintió más vivamente esta estrecha unión, esta maravillosa identificación de Cristo y su Iglesia.

¿Recordáis, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, a Saulo en el camino de Damasco? Respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, según la enérgica expresión del Sagrado Texto, (27) armado de las cartas que había arrebatado al Príncipe de los sacerdotes para aprisionar a todo el que profesase la nueva Religión, emprende con incontenible ardor el camino de Damasco. Pero, ¿lo véis? Bien pronto yace en tierra derribado por el divino brazo; clarísimos fulgores de celestial visión deslumbran, ofuscan, ciegan su pupila; en medio de aquella vivísima luz aparece el Redentor, y repréndele severamente por su injusta persecución a la Iglesia naciente.

[20] Ibidem, 24.

[22] Ad Eph. I 22, 23. Ad Coloss. I, 18.

[24] Ad Gal. 18, 19, Ad Eph. IV, 12.

[26] "Totus Christus caput et corpus est; caput Unigenitus Dei Filius, et corpus ejus Ecclesia; sponsus et sponsa, duo in carne una" Aug. De Unit. Ecc. 4.

[27] Act. Appost. IX, 1.

[21] I Cor. 12, 19, 27.

[23] Ad Eph. III, 19.

[25] Ioan. XV, 5.

[18] Tract. 120 in Ioan.

[19] Gen. II, 23.

El inspirado libro de los Hechos de los Apóstoles nos ha conservado con religiosa veneración las palabras de Jesús: *Saule, Saule*, le dijo, *quid me persequeris?* Saulo, Saulo, por qué me persigues? Y como ignorase el temeroso Saulo de quién era aquella voz, le respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues. *Ego sum Jesus, quem tu persequeris* (28) Cómo! El triunfante Redentor no asentábase ya lleno de gloria y majestad a la diestra del Padre? Sí; pero la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; Cristo y la Iglesia no forman sino una sola persona mística; quien, pues, persigue a la cabeza persigue a los miembros, quien persigue a la Iglesia a Cristo persigue, quien oye a la Iglesia oye a Cristo, quien desprecia a la Iglesia desprecia al mismo Cristo. *Qui vos audit me audit et qui vos spernit me spernit.* (29)

Si, pues, la Iglesia santa es el cuerpo místico del Salvador, y si, como observa S. Pablo, en el cuerpo humano no es un miembro indiferente a la suerte de los demás miembros sino que todos penan con el que pena y gozan con el que goza; (30) ¿cómo no sentiría crudelísima herida el Corazón Santísimo de Jesús cuando, durante las tres largas centurias de espantosa prueba para su amadísima esposa, contemplábase tan feroz e inhumanamente perseguida? ¿Con qué ternísimos ojos de compasiva misericordia la vería desposeída de todo bien terreno, infamada con las más atroces calumnias, perseguida con satánico furor hasta en las oscuras y negras cavernas en donde había buscado asilo y refugio, despedazada, por fin, cubierta de heridas, anegada en la sangre de sus propios hijos?... La misericordia de Dios es infinita: campea, según el Salmista, sobre todas las demás obras de sus divinas manos: *miserationes ejus super omnia opera ejus.* (31) Pero los infinitos abismos de la divina misericordia, o sea aquella propensión innata de la voluntad divina, por la cual inclinase Dios a socorrer al hombre en sus calamidades y miserias, (32) por la íntima y misteriosa unión del Verbo con la naturaleza humana, era en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente compasiva. Y si asentado

ya en su trono de gloria, no puede padecer ni sufrir, su corazón, sin embargo, no ha perdido nada de su exquisita sensibilidad y maravillosa ternura.

Por esto enseña S. Pablo que fue necesario que el Verbo, tomando carne humana y asumiendo un corazón sensible, se hiciese en todo semejante a los hombres, a fin de que no sólo supiese ser misericordioso como lo es Dios sino también a la manera del hombre. *Debit per omnia fratribus similari ut misericors fieret.* (33) Y así, no encuentra el apóstol motivo más poderoso para despertar en el pecho de los cristianos la más ilimitada confianza en Nuestro Señor Jesucristo, que presentarlo como a sacerdote del Nuevo Testamento, Pontífice Supremo, que conociendo, por dolorosa experiencia, lo amargo del dolor, conduélase con el que pena y llora con el que llora. *Non enim habemus Pontificem qui non possit compati infirmitatibus nostris; tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato.* [34]

El corazón de nuestro dulcísimo Salvador no sólo inclinábase, pues, a socorrer a su amadísima Iglesia, sino que, además, sentía, de un modo sensible, en su divino corazón, algo que física e irresistiblemente arrastrábale a poner término a las espantosísimas penas con que había probado su invicta constancia y sacrificado amor; y ante esta irresistible fuerza debía, dirémoslo así, hacerse el Corazón de Jesús grandísima violencia para no abrir de par en par, antes del tiempo decretado por su infinita Sabiduría, las puertas de la prisión en que gemía su amadísima esposa, y rompiendo sus férreas cadenas, hacer brillar al fin sobre ella más claros y serenos días. Pero llegó, por fin, este momento venturoso: tres siglos de sangrienta persecución debían enseñar al mundo entero que nada debe la Iglesia a los poderes de la tierra, y que si ha extendido su dominio por todo el universo, lo debe únicamente al brazo divino que la protege. Por el contrario, el mayor poder de la tierra, aquél que por medio de su invencible espada había derrocado tronos, arrasado ciudades, destruído imperios, nada había podido contra ella; decimos mal; mucho pudo: abrigantó su gloria, realzó su hermosura. En adelante, a la cándida y reluciente túnica

[28] Act. IX 3-5 [29] Luc. X, 16. [30] I Ad Corin. XII, 25, 26, 27.
[31] Ps. 144, 9. [32] Cf. Toledo, in c. I Luce, Annot. 161.

[33] Ad Hebr. II, 17.

[34] Ad Hebr. IV, 15.

ca de la gracia juntará la Iglesia el regio manto de púrpura, teñido en la generosa sangre de sus hijos. En aquel venturoso y suspirado momento, el divino Salvador, dejándose llevar por los estímulos de su amante Corazón, suscitó al gran Constantino, dióle la altísima misión de libertar a su Iglesia, y, como prenda de su amparo, enarboló El mismo en los cielos aquel glorioso pendón a cuya sombra las huestes del Emperador consiguieron del cruel Majencio estupeunda y magnífica victoria. Nó, no fue el número de los combatientes —menor que el de los contrarios— no el indomable valor de los aguerridos soldados, no la pericia del invicto capitán los que dieron la victoria: ésta, con deslumbradores caracteres, como efecto del amor de Jesús, fue vaticinada en lo alto de los cielos: así lo confesó el triunfante general, así lo declaró el ejército victorioso, así lo proclamó a la faz del mundo el el Senado gentil, cuando en el arco de triunfo erigido al vencedor de Majencio, atribuyó la victoria al concurso de la Divinidad; así, finalmente, lo esparció por los cuatro vientos el mismo inmortal Constantino cuando en la estatua que, para eterno recuerdo de su glorioso triunfo, habíasele levantado, y en la que ostentaba su diestra la vencedora cruz, había hecho grabar esta significativa frase: "Con este signo saludable, verdadera señal de fortaleza, libré a vuestra ciudad del yugo de la tiranía." (35)

III

¿No será, pues, equitativo y justo que en la conmemoración de tan grande y excepcional hecho histórico, todos los que nos enorgullecemos con el título de hijos sumisos y amantes de la Iglesia, depositemos al pie del trono del Corazón divino de Jesús el tributo de nuestra rendida fe, de nuestra humilde adoración, de nuestro tierno y filial amor? ¿No consagraremos al Corazón del Hombre—Dios aquellos mismos bienes que de su pródigo y bienhechora mano hemos recibido? Porque, devuelta la paz a la Iglesia, pudo ésta sin obstáculo desarrollar su benéfico influjo en el individuo, en la familia, en la sociedad; y derramando por todas partes con las ine-

[35] Euseb. De Vita Const. I, 27 s. s.

fables claridades de la fe los fecundantes rayos del amor, purificándolo todo, ennobleciéndolo todo, santificándolo todo, y devolviendo la paz al corazón y restableciendo la armonía de las almas, labró la prosperidad y dicha de los individuos, la grandeza y esplendor de las naciones.

Por esto nuestro amadísimo Pontífice, el Papa Pío X, ha dispuesto que el magnífico y suntuoso templo que en aquel mismo sitio memorable en que, hace 1600 años, la gloriosa insignia de la Redención postró para siempre y destruyó el secular poder del gentilismo, sea consagrado al Corazón Santísimo de Jesús.

¿Y con cuánta vehemencia desea este Divino Corazón la entera y absoluta consagración de los individuos y de las naciones! El mismo, con repetidas instancias, exigió de la dichosa confidente de sus secretos, la Beata Margarita María, y reclama de todos sus devotos esta fervorosa consagración, esto es la entrega absoluta y perpetua de su alma de tal suerte que en adelante no suspiren sino por Jesús, no aspiren a realizar sino los deseos de Jesús, no obren sino en unión con Jesús, no vivan, en fin, sino de la vida de Jesús. (36)

Y con los individuos han de consagrarse las familias, los pueblos, las naciones. Desde los comienzos mismos de esta dulcísima devoción el mensaje del Corazón Santísimo de Jesús al rey de Francia habíaba de la consagración oficial de la hija primogénita de la Iglesia. Y como, a pesar del transcurso de los años, no alcanzase este enamorado Corazón el logro de sus deseos, en uno de los momentos más críticos para el mundo, cuando densos y negros nubarrones anunciaban en el horizonte de la Iglesia el inminente estallido de horrenda y formidable tempestad, buscó Jesús una depositaria de las ternuras de su Corazón, forma en el monasterio del Buen Pastor de Porto a una santa religiosa, déjale escuchar los acentos dulcísimos de su divina voz, comunícale sus deseos, impártele sus órdenes para su Vicario, (37) y el inmortal León XIII, cediendo a las repetidas instancias de Jesús, manda que

[36] Marg. Mar. *Vie et Œuvres* t. II, p. 321, 338.— Lettre XXV, t. II, p. 50; lettre XXXVII, t. VI, p. 65; lettre XXI, t. II, p. 52. [37] Louis Chasle, *Soeur Marie du Divin Cœur, religieuse du Bon Pasteur*, c. XI.

toda la Iglesia, en un mismo día, se consagre al Corazón Divino del Salvador mediante la fórmula que este mismo Deífico Corazón ha inspirado: y el 11 de junio de 1899, fecha de inolvidable memoria, de todo el ámbito del mundo y de lo más íntimo del pecho de la Iglesia militante exhálase un prolongado cántico de encendido amor, remóntase a las alturas, traspasa las nubes, y penetrando en los cielos, cual inmensa onda de dulcísima armonía, rueda a los divinos pies del Corazón adorable de Jesús.

El amor, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, el amor desea esta consagración, la gratitud lo reclama, la justicia lo exige. Sí, la justicia lo exige: ¿Quién es, en efecto, Nuestro Señor Jesucristo? Es, no nos cansemos de proclamarlo, no cesemos de repetirlo a voz en cuello: Nuestro Señor Jesucristo es el Monarca supremo, el Rey soberano, el Arbitro y Dueño de la creación entera; es el verdadero Hijo de Dios vivo, a quien toca por derecho la herencia del Padre: el poder, el imperio, la soberanía del Padre son también imperio, poder y soberanía del Hijo. El Padre, en los inefables resplandores de la eterna generación, cuando de su amantísimo seno cual deslumbrante rayo de luz, esplendor de su gloria, su imagen substancial, brotaba el Divino Verbo, el Padre, al fijar complacido en El la mirada, prorrumpió en este cántico de amor: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado en el instante del eterno día: *Filius meus es Tu, ego hodie genui Te.* (38) Tú eres mi Hijo, y contigo compartiré mi poder, mi gloria, mi imperio sobre todo lo criado. Pídemelo, pues, Hijo querido, y tu plegaria será escuchada: pídemelo y te concederé por herencia los pueblos todos y naciones: tu imperio en la tierra no encontrará otros límites que los mismos confines de ella. *Postula a me et dabo tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae.* (39)

Nuestro Señor Jesucristo es rey; y por esto, cuando pocos momentos antes de morir preguntóle el Gobernador Romano quién era, respondióle que era rey: *Tu dicis quia rex sum ego.* (40) Nuestro Señor Jesucristo es Rey: su poder en cielos y tierra llámase omnipotencia. *Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra.* (41) Nuestro

Señor Jesucristo es rey, y ha comprado su trono a costa de su divina sangre: ¿No habéis fijado vuestras miradas en lo más encumbrado de la cruz? ¿qué habéis leído? La causa de la muerte del Redentor ha grabado el Pretor en la cruz; pero esa causa no es padrón de ignominia, es título de gloria: ¿qué leéis? *Jesus Nazarenus Rex.* (42)

Jesús de Nazareth, rey. Y este glorioso título aparece tan inalienable, y en tanta estima lo tiene el Salvador que Pilatos, el cobarde Pretor, aquel que, atemorizado por las amenazas de los judíos, había consentido en condenar a aquél cuya inocencia cien veces había exaltado, Pilatos, que, antes que perder la amistad del César, había preferido perder la amistad de Dios, mancharse con la inocente sangre, y hacerse reo de atroz deicidio, Pilatos, presionado, constreñido, amenazado por los judíos, no consiente en que se retire el título de la cruz; y con inusitada firmeza responde: escrito está lo escrito: *quod scripsi scripsi* (43) ¿Cómo explicar tan maravillosa mutación? Es que tiene Dios en sus manos el corazón de los hombres, y no podía permitir que fuese privado su Hijo del título comprado a costa de su sangre. Con su muerte había arrancado al hombre del poder de las tinieblas, (44) había sacrificado su vida divina por su rescate, (45) habíase formado un pueblo y erigido un reino: el pueblo de los redimidos: (46) las generaciones todas, pues, en el decurso de los siglos, al contemplar, asombradas y llenas de religioso pavor al Dios muerto en la ignominiosa cruz, juntamente con la Víctima adorable mirarán el título por ella conquistado: *Jesus Nazarenus Rex.* Jesús de Nazareth, Rey. (47)

Ríndase, pues, al Corazón Santísimo de Jesús el culto que le es debido: respeto, obediencia, veneración, amor. Conságrense a él los hombres todos, entréguese a él las familias, aclámenle por soberano los pueblos; grábese su nombre en todos los códigos, reconózcase su dominio en todas las constituciones, entre resplandores de oro y plata brille su imagen en todos los pendones, y a la sombra de este lábaro bendito, corran las naciones a la segura con-

[42] Joan. 19, 19.

[43] Joan. 19, 22.

[44] Coloss. 1, 13.

[45] Tim. 2, 16.

[46] Petri 2, 9.

[47] Joan. 19, 19.

[38] Ps. II, 7.

[39] Ibid. 8

[40] Joan. 18, 37

[41] Math. 28, 18

quista de la gloria.

No terminaremos sin llamar vuestra atención sobre un motivo poderosísimo para estimular a todos los fieles ecuatorianos a que nos consagremos una vez más al Corazón Santísimo de Jesús. El centenario de la paz concedida a la Iglesia por Constantino ha coincidido con el cuadragésimo aniversario de la consagración oficial de la República del Ecuador a este Divino Corazón. ¿Lo confesaremos, Vbles. Hermanos y amadísimos Hijos? Cuando fijamos nuestra angustiada mirada en aquellos tiempos más felices, sentimos desgarrarse el corazón, y la sangre que brota de la herida, convertida en amargas lágrimas, rueda por nuestras avergonzadas mejillas. Ay! El Ecuador, la primera nación que pública y solemnemente hizo protesta de fe y de amor consagrándose irrevocablemente al Santísimo Corazón; el Ecuador condecorado por los demás pueblos con el glorioso título de República del Sagrado Corazón; el Ecuador, que tan extraordinarios beneficios y gracias había reportado de este acto de consagración; el Ecuador, en día menguado y de eterna reprobación, horrorizado contempló que uno de sus Congresos, con sacrilego decreto, (48) pretendió anular la consagración de la República al Corazón Divino de Jesús. No, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, no consiguieron aquellos extraviados hermanos nuestros, no consiguieron su intento: no eran entonces representantes genuinos de la Nación: el pueblo entero del Ecuador reprobó indignado aquel sacrilego atentado. Loja, en particular, la Diócesis de la Inmaculada, la católica por excelencia, dejó escuchar su grito de protesta; decimos mal: pretendió Loja que en el seno de las Cámaras, manchadas con tan negro delito, resonase el grito de su justa cólera, el clamor de su airada protesta, y cayese sobre los culpables el anatema de su reprobación; pero ni siquiera se dió lectura a la representación de los lojanos. (49)

No, lo repetimos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, la Nación no se hizo rea de este sacrilego delito; el decreto de quienes contrariaban abiertamente los sentimientos del Ecuador, fue nulo y de ningún valor; y nuestra querida Patria si antes del infausto decreto fue la

República del Sagrado Corazón, después de él continuó perteneciéndole como antes: su consagración fue y ha permanecido irrevocable. Pero ¿quién podrá comprender la enorme injuria que se irrogó al Corazón Santísimo de Jesús? Deber nuestro es, pues, reparar con nuestros actos de obediencia, sumisión y amor esta falta de nuestros desgraciados hermanos; y así siendo este año el cuadragésimo después que el Ecuador se consagró oficialmente al Divino Corazón, justo, conveniente, necesario es que todos los que al nombre de católicos juntamos el glorioso título de ecuatorianos, que reiteremos con humildad y con amor la consagración de nuestras personas, de nuestras familias y de nuestra Patria a este amantísimo Corazón.

Sí, os diremos con el inmortal León XIII: El es nuestra única esperanza, en El hemos cifrado nuestra salvación: *in eo omnes collocandae spes, ex eo hominum petenda et expectanda salus*. Si hasta aquí hemos terido la desgracia de extraviarnos tiempo es aún de volver al recto sendero. *Erratum est, redeundum in viam*. ¿Las tinieblas del error cual espesas sombras han invadido y cegado las mentes? Que huyan desfavoridas a los rayos de la verdad: *obductae mentibus tenebrae: discutienda caligo luce veritatis*. ¿La muerte, quizá, con sus horrores, ha invadido las almas, ha penetrado en las familias, amenaza destruir la Patria? No temamos, no desconfiemos: el Corazón de Jesús es la vida. *Mors occupavit, apprehendenda vita*. (50)

Mandamos, pues, que el día en que celebró la Iglesia la fiesta del Corazón Santísimo de Jesús, 30 del corriente, todos y cada uno de los distintos grupos de personas que, según el programa de los festejos para las fiestas centenarias, han de hacer guardia de honor al Santísimo Sacramento, durante todo el día, terminen su adoración con el acto de consagración a este dulcísimo Corazón. Por la tarde, Nos en persona reiteraremos, en unión de todos los fieles, este mismo acto de consagración.

En las parroquias del campo, los Vbles. Párrocos, en obediencia de lo prescrito por Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, el 30 del presente mes, y en presencia del Santísimo Sacramento expuesto públicamente, recitarán el acto de consagración según la fórmula mandada por

(50) "Annum Sacrum"

[48] De 23 de octubre de 1900.
fecha el 6 de septiembre de 1901.

[49] La petición al Congreso fue

León XIII, seguida de las letanías al mismo Sacratísimo Corazón; y el domingo siguiente, 1.º de junio, a la hora de mayor concurrencia, repetirán este acto de consagración, pero sirviéndose de la fórmula inserta en esta nuestra Carta Pastoral.

Nos aprovechamos de esta oportunidad para exhortar a todos los Rectores de Iglesias parroquiales y conventuales que procuren honrar, con el mayor fervor posible, al Corazón de nuestro Dios y Salvador, los primeros viernes de cada mes y durante todo el mes de junio, dedicado de un modo especial a este amantísimo Corazón.

Para terminar levantamos humildemente nuestras manos a este Trono de Bondad, Fuente de misericordia, Píedago de caridad e infinito Océano de amor, y le suplicamos muy encarecidamente que derrame con profusión su gracia en vuestras almas, y que se digne bendeciros, así como a todos con ternísimo afecto os bendecimos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Léase esta Carta Pastoral en la forma acostumbrada.

*Dada en nuestro palacio de la Inmaculada
Concepción de Loja, a 6 de mayo de 1913.*

✠ Carlos María,

OBISPO DE LOJA.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima.

JUVENAL JARAMILLO,
SUBSECRETARIO.



FORMULA

mediante la cual se renovará la Consagración
DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR
al Divino Corazón de Jesús.



s dulcísimo, Redentor del género huma-
no, míranos postrados humildemen-
te ante tu altar. Tuyos somos y tuyos
queremos ser; y para unirnos más ínti-
mamente a Ti, hoy nuestro corazón se
consagra espontáneamente a tu Sacratí-
mo Corazón.

Muchos jamás te han conocido; muchos, despreciando tus mandamientos, te han repudiado. Apíadate, benignísimo Jesús, de los únos y de los ótros, y atráelos a todos a tu Santo Corazón.

Seas Rey, Señor, no sólo de los fieles que jamás se han apartado de Ti, sino también de los hijos pródigos que te han abandonado; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, para que no perezcan de miseria y de hambre.

Seas Rey de aquellos a quienes tienen engañados las opiniones erróneas o separado la discordia, y tórnalos al puerto de la verdad y de la unidad de la Fe. para que presto haya un solo rebaño y un solo Pastor.

Seas Rey, en fin, de los que viven en la antigua superstición gentílica, y no rehuses trasladarlos de las tinieblas a la luz y Reino de Dios. Otorga, Señor, a tu Iglesia una libertad incólume y segura; concede a todas las naciones, y en particular a la República del Ecuador, que reitera y confirma en este día su absoluta e irrevocable entrega a tu Santísimo y Divino Corazón, la tranquilidad del orden; haz que del uno al otro polo de la tierra resuene una sola voz: *Alabanza sea dada al Divino Corazón, por quien se nos ha alcanzado la salud: a El gloria y honra por todos los siglos.* — AMÉN.

145

DECIMA CUARTA CARTA PASTORAL

QUE

EL ILMO. Y RVMO. SR. DR. DN.

CARLOS MARIA DE LA TORRE

DIRIGE

A LOS FIELES DE LA DIOCESIS DE LOJA



QUITO — ECUADOR

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACIÓN SALESIANAS

1919

Nos. Dr. D. Carlos María de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA
APOSTÓLICA, OBISPO DE LOJA Y ELECTO DE RIOBAMBA.

**A nuestro Venerable Capítulo Catedral, al Clero
secular y regular y a todos los fieles de la Diócesis
de Loja, salud y paz en N. S. Jesucristo.**

*Ecce ego scio, quia amplius
non videbitis faciem meam.*

Ya no nos volveréis a ver.
(Act. Apos. XX, 25)

Vbles. Hermanos

y amadísimos Hijos en N. S. Jesucristo.



QUELLA misma divina voz que, hace siete años, resonó en nuestros oídos, y arrancándonos de nuestra tierra natal y del hogar de nuestros padres, nos ordenó apacentar el lojano aprisco; clara, imperiosa, irresistible, se ha dejado escuchar de nuevo y nos ha dicho: «Pobre peregrino que arrastras tu penosa existencia por entre las escabrosas sendas de un valle erizado de abrojos y de espinas, acuérdate que en ningún lugar de la tierra has de encontrar reposo..... Levántate, pues, arrolla tu tienda de campaña, despréndete de los

brazos de tus amantes hijos, abandona las verdes y floridas vegas del Zamora, deja el Mediodía, encamina tus pasos hacia el Norte, haz alto en las majestuosas faldas del Chimborazo y planta en ellas tu humilde pabellón....».

¿Qué es el hombre para que ose oponerse a la voz divina?....

Nos, pues, cerciorados del divino querer mediante el infalible oráculo del Pontífice Romano, augusto Representante de Dios y Vicario de Jesucristo en la tierra, sin siquiera atrevernos a desplegar los labios, dóciles, sumisos, resignados, obedientes, hemos inclinado humildemente la cerviz, hemos recibido sobre los hombros el no leve peso de la nueva cruz, y cargados de ella nos hemos dirigido al lugar que el Señor nos ha mostrado.

Aunque con el corazón desgarrado por el dolor, os enviamos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, el triste adiós de despedida.

¿Qué padre al desprenderse para siempre de las prendas de su amor, no siente desfallecido el ánimo, anudada la garganta, trémula la voz, turbios los ojos, arrasado de lágrimas el semblante?....

Raros son los monstruos: y padre sin entrañas o hijos sin corazón monstruos son de la naturaleza. Pero, al fin y a la postre, más fácil, mucho más fácil es encontrar hijos ingratos que desnaturalizados padres.... Y Nos que hemos sido vuestro padre; Nos, que con la unción episcopal participamos de aquel tierno, profundo e invencible amor con que el Redentor Divino ama a las almas, por redimir a las cuales no vaciló un punto en derramar hasta la última gota de su preciosa sangre; Nos, que habíamos identificado nuestra existencia con la vuestra, y al término de la mortal carrera esperábamos dormir apaciblemente en medio de vosotros el

último sueño; al arrancarnos de vuestro lado ¿no sentiremos laceradas las entrañas, destrozado el pecho, desgarrado y hecho jirones el corazón? ¿Acertaremos de otra suerte que con trémula y entrecortada voz y entre un diluvio de lágrimas a despedirnos de vosotros diciendo: «que la bendita paz del Señor habite siempre con vosotros, que nunca se aparte de vuestro lado, que entre vosotros perennemente permanezca»??

Permitidnos, sin embargo, que antes de abandonar el cayado pastoral, presentemos el testimonio de nuestro agradecimiento y profunda gratitud a todos los que, en el no corto período de siete años, nos han ayudado de una u otra manera a sobrellevar la pesada cruz del episcopado.

Hablamos, en primer lugar, de vosotros, Venerables miembros del Capítulo Diocesano. Intimamente estamos persuadidos de que muy pocas veces ha presenciado el mundo el sublime y consolador espectáculo de una adhesión tan sincera, de una unión tan estrecha, de una armonía tan perfecta como las que felizmente han reinado entre el Obispo de Loja y su Capítulo Catedral. Vosotros, Venerables Canónigos, habéis sido los primeros en obedecer nuestras órdenes, los primeros en prestaros a seguir nuestras más ligeras insinuaciones, los primeros en regocijarnos y enorgullecernos con inequívocas pruebas de cordial y sincero afecto. Muy grato nos es, Venerables Hermanos, dejar constancia en este documento público de estas vuestras relevantes virtudes, que os han granjeado la estima y aprecio de los buenos, el reconocimiento y gratitud de vuestro Prelado, y, lo que vale mucho más todavía, el derecho a la eterna recompensa.

Y ¿qué diremos de vosotros, amadísimos sacerdotes? No ignorabáis que erais los predilectos en el amor de vuestro Padre; bien sabíais que el Obispo de Loja

no os dejaba abandonados en vuestras solitarias parroquias, sino que, fija siempre en vosotros la cariñosa mirada, os compadecía en vuestras penalidades y sacrificios, os alentaba en las rudas tareas del apostolado y os colmaba de caricias cuando fiel y exactamente cumplíais vuestros sagrados deberes.... Y vosotros, por vuestra parte, no le habéis escatimado ni la confianza, ni la obediencia, ni el amor.... Cuando no pudimos dudar de la voluntad divina que nos ordenaba separarnos de vosotros, la primera imagen que nos asaltó la mente fué la vuestra. Ah! ¡Quién nos hubiera concedido, antes de daros el postrimer adiós, el poder estrecharos tiernamente contra nuestro amante pecho y mezclar nuestras lágrimas con las vuestras!.... Empero Dios nos ha privado hasta de este supremo consuelo: alabemos humildemente sus santas disposiciones; sometámonos sin murmurar a su divino querer!

¡Y echaremos al olvido, en tan solemne ocasión, a los esclarecidos hijos de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán que con tanto celo nos han ayudado a cultivar el místico campo del Padre de familias? Rebo-sando el alma de reconocimiento y gratitud ¿no mencionaremos siquiera a los beneméritos hijos de S. Juan Bautista de la Salle, a las humildes y abnegadas religiosas del Instituto Nacional de Mariana de Jesús, a las admirables Hijas de la Caridad?.... El pensamiento predominante de nuestro episcopado, no lo ignoráis, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, ha sido la educación cristiana de la niñez: a ella hemos enderezado nuestras preocupaciones y desvelos, a ella dedicado todos nuestros varoniles esfuerzos, a ella consagrado todas las energías de nuestro espíritu. Y vosotros, gloria de la Religión y de la humanidad, admirables Institutos religiosos docentes, habéis coadyuvado con toda eficacia al logro de tan santa como importantísima empresa. Merced a vuestra ilustración, sacrificios y perseveran-

cia, Loja—la graciosa ciudad que encierra sus hechizos en el marco de bruñida plata de dos juguetones riachuelos, más allá de los cuales extiéndense campos y colinas de esmeralda—Loja, decimos, cada año ha ceñido sus sienes con la preciosa aureola del saber y virtud de sus niños pequeñines y de sus tiernas y candorosas niñas. Que en los institutos religiosos docentes no sólo, como en ninguna parte, se bañan en torrentes de científica luz las inteligencias juveniles, sino, además, se labran, pulen y abrillantan con el buril de la virtud los tiernos corazones. El Cielo recompensará un día las rudas labores de vuestro apostolado científico, moral y religioso, y Loja, no podemos dudarlo, pagará con su afecto, reconocimiento y gratitud la deuda sagrada que con vosotros ha contraído. Y ya que hablamos de la educación de la niñez, vaya esta despedida empapada en los sentimientos de admiración y reconocimiento hacia aquel puñado de valientes y esforzadas heroínas que, durante los siete largos años de nuestro episcopado, han asombrado al mundo con la generosidad y constancia con las cuales, hollando respetos humanos y venciendo el natural rubor, no han cesado de pedir cada mes, de puerta en puerta, una limosna para el sostenimiento de la Escuela de los Hermanos Cristianos. Es verdad que las erogaciones no han correspondido a sus humillaciones y sacrificios; pero atesorando en su pecho un gran caudal de espíritu de fe, no han desmayado un punto en la difícil empresa: sabían muy bien que la humildad y el sacrificio muy mucho pesan en la balanza de la Misericordia Divina y que la amorosa intención de buscar a todo trance la gloria de Dios y la salvación de las almas es la aérea llave que abre los tesoros de la infinita Bondad. Y, sin duda alguna, merced a este espíritu de fe y a este ejercicio de las virtudes cristianas, puede enorgullecerse Loja no sólo de ver concluído el amplio y cómodo edificio que abriga en su seno a qui-

nientos niños, sino, además, el haber asegurado, casi en la mitad, rentas necesarias al sostenimiento de la Escuela.

Lojanos, hijos nuestros muy queridos, si algún día miráis, no decimos con espíritu adverso y hostil—que nunca podríamos temer de vosotros tan negra ingratitude—pero siquiera con menor interés a estas casas de educación, en las cuales reciben vuestros hijos con el patrimonio de la ciencia el tesoro de la virtud, ese día, no vacilamos en pronosticarlo, echaríais en los fértiles y hasta ahora apacibles campos de Loja, la fatídica semilla de vientos que, trocándose bien pronto en deshechas tempestades, deshojarían y marchitarían las flores de las virtudes privadas, arrancarían de cuajo la planta secular de la moralidad pública, reducirían a cenizas el majestuoso árbol de la Religión, en cuya sombra ha buscado refugio y vida, durante quince siglos la civilización, y, finalmente, sembrarían por donde quiera el espanto, la desolación y la muerte....

Aprended de vuestros adversarios la táctica del combate. Nunca los enemigos de Dios y de la verdadera educación se han mostrado más entusiastas por lo que ellos llaman educación laica como en los calamitosos tiempos que atravesamos. Es que el niño juguetón y travieso de hoy ha de ser el grave ciudadano de mañana; es que bien pronto, arrojando lejos de sí los infantiles juguetes, empuñará aquellos iustrumentos que forzosamente han de labrar la desgracia o felicidad de la Patria. Criadle sin Dios y, por ende, sin su santo temor, sin principios de sólida moralidad, sin freno a sus desbordadas pasiones, y mañana veréis a vuestro tierno y candoroso niño blandir en las encrucijadas el puñal del asesino, manchar sus manos con robos, estupros y estafas, echarse en brazos de todos los vicios, correr desalado tras todos los incentivos del placer, y

después de envenenar su vida con el opio y la morfina buscar en el suicidio el coronamiento de una existencia criminal. Dadle, en cambio, cristiana educación, y no tardaréis en cosechar el sazonado fruto de vuestros sacrificios y desvelos; vuestro hijo será el báculo de vuestra vejez, la gloria del hogar, el baluarte y sostén de la Patria: sus manos empuñarán ora la lira del poeta que se embelesa con los castos hechizos de la verdad y canta las encantadoras bellezas de la virtud, ora la inflexible pluma del magistrado que sólo defiende el derecho y patrocina la justicia, ora, en fin, los aunque humildes, respetabilísimos instrumentos del obrero que, cumpliendo uno de los más esenciales deberes del hombre, busca con el sudor de su frente, sin desmedidas codicias, el vestido que cubra su desnudez y el pan que sostenga su vida corporal.

Y ¿por qué? Porque el hombre, como lo enseñan las Divinas Letras, es inclinado al mal desde sus primeros años; porque las pasiones del hombre son a manera de indómitas fieras, las cuales si no son sometidas por la razón y refrenadas por la conciencia le han de arrastrar sin remedio a los más negros abismos de la inmoralidad y del crimen. Y si arrojáis de la escuela a Dios que es el primer fundamento de toda obligación así como el último principio de todo derecho, ¿en dónde encontraréis los robustos frenos que domén estas fieras?

Agradecemos, por último, a todos los fieles de la Diócesis que, animados de viva fe y mirando en Nos, a pesar de nuestras miserias y pecados, al Representante de Jesucristo en la tierra, nos han tributado el sincero homenaje de su respeto, veneración, obediencia y cariño.

Pero ¿cómo, en estos solemnes instantes, no pagar una deuda sagrada de gratitud que hemos contraído con una porción de nuestros hijos? Nos referimos a vosotros, amadísimos fieles de Zumba y Chito. Cuando en el mes de

julio de 1917, ansiando prodigar también a vosotros los inestimables bienes que lleva a los pueblos la visita del Prelado, emprendíamos, con este objeto largo y penosísimo viaje; después de atravesar el caudaloso río que más abajo lleva el nombre de Chinchipe y mientras comenzábamos a escalar la áspera y escabrosa cuesta que conduce a Chito, caímos de la mula en que cabalgábamos y sólo merced a un sinnúmero de circunstancias providenciales, no descendimos a la tumba que la bestia, caída también sobre Nos, sin duda alguna nos habría cavado.

Ah! lo que entonces sucedió no se ha borrado ni borrará jamás de nuestra memoria. Después de levantar con mil precauciones a la mula que nos asfixiaba con su peso, nos rodeasteis con filial ternura, desahogasteis la pena que os oprimía el pecho con sentidos lamentos, nos ungisteis con las lágrimas de vuestros ojos, improvisasteis una parihuela de una pequeña mesita, único arnés que encontrar pudisteis en la solitaria choza que en aquella apartada región se levantaba, para ahorrarnos todo dolor, nos asentasteis, con nimia delicadeza en ella, y cual si llevarais sobre las espaldas no el cuerpo pecador de vuestro indigno Prelado sino las reliquias venerandas de un santo, nos pusisteis sobre los hombros y pugnando entre vosotros por llevar tan inútil carga, durante el espacio de más de diecisiete horas, nos condujisteis, por entre los árboles de la selva, hasta la humilde casa parroquial de Zumba. Viéndonos entonces, aunque indignos, objeto de tan tierno afecto, olvidando el miserable estado en que nos hallábamos y parando mientes tan sólo en la grandeza de vuestra fe y en lo generoso de vuestro amor, emprendimos la penosa marcha bañando el semblante con los arroyos de silenciosas y agradecidas lágrimas....

Hijos nuestros queridísimos, nunca olvidará vuestro padre la deuda sagrada que con vosotros ha contraído. Ah! en este mismo día en que os dirigimos nuestro

adiós de despedida, rebosando todavía el pecho de gratitud, levantamos al Cielo nuestras manos y pedimos al Dios de la caridad y del amor que, en recompensa de vuestra piedad filial, os conceda lo que tan ardientemente deseamos vosotros y Nos: que habite junto a vuestras pobres cabañas el ministro del Señor, el cual alumbrando vuestras almas con los divinos rayos de la verdad evangélica y fortaleciendo vuestros corazones con la sobrenatural vida de la gracia, mediante la predicación de la divina palabra, la administración de los santos sacramentos y la oblación cotidiana de los Divinos Misterios, os muestre el camino del cielo y os conduzca por el difícil y escabroso sendero que conduce a la eterna Patria.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, en estos momentos supremos al fijar la nublada mirada en la amada diócesis que a punto estamos de abandonar, y al considerar lo poco que hemos hecho por su dicha y felicidad, nos sentimos dominados de una profunda tristeza. Ah! Dios, en cuya presencia hablamos, es testigo de nuestros ardientes deseos de haceros bien: si éstos bastaran en un Prelado, creemos sin jactancia que nos hemos merecido el aplauso que se mereció Daniel cuando dábale Dios el nombre de *vir desideriorum*: el varón de los deseos.

Es verdad asimismo que no nos hemos contentado con desear sino que hemos puesto por obra cuanto hemos conocido conducente a la realización de nuestros anhelos. Ultimamente, aún después de haber sido trasladados a Riobamba, hemos llamado de puerta en puerta en todos los lugares en donde habíamos creído podríamos encontrar poderosos auxiliares para el logro de nuestros deseos.

Habíamos soñado con el establecimiento de una Escuela de Artes y Oficios en Loja y Macará: para la primera, a más de los legados de los Rvmos. Srs. Ca-

nónigos Palacios y Moreno, (q. d. D. g.) contábamos con una cantidad no despreciable, adquirida a costa de economías y sacrificios y depositada en la Curia Eclesiástica: pero también los beneméritos hijos de D. Bosco han enrojecido con su sangre y cubierto con sus cadáveres los malhadados campos de batalla: los sobrevivientes apenas si se bastan para el sostenimiento de las casas ya fundadas.

Celosos y abnegados misioneros que ayuden a franciscanos y dominicos en las misiones de que tanta necesidad tienen los pueblos desprovistos de sacerdotes; hábiles y expertos pedagogos que regenten el Seminario; ilustrados sacerdotes que desempeñen el ministerio parroquial en tantas parroquias abandonadas: todo esto, con vivísimo interés, hemos buscado en el viejo continente; pero la depravación de los tiempos, las funestas crisis creadas por la guerra y, lo que más creemos, nuestra insuficiencia e indignidad han hecho inútiles los pasos que hemos dado, vanos los esfuerzos que hemos empleado, ineficaces nuestras instantes y reiteradas peticiones.

Dios mismo inspiró a David la santa idea de erigirle suntuoso templo; pero no él, cuyas manos se hallaban manchadas de sangre, sino su hijo Salomón, el rey pacífico, debía llevar a feliz término la grandiosa empresa. ¡Quiera Dios que no sea vano el único consuelo que experimentamos en el agudo dolor que nos tortura!... ¡Que la Bondad infinita otorgue a nuestro sucesor que, quienquiera que sea, será sin duda alguna, mejor que Nos, la dicha de establecer obras de tanta gloria para Dios, de tanta utilidad para la Iglesia y de tanto bien par las almas!

Tiempo es ya de terminar.

Cuando el Divino Redentor, a punto de arrancarse de los amantes brazos de sus discípulos y encaminarse a la muerte — sello con el cual debía confirmar el in-

comprensible amor con que había amado a los mortales — les daba, entre las más tiernas efusiones de su amantísimo corazón, sus últimas recomendaciones y consejos, les decía: «Hijitos míos, os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros con el mismo amor con el cual yo os he amado»: *Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (Joan. 13, 34). También Nos, en el angustioso momento de alejarnos de nuestra Esposa, la diócesis de Loja, a la que hemos amado con toda la ternura de un primerizo amor, nos vienen a los labios las mismas palabras del Maestro adorado: «Hijitos míos, amaos con el amor con que os ha amado Cristo». Esta y no otra debía ser la síntesis de nuestras exhortaciones pastorales. Si fijáis la atención en las que, durante siete años, os hemos dirigido, veréis que, con excepción de una sola, todas han tenido por blanco la caridad: ora os hemos pintado las soberanas bellezas y admirables encantos de esta virtud, que Cristo hizo de un modo particular suya; ora hemos ponderado la deformidad monstruosa y las funestas consecuencias del vicio opuesto.... Amaos, pues, Hijitos míos, amaos los unos a los otros con el mismo amor con que a todos amó Cristo. Camina desapoderado el mundo a negros y espantosos abismos, porque ha olvidado los luminosos senderos del amor; la paz, esta encantadora hija del cielo, ha huido de la tierra y en lugar suyo la guerra, la cruel y destructora guerra, ha plantado en ella, de modo permanente, sus terribles reales, porque en el corazón de los hombres se ha extinguido el bendito fuego del amor: amaos, pues, Hijitos míos, amaos los unos a los otros. Pero no os améis con falso y simulado amor, sino con verdadero y sincero amor, con amor en todo semejante al que nos profesó Cristo. Sea, pues, vuestro amor desinteresado como el de Cristo: ¿qué podía esperar de sus criaturas el Dueño y Señor de todas ellas? Sea generoso, sacrificado y heroico como el de Cristo: ¿quién podría con mayor elocuencia atestiguar

el amor que entregando la vida por sus amigos? Sea, por fin, vuestro amor firme y constante hasta la muerte como el de Cristo: *in finem dilexit eos* (Joan. XIII, 1).

Para que el Dios de la caridad y del amor reine siempre entre vosotros, por última vez os bendecimos en su nombre: Que la bendición del Omnipotente Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y perpetuamente os acompañe. Así sea.

Léase esta carta pastoral en todas las iglesias y capillas públicas de la diócesis de Loja, en la forma acostumbrada.

Dada en Quito, a 21 de noviembre de 1919, fiesta del Patrocinio de la Virgen Santísima Nuestra Señora.

✠ *Carlos María,*

Obispo de Loja y electo de Riobamba.

134

QUINTA CARTA PASTORAL

QUE EL

ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

CARLOS MARIA DE LA TORRE

OBISPO DE LOJA

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS

TRATA DE LA DEVOCION AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS

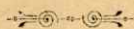


1914

Cuenca.—Tip "La Independencia"

Nos D. D. Carlos María de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA APOSTOLICA,
OBISPO DE LOJA.



A nuestro Venerable Capítulo Catedral, al Clero secular y regular,
y a todos los fieles de nuestra Diócesis,
Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

Non est in aliquo alio salus.
No hay salvación sino en El. *Act. IV, 12.*

Venerables Hermanos y amadísimos hijos:

Quienquiera que sobreponiéndose por un instante a aquel como vértigo que producen en el alma los portentosos adelantos de las ciencias, los admirables progresos de la industria y los refinamientos de una civilización materializada y día a día más pagana, fija la mirada en el mundo moral, no es posible que no se sienta sobrecogido de terror y espanto.

El individuo, la familia, la sociedad a punto están de zozobrar y de ser tragados por un mar de cieno.

En vano desde la cima de la santa montaña, levantando hasta las nubes sus cristalinos muros y lanzando hasta el cielo sus hermosas torres, cual faro de esperanza, atrae la Santa Iglesia a su regazo y ofrece a la humanidad seguro puerto.

Los hombres, fascinados por los encantos de los terrenos bienes, ni ven, ni oyen, ni atienden a otra cosa que a la satisfacción de sus despóticos y extraños apetitos.

Nunca como ahora se han multiplicado las causas de perversión moral, ni se ha hecho más difícil la práctica de la virtud.

La instrucción llamada laica, y que más bien debería llevar el nombre de atea o de enemiga de Dios, empuñase desesperadamente, y por desgracia, no pocas veces consigue, extinguir, desde muy temprano, en el alma del niño con la bendita llama de la fe todo germen de pureza y de virtud.

La atmósfera que nos rodea cargada está de metafísicos vapores. Apenas el niño, cual flor exquisitamente delicada, principia, en la mañana misma de la vida, a abrir su tierno capullo y a beber la luz del día, cuando aspirando miasmas deletéreos, amortíguase la frezca lozanía de su tallo, apáganse los encendidos colores de sus pétalos, y su inocencia agostada y marchita deshójase y muere. Herida también de muerte la familia, clavada lleva en el pecho la envenenada saeta. Merced a leyes inicuas, impías, inmorales, anticristianas, hecho girones el blanco velo con que cubrió la Iglesia el tálamo nupcial, la alianza entre el hombre y la mujer despojada del brillo sobrenatural de santo y santificador sacramento, y convertida en un contrato cualquiera de compra y venta o, lo que es aún peor, de mutuo y temporal arrendamiento; la esposa, como en los funestos y aciagos tiempos del paganismo, perdida la corona espléndida de reina con que el Cristianismo ciñó sus sienes, a punto está de convertirse una vez más en esclava del hombre, decimos mal, no sólo en esclava, sino en mercancía vil y en objeto despreciable apto tan sólo para satisfacer los innobles y vergonzosos apetitos del hombre.

¿Qué familia será aquella en la que al esposo sea lícito cambiar de compañera como cambia de vestido? ¿Qué educación recibirán los hijos, fruto bendito de un primer enlace, mezclados y confundidos con los desgraciados y adulterinos de una segunda y tercera unión?

¿Y la sociedad? ¡Cielo santo!, la sociedad moderna engreída y enfatuada con sus científicas conquistas, con sus rápidas vías de comunicación, con sus mil y mil artificiosas invenciones para promover, fomentar y propagar el placer sensual, ha creído, en su loco desvarío, poder pasarse sin Dios: y así, sin firmeza de principios morales, y a merced del primer aventurero que se le ofrece por guía, con la velocidad de sus vapores, ferrocarriles y aeroplanos, precipítase la insensata, con temerario arrojo, hacia espantosos abismos.

¿Quién salvará al individuo, quién impedirá la ruina y destrucción de la familia, quién tendrá tan poderoso brazo que contenga la sociedad en su vertiginosa y fatal carrera?... El Corazón Santísimo de Jesús. El, empeñando su divina e infalible palabra, ha prometido que «no dejará perecer jamás» a ningún devoto suyo; «que le será asilo seguro contra los lazos de sus enemigos sobre todo en la hora de la muerte.» «El ha ofrecido reunir las familias divididas y proteger a las que estuvieren necesitadas.» Y si la portentosa cruz contemplada por Constantino signo fue de espléndida victoria, y presagio feliz de paz para la Iglesia y segura esperanza de regeneración para la sociedad; también ahora el Santísimo Corazón de Jesús levantándose cual Lábaro bendito en el cielo de la Iglesia e irradiando divinos destellos sobre el individuo, sobre la familia y sobre la sociedad, signo es para todos de esperanza y de segura salvación.

Ved, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, cuán importante y necesario sea que con toda el alma nos entreguemos a la práctica de tan salvadora devoción.

Pero ¿sabemos bien en qué consiste? ¿Conocemos cuál es su adecuado objeto? ¿Hemos meditado seriamente sobre las inestimables riquezas que encierra en sí este misterioso símbolo del Corazón de Nuestro Señor Jesucristo.?

Acercándose, pues, el mes consagrado por la Iglesia para honrar de un modo especial a este divinísimo Corazón, permitidnos que hagamos de El el objeto de esta Carta pastoral.

*
* *

¿Cuál es el objeto propio de la devoción al Corazón Santísimo de Jesús?

A primera vista inútil parecería tal pregunta: ¿por ventura suficientemente no nos lo indica su mismo nombre? Sin embargo, la cruda guerra que, desde los comienzos de esta devoción, bajo fútiles pretextos, le declaró el Jansenismo, y las controversias y disputas a que ha dado margen en el seno mismo de los católicos claramente manifiestan que el concepto que de ella se han formado no brilla en todas las almas con igual claridad y lucidez.

Enseña Santo Tomás [1] que el culto tributado a las imágenes no es absoluto sino relativo; es decir no se termina en ellas como en objetos de oro o plata, madera o mármol sino en Nuestro Señor, en la Virgen Santísima o en los Santos cuyas son las imágenes. ¿Qué importa por lo mismo que la materia de que están formadas sea preciosa o vil? ¿Qué importa que sean portentos sorprendentes de arte incomparable o por el contrario obras destituidas de todo valor artístico? Igualmente agradables son a la Divina Madre las humildes y ardientes preces que con ronco y desapacible acento deposita el salvaje ante tosca imagen enclavada en el hueco de una peña o en el agujero de un árbol, como los dulces y suavísimos cantares que, bajo atrevidas cúpulas y en basílicas suntuosas, ruedan a las virginales plantas de María representada por las célebres Madonnas de Rafael o Miguel Angel.

¿El culto que rendimos al Corazón de Jesús es del mismo orden que el que tributamos a las imágenes, es decir, meramente relativo? Nó; el Corazón de nuestro adorable Salvador no es mera imagen del Verbo humano *do*

En preciosos relicarios de oro y piedras preciosas venéranse en Nuestra Señora de París y en la *atedral* de Pisa, considerables trozos de aquella cruel corona de espinas con que sacrílegos soldados

(1) III Par. q. 25. a. 3.

ciñeron las sienes del Redentor de los hombres; la iglesia de Santa Cruz, en Jerusalén, guarda, en Roma, cual preciosísimas joyas, un clavo, la inscripción y un importante fragmento de la Santa Cruz. Los piadosos peregrinos que, de todas las partes del globo, acuden a venerar tan estupendas reliquias, cuando hállanse en su presencia caen de rodillas, las adoran con profundo respeto, las besan una y otra vez con religiosa veneración y no se cansan de contemplarlas con ojos nublados por piadosas lágrimas: felices si les es dado llevar consigo una astilla aunque mínima del sagrado madero!

¿Aprueba la Iglesia estas tiernas y conmovedoras manifestaciones de culto? Sí; porque aquellos crueles instrumentos de la pasión los santificó el sagrado contacto del adorable cuerpo de Jesús. La cruel diadema de punzadoras espinas, penetrando en su santísima cabeza, abrió innumerables canales por donde brotó a raudales la sangre divina; el tosco madero de la cruz fué altar en que, durante tres horas, la inocente Víctima se inmoló por la humanidad culpable; los fieros clavos, golpeados sin piedad por los verdugos, taladraron los pies y manos del Redentor. ¿Cómo, en presencia de tan santos objetos, permanecería insensible el corazón creyente y no derritiéndose más bien en lágrimas de compasión, gratitud y amor no adorará en aquellas insignes reliquias la infinita bondad de aquel que, siendo Dios, así quiso morir por su amor?

Volvemos a preguntar: ¿el culto que rendimos al Corazón de Jesús es idéntico al tributado a estas sagradas reliquias?...Nó; porque no momentánea y transitoriamente, no sólo con externo contacto estuvo unido el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo con el cuerpo Santísimo, con el alma adorable, con la infinita majestad de Dios. Ahora como en los días de su vida mortal, en el cielo, adorado por los ángeles, como en la cruz, cubierto de ignominia, el Corazón de Jesús encerrado dentro del sagrado pecho vive con la misma vida con que vive el alma, y subsiste con la misma subsistencia

con la cual subsiste el Verbo.

Merced al inefable misterio de la encarnación del Hijo de Dios, todas y cada una de las partes que componen la naturaleza humana se convirtieron en miembros y partes del Divino Verbo. El alma de Nuestro Señor Jesucristo es alma de un Dios; su cuerpo Santísimo es cuerpo de un Dios: El corazón de carne de Nuestro Señor Jesucristo, corazón será, pues, de Dios. Nó, no hubo confusión ni mezcla alguna entre la naturaleza humana y la divina: después de la misteriosa unión, Nuestro Divino Salvador es hombre tan perfecto como cualquiera otro hombre. A la manera que átomo de polvo que revoloteando en un rayo de luz, aunque vestido, rodeado y compenetrado de claridad conserva sin embargo su propio sér, así la naturaleza humana revestida de los divinos fulgores del Verbo, Candor de eterna luz, no perdió nada de su sér; intactos, conservó su esencia, sus atributos, sus propiedades todas. No honramos, pues, veneramos y rendimos culto al Corazón Santísimo de Jesús de la misma manera que nos postramos y quemamos incienso ante las sagradas reliquias de su pasión o ante su veneranda imagen: el Corazón mismo del Salvador, ese Corazón corpóreo, órgano principalísimo de su humanidad santísima y que desde el primer instante de su prodigiosa formación en el vientre inmaculado de la Virgen Madre no ha cesado de latir y de enviar hasta los más apartados miembros del adorable cuerpo la preciosa savia de la divina sangre; ese Corazón de carne que fué herido y rasgado en la cruz por la lanza del soldado, y que paralizado y frío y sin vida, tres días permaneció en el sepulcro, ese mismo Corazón es el objeto de nuestro culto, el término de nuestras adoraciones, el poderoso imán que atrae y estrecha a sí nuestros corazones.

Ciertamente, la sagrada humanidad de Nuestro Señor Jesucristo considerada aislada y separadamente del Verbo no podría ser adorada con culto de latria; porque, como hemos dicho ya, Nuestro Divino Redentor, en cuanto hombre, en todo es igual a los demás hombres: por esto es en verdad nuestro hermano. Pe-

ro si no hubo un instante sólo en que esta humanidad santísima subsistiese independientemente del Verbo, y si desde el momento mismo en que el Espíritu Santo cubriendo con su amorosa sombra el seno de la Inmaculada Virgen al formar en él el cuerpo de Jesús e infundir en este cuerpo un alma espiritual, asumió esta alma y este cuerpo en unidad de persona; desde ese mismo instante este cuerpo y esta alma fueron cuerpo y alma de un Dios, y dignos, por consiguiente, de ser adorados con el culto propio de la Divinidad, con el culto de latría.

Cuando los santos varones, pues, depuesto de la cruz el ensangrentado cadáver del Redentor bañábanle con profunda veneración, y con inefable ternura ungíanlo con suavísimos aromas; cuando la desolada María, teniendo en su materno regazo los destrozados miembros de su adorado Hijo, besaba de una en una las abiertas llagas y penetraba con la nublada mirada por la herida del costado hasta el sagrado Corazón, rasgado por la lanza; María y los santos varones, adoraban el cuerpo, las llagas, las heridas, el Corazón de un Dios: la fría y destructora guadaña de la muerte había logrado romper el lazo que íntimamente estrechaba al alma con el cuerpo; pero retrocedió impotente ante esa otra unión, más íntima y estrecha todavía, la hipostática del Verbo. Y muerto y vivo continuó siempre adorable el cuerpo de Jesús.

Advirtamos, sin embargo, que, como enseña Santo Tomás, (1), el honor de adoración se tributa propiamente a la persona; y por lo mismo adorar la humanidad de Cristo no es otra cosa que adorar al Verbo de Dios encarnado. Cuando la dichosa Magdalena, herida ya por los rayos de la Divina Misericordia, y con el corazón destrozado por la penitencia, no pudiendo resistir por más tiempo al impetuoso torrente de vehementes afectos que agitábanle el alma, penetró, al parecer a deshora, en el salón del festín, y desafiando la burla de los convidados, y menospreciando la sarcástica sonrisa de

(1) III Par. q. 25. a. 2.

los fariseos, cayó en tierra, y apoderándose de los sagrados pies del Divino Salvador estrechábalos con indecible ternura contra el arrepentido pecho, y ungíalos con sus lágrimas, y los perfumaba con riquísimas esencias, y los enjugaba con las rubias gudejas de su hermosa cabellera; a Jesucristo adoraba, al Divino Redentor ofrecía humildes gracias y rendido amor.

*
* *

Empero ¿por qué la Iglesia que no permite ordinariamente se rinda culto a un miembro separado del cuerpo adorable de Nuestro Señor Jesucristo aprueba y sanciona con toda su autoridad la devoción y el culto al Divino Corazón?

La razón es porque el Corazón de carne de nuestro adorado Maestro es al mismo tiempo símbolo eloquente de su amor y expresivo emblema de su caridad para con los hombres. "¡Oh caridad, exclama la Iglesia, que así rasgó el Corazón de Cristo para que por esta herida contemplásemos su invisible amor!"

Te vulneratum caritas
Ictu patenti voluit,
Amoris invisibilis
Ut veneremur vulnera.

Cruenta inmolación del Calvario, místico pero no menos cruel sacrificio ofrecido por Jesús, todo está representado bajo este símbolo de amor:

Hoc sub amoris symbolo
Passus cruenta et mystica,
Utrumque sacrificium
Christus sacerdos immolat. (1)

Cuando el glorioso pabellón nacional ízase sobre nuestros edificios públicos, y desplegando al aire sus graciosos colores flamea a los cuatro vientos, ríndense ante él las armas, los ciudadanos descúbrense reverentes, y la música militar entona festivos acordes;

(1) Himno de Laudes.

cuando el valiente guerrero levantada en alto la armada diestra jura defender los derechos y las glorias de la Patria, jura por la bandera; y enarbolada la bandera, entre el ronco retumbar del cañón, los agudos silvidos de las mortíferas balas, el humear de la encendida pólvora, el furioso relinchar de los bridones y los lastimeros ayes de los heridos, antes que abandonarla preferirá el soldado sucumbir con gloria. El plomo enemigo podrá arrancarle la vida; pero la bandera, jamás. Caído en el campo de batalla no la soltarán sus manos crispadas por la muerte; los pliegues de la amada bandera le servirán de fúnebre sudario, y por ellos cobijado, lleno de gloria, dormirá en el sepulcro su último sueño.

¿Por qué estos honores, estos festivos himnos, estos santos juramentos, este gozoso morir por la bandera?... Porque la bandera es el símbolo de la Patria; hasta el morir es dulce por la Patria: *dulce est pro patria mori*.

Que el Corazón santísimo de Jesús sea glorioso símbolo ¿quién habrá que negarlo pueda? ¿Pero será un símbolo tan arbitrario y convencional como la bandera que bien puede tener una u otra forma y ostentar unos u otros colores? Nó; el corazón es símbolo no arbitrario y convencional sino natural del amor.

Poco importa que con los antiguos sabios reivindiquemos para el corazón las nobilísimas funciones de asiento del amor, órgano del amor, y coprincipio del amor, por cuanto de la misma manera que el alma ve mediante el ojo y sirviéndose del oído percibe los sonidos, así sienta y ame con el corazón; o que con los fisiólogos modernos reconozcamos en el cerebro el centro de las sensaciones y afectos; una cosa está por encima de toda hipótesis y fuera de toda duda, porque comprobada con el testimonio de todos los pueblos y ratificada por la propia experiencia; es a saber: que el corazón se agita y estremece, acelera o retarda sus latidos, se estrecha o se dilata según la diversidad de sentimientos y afectos que dominan el alma. En la primera

hipótesis será el corazón el órgano del amor; en la segunda será por lo menos el órgano en que el amor repercute y se manifieste.

«Cuando decimos que el amor hace palpar el corazón, enseña Claudio Bernard, no empleamos una expresión poética; manifestamos una realidad fisiológica». (1) «El corazón, dice en otro lugar, órgano principal de la circulación, es también el centro a donde van a repercutir todas las impresiones nerviosas sensitivas.» (2)

Real y verdaderamente, pues, aquel corazón amantísimo de Jesús que se estremeció de ternura filial cuando, en la dichosa gruta de la humilde Belén, los claros e inocentes ojos fijáronse por vez primera en la fresca y virginal hermosura de María, el delicado cuerpecito sintió el blando y tibio regazo de su madre, y la serena y divina frente recibió los humildes, respetuosos y apasionados ósculos de la Virgen; aquel mismo Corazón que aceleró sus latidos y se agitó de temor ante la afilada cuchilla de la circuncisión, y se comprimió con las mortales angustias de la agonía del Huerto; aquel mismo Corazón, ya glorioso e impasible en el cielo, estremecese, agítase y se conmueve ora cuando mostrando al Padre las luminosas cicatrices de su sagrado cuerpo pídele por nosotros, ora cuando ruedan ante su excelso trono los tiernos suspiros, anheladoras ansias y encendidos afectos con que procuran los santos corresponder a su amor.

Mas si Nuestro Señor Jesucristo es el Hijo de Dios, humanado, su sagrado Corazón será el símbolo de todos los amores encerrados en esta persona divina: el amor sensible, tierno y compasivo; el espiritual de naturaleza, de gracia y gloria; y el increado, en fin, eterno, infinito, propio de la Divinidad, han de ser representados, y simbolizados por este sacratísimo Corazón.

(1) Apud Riche, *Les fonctions de l'organe cardiaque*, p. 105. — (2) Apud Bainvel, *La dévotion au Sacre Cœur*, p. 158. — Cf. Claud. Bernard, *Etude sur la physiologie du cœur*. — Cyon, *Le cœur et le cerveau*; Papillon, *Les passions d'après les travaux récents de physiologie et d'histoire naturelle*; Sergi, *Dolore e piacere*; Ribot, *Psychologie des sentiments*.

I

Amor sensible, tierno y ^{compasivo}.

En virtud de este amor, en todo semejante al de los demás hombres, el Hijo de Dios sin dejar de ser impassible ha aprendido a sufrir y padecer...

¡Cuán diferentes son, en efecto, los atributos divinos y las perfecciones de los hombres! Sabio es Dios; pero su sabiduría es eminentemente simple y comprensiva: una sola mirada suya abarca de una vez lo presente, lo pasado, lo porvenir; no hay en Dios como en el hombre proceso, gradación, tránsito de un estado a otro; no pasa Dios como el hombre de la quietud y reposo intelectual a la contemplación activa de la verdad; no procede Dios como el hombre de un principio conocido a conclusiones desconocidas: siempre está Dios en acto de entender; gózase siempre y deléitase con la plena y perfecta posesión de la verdad. Así también Dios es eminentemente misericordioso; pero su misericordia muy diferente es de la misericordia humana. No se extiende la diestra del hombre para enjugar una lágrima sin que al mismo tiempo se sienta el pecho herido de compasión; Dios, sin participar, por ser impassible, del tormento y dolor del desgraciado, inclínase a socorrerlo. El Verbo de Dios, pues, como Dios, era infinitamente misericordioso; pero con misericordia muy diferente de la del hombre. Y oh!, ¿quién comprendería los invencibles atractivos de ese Corazón divino si sin dejar de ser el Corazón de un Dios fuese sin embargo torturado y herido por la compasión? Pues, esto hizo el Hijo de Dios vistiéndose de carne humana: aprendió a ser compasivo como el hombre: *debuít per omnia fratribus similari ut misericors fieret.* (1)

Esta compasión eminentemente humana, exquisitamente sensible y delicada y cual no ha existido jamás en hombre alguno inclinaba al Divino Redentor a derramar entre enfermos y afligidos sin medida ni tasa sus dones. Ella ante la desgraciada viuda de Naim, que agobiada y oprimida bajo el peso de un dolor inmenso, con los ojos arrasados en lá-

(1) Haeb. 2, 17

grimas y entre angustias de muerte conducía a la última morada al único fruto de sus entrañas, arrancaba de los divinos labios esas tiernas y dulcísimas palabras: *Noli flere*: no llores.... (1) Como si dijera: no me atormentes con tus lágrimas, no abras con ellas honda herida en mi sensible pecho: *noli flere*. Esta misericordia, en medio de los vítores y aplausos clamorosos de un pueblo entero ebrio de entusiasmo religioso, detiéndole en su marcha triunfal; y mientras contempla a sus plantas, desde la cumbre del Olivete la capital de su Patria, Jerusalén la santa, sus casas, sus palacios, su magnífico santuario, y considera que muy pronto aquella populosa ciudad quedará desierta, aquellos suntuosos edificios convertidos en ruinas, y de la magnificencia del templo, maravilla del universo, no quedará piedra sobre piedra; aquella misericordia, decimos, casi le paralizó el corazón dentro del pecho, le anudó la voz en la garganta, le enturbió los divinos ojos, y haciendo rodar por sus mejillas amargas lágrimas, empapó con ellas aquella tierra tan querida y, por su propio querer, ay! tan infortunada.

Esta misericordia ofrece al inspirado pincel de Juan aquel sublime, patético y ternísimo cuadro que traza el evangelista cuando describe la resurrección de Lázaro. Encontrad si podéis en los libros santos más tierno y conmovedor pasaje que este capítulo del Evangelio.

Jesús, el famoso taumaturgo, acaba de llegar a Betania, a pocos pasos de él víctima ya de la corrupción, su amigo Lázaro, duerme en el sepulcro el último sueño.

«Ha llegado Jesús», «aquí está el Maestro» dicen unas a otras las numerosas personas que han acudido a consolar a las afligidas hermanas. Estas, al oírlas, animadas de fe viva en la Divinidad del Maestro y alentadas por la confianza filial que le profesan, levántanse presurosas, corren donde Jesús, caen de hinojos a sus divinas plantas, báñanlas con

[1] Luc. 7, 13.

sus lágrimas y entre ayes y gemidos y entrecortados acentos: «Señor, le dicen: ¿dónde habéis estado? Ay! si hubiérais estado aquí, Lázaro no habría muerto»...

¿Qué hace Jesús ante tan doloroso espectáculo?... Señor de los sentimientos de su humanidad santísima y dueño de todos sus movimientos permite que obren y se agiten en él como en hombre dotado de sensibilidad exquisita.

Estremécese el Señor, contúrbase su espíritu, nublale la compasión el semblante, vélale los ojos divinos y convierte las sagradas pupilas en fuentes de donde brota abundante y silencioso, amargo llanto.

Et lacrymatus est Jesus... (1)

¿Lloras, Señor? Y por qué?... ¿Por ventura tu diestra soberana impotente será para arrebatarse a la muerte sus despojos?... Nó; Señor eres de la vida; pero también la muerte te está sujeta. ¿Niégase acaso tu benigno corazón a derramar el consuelo en el conturbado espíritu de aquellas infortunadas hermanas?... Nó; por consolarlas, desafiando cóleras y venganzas, peligros y muerte habéis acudido a despertar a Lázaro de su sueño.

¿Por qué lloras, pues, Señor?...

Llora el Salvador porque no puede mirar impasible a los que lloran; llora porque Marta y María, sus discípulas predilectas, náufragas del dolor sienten clavado en el alma su acerado aguijón; llora, porque las lágrimas son el más dulce consuelo para el que llora... *Et lacrymatus est Jesus...*

Cuando contemplamos al Divino Taumaturgo que en pie, inmóvil en la agitada barca, extiende su soberana diestra sobre el airado mar, y a un solo acento de su voz divina, humíllanse las hinchadas olas, enmudece el rugiente aquilón, serénase el turbio cielo, y el bajel, hasta entonces juguete del furioso elemento, a los amorosos rayos de un sol sin nubes y dulcemente empujado por juguetona brisa, deslízase blandamente por entre mansas y tranquilas olas; presa el alma de profunda veneración, cayendo en tierra y humillando hasta el polvo la frente, vémonos como obli-

(1) Joan. 11, 35.

gados a exclamar: *Domine meus et Deus meus*: Señor y Dios mío! (1) En aquellos solemnes instantes ha fulgurado a nuestra atónita mirada la infinita Omnipotencia....

Cuando Jesús, rasgando las densas tinieblas del error, hace que en el cielo de las almas brille sin nubes el sol de la verdad, o cuando su elocuente e irresistible palabra subyuga, encadena y postra a sus solapados y gratuitos enemigos cogiéndolos en los mismos lazos que le habían tendido; en el arrebatado de nuestro férvido entusiasmo aplaudimos con calor tan peregrina sabiduría, y a la faz del mundo entero la proclamamos no humana sino divina: *Nunquam sic locutus est homo*. (2)

Pero cuando fijando la mirada en el Dios-Hombre vémosle enternecido por el dolor, angustiado de compasión, y que en el colmo de su misericordia mezcla sus lágrimas con las que derrama el desgraciado; ah! entonces derretido nuestro corazón cual cera al fuego, deshácese en torrentes de tiernos, agradecidos y amorosísimos afectos, y no podemos por menos de exclamar: Señor mío, Dios mío, Padre mío, Esposo mío, Hermano mío, Amigo mío....!

II

Empero el Corazón santísimo de Cristo no sentía únicamente misericordia y compasión por los males físicos del hombre; estremecíase también cuando el alma santísima fijaba la mirada en las miserias espirituales de las almas a quienes ama con ardiente amor.

Ah! Si algún día llegáramos a conocer la hermosura y precio del alma humana, en presencia de los males morales que la afligen, sentiríamos cruel martirio, indecible tormento, agonías de muerte.

Pues bien; el alma de Jesús conocía y con conocimiento qué claro, qué distinto, qué circunstanciado y perfecto la incomparable belleza de las almas y los espantosos y funestos estragos que en ellas causa el pecado. Su mente divina báñase a la vez con los resplandores de tres luces a cual más perfecta: la clara

(1) Joan. 20, 28. — (2) Joan. 7 46.

luz de razón privilegiada cual jamás brilló en hombre alguno; la sobrenatural de ciencia infusa, y finalmente la deslumbradora de eterna gloria.

Desde el primer instante de su existencia abismóse el alma de Cristo en la contemplación de la divina esencia; y por lo mismo nada hubo jamás oculto a ella. Las brumas que esconden a la mirada sucesos ya pasados, los impenetrables secretos de los corazones, las espesas tinieblas que envuelven lo porvenir, todo apareció, desde el primer instante, claro, luminoso, bañado con los fulgores de claro día.

Y este claro y perfectísimo conocimiento de las miserias de las almas constituyó, durante la vida mortal del divino Redentor, su más cruel, espantoso e incesante martirio.

Por él en presencia de las muchedumbres cobijadas por la noche del pecado y tristemente asentadas entre sombras de muerte espiritual, exclamaba: Con entrañable compasión las compadezco: desgraciadas! cual ovejas sin Pastor a punto están de perecer: *Videns autem turbas, misertus est eis: quia erant vexati, et jacentes, sicut oves non habentes pastorem.* (1)

Por él, durante la horrorosa agonía del huerto «Triste está mi alma, decía, con tristeza mortal». Y al presentársele con toda viveza a los ojos de su espíritu el espantoso cuadro de millares de almas que, a pesar de sus dolores e ignominias, pasión y muerte, se perderían: «Padre, exclamaba, aparta de mis labios tan amargo cáliz»; (2) y por natural simpatía comunicándose al cuerpo las tempestades del alma, de todos los poros de su inmaculada carne brotaron torrentes de sangre divina.

Por él, en fin, su vida entera fué vida de víctima y también de sacerdote, porque vida de oración! Pero ésta no siempre se exhalaba del sagrado pecho, queda, tranquila y silenciosa; si su oración fué siempre ardiente, siempre fervorosa, siempre inflamada, a veces, como dice S. Pablo, acompañábanle altos clamores, prolongados gemidos y abundan-

(1) Mat. 9. 36.—[2] Luc. 22, 42.

tes lágrimas: *In diebus carnis suæ preces supplicationesque... cum clamore valido et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia.* (1)

La inefable ternura y profunda compasión que inspiranle las almas hicieron que brotase de sus benditos labios la tierna y dulcísima parábola del Buen Pastor. El, Jesús, es este buen Pastor que desalado corre en busca de la extraviada ovejuela; y cuando por fin la encuentra con los blandos bellones manchados de fango, con sus miembros rasgados por las espinas, y bañado en sangre todo su cuerpo, atráela a sí cariñoso, tómalala con incomparable ternura en sus brazos, estréchala una y otra vez contra el amante pecho, y después de contar de una en una todas sus llagas derrama en ellas precioso bálsamo, restaña las abiertas heridas, devuelve a la lana su perdida blancura, y limpia ya y purificada, la pone sobre sus hombros, y ufano y contento con tan preciosa carga regresa al abandonado redil.

Esta compasión puso en sus manos el pincel y trazó aquel sublime y patético cuadro del hijo pródigo, que contemplarán las generaciones todas de rodillas con la respiración anhelante, y bañadas en lágrimas.

Pero por la íntima y estrechísima unión del alma con el cuerpo, todos estos sentimientos y afectos del alma de Jesús repercutían en su Corazón adorable, y el alma, naufraga en el agitado mar de tierna compasión, desbordábase tempestuosa sobre el divino pecho y anegaba el santísimo Corazón, que, reflejando con eco fidelísimo las impresiones del alma, ensanchaba sus rítmicos latidos y aceleraba sus agitadas pulsaciones.

III

Con todo lo dicho hasta aquí ¿hemos agotado ya, por ventura, la riquísima significación simbólica del Corazón de Jesús?... Nó; si este sagrado Corazón por el alma que le informa es en verdad órgano humano, él mismo y el alma, como lo hemos expues-

(1) Heb. 5, 7.

to ya, subsisten con la subsistencia divina del Verbo.

Ahora bien; de la misma manera que nuestro glorioso tricolor no sólo nos representa la Patria con sus glorias y reveses, infortunios y grandezas presentes, sino que además en sus graciosos pliegues esconde su historia ya pasada; sus glorias ya pasadas, sus amarguras ya pasadas, en fin, su vida toda entera, así en el Corazón de carne de Nuestro Señor Jesucristo, expresivo símbolo de su amor, no sólo descubrimos su amor creado, sensible, espiritual, de gracia y de gloria, sino que además, a través de ese mismo Corazón, la mirada de nuestra alma iluminada por la fe, puede vislumbrar las incomprensibles maravillas que encierra ese mundo infinito, eterno e incomprensible del amor del Verbo. Este amor es piélago inmenso, sin fondo, sin confines, sin riveras; de él cual graciosos riachuelos han brotado los seres todos que el universo pueblan; de él han fluído los santificadores y divinísimos sacramentos; y el caudal todo de sus aguas, sin perderse ni una gota sola, derramóse en el precioso vaso de la humanidad de Cristo, encierrase dentro del diminuto cerco de la hostia consagrada, y, trocado en sangre redentora, cual diluvio de misericordia, de paz, de reconciliación y amor, embriagó la cruz y el gólgota y anegó la tierra entera.

¿Quién será capaz de ponderar los eminentes e incomprensibles atributos de este divino amor del Verbo? Es eterno como Dios, infinito como Dios, como Dios inmutable e inmenso!

Si, inmenso como Dios, y como Dios está en todas partes. El Corazón corpóreo del Hijo de Dios no se agita con melodioso ritmo dentro del sagrado pecho sino en el cielo, en donde sentellea revestido de inmarcesible gloria, y en la Eucaristía, en donde oculto y escondido, es cautivo de su amor al hombre. Pero el Corazón del Verbo, ese corazón no corpóreo sino espiritual, no creado sino eterno; ese corazón con que ha amado y ama el Verbo al hombre desde toda la eternidad; ese divino Corazón, decimos, en todo tiempo y lugar déjanos percibir la dulcísima y embriagadora música de sus a-

compasados latidos. Y el amor infinito e increado del divino Verbo, cual piélago insondable agitado sin cesar lanza hasta nosotros sus cariñosas olas, y con ellas nos acaricia, nos baña, nos purifica y santifica, y llegando hasta lo más íntimo y recóndito de nuestro ser, nos diviniza. *In ipso vivimus, movemur, et sumus*, decía S. Pablo: vivimos, nos movemos, subsistimos en Dios. (1) Pero el Verbo es Dios; (2) y Dios es amor, Dios es caridad. (3)

El viajero que azotado por los ardientes rayos de un sol abrasador y ahogado por el polvo del camino, cansado y desfallecido a punto está de sucumbir, con anhelante mirada busca en su derredor un fresco bosquecillo en donde, a la grata sombra de frondosos árboles, al dulce trinar de canoras aves, y al suave murmullo de clara fuente, pueda recobrar sus ya perdidas fuerzas, refrigerar sus abrasadas entrañas, y con las cristalinas y frescas aguas de la fuente bañar sus empolvadas y lacradas plantas. Viajeros nosotros que sin cesar nos encaminamos hacia la eterna patria, no lejos de nosotros ni fuera del camino, en todas partes y dentro de nosotros mismos ha colocado el bondadoso Dios el deliciosísimo huerto de su Divino Corazón: ¿quién nos impedirá que penetrando en este sagrado asilo y a la amorosa sombra de sus benditas alas durmamos y descansemos tranquilos? *In pace in idipsum dormiam et requiescam*. (4) ¿Quién nos prohibirá que, juntando nuestros marchitos labios a la sagrada herida y bebiendo allí a raudales de sus divinas aguas, sintamos entre éxtasis de amor, la dichosa realidad del profético vaticinio: *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris?* . . . (5) ¿Quién nos vedará, en fin, que reclinando blandamente la cansada cabeza en el divino pecho, y contando uno por uno los amorosos latidos del sagrado Corazón, establezcamos allí para siempre nuestra morada y exclamemos con S. Pedro: *Domine bonum est nos hic esse*: qué bien estamos, Señor, aquí! . . . (6)

Pero, ay! viven ordinariamente los hombres co-

(1) Act. 17, 28.—(2) Joan. 1, 1.—(3) 1 Joan, 4, 8.—[4] Ps. 4, 8.—[5] Isai. 12, 3.—[6] Mat. 17, 4.

mo si no hubiera un Dios, como si no existiese un Verbo de Dios, como si no palpitase un Corazón divino que nada pretende sino el amor del hombre! ¿Quién comprenderá la acerba herida que con la ingratitud de los mortales recibe este Corazón amante? Para de alguna manera patentizar tan cruel martirio permitió que muerto ya su sagrado cuerpo la fiera lanza del soldado destrozando el sagrado pecho hiriese y rasgase su corazón. *Videbunt in quem transfixerunt*, se dijo así mismo: viéndome así se compadecerán los hombres de mí y se determinarán por fin a amarme. Por esto presentóse un día el Sagrado Corazón a Margarita María despidiendo de sí encendidas llamas, como en prueba del amor que a los mortales profesa; pero apareció al mismo tiempo sosteniendo el enarbolado estandarte de la cruz y ceñido con un cerco de punzadoras espinas: la cruz representaba su vida de víctima, vida alimentada sin cesar por inauditos martirios; y las espinas simbolizaban los ultrajes y desprecios con que los hombres hieren y rasgan ese amante corazón. Y como si este cuadro tan patético no expresase lo bastante el pensamiento de Cristo, con dulces y lastimeros quejidos agregó: "He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres, y que en cambio no recibe de ellos sino injurias y menosprecios!"

Amemos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, amemos a quien para amarnos ha reconcentrado en su Corazón todo el amor de tierra y cielos. Nos ama el Corazón de Jesús con amor humano, tierno, sensible, misericordioso, divinamente iluminado; pero ámanos también con amor divino, infinito, eterno, incomprensible, inefable.

Desagraviemos a este amantísimo Corazón por nuestros pecados y por las ingratitudes de nuestros hermanos; y cifremos en El nuestras esperanzas todas. Grabemos en nuestro pecho con el buril del amor su sagrada imagen; erijámosle en nuestros hogares un trono, y luchemos sin descanso hasta que este divino Sol irradie sus fulgores sobre los individuos, las familias y la sociedad.... ¿Hasta cuándo no se realizarán los ardientes votos de los católicos ecuatorianos? Hasta

cuándo no se cumplirán sus inflamados deseos?.... Trabajemos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, trabajemos, especialmente por medio de la oración, para que sea por fin nuestra República lo que debe ser: la República del Corazón de Jesús. Que el primer artículo de nuestra Constitución proclame a la faz del mundo que el Ecuador, pública y oficialmente reconoce por Soberano al Corazón de Jesús; que todas nuestras leyes se empapen e inspiren en sus adorables enseñanzas, y que su imagen bendita con destellos de oro y preciosas piedras tremole, irradiando nueva gloria, en nuestros gloriosos pendones.

Entonces, no lo dudemos, entonces dejará de desangrarse la Patria; entonces se restañarán sus incurables heridas; entonces se enjugarán sus amargas lágrimas; entonces a la sombra de este Lábaro bendito, llena de vigor, de vida y de juvenil hermosura escalará sin desmayos ni fatiga las más encumbradas cimas de la felicidad y de la gloria; entonces, finalmente, atónitos y estupefactos los pueblos y naciones de la tierra, al cotemplarla dichosa y feliz no podrán por menos de exclamar: Verdaderamente es dichoso el pueblo que escoje por Soberano al Corazón de Jesús: *Beatus populus cuius Dominus Deus eius*. (1)

Antes de terminar queremos llamar vuestra atención sobre un punto muy importante para la cristiana piedad.

Del 22 al 26 del próximo mes de julio se reunirá en Lourdes a la bendita sombra de la gruta de Massavielle, el vigésimo quinto Congreso Eucarístico. El Supremo Jefe de la Iglesia lo ha bendecido con anticipación, y ha manifestado ardientes deseos de que los fieles todos del universo, personalmente, o, siquiera en espíritu se asocien a esta nueva manifestación de fe y amor al Divinísimo Sacramento, concediendo indulgencia plenaria a todos los que el 26 comulguen y por lo menos en espíritu intervinieren a la solemne procesión que en dicho día circulará por la espaciosa plaza que se extiende delante de la suntuosa basílica.

La devoción al Santísimo Sacramento es una como necesaria consecuencia de la devoción al Divino

[1] Ps. 143, 15.

Corazón de Jesús, ya que la Santísima Eucaristía es una de las manifestaciones más estupendas del infinito e incomprensible amor del Dios humanado. Queremos, pues, que todos los fieles de nuestra amada Diócesis tomen parte en esta fiesta triunfal de la Divina Eucaristía; porque, según la intención de los promovedores de estas solemnes reuniones, es menester que «toda la tierra cual si fuese inmenso incensario a la misma hora, y en el mismo día que en Lourdes, en julio próximo, exhale el perfume de la misma fe, del mismo amor, de las mismas adoraciones hacia el mismo Dios y el mismo Salvador en la Eucaristía, en medio de una ovación simultánea de todos los pueblos que, confundidos en un mismo pensamiento, ofrezcan cada cual, en nombre de su patria, un homenaje nacional al Corazón del Hijo, Rey y Señor de las naciones, por las manos de su Madre Inmaculada».

Ordenamos, pues, que en nuestra Iglesia catedral y en todas las iglesias parroquiales, en los días arriba mencionados, se celebre un solemne triduo con exposición de su Divina Majestad. El día 26 se promoverá una comunión general, y en la distribución de la tarde, se llevará en procesión por la Iglesia el Santísimo Sacramento. Tanto en este día como en los anteriores se recitará delante de Nuestro Señor Sacramento el acto de consagración del Ecuador al Corazón Santísimo de Jesús y las letanías del mismo Divinísimo Corazón.

Con vivas instancias volvemos a recomendar la hermosísima devoción de los primeros viernes y del mes al Sagrado Corazón en iglesias, escuelas y colegios. Léase esta Carta Pastoral, dividida en partes, en la forma acostumbrada.

Dada en Loja, a 13 de Mayo de 1914.

CARLOS MARIA.

† OBISPO DE LOJA.

POR MANDATO DE S. S. ILMA Y RVDMA

FERNANDO LEQUERICA.

SECRETARIO.

144

DECIMA CARTA PASTORAL

QUE

EL ILMO. Y RMO. SEÑOR LECTOR LCN

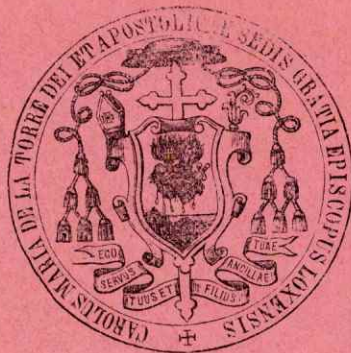
CARLOS M. DE LA TORRE

OBISPO DE LOJA

DIRIGE

A SUS DIOCESANOS.

(Trata del "Dinero de San Pedro.")



Loja—1918.

IMP. DEL CLERO.

Nos, D. D. Carlos M. de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA S. S. APOSTOLICA,

OBISPO DE LOJA.

A NUESTRO VENERABLE CAPITULO CATEDRAL,
AL CLERO SECULAR Y REGULAR, Y A TODOS LOS
FIELES DE LA DIOCESIS DE LOJA, SALUD Y PAZ EN NUESTRO
SEÑOR JESUCRISTO.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

El Exmo. Sr. Nuncio de Su Santidad,
con fecha 20 del pasado junio, me escribía desde
Lima lo siguiente:

« Lima, junio 20 de 1918. — Ilmo. y Rmo.
Monseñor: = Si es cierto que abrigo la seguridad
de la grande y bien conocida devoción que
US. profesa al Santo Padre, y está siempre ge-
nerosamente dispuesto a proporcionarle cuanto
alivio moral y material haya menester su Vene-
rada Persona; yo faltaría a un sagrado deber,
si no promoviese las obras de beneficencia y
caridad en que El se encuentra empeñado en las
angustiosas horas que atraviesa el mundo, entre
las cuales es de apremiante necesidad la OBRA
DEL DINERO DE SAN PEDRO que US. co-
noce demasiado, y, no dudo, la tenga bien orga-
nizada bajo las mejores condiciones de *ESTA-
BILIDAD* y *EFICACIA*, en la importante Dió-
cesis que la divina Providencia ha encomenda-
do a su apostólico celo. = En efecto, si por to-
da suerte de personas deja sentir las desastrosas

consecuencias de la sangrienta lucha que está enrojeciendo los campos europeos; el Sumo Pontífice las siente en mayor magnitud, viéndose obligado, como Padre amoroso, a acudir en auxilio de los que sufren, no sólo en la considerable proporción como antes de la guerra, sino en forma imponderablemente superior; a una multitud innumerable de hijos suyos, que de todas las regiones levantan sus manos suplicantes al Padre común de los fieles, hasta muchos de aquellos que en mejores tiempos compartían con El el fruto de sus economías, y ahora, o confinados en playas extranjeras o gimiendo bajo el peso de la horfandad y de la miseria, tienden su mirada al gran Padre de la Cristiandad, quien a su vez exhausto de recursos y henchida su alma de caridad deja escapar de su pecho el gemido angustioso de socorro. = Y ese grito conmovedor, que arrancado del pecho más caritativo que hay en la tierra, llega hasta este lejano Continente, ¿no brinda acaso la más bella ocasión para estrechar los vínculos de confraternidad con los hermanos de todas las razas y condiciones, bajo la sombra benéfica de un mismo Padre que alarga una mano en demanda del óbolo filial y con la otra la deja caer en las del más menesteroso de sus hijos? = Los motivos ya bastante poderosos, que someramente acabo de anotar, y los que la ardorosa palabra de US. sabrá ponderarlos eficazmente, harán eco profundo en los cristianos setnimientos de esa Grey, que con justicia ama entrañablemente a su Pastor, en quien reconoce sobrados motivos de admiración y de gratitud por el espíritu de abnegación y sacrificio de que tantas y tan elocuentes pruebas ha recibido, todo lo que halaga la más firme esperanza de que su llamamiento en esta ocasión tendrá el éxito deseado. = Anticipando a US. mis más expresivos agradecimientos por el noble interés con que se ha de dignar acoger estas líneas, me es grato ofrecerle mis consideraciones de profunda veneración y particular deferencia. = (L. ✠ S.) = ✠ Lorenzo, = Arzob.

de Efeso, Nuncio Apostólico. »

Aunque en vista de las afflictivas y calamitosas condiciones de los tiempos habíamos resuelto no importunaros jamás solicitando vuestros auxilios pecuniarios (si bien nunca los hemos solicitado que no redundasen en provecho exclusivamente vuestro), con todo, no podemos permanecer sordos e insensibles ante las apremiantes palabras del augusto Representante del Romano Pontífice. Quebrantaremos, pues, en esta ocasión, nuestro propósito, desplegaremos nuestros labios, levantaremos nuestra voz, llamaremos una vez más a las puertas de vuestro cristiano corazón, y señalándoos al Papa os diremos: «Dadle una limosna; que necesidad tiene de ella.»

Alimentados desde la cuna a los amorosos pechos de la Santa Iglesia, en ellos habéis aprendido a amar entrañablemente al Papa. Y por esto, cuando alguna vez ha herido vuestro oído el blasfemo grito de que el Papa es un poder extraño, esforzando la voz habéis lanzado al rostro del blasfemo el airado grito de la protesta. Para vosotros el Papa es la cabeza visible de la Iglesia; el Papa es el Padre común de los fieles; el Papa es el Vicario y representante de Jesucristo en la tierra. ¿Qué cuerpo organizado ha mirado jamás como extraño al más noble y conspicuo de sus miembros, la cabeza? ¿Qué padre ha sido jamás extraño para sus hijos? ¿Qué cristiano ha juzgado jamás extraño a Nuestro Señor Jesucristo?

He aquí los poderosos títulos que os han de estimular a depositar, con pronta y magnánima generosidad, a los venerandos pies del Romano Pontífice el óbolo de vuestra pobreza: es el Representante de Jesucristo en la tierra; es el Padre común de todos los fieles.

¡Cuántas veces, al recorrer con ávida y respetuosa mirada las breves páginas del Evangelio, habéis sentido agolparse a vuestros ojos las lágrimas! ¿Porqué habéis llorado? Porque habéis

leído en ellas que el Señor de todo lo criado apareció en la tierra pobre y menesteroso, tan privado de todos los bienes de fortuna que no tenía un mendrugo de pan para satisfacer su hambre, ni un pobre andrajo para cubrir su desnudez, ni una dura piedra para reclinar su cabeza: todo lo recibía de limosna . . . : vuestro corazón henchido de ternura y gratitud expresaba con las lágrimas los sentimientos que le agitaban. Si, exclamabais sollozando con San Pablo: PROPTER NOS EGENUS FACTUS EST CUM ESSET DIVES: Por nosotros estáis, oh Vervo Divino, en tanta miseria; por nuestro amor os habéis echado en brazos de la indigencia; porque nos amáis y queréis hacernos ricos os mostráis un pordiosero!: PROPTER NOS EGENUS FACTUS EST CUM ESSET DIVES, UT EJUS INOPIA DIVITES ESSE-MUS!

Y prosiguiendo en vuestra lectura, cuando habéis tropezado en aquel tan corto cuanto expresivo pasaje de San Lucas en que se refiere que un grupo de piadosas mujeres seguía al Salvador en sus excursiones apostólicas y proveía a sus necesidades con sus generosas limosnas, ET MINISTRABANT EI DE FACULTATIBUS SUIS, en un arranque de fe entusiasta y de amor entrañable a Jesucristo nuestro amorosísimo Dios. ¡Felices mujeres, habéis exclamado, que tuvisteis la dicha incomparable de sostener al Redentor de los hombres! ¡Felices criaturas que ofrecisteis al Criador el pan que debía sostener su temporal existencia, el traje que debía cubrir su desnudez, la fresca y cristalina agua que tantas veces apagó en sus entrañas los ardores de una sed prendida por largo y penoso camino o prolija y fervorosa predicación! . . . Si, en el largo discurso de diecinueve siglos no ha habido alma piadosa que no haya lanzado este grito que entraña un tierno amor a Jesucristo y una santa envidia a las dichosas mujeres del Evangelio! Porque sí, como enseña San Pablo, de los infalibles labios de Jesucristo brotó la sentencia: BEATIUS EST MAGIS DARE QUAM ACCI-

PERE: Más dichoso es el que da que quien recibe, ¿qué dicha podrá compararse con aquella en que el hombre da y Dios recibe? . . . el hombre que nada tiene de sí y todo recibe de Dios . . . ; Dios que todo atesora en Sí y nada puede recibir jamás de nadie! PROPTER NOS E-GENUS FACTUS EST CUM ESSET DIVES!

Pues bien, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, maravillaos de la inexhausta Bondad del Salvador, admiraos de las incomprensibles prerrogativas de la caridad! No ha querido Jesucristo privar a los fieles que en el discurso de los tiempos habian de poblar la tierra, del inefable contento de atenderle en sus necesidades. No importa que glorioso triunfador del infierno y de la muerte se asiente a la distra del Padre: la caridad transformará al hambriento, al que padece las torturas de la sed y las inclemencias del tiempo, en el mismo Jesús. No os resistáis, exclama el Divino Redentor en su Evangelio, no os resistáis a tender la compasiva mano al lesgraciado: alimentadle si está hambriento, ofrecedle agua fresca y cristalina si tiene sed, vestidle si está desnudo: porque todo lo que hiciereis en su favor a mí me haréis: QUANDIU FECISTIS UNI EX HIS FRATRIBUS MEIS MINIMIS, MIHI FECISTIS (Mth. 25, 40)

Si, pues, en la inefable palabra de Cristo, los pobres, cualesquiera que sean, representan al Redentor ¿qué diremos del Papa, su Vicario en la tierra? ¿No será dicha envidiable merecer que se digne recibir nuestra pobre ofrenda?

Y el Papa, este Representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra, necesidad tiene de nuestros socorros y limosnas. Sacrilegamente despojado de aquellos Estados que, según los planes de la Divina Providencia, debían asegurar su libertad e independendencia en el gobierno del universo católico, recluso en su palacio en el largo espacio de más de nueve lustros, necesita que el amor y generosidad de sus hijos le provea de lo que ha menester no ya para satisfacer sus necesidades personales — que prac-

ticando la máxima de San Pablo con muy poco se contenta — sino a los enormes gastos que le impone el gobierno del mundo. ¿Qué creyente no se juzgará dichoso al saber que el diminuto óbolo de su indigencia puede llegar hasta los pies del Representante de Cristo?

No sólo en los albores del cristianismo, en aquella edad heroica de piedad y de fe, cuando los primitivos fieles rebosando de la vida de la gracia, despreciaban los mezquinos y caducos bienes de la tierra, aspiraban tan sólo a los divinos y celestiales, y libre y espontáneamente despojándose de sus riquezas vendían sus posesiones y heredades y todo ofrecían a los apóstoles para sostenimiento de la Iglesia y amparo de los indigentes; mas también en el decurso de los siglos siempre han juzgado los cristianos honra altísima, en cambio de los preciosísimos e innumerables beneficios que como de fuente inexhausta brotan de la Cátedra pontificia, contribuir con sus limosnas y donativos a la gloria, esplendor y magnificencia de esa misma Silla.

Los Papas, por su parte, no han abusado jamás de la piedad de los fieles: que nunca se distribuyeron mejor los bienes de fortuna: después de atender a las ingentes necesidades de su gobierno, y de emplear gran parte de las limosnas en hospitales de caridad, asilos de niños y ancianos, escuelas, universidades y colegios, emplearon lo restante en la erección de grandiosos monumentos que patentizasen a las generaciones todas que no está reñida la Religión con el arte, antes bien que éste ha de contribuir al esplendor y gloria de aquella; y en los suntuosos y magníficos monumentos levantados en la capital del orbe cristiano con los donativos de todos los fieles, immortalizaron su nombre tan grandes y portentosos ingenios como, para no citar sinó uno de ellos, la basílica de San Pedro, Rafael, Miguel Angel, el Giotto y Dominiquino.

Empero hay un motivo más poderoso y urgente todavía para que, a costa de cualquier

sacrificio, deposite nuestra pobreza un óbolo, aunque insignificante, en las venerandas manos del Pontífice: es el tocado por el Exmo. Sr. Nuncio en el oficio transcrito.

La guerra ha clavado su cruel y férrea garra en el pecho de la humanidad, y anegando en sangre el mundo, cébase en los estertores de su prolongada agoría; la guerra, llevando por doquiera su encendida tea, ha sembrado el espanto, la desolación, la ruina en poblaciones hasta hece poco florecientes; la guerra, insaciable harpia, después de alimentarse con la sangre de millones de combatientes, ha dejado un sinnúmero de huérfanos desvalidos, de viudas desoladas, de familias indigentes.

En vano el Papa, desgarrado el corazón ante la espantosa carnicería, dominando con soberana voz el fragor de las batallas, el trueno de los cañones, los iracundos gritos de los combatientes, los desgarradores ayes de los heridos, más de una vez ha pretendido arrancar de las manos crispadas por la eslera el hierro homicida y derramar en el empuñeado corazón el dulce bálsamo de la paz. Sus augustas palabras impregnadas de caridad y de amor, no han sido escuchadas ay! con el religioso respeto que se merecían, por todos los combatientes. Algunos, cumpliendo la tenebrosa consigna de inicuos pactos, han hecho gala de ni siquiera contestar a estos mensajes de paz, multiplicando con tan sacrilego atentado los encendidos rayos que vibran en la diestra omnipotente de la Justicia vengadora.

Y ya que se nos brinda la ocasión, ¿cómo, en presencia de tan injusto e irritante proceder, no levantar nuestra airada voz y dejar escuchar el grito de protesta? ... ¿Qué importa que seamos débiles, inermes, de ninguna significación si nos comparamos con las grandes y poderosas naciones? El hijo bien nacido, no por hallarse cubierto de los harapos del perditionero, ha perdido el inviolable derecho ni está exento del sagrado deber de protestar contra quien villa-

namente ha insultado a su padre . . . Y el Papa es el padre de todos los fieles; el Papa es el augusto Representante de Jesucristo en la tierra . . . El Papa al presentar a los beligerantes sus propuestas de paz no ha hablado únicamente como el Supremo Jerarca de la Iglesia católica, ha levantado su voz como el último refugio y la encarnación viviente de aquellos sentimientos humanitarios que parece han sido desterrados para siempre del pecho de los mortales . . . Por tanto, quienes han cerrado los oídos para no escuchar su voz, quienes han recibido sus venerandas palabras con la mueca del desdén, quienes, hollando los rudimentarios preceptos de cortesía y urbanidad, no se han tomado siquiera el trabajo de acusarle recibo de sus humanitarias y caritativas propuestas, ante Dios y los hombres se han hecho reos de execrable crimen: del crimen de lesa Religión y lesa humanidad.

Pero volviendo a nuestro asunto, este bondadoso y afligidísimo Padre, desgarrada tiene el alma con las congojas, martirios, agonías de sus hijos; y si no le ha sido dado alejar del mundo al airado ángel de la muerte que, bladiendo sin piedad su certera guadaña, siega a gavillas las vidas de los mortales, ansia, por lo menos, enjugar en muchos semblantes las lágrimas, restañar en muchos corazones las heridas, hacer brillar en la tenebrosa noche que cobija a tantos infelices y desgraciados el dulce y apacible rayo de la esperanza. Con paternal cariño y real munificencia no cesa de enviar cuantiosos recursos a donde el flagelo de la guerra abre más hondos y ensangrentados surcos. Pero ¡ay! su ternura paternal viéndose imposibilitada para acudir al socorro de tantas víctimas pronto se verá condenada al desesperante suplicio de no poder ofrecerles otro consuelo que el de sus amargas lágrimas . . . Consolemos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, consolemos a nuestro Padre; proporcionémosle los medios con que pueda, en mayor escala, socorrer a los desgraciados;

hagamos caer en sus venerandas manos el óbolo de nuestra indigencia para que, por medio del Augusto Pontifice, vaya a enjugar una lágrima en alguna de las victimas de la espantosa guerra.

No nos amedrente la pequeñez de la oferta: que, ante Dios, màs, mucho más pesó la diminuta moneda que con mano temblorosa pero corazón amante depositó la evangèlica viuda que los grandes y opulentos presentes de los vanidosos fariseos.

Lèase esta Carta Pastoral con el adjunto Decreto en la forma acostumbrada.

Dada en Loja, a 24 de julio de 1918.

✠ *Carlos María,*
OBISPO DE LOJA.

Por mandato de S. S. Ilma. y Rma
FERNANDO LEQUERICA,
Secretario.

Nos, D. D. Carlos M. de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA S. S. APOSTOLICA,

OBISPO DE LOJA.

Por cuanto es de imperiosa necesidad que todos los fieles hagan pública ostentación de su fe e inquebrantable adhesión al Papa como al Vicario y Representante de Nuestro Señor Jesucristo en la tierra; que le provean de los fondos necesarios para el gobierno de la Iglesia, y que especialmente en las afflictivas condiciones de la hora presente le suministren los medios con los cuales pueda socorrer a tantas y tan espantosas desgracias como causa en el mundo el flagelo de la guerra, tenemos por bien decretar lo que sigue:

1º.— Erigese en nuestra Diócesis la obra intitulada “Dinero de San Pedro” que existe próspera y floreciente, durante largos siglos, en casi todo el orbe católico;

2º.— Señálanse dos festividades en el año, es a saber: el día de la Circuncisión del Señor, 1º de enero, y el de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, 29 de junio, para que en todas las iglesias y capillas públicas se haga cada año una colecta general de limosnas destinadas al expresado objeto;

3º.— Como ha pasado ya en el presente la fiesta de los Santos Apóstoles y sea urgente la necesidad de enviar al Padre común de los fieles algunos subsidios pecuniarios, para que pueda repartirlos entre sus desgraciados hijos de los pueblos beligerantes; ordenamos que el domingo siguiente a aquel en que se diere lectura a nuestra Carta Pastoral se haga la expresada colecta en todas las iglesias y capillas públicas.

4º.— En todos los antedichos sagrados lu-

gares se colocará un cepillo, cerrado con llave — la que guardará el Rector de la iglesia o capilla — con una apertura en su parte superior, para que por ella puedan depositar los fieles su limosna en el decurso del año;

5°.— El siguiente día a aquel en que se hicieren las colectas, los Rectores de iglesias y capillas remitirán el producto de las mismas, juntamente con las limosnas encerradas en los cepillos, a la Secretaría de Temporalidades, para que se envíen las cantidades recogidas al Soberano Pontífice.

Dado en Loja, a 24 de julio de 1918.

✠ *Carlos María,*
OBISPO DE LOJA.

Por mandato de S. S. Ilma. y Rma
FERNANDO LEQUERICA,
Secretario.

Al Sr. Gobernador de la
Provincia Ciudad.

OCTAVA
CARTA PASTORAL

QUE EL

Ilmo. Rmo. Sr. Dr. D.

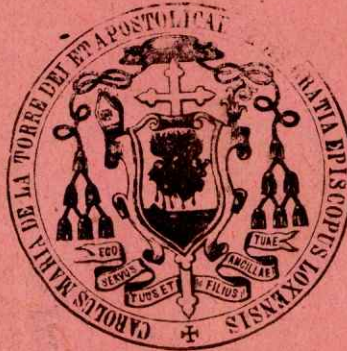
CARLOS MARIA de la TORRE

OBISPO DE LOJA,

DIRIGE

Al Clero y fieles de su Diócesis

TRATA DE LA DETRACCIÓN.



Loja,—1.917

IMP, DEL CLERO—por J. M. Sánchez C.

Nos, Dr. D. Carlos M. de la Torre

POR LA GRACIA DE DIOS Y BENEPLACITO DE

LA SANTA SEDE

OBISPO DE LOJA

A NUESTRO VENERABLE CAPITULO DIOCESANO,

AL CLERO SECULAR, AL REGULAR Y A TODOS

LOS FIELES DE LA DIÓCESIS DE LOJA

SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Remove a te os pravum, et de-
trahentia labia sint procul a te.

Aparta de tu boca la maledicencia, y no manchen tus labios la detracción. (PROVERBIOS, CAP. 4º, VERSO 24.)

Venerables Hermanos y amadisim s Hijos en
Nuestro Señor Jesucristo:



QUIENQUIERA que con atenta mirada contemple los misterios que encierra el lenguaje humano no podrá por menos, que llenarse de estupor y maravilla.

Espiritual e incorpórea como la facultad que la ha engendrado nace en el entendimiento la idea, y custodiada en él como en inviolable asilo, sólo bajo el imperio de la voluntad, deja su cuna. Prestale entonces la música deslumbrador ropaje, y cual en gracioso carro de articulados sonidos conducida,

y suavemente haciendo vibrar los aires a su paso, salva las distancias, llama a las puertas del oído que la atiende, penetra en el cerebro de quien la escucha, aviva en él la imaginación y la fecunda, y sirviéndose de la fantasía cual de mágica lámpara, proyecta en el entendimiento una imagen: es otra idea, semejante en todo a la primera.

Así se comunican los hombres sus pensamientos, así se manifiestan los sentimientos que agitan su pecho, así se revelan los recónditos secretos ocultos en su espíritu.

Nacido el hombre para vivir en sociedad necesitaba de un instrumento ágil, dócil, variadísimo en su unidad y tan opulento en su riqueza que con filelidad sorprendente pudiese reproducir ya los infinitos matices del pensamiento humano, ya las innumerables notas con que canta el alma sus afectos, ya, en fin, las múltiples y delicadas vibraciones del corazón agitado por el sentimiento. ¿Cómo sin la palabra, este precioso don del cielo, cómo habrían enriquecido los hombres a sus semejantes con las innumerables conquistas de la ciencia? ¿Cómo les habrían participado las delicias y encantos de un corazón que rebosa de ventura? ¿Cómo, finalmente, habrían gustado las dulzuras y consuelos que ofrecen las penas y quebrantos de esta miserable vida cuando depositados en el pecho de fiel y sincero amigo?

Más aún. Si no ha menester Dios del lenguaje sensible para comunicarse con el hombre, porque su penetrante mirada aún en los repliegues del pecho humano lee con pasmosa claridad los más secretos pensamientos y sin necesidad de la palabra humana inclinase hasta el alma y hálale con el misterioso lenguaje de los ángeles; el hombre sí, porque maravilloso compendio del universo creado, debía usar en su trato con Dios del lenguaje: ora porque sin él no habría tenido la válvula de seguridad por donde se escapasen los ardientes sentimientos de gratitud, ternura y amor que se desbordasen de su pecho, ora también porque como rey y

pontífice de la creación sensible, debía depositar ante el trono del Altísimo una ofrenda y entonar un himno en su loor: ofrenda que como el mismo hombre ocultase el soplo del espíritu bajo el gracioso manto de la hermosura corporal, e himno que, siendo eco fidelísimo del que cantan los ángeles en el cielo, reprodujese al propio tiempo, con más belleza y armonía, los innumerables cantares con que la naturaleza agradecida celebra la gloria, exalta la magnificencia y publica las bondades del Supremo Hacedor.

Desgraciadamente el hombre que abusando de su albedrío mancha lo más puro y contamina lo más santo, cuántas veces ay! con la sacrilega blasfemia, la vil calumnia, la rastrera detracción o la cruel maledicencia profana aquella lengua que debía desatarse únicamente para entonar fervientes himnos a la gloria del Señor y mancilla aquellos labios de donde debían brotar las centellas de amor que, fundiendo en un solo corazón los corazones de los mortales, hiciese de todos ellos en verdad hermanos. Oh detestable y monstruoso abuso de la lengua, tan opuesto y contrario a la naturaleza de ella como si la humilde higuera fastuosamente se ataviese con el rico y sazonado fruto de la vid o de un mismo manantial fluyeran a la par dulces y amargas aguas (1).

Permitid, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, que en este santo tiempo de cuaresma, en estos días de penitencia y renovación espiritual, llamemos vuestra atención no ya sobre lo execrable de la blasfemia, crimen que, por la misericordia divina, no inficiona nuestra Diócesis, profundamente cristiana, sino más bien sobre aquel vicio de la lengua tan odioso a los divinos ojos, tan contrario a la caridad cristiana y tan enemigo del reposo, felicidad y paz de la sociedad humana: la

(1) *Ex ipso ore procedit benedictio et maledictio. Non oportet fratres mei, huc ita fieri. Numquid fons de eodem foramine emittet dulcem et amarant. aquam? Numquid potest fratres mei ficus uvas facere aut vitis ficus? (Jae 3 10, 12)*

detracción.

La Virgen Inmaculada, desde su excelsa trono de gloria, bendiga nuestra palabra y haga-la fructificar en vuestros corazones, a fin de que, purificado el cielo de nuestra Diócesis de todo miasma deletéreo, desaparezca este detestable vicio, por desgracia, tan común, que bien puede asegurarse que contamina el aire que respiran las almas, envenena la vida moral en su mismo origen y siembra de cadáveres el campo espiritual de la Santa Iglesia.

* *

Detracción es la oculta e injusta violación de la fama del prójimo.

Cuando se imputa a un inocente un crimen que no ha cometido llámase calumnia. Cuando es verdadero el crimen, pero ha permanecido oculto, lleva el nombre especial de detracción.

Rea de calumnia fué la liviana esposa de Putifar cuando acusó ante su esposo al inocente José del crimen de adulterio; (2) calumniantes fueron los libidinosos viejos que ante el pueblo de Israel denunciaron como rea de incontinencia a la castísima Susana. (3)

Ejemplo de detracción nos ofrecen los hipócritas fariseos cuando, habiendo sorprendido a una desdichada mujer en flagrante adulterio le echaron las manos, condujéranla ante el Divino Maestro, y, en presencia de toda la muchedumbre que en el templo le escuchaba, pidieron contra ella sentencia de muerte. (4)

El calumniante y el detractor, ora cual cerdos que se revuelcan en el fango, ora cual escarabajos que se nutren de estiércol, encuentran sus delicias y cifran sus complacencias en pescar, con avidez jamás satisfecha, en el albañal de vicios, críme-

2. Génes. c. XXXIX 3 Daniel c. XIII - 4 Joan VIII

nes y pecados, para cuando hubieren tropezado con algun oculto delito, empuñar la trompeta de la fama, soplar en ella con todos sus pulmones y esparcir a los cuatro vientos la sensacional noticia.

No son pocas las maneras con las cuales puede el alma mancharse con este vicio; porque no solamente hácese rea de él cuando acusa injustamente al prójimo de un crimen que no ha cometido o cuando publica el que ha permanecido oculto, mas tambien cuando aplicando sus poderosas lentes agiganta una falta leve, o cubriendo de sombras una acción virtuosa ya guarda silencio cuando todos la celebran y aplauden, ya se esfuerza en disminuir su mérito o ya por lo menos la atribuye a dañada intención o torcidos fines. La detracción es tan sutil y fecunda que no pocas veces una sonrisa maliciosa, un gesto o una mímica, una ligera contracción de labios pueden cruelmente desgarrar la fama del prójimo y causarle profunda e incurable herida. La detracción es arma temible y acerado puñal, que hiere y destroza con la verdad y con la mentira, con la palabra y con el silencio, obedeciendo las descaradas órdenes formuladas por el odio y la venganza y disfrazando su malicia con el encantador ropaje de la caridad cristiana.

“No hay murmuradores más finos y venenosos que aquellos que para hablar mal empiezan celebrando o refiriendo algunas prendas y dotes de las personas de las cuales murmuran. Protesto, dicen, que le estimo y que en lo demás es muy buen hombre; pero, con todo, no puedo menos de confesar la verdad: ha obrado mal, cometiendo tal perfidia. Fulana es muy buena muchacha, pero se dejó sorprender. Y siempre usan de semejantes rodeos. ¿No descubris en esto el artificio? Como el que dispara el arco, tira hacia sí la flecha todo cuanto puede, pero es para lanzarla con mayor impetu, así los tales parece que tiran hacia sí la maledicencia, pero es para despedirla con mayor fuerza y que penetre más profundamente en los corazones de los que le escuchan.

(5) Así se expresa aquel portento de suavidad y dulzura, S. Francisco de Sales.

“No pienses, agrega el Vle. Padre Fr. Luis de Granada, que te excusas de este vicio cuando murmuras artificiosamente, alabando primero al que quieres condenar; porque algunos murmuradores hay que son como los barberos, que cuando quieren sangrar untan primero blandamente la vena con aceite y después hieren con la lanceta y sacan sangre. De estos dice el Profeta que hablan palabras más blandas que el óleo, mas que ellas de verdad son saetas.” (6)

Y ya antes el glorioso San Bernardo, a pesar de su incomparable bondad y de los dulcísimos encantos de su meliflua elocuencia, creyó que, en tratándose de detractores, bien podía empapar sus labios con la salsa picante de la sátira y lanzar contra los reos de tan detestable culpa la envenenada flecha del sarcasmo. “Mirad, escribe el Santo, cómo habiendo engendrado en su pecho la maledicencia y no pudiendo conservarla oculta por más tiempo, con simulada vergüenza y refinada hipocresía, esfuerza-se el detractor por hacerla adivinar. (7) Principia por exhalar del oprimido pecho largos y anhelosos suspiros: *rudeas praemitti alta suspiria*. Luego con estudiada lentitud y marcada gravedad, como si con extrema dificultad se escaparan de los labios las palabras, (8) con rostro lloroso y compungido: *vultu nocebr*; con los ojos clavados en tierra: *deus is capere illu*; con flébiles y entrecortados acentos: *corde plange* etc. lanza por fin la tetracción, q’ será tanto más fácilmente creída cuanto al parecer ha tratado de un pecho compasivo. (9)

[5] *Introducción a la vida devota* Part. 3ª c. 29 - (6) *Guía de pecadores*, Libro 2. c. XI § 1 - (7) *Alii, simulata recundia, fuso, conceptu in malitiam, quam retinere non possunt, ad ambare conantur.* [Bernard. Serm. 24 in Cantica.

(8) *Sicque quadam cum gravitate et tarditate.* (Ibid)

(9) *Figredi maledictionem, et quidem tanto persuasibiliorem, quanto creditur ab his qui audiunt, corde invito et magis condolenter affectu, quam militiose profferri.* (Ibid)

Desgracia funesta y lamentable!, exclama: Altos e inexcrutables juicios los divinos! . . . Debilidad, miseria, flaqueza, inconstancia suma de la virtud humana . . . ¡Desgraciada doncella! . . . tan piadosa y modesta, tan recogida y devota. . . ¿Quién lo habría creído jamás? . . . Y sin embargo, ha caído . . . Os refiero tan deplorable suceso para que la encomendéis a Dios. Me ha desgarrado el alma esta caída . . . ; pero ya no es posible ocultarla . . . : lo declaro con lágrimas en los ojos: así es verdad: *dolens dico: ita est.*" (10)

Y si multiplicanse tanto los pecados de detracción porque numerosos son los hilos de la red con que aprisiona este vicio, multiplicanse más todavía por el criminal placer del detractor al murmurar y por la complacencia con que ordinariamente se escucha su detracción. Porque hay gentes tan livianas y de poco seso que blasonan de ser la crónica viviente del lugar en donde moran. Todo lo saben, nada se les oculta, nada lo ignoran. La ciudad y la aldea, las plazas y las casas no les guardan sus secretos. Y ya por medio de sus agentes y servidores, ya por sí mismos, cual hambrientos canes que con el rabo entre las piernas y las narices dilatadas, vuélvense de un lado a otro, andan y desandan su camino, husmeando sin descanso por si acaso descubran el roído hueso que engañe el hambre que les tortura; así ellos, los detractores, infatigables en sus pesquisas, ansiosamente buscan los ajenos deslices que les sirva de alimento a sus estragados estómagos. Baten palmas y júzganse dichosos cuando encuentran una honra que roer, o una reputación que desgarrar: ya podrán gloriarse de su hallazgo y vanagloriarse de su conquista.

Entonces es de verlos. Rodeados de

10 *Dolo, inquit, vehementer pro eo quod diligo cum satis et numquam potius de hac re corrigere enim. Et aliis: Mihi quidem, ait, bene compertum fuerat de illo istud, sed per me nunquam innotuisset: et quoniam per alterum patefacta est res veritatem negare non possum; dolens dico: Recte ita est! (Ibid)*

sus satélites y admiradores, con el cuello erguido, levantada orgullosamente la frente, la diabólica sonrisa en los labios y con ojos chispeantes de contento, a la manera del criminal que, prendida la mecha, retírase a contemplar desde lugar seguro los espantosos estragos de su bomba, o como el muchacho travieso que mira embelesado a la araña cuando poco a poco y lentamente devora la mosca en su red aprisionada; o, si preferís, como las delicadas damas romanas, que ataviadas con los refinamientos de un lujo llevado hasta increíbles excesos, inclinadas hacia adelante en el anfiteatro, con la mirada encendida y el pecho anhelante disfrutaban de indecible placer cuando con los ojos seguían a las hambrientas fieras que precipitábanse sobre las inocentes víctimas, e hincaban en sus trémulos cuerpos la acerada zarpa y hacían brotar a torrentes la humeante sangre, y arrancaban con los afilados dientes las entrañas palpitantes, y trituraban con las poderosas mandíbulas los descoyuntados huesos; así el odioso detractor, tanto más esforzado y valiente cuanto más seguro está de que no rebotará contra él ningún fragmento de la destruida honra, ni le rozará las carnes la araña que devora su presa, ni le chuparán las fieras una sola gota de sangre, después de pisar la satisfecha mirada por toda la concurrencia, echa la bomba, arroja la presa, lanza al anfiteatro la víctima; y mientras la fiera humana clava en la reputación de su hermano la garra, y se relame con su sangre, él, con los brazos cruzados sobre el pecho, con la maligna sonrisa en los labios, contiene el aliento, suspende la respiración para no perder un solo acento de las palabras con que aquellos fractricidas, hieren, destrozan y matan la reputación de su hermano . . . ¡Placer de criminales! ¡Gusto de fieras! ¡Contento de asesinos! . . .

Y en aquel circo de humanas fieras ¿quién podrá comprender cuál goza más si el detractor o los que le escuchan? ¿Quién será más criminal a los ojos de Dios si el que se complace en detraer o los que con su gozo estimulan a la detracción? porque

ya lo advirtió en una de sus cartas San Paulino: Si reina en muchos el vicio horrendo de la detracción es porque casi todos escuchan con agrado al que detrae: "Idcirco in multis fervet hoc vitium, quia pene ab omnibus libenter auditur". Es que las caídas del prójimo son para el malvado excusa de sus crímenes, y para el virtuoso, quizá sin darse entera cuenta de ello, a la manera de oscuras sombras que realzan y abrillantan la hermosura de sus virtudes". Ojalá tuviéramos, clamaremos con San Francisco de Sales, en nuestra mano un carbón encendido del altar santo para tocar los labios de los hombres y purificarlos de su iniquidad y pecado, como lo hizo Isaías; pues quien quitase del mundo la maledicencia, quitaría gran parte de los pecados y de la maldad" [11]

La Sagrada Escritura llama lengua "triple" a la maldiciente; "lengua tertia" [12]; porque causa, de una vez, tres heridas. Hiere al detractor matándole la vida del alma; hiere al traído arrebatándole la fama; hiere a quien complacido escucha la detracción ora estimulándole con el ejemplo a proseguir el camino de perdición, ora llenándolo de vana gloria y soberbia si ha permanecido inocente, ora, finalmente, extinguiendo en su corazón la estima y afecto hacia la persona infamada. "Y esta lengua, pregunta San Bernardo, que a tantos envenena con un solo aliento ¿no merecerá llevar el nombre de viperina? ¿No deberá llamarse homicida lanza cuando a tantos hiere y destroza de un solo golpe [13]?"

Mata la vida de la gracia en el alma del detractor; porque el pecado de detracción, a no ser que sea leve la materia, o —lo que muy raramente

(11) Introducción a la vida devota; Parte 3ª Cap. 2º

(12) Eccl. 28, 16

(13) Nunquid non viperæ est lingua ista [detractoris]? Perocissimæ plane nimirum, quæ tam læthaliter tres inficiat uno flatu. Nunquid non lancea est ista lingua? Profecto et acutissima, quæ tres penetrat uno ictu. (Bern. Serm. De triplici custodia manus, lingue et cordis.)

acontece— que haya causa grave que la justifique, es de suyo pecado grave.

Y porque extingue en el alma del detractor la vida de la gracia; porque hácele indigno de la amistad divina, y porque arma contra ella el brazo indignado de la divina Justicia, dicen las Sagradas Letras que son odiosos a Dios los detractores: “detractores Deo odibiles” (14); que no han de conseguir la eterna bienaventuranza: “Neque maledici neque rapaces regnum Dei possidebunt” (15), y que son dignos de muerte: “Qui talia agunt digni sunt morte” (16)

¿Qué desdicha más grande que la de hacerse indigno de la amistad divina? ¿Qué peor desventura que la de perder la divina gracia? ¿Qué infelicidad más lamentable que la de atraerse los eternos castigos? Ay! cuántas almas que en medio de la corrupción del siglo y a través de un mar de fango y podredumbre recorrieron el camino de la vida sin mancharse con los placeres sensuales, por no haber refrenado su lengua, lloran, gimen y sin esperanza alguna se retuercen de dolor en las abrazadas mazmorras del infierno! Boca en verdad de necio y labios insensatos los del detractor que así roban la vida al alma: “Os stulti contritio eius, et labia ipsius ruina animae eius” (17).

Mas en esta misma vida cosechará el maldiciente el amargo fruto de su pecado; en esta misma vida fulminará contra él la justicia del Señor su terrible anatema: “Susurro et bilinguis maledictus” maldito sea el chismoso y el maldiciente (18).

Old sinó cómo David, en presencia de sus enemigos, que con mentirosas, lenguas habíanle perseguido: “os peccatoris et os dolosi super me appertum est” (19), lleno del espíritu de Dios y a los resplandores de profética visión contempla, entre las sombras de un porvenir no lejano, el terrible castigo de los culpables; y tomando en sus manos el sagrado salterio, con terribles y pavorosas notas, semejantes al

[14] Ad Romanos. 1. 30 (15) II Ad Corint. 6. 10 (16) Ibidem.
[17] Prov. 13. 7. [18] Eccl. 12. 15. (19) Ps. 109. 2.

rugir del trueno y al bramar de la tempestad, describe los horrores de la maldición divina cuando hiere a los delincuentes.

A la manera que el hierro atrae el rayo, así la lengua del detractor atrae la maldición divina: "Dilexit maledictionem et veniet ei" (20). Y esta espantosa y terrible maldición no deja al culpable un momento de reposo; persigúele sin cesar, apodérase de él, dominale y le subyuga: vístelo de pies a cabeza como la túnica, cúbrelo enteramente como el manto [21]; le estrecha y constriñe cual ceñidor [22]; penetra en sus entrañas como el agua (23); y a la manera de aceite infiltra por los poros de su cuerpo, atraviesa los tejidos de sus carnes y llega a la médula de sus huesos (24). La maldición divina abrevia los días del detractor [25]; cúbrele de ignominia [26]; redúcele a la miseria, entrega sus bienes a la insaciable codicia del usurero y el fruto de sus fatigas al despreocupado goce del extranjero [27]; y después de haber dejado a los hijos huérfanos y viuda a la esposa, destiérralos del patrio suelo y lejos de la paterna casa, convertida en ruinas, lánzalos, para no morir de hambre, a mendigar, de puerta en puerta, un mendrugo de pan (28) Este es el castigo, concluye el inspirado profeta, que prepara Dios a mis detractores; esta la pena que les espera por haberme cubierto de ignominia: "Hoc opus eorum qui detrahunt mihi apud Deum et qui loquuntur mala adversus animam meam" (29).

Pero ¿por qué tanto rigor? ¿Por qué tan horrenda maldición? ¿Por qué la Divina Justicia lan-

(20) *Ibi*. 18. [21] *Et induit maledictionem sicut vestimentum. Fiat ei sicut vestimentum quo operitur* [*Ibid.* 18, 19]. [22] *Sicut zona qua semper praecingitur* [*Ib.* 19.]. [23] *Et intravit sicut aqua in interiora eius* [*Ib.* 18]. [24] *Et sicut oleum in ossibus eius* [*Ib.* 18]. [25] *Fiant dies eius pauci.* [*Ib.* 8]. [26] *Et episcopatum eius accipiat alter* [*Ib.* 8]. [27] *Scrutetur faenerator omnem substantiam eius, et diripiant alieni labores eius* [*Ibid.* 11]. [28] *Fiant filii eius orphani et uxor eius vidua. Nutantes transferantur filii eius et mendicent; et ejiciantur de habitaculis eius* [*Ib.* 8, 10, 12, 13]. [*Ibid.* 11].

za este rayo que hiere, quema, abraza, consume y reduce a cenizas? . . . Porque quien falsamente imputa al prójimo un crimen que no ha cometido, o quien divulga una culpa que ha permanecido oculta viola la ley de Dios positiva y natural, menosprecia los sagrados fueros de la cristiana caridad, huella y conculca los imprescriptibles derechos de la justicia, clava en el pecho de su hermano un puñal que le da ignominiosa muerte, rompe los dulces vínculos de la amistad, relaja los lazos de la familia y amenaza destruir la sociedad.

Viola la ley divina positiva. ¿Quién no ha escuchado el vibrante clamor de la trompeta de Santiago que en nombre de Cristo intima a los cristianos el amor de sus hermanos, el respeto de su honor, la conservación de su fama? Guardaos de la detracción, dice el apóstol, porque quien se hace reo de este crimen viola y menosprecia la ley santa de Jesús: "Nolite detrahare alterutrum: qui detrahit fratri detrahit legi" (30). Sí, prosigue el gran apóstol de las gentes; porque el chismoso y detractor odiosos son a Dios y dignos de muerte: "Susurrones et detractores Deo odibiles . . . qui talia agunt digni sunt morte" [31]. Y que son estas enérgicas expresiones de los apóstoles sino un eco apagado de la voz de trueno con que el mismo Dios deferdió en el Sinaí la fama y la reputación del prójimo intimando a los amedrentados israelitas que debían huir de la calumnia y no debían manchar jamás sus labios con los chismes y detracción: "Non eris criminator, nec susurro in populo" (32)? ¿Qué sino la reiterada recomendación del consejo del Sabio cuando decía: Arroja, hijo mío, de tus labios la maledicencia y de tu lengua la detracción: "Remove a te os pravum et detrahentia labia sint procul a te" (33)? ¿Qué, en fin, sino la promulgación de aquel precepto de nuestro benignísimo Salvador, quien ardiendo en deseos de hacernos el mayor bien posible, en esta vida mezquina y en la otra perdurable, asentó el edificio todo de la Religión sobre el gran precepto del amor y prohibió a todos los

(30) Jac. 4, 11 [31] Ad Rom. 1 30 (32) Levit. 19 18 [33] Prov. 4 24

cristianos no tan sólo cubrirse de baldón y de ignominia con palabras más también formar en lo íntimo del alma juicios poco favorables a la reputación del hermano "Nolite judicare et non judicabimini" (34). No juzguéis y no seréis juzgados?; que fue como si dijera: ¿queréis salir incólumes de la presencia de aquel Soberano Juez que os pedirá estricta cuenta de todos vuestros actos? Pues guardaos de juzgar a vuestros hermanos. Porque ama Dios con tan tierno y entrañable amor a sus criaturas, que qu'en las toca, toca a la niña misma de los divinos ojos: "Qui tetigerit vos, tangit pupillam oculi mei" (35)

Pero no era menester que promulgase Dios esta ley, fundamento indispensable de la paz individual y social, en la Antigua y Nueva Alianza: El mismo, con sus divinas manos, habíala grabado profunda e indeleblemente en el corazón humano en el momento de formarlo. Calle, en buena hora y enmudezca la voz divina; no hablen los apóstoles y profetas: no por eso dejará de resonar con altísimos clamores la voz de la conciencia que a grito herido dice a los mortales: "Amaos: No hagáis a los demás lo que no quisierais se hiciese a vosotros mismos".

Quien murmura o calumnia huella y conculca los sagrados fueros de la caridad. Para comprenderlo necesario sería sondear lo profundo de la llaga y estimar lo doloroso de la herida que ha abierto el detractor en su víctima.

Pobre, desgraciada, infeliz doncella! Hasta hace poco tu vida serena y tranquila disfrutaba de las dulzuras de inalterable paz. Querida de tus padres, respetada de la sociedad, por tu pureza y candor, amada con predilección por Dios, corrían dulcemente tus días a la manera de claras ondas de manso arroyo que suavemente murmurando deslizan por blando lecho de mullida arena. Pero, ¿por qué se ha enturbiado tu mirada? ¿Por qué se ha

(34) Mt. 7, 1. (35) Zac. 2, 8.

marchitado en los labios la graciosa sonrisa que en ellos florecía? ¿Por qué abrasan tus mejillas ardientes lágrimas? ¿por qué tiembblas, te estremeces, vacilas y cubierto de carmín tu pálido semblante lo escondes avergonzada? ¡Ay! Es que ha herido tu pecho envenenada flecha. Cuando menos lo pensabas oculto enemigo, envidioso de tu dicha, tendió el arco, aprestó la saeta, lanzó la flecha y clavándotela en el pecho te abrió profunda herida. "Intenderunt arcum, rem amaram, ut sagittent in occultis immaculatum" (36) Los labios maldicientes fueron el arco, la palabra calumniante la flecha: cruzó ésta los aires y caíste gravemente herida. Mas quien así te hirió no se turba al contemplarte bañada en tu propia sangre; no se inquieta; nada teme: "subito sagittabunt eum et non timebunt". (37) Continúa tranquilo y dichoso y deja que su maldiciente lengua se agite, y mueva, y sin cesar propague y dilate la calumnia: "firmaverunt sibi sermonem nequam . . ." (38) Entre tanto, víctima infortunada, ¿quién podrá comprender la magnitud de tu dolor? ¿Quién saborear la amargura del caliz que tú apuras? ¿Quién medir la profundidad del océano en que tu corazón ha naufragado? . . . Diluvio de azotes descargado sobre delicadas carnes no habrían causado en ti tan cruel herida como la que ha abierto en tu pecho la maldiciente lengua. Porque como pondera la Escritura Santa: el golpe del azote deja un cardenal; mas el golpe de la lengua desmenuza los huesos: "Flagelli plaga livorem facit; plaga autem linguae conminet ossa" (39) Oh lengua detractora, oh labios maldicientes! lengua afilada como la de la serpiente, labios que esconden como los del áspid mortífero veneno: "acuerunt linguas suas sicut serpentis; venenum aspidum sub labiis eorum. (40)" ¿Qué importa que las palabras que brotan de los labios sean dulces y almibaradas y que las conversaciones en que se desata la lengua, alegres y jocosas? No de otra suerte clava el áspid sus envenenados dientes: apenas si lo percibe el paciente;

3) Ps. 62, 4. 5. (37) Mt. 23, 34. (38) Eccl. 23, 21. (39) Eccl. 23, 21. (40) Ps. 139, 4.

pero la ponzoña que infiltran penetra en las venas, rápida circula por la sangre, y, llegando muy pronto al corazón, causa irremediable muerte. "El detractor, dice San Juan Crisóstomo, hincando los afilados dientes en las carnes de su hermano las devora. Por esto le aterroriza San Pablo cuando escribe: Si os mordéis mutuamente y devoráis, mirad que no os destruyáis mutuamente (Gal. 5, 15). No clavaste, detractor cruel, no clavaste tus dientes en el cuerpo de tu hermano; pero si los hincaste con la malévola sospecha, en su alma, hiriéndola de muerte y saturándola de amargura. [41]

*
*
*

Mas quien murmura o calumnia no viola únicamente las santas leyes de la caridad cristiana; huella también y conculca los sagrados e inviolables derechos de la justicia.

Injusto es—¿quién puede dudarlo?—el salteador de caminos. ¿Qué violación tan irritante de la justicia es la vida que lleva, las palabras que profiere, las acciones que ejecuta!

Tranquilo y descuidado seguía el viajero su camino. Cuando he aquí que, cuando menos lo pensaba, en uno de los recodos de la vía, salta de unos matorrales el ladrón, y con la robusta mano en la garganta del viandante y en el pecho el afilado puñal: "la bolsa, le grita, o la vida." Y el cuitado peregrino ha de arrojarle sin remedio la una para conservarse la otra.

Pues el injusto detractor ladrón es no de un

(41) Detrahens fraternas carnes comedit, proximi carnem mordit: propterea et Paulus terruit cicens: Si autem vos invicem mordetis et comeditis, videte ne invicem consummami. Non infixisti dentes carni, sed animae maledictum, improbam suspicionem infixisti, vulnerasti, innumeris effecisti malis et te ipsum, et illum, et alios plures: sive enim peccator sit, tum segnior fit, peccati communicatorem nactus; sive justus sit, in arrogantiam tollitur, et inflatus, ex aliorum peccatis magna de se ipso sentire persuasus. Chrsó. hom. 3, n. 5 Ad. 1 opu. Antio. (42) Prover. 22, 1.

puñado de monedas,—vil escoria para nobles corazones,—sino de la reputación, de la fama, de la honra del prójimo: bienes que, según el infalible sentir de la Escritura Santa, valen más, mucho más que infinitas riquezas: “*Melius est nomen bonum quam divitiae multae* (42). El detractor es más vil y cobarde que el salteador de caminos; porque éste acomete a pecho descubierto, pone en peligro su vida, y no es raro que, sonriendo al inocente la victoria, sin conseguir la bolsa encuentre el malvado la muerte. Pero la víctima de la rastrera calumnia o vil detracción ¿cómo se defenderá? ¿cómo luchará con su enemigo cuerpo a cuerpo, si ni siquiera lo conoce, si ignora ordinariamente quién le ha herido, y si artero, astuto, solapado cual serpiente arrástrase el detractor sin ser visto, hiere sin ser sentido y regresa luego y se esconde en su cavernosa guarida?

La terrible maldición divina que espantosa y justiciera hirió al primer fratricida hiere igualmente a todo asesino, porque la sangre que mancha sus manos clama, como la de Abel, venganza al cielo. Pues bien; quien arrebató al prójimo su fama, no sólo le hiere mas tambien arrebatáale en cierto modo la vida: “*Qui occidit fratrem suum et qui detrahit, pariter homicidae esse monstrantur* (43).

“Tres géneros de vida tenemos, escribe San Francisco de Sales: la espiritual que consiste en la gracia de Dios, la corporal que proviene del alma y la civil que se mantiene con la buena fama. La primera se pierde por el pecado; la segunda por la muerte, y por la maledicencia la tercera (44)”. Lengua detractora, lengua cruel, lengua viperina, cuando clavas en la fama del prójimo tu envenenado aguijón, cuando le hieres de muerte, cuando le arrebatas la vida? ¿has ponderado toda la gravedad de tu delito? Sábetelo que, como enseña San Bernardo, siendo el cristiano miembro del cuerpo místico de Cristo, quien hiere al cristiano hiere al mismo Cristo. Rea eres, pues, en cierto modo, de horren-

(43) L. I. De Poenit. c. Homicidiorum. (44) Introducción a la vida devota, P. 3 c. 29

do sacrilegio, culpable de execrable deicidio. Eres más cruel que la lanza que rasgó el sagrado costado del Salvador, más atormentadora que las punzantes espinas que taladraron su santísima cabeza, más dolorosa que los clavos que perforaron sus divinos pies y manos. Abrióle el costado la lanza cuando había muerto: tú le hieres cuando está vivo, y con la herida le das muerte. Los clavos, las espinas, la cruz instrumentos fueron con que el bondadoso Señor dió gloria al Padre y redimió al mundo: tú defraudas a Dios de su gloria, haces inútiles para ti los frutos de la redención y arrebatas a tu hermano un bien imponderable (45) Y ¡a qué ignominiosa muerte le condenas! Cargas sus espaldas con pesadas cadenas, abrumas sus hombros con yugo de hierro (46), y arrastrándole sin piedad por calles y plazas le inmolas, por fin, en horrendo sacrificio. Feliz quien no ha sido tocado jamás por la lengua maldiciente, feliz quien no se ha visto aprisionado en sus temibles redes, feliz quien no ha arrastrado su pesado yugo ni ha soportado sus férreas cadenas, ni ha sido inmolado en el altar de su perfidia. [47] La muerte que causa la lengua destructora es muerte cruel, horrenda, despiadada, ignominiosa e infame: ¿quién no preferiría la muerte del cuerpo a esta inmolación de la fama? Oh sí; preferibles son las tinieblas del sepulcro y las humillaciones de la tumba a la pérdida del honor: "Mors illius mors nequissima, et utilis potius infernus quam illa (48).

[45] Nec vero eiusmodi linguam ipso etiam mucrone, quo Dominum cum latus confossum est, crudeliorem dicere verearis. Fodit enim haec quoque Christi corpus et membrum de membro, nec jam exanime fodit, sed facit exanime fodiendo. Ipsi quoque nocentior est spinis, quas illi tum sublimi capiti furor militaris imposuit; seu etiam clavis ferreis, quos sanctissimis manibus illis et pedibus consummatio Judaicae iniquitatis infixit. Nisi enim hujus, quod nunc pungitur et transfoditur, corporis sui vitam illius vitae corporis praefulisset, nunquam illud pro isto mortis injuria, crucis ignominiae tradidisset. [Bern. De triplici custodia manus, linguae et cordis].

[46] Jugum enim illius, jugum ferreum est; et vinculum illius, vinculum aereum est [Ecci. 28, 24]. [47] Beatus qui tectus est a lingua nequam, qui in iracundiam illius non transivit, et qui non attraxit jugum illius, et in vinculis eius non est ligatus. [Ecci. 28, 24]. [48] Ecci. 28, 25.

Empero arrojemos una vez más la sonda en este océano sin fondo de crueldad y de malicia que encierra la detracción.

Este vicio detestable rompe los lazos de la amistad, divide las familias, trama la destrucción y ruina de la sociedad.

La amistad para ser duradera ha de fundarse en la mutua estima que se profesan los amigos: otro amor no puede por menos que ser inconstante, efímero y caduco. Por esta razón, siendo como es indisoluble el matrimonio cristiano, a fin de que el amor que une a los esposos permanezca inviolable mientras dure su vida ha de basarse no en la hermosura corporal, tan frágil y efímera como la belleza de la flor, sino en la hermosura del alma: hermosura que se perfecciona y abrillanta con el pasar del tiempo y la madurez de la edad.

Ahora bien; ¿cómo pretendéis que permanezca en pie la amistad cuando la lengua maldiciente cubriendo de negras sombras la reputación del amigo, amengua y empaña el esplendor de las virtudes que le granjearon estima, aprecio y amor del amigo? ¿Quién continuaría estrechando con afecto una mano que repentinamente apareciese manchada de fango o teñida en sangre? El que da oídos al detractor, enseña el Eclesiástico, nunca gozará de paz, ni reclinado en el pecho del amigo saboreará las dulzuras de la amistad (49).

¿Qué diremos de la familia, qué de la sociedad? La familia, esta célula delicada, cuyas moléculas une y congutina aquella misteriosa fuerza que, arrancando de las profundidades del ser humano, apellídase amor; la sociedad, este organismo ideado por el mismo Dios para que, atraídos los hombres por el ideal de dicha, paz y ventura, imposible de realizarse sin unión de esfuerzos y mancomunidad de energías, se enlacen y estrechen entre sí con el a-

[49] Qui respicit ad illam non habebit requiem, nec habebit amicum in quo requiescat (Ecci. 28, 20).

brazo del amor; la familia y la sociedad, preguntamos, heridas en lo más íntimo y esencial de su propio ser y despedazados aquellos lazos de amor que mantienen la cohesión de sus miembros ¿resistirán a la detracción, triunfarán sin sucumbir de la calumnia que las amenaza de muerte?

Poderosa, avasalladora, invencible es la destructora fuerza del fuego. ¡Cuántas veces una sola chispa ha prendido gigantescos incendios y convertido en pavesas inmensas y magníficas ciudades! Es que el fuego no duerme, no reposa, no descansa, no se da un solo instante de sosiego. Activo siempre y siempre en movimiento, ora junta en un solo haz sus llamas y yérguese y se levanta como si pretendiera escalar los cielos; ora retíralas, recógeas y repliégame sobre sí mismo como si quisiera reconcentrar sus furores. Azotado por el viento lanza rabiosos resoplidos, se arremolina, se retuerce como serpiente, ruge cual fiera herida; a la manera del brioso corcel que apréstase a devorar los caminos, se inclina y abaja, se extiende y se dilata; como fieles emisarias de su cólera envía en todas direcciones sus llamas, que desprendiéndose de la hoguera, por doquiera suscitan nuevos incendios y cual si fueran hambrientas lenguas lamen los muros de los edificios, invaden los aposentos, queman los muebles, abrasan los tapices, reducen a ceniza los cuadros y trepando a los techos incendian los maderos, destruyen las cubiertas y no calman su cólera, ni refrenan su furor, ni desisten de su destructora empresa hasta que, después de prolongada agonía, se apagan y mueren sobre un montón de cenizas. Nada resiste al fuego; nada le obstruye el paso; nada puede luchar ventajosamente con él. Todo lo vence el fuego, todo lo domina, todo lo subyuga, de todo se enseñorea: los más recios metales deshácese con su contacto; liquidase el hierro, resquebrájanse hiéndense y se despedazan los mármoles, y los más sólidos edificios, vacilando sobre sus cimientos, desplómanse, caen y le rinden humilde vasallaje.

Ahora bien. La lengua detractora y maldi-

iente dice Santiago apóstol, es fuego voraz, prendido y atizado por el fuego del infierno: "Lingua ignis est, universitas iniquitatis. . . . inflammata a gehenna (50).

Y si el fuego material, reflejando a su manera la hermosura y bondad del Creador, causa tantos y tan terribles estragos ¿qué catástrofes y ruinas espirituales producirá la lengua maldiciente, fuego devorador, prendido por Satanás con las llamas del infierno? ¿Y la familia y la sociedad ¿permanecerán incólumes acometidas por su destructora fuerza? No. Que si acaso os quedara todavía alguna duda acerca de sus terribles efectos, escuchad de los infalibles labios del Señor,—quien revela a los hombres en la Escritura Santa sus decretos,—los terribles y pavorosos estragos de este fuego de infierno. Yo le he visto, dice por boca del Eclesiástico, yo le he visto prenderse en las familias, separar con violencia los miembros que las componen y arrojarlos a gemir en extranjeras playas (51); yo le he visto acometer sólidos muros de poderosas ciudades y derrocarlos, embestir seculares palacios de magnates y derribarlos (52); yo le he visto aniquilar las fuerzas de invencibles pueblos y paralizar los brazos de gloriosas naciones (53). ¿Quién podrá contar el número de infelices caídos a filo de espada? Pues mayor es el número de las víctimas destrozadas por la maldiciente lengua (54).

¿Qué más? La Iglesia es por excelencia Jerusalén, bienaventurada mansión de paz. "Factus est in pace locus eius," decía el salmista: el Señor ha encerrado en sus dichosos muros la paz (52). Pero la lengua detractora puede con sacrilega audacia acometer a esta obra maestra del brazo del Omnipotente, puede triunfar de ella, puede trocirla de dichosa mansión de paz en campo de divisiones y lu-

[50] Jac. 3, 6. [51] Lingua tertia multos commovit, et dispersit illos de gente in gentem [Ecsi. 28, 16.] [52] Civitates muratas divitum destruxit, et domos magnatorum effodit. [Ecci. 28, 17]. [53] Virtutes populorum concidit, et gentes fortes dissolvit [Ibid. 18] [54] Multi ceciderunt in ore gladii, sed non sic quasi qui interierunt per linguam suam. [Ibid. 22]. [55] Ps. 75, 2.

chas y discordias, en campo de Satanás. "Sicut in pace factus est locus eius, sic in discordia locum diaboli fieri manifestum est (56). ¿Cuándo las discordias, este intestino fuego que abrasa las santas ligaduras del amor, cuándo se extinguirán? Cuando hayan sido extirpadas del bendito seno de la Iglesia las lenguas murmuradoras y maldicientes: "Cum defecerint ligna extinguetur ignis: et susurrone subtracto jurgia conquiescent (57).

*
*
*

¡Ay de los maldicientes labios, ay de la lengua calumniant y detractora, ay del que mancha su alma con tan detestable crimen! ¡Cuán difícil es su salvación! ¡Cuán inminente su ruina eterna!

Porque si no hay perdón sin reparación de la irrogada injuria, ni salvación sin restitución de los usurpados bienes ¿restituirá el detractor la fama que ha robado? ¿resucitará la vida de la honra que con su lengua ha extinguido? El detractor que ha blasonado de poseer y divulgar todo secreto, el chismoso que ha cifrado su gloria en dividir a los amigos ¿se despojarán voluntariamente de sus blasones y gloria confesando públicamente su pecado? ¿Qué difícil es que tengan el valor suficiente para arrostrar la confusión y vergüenza que esta confesión les acarrearía!

Y dado caso que se resolviesen a domar su orgullo y a arrostrar la ignominia ¿conseguirían el fin que se habían propuesto?

Subid a la cumbre de alta montaña azotada por impetuosos y encontrados vientos; abrid allí las manos y dejad que de ellas se escapen las plumas que encerraban: pues más fácilmente lograréis recoger aquellas plumas que devolver al prójimo la re-

[56] Proditores sunt quicumque in hoc Domini castrum inimicos eius introducere moliantur, quales sunt utique detractores, Deo odibiles, qui discordias seminant nutriunt scandala inter fratres. Sicut enim in pace factus est locus Dei, sic in discordia locum diaboli fieri manifestum est (Bern. serm. 3 de Dedic. Ecclesie). [57] Prov. 26 20.

putación y fama que le habríais arrebatado.

Proclamaréis, en buena hora, con valiente libertad, su inocencia; una y otra vez confesaréis que os habéis engañado, que vuestros labios han traicionado la verdad de vuestro pecho y que la persona infamada no es como la habíais descrito sino por el contrario, justa, santa, amiga de Dios, respetada de los buenos y hasta considerada de los mismos malos: mucho habréis conseguido si alcanzáis que os escuchen; pero ¡qué pocos darán crédito a vuestras palabras! Porque forzoso es confesarlo: hay un fondo tal de malicia y de perversidad en el corazón humano, que con facilidad suma y a pies juntillas cree mentiras, embustes y patrañas por exorbitantes que sean, cuando se hiere con ellos la reputación ajena; al paso que muéstrase incrédulo, escéptico, pesimista cuando se proclaman virtudes, pondèranse mèritos o se restituyen perdidas famas-

¿Cómo, pues, se presentará el deslenguado ante el tribunal inapelable del Supremo Juez? ¿Qué responderá al Señor cuando con semblante airado y fulgurante mirada le pida cuenta de toda la vida: "relde rationem villicationis tuae" (58), y con voz de trueno le diga como a Caín: ¿qué has hecho de la reputación, de la honra, de la fama de tu hermano: "Caín, ubi est frater tuus" (59)?

Ay! ¿Y por qué habrá atraído sobre su cabeza los encendidos rayos de la cólera divina? ¿Por qué, infeliz se verá condenado a gemir eternamente entre un fuego que jamás se extinguirá y unas lágrimas que jamás se enjugarán, y unos tormentos que jamás se mitigarán y una desesperación que jamás tendrá fin? ¿Por qué? Ay! Ha deshonrado a Dios, ha violado su ley, ha hollado su santo nombre y ha desafiado su justo enojo no siquiera como los judíos por un puñado de cebada o un mendrugo de pan: "propter pugillum hordei et fragmen panis" (60) sino por . . .—no nos atrevemos a expresar el motivo con nuestras propias palabras: las

[58] Lucas. 16, 2. [59] Gen. 4, 9. [60] Ezech. 13, 19.

tomaremos de labios del Crisóstomo:—"por haber buscado sus delicias en remover cloacas y muladares y alimentarse, cual inmundicio cerdo, con la podredumbre de albañales: "Non cernitis porcos caenum dentes ac volventes? Sic et isti detractores. Quid enim foetidius verbis quae contumeliosi loquuntur (61)?"

Guardemos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, guardemos con solícito cuidado la lengua y no permitamos que se manche jamás con calumnias, detracciones o maledicencias; no permitamos jamás que dejen escapar nuestros labios palabra alguna inconsiderada. Con las encendidas ansias con que esta gracia pedía a Dios el Profeta Rey pidámosla también nosotros, y con él repitamos: Guarda Señor nuestra boca y vela a la puerta de nuestros labios: "Pone, Domine, custodiam ori meo, et ostium circumstantiae labiis meis" (62).

Y a fin de que no brote de ellos impensadamente expresión alguna menos conforme con la caridad cristiana, sigamos el consejo del Eclesiástico; pongamos puerta y cerrojo a nuestra boca: "Ori tuo facito ostias et seras" (63); demos todos nuestros tesoros y compremos a su costa, si menester fuere, el preciosísimo e inestimable bien de la prudencia en el hablar; fundamos el oro y plata que poseamos y hagámonos una balanza para pesar las palabras y formémonos un freno para gobernar nuestra lengua (64). Sólo así no resbalaremos por la rápida pendiente de este abominable vicio (65); sólo así no caeremos avergonzados en presencia de los enemigos del alma (66); sólo así no nos veremos condenados por el implacable Juez a desdichada y eterna muerte (67).

Felices si logramos sujetar nuestra lengua y no emplearla sino en cantar las divinas alabanzas y promover el provecho de nuestro prójimo: como

(61) Hom. 32, ad Popu. (62) Ps. 140 3. (63) Eccl. 28, 28. (64) Aurum tuum et argentum tuum confa, et verbis tuis facito stateram, et frenos ori tuo rectos (Ibid. 29). (65) Et attende ne forte labaris in lingua (Ibid. 3). (66) Et cadas in conspectu inimicorum insidiantium tibi (Ibid.). (67) Et sit casus tuus insanabilis in mortem (Ibid.).

de un salto habremos llegado a la cumbre de la perfección y santidad: Quien no falta en el hablar, enseña con infalible verdad Santiago apóstol, es varón justo y santo: "Si quis non offendit in verbo hic perfectus est vir (68).

Porque no de otra suerte que el más brioso corcel refrena sus impetus, modera sus vivezas y sométese docilmente al jinete mediante el freno (69); y de la misma manera que los más grandes bajeleros por entre las inmensas soledades del mar, y el rugir de las tempestades, y el chocar de las embravecidas olas, no se pierden ni extravían obedeciendo al timón (70); así la lengua refrenada contiene al hombre en sus desbordados apetitos, calma y sosiega en el hervor de sus pasiones, modérame y tranquiliza en sus violentos instintos, y, sujetándolo al imperio de la razón y de la fe, condúcelo felizmente, por entre el proceloso mar de este mundo, al suspirado puerto de la eterna gloria (71).

Para que el Señor os la conceda a todos vosotros, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, os bendecimos con toda la efusión de nuestra alma en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Léase esta Carta Pastoral en la misa de mayor concurrencia el primer domingo después de su recepción.

Dada en nuestra residencia de la Inmaculada Concepción de Loja, a 21 de febrero de 1917, miércoles de ceniza.

✠ CARLOS MARÍA

OBISPO DE LOJA.

Por mandato de S. S. Ilma. y Rma.
FERNANDO LEQUERICA, Srío.

(68) Jac. 3 2. (69) Si autem equis fraena in ora mittimus ad consentiendum nobis, et omne corpus illorum circumferimus (Ibi. 3.) [70] Ecce et naves, cum magnae sint, et a ventis validis minentur, circumferuntur a modico gubernaculo ubi impetus dirigentis voluerit (Ibid. 4) [71] Potest (qui non offendit in verbo) circumducere totum corpus... Lingua modicum quidem membrum est et magna exaltat (Ibid. 2 et 5)

143

DECIMATERCIA

Carta pastoral

QUE EL

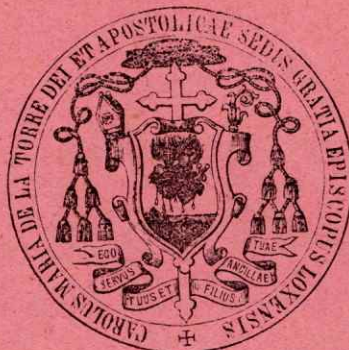
Imo. y Rmo. Señor Doctor Don

Carlos María de la Torre

OBISPO DE LOJA,

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS

Con motivo de su viaje a ROMA.



1919

Nos, Dr. Dn. Carlos María de la Torre,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA
APOSTOLICA,

Obispo de Loja.

A NUESTRO VENERABLE CAPITULO CATEDRAL,
AL CLERO SECULAR Y REGULAR, Y A TODOS LOS
FIELES DE LA DIOCESIS DE LOJA, SALUD
Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

“Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos
dedisti mihi.”
¡Padre santo! guarda en tu nombre a estos hi-
jos que tú me has dado (*Joan. 17, 11*)

VENERABLES HERMANOS Y AMADISIMOS HIJOS:

Sagrada obligación, corroborada con jura-
mento, tenemos los obispos de em-
prender, cada cierto tiempo, el viaje a la ciu-
dad de Roma, dé postrarnos ante las veneran-
das tumbas de los apóstoles San Pedro y San
Pablo, y de dar cuenta y razón al SUPREMO JE-
RARCA de la Iglesia del gobierno de la diócesis
que él mismo nos ha confiado.

En cumplimiento de este sagrado deber, des-
pués de pocos días, Venerables Hermanos y a-
madisimos Hijos, nos ausentaremos, por breves
meses, de vuestro lado. Excusado es manifesta-
ros que, durante este corto periodo de tiempo,
aunque lejos de vosotros con el cuerpo, nunca
os estaremos más unidos en el espíritu. Revo-

lotearán sin cesar nuestros pensamientos sobre este amadísimo girón del terráqueo globo, que miraremos con mayor ternura mientras más distante sea el lugar en donde nos hallemos; nuestros afectos, sobre todo, os estarán, como siempre, enteramente consagrados.

Y cuando, rendidos peregrinos, nos derribemos ante los augustos monumentos que, por el espacio de tantos siglos, han guardado con veneración las sagradas cenizas de los apóstoles, no os apartaréis un punto de nuestra mente. “¡Oh santos apóstoles!, les diremos con el encendido lenguaje del amor, ¡oh santos apóstoles, que la antorcha de la fe en la mano y el sagrado fuego de la caridad en el corazón llevasteis a feliz término la más grande y estupenda hazaña que han contemplado ni contemplarán jamás los siglos, la de sojuzgar el orgulloso y sabio mundo pagano y someterlo a la humildad y locura de la cruz! Aquí tenéis, en vuestra presencia, a un sucesor vuestro en el apostolado. A él como a vosotros dijo un día el Supremo Pastor, Cristo Jesús: “Id y apacentad mis ovejas.” Durante siete años las hemos apacentado con amor: “a nadie hemos injuriado, a nadie pervertido, a nadie explotado” (1). Empuñando el bordón del peregrino hemos cruzado, por dos veces, no sin peligros, todos sus campos: a impulsos del afecto paternal nos hemos arrastrado hasta sus más escarpadas cimas y nos hemos deslizado hasta sus más profundas cañadas; hemos atravesado sus enmarañadas selvas y nos hemos dejado arrastrar por la corriente de sus mansos o torrentosos ríos. “Trabajos, amarguras, desvelos, vigiliass no nos han faltado: ¿quién al enfermarse no ha herido nuestro pecho con su propia enfermedad? ¿Quién al manchar su alma con el pecado no ha des-

(1) *Neminem læsimus, neminem corrupimus, neminem circumvenimus* (2 Corin. 7, 2)

trozado nuestro corazón?" (1)

"Pues bien; ¡oh santos apóstoles! aquella querida grey no se ha apartado un ápice de vuestras sublimes enseñanzas. Aunque alejada de vosotros por el largo transcurso de diecinueve siglos, cantan sus labios y ama su corazón lo que cantaron y amaron los vuestros. Y allí, a la sombra de sus pobres iglesias como bajo la suntuosa bóveda de las basílicas que guardan vuestras reliquias, vibran las dulces y cadenciosas notas de aquella augusta profesión de fe, que, como cifra de las enseñanzas divinas, compusisteis antes de esparciros por el mundo. Vosotros, no lo dudamos, habéis escuchado desde el cielo este canto sublime de la fe, y al percibir en él la misma gran lioza cadencia y el mismo ritmo celestial con que vosotros lo entonasteis, más de una vez os habreis sonreído dulcemente. Conceded, pues, oh santos apóstoles, conceded a aquellos hijos nuestros que vosotros también son, que conserven siempre incólume el tesoro de la fe! ¡Que no echen jamás en olvido las divinas enseñanzas! ¡Que entonen siempre sus labios con el mismo entusiasmo y ardor, capaz del martirio, el credo católico! ¡Que conformen siempre sus obras con sus creencias! ¡Que no se muestren degenerados hijos de tan santos padres!....

"Mirad también con especial benevolencia al sacerdote lojano. Allá, bajo los abrasadores rayos del sol, soportando el peso del día y del calor, existe un puñado de abnegados ministros de Jesucristo, los cuales gimen bajo el peso de insoportable fatiga: sostened su confianza y valor; levantad sus esperanzas; mostradles como justo premio de sus fatigas la inmarcesible gloria de que os halláis coronados!

(1) In itineribus sæpe, periculis fluminum.. Periculis in solitudine.... periculis in falsis fratribus... In labore, et ærumna, in vigiliis multis.... Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror? (2 Corin. 11, 26-29)

“Y a los fieles todos, a sus sacerdotes, a su Obispo, concedednos aquella íntima y dulce unión que es el distintivo de los verdaderos discípulos de Cristo; aquella mancomunidad de afecto de la cual Jesucristo, momentos antes de entregarse en poder de sus enemigos, decía en su oración sacerdotal: “Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi: ut sint unum sicut et nos.” Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado: para que, por la caridad, sean una misma cosa, así como Tú y yo lo somos por naturaleza” (1)

Después de regar con abrasadas lágrimas de ternura y amor las heladas cenizas de los gloriosos Adalides de la Fe—cenizas que, así lo esperamos, se estremecerán dentro de sus preciosas urnas al escuchar nuestra plegaria—iremos al Vaticano y caeremos de rodillas ante el Romano Pontífice, el sucesor de Pedro, el Vicario de Jesucristo en la tierra. ¡Ah! cuando fijemos la mirada en su augusto semblante, cuando veamos reverberar sus pupilas con los reflejos de la celeste gloria, cuando contemplemos jugar en sus infalibles labios la dulce sonrisa con que el Padre recibe al hijo que desde lejanas tierras ha emprendido penoso viaje por atestiguarle su amor; en aquellos deliciosos instantes, no os olvidaremos, así solemnemente os prometemos, no os olvidaremos, Venerables Hermanos y amadisimos Hijos. Entonces, más que nunca, cuando depositemos en el regazo del común Padre nuestras amarguras y nuestros consuelos, nuestros desengaños y nuestras esperanzas, entonces, cuando de propósito y con intenso cariño nos complazcamos en trazar ante su paternal mirada el hermoso cuadro de nuestra diócesis lejana, entonces, arrasados quizá en lágrimas los ojos, con voz temblorosa y conmo-

(1) Joann. 17, 11.

vida, le diremos: "Santísimo Padre! Sabed q' allá, entre las breñas de la gigantesca cordillera andina, existe un pueblo, que a ninguno otro cede la primacía en la fe y amor a la Sede de Pedro. Pobre es y humilde; pero glorioso y grande por sus creencias católicas. Allí tenéis un grupo de hijos que os miran como a su padre, escuchan respetuosamente vuestras palabras, siguen, dóciles, vuestros consejos, y os aman con toda la ternura que sólo se anida en pechos caldeados por el sol ecuatorial. Pueblo nuevo es en comparación de los viejos que en Europa os cortejan; pero en el periodo de casi cuatro siglos que lleva de existencia, no obstante las vicisitudes de los tiempos y las calamidades de nuestro siglo, incólume y sin mancha ha conservado siempre la inmaculada y fervorosa fe que recibió de la católica España. Bendecid, Santísimo Padre, bendecid siempre y nunca dejéis de bendecir a aquellos lejanos y amadísimos hijos!....Y cuando el débil acento de nuestra voz filial deje de herir vuestros oídos; cuando violentamente arrancados por el deber de vuestro cariñoso lado, emprendamos el penoso viaje de regreso, y después de surcar, por dos veces, las inmensas soledades del océano, trepemos la empinada cordillera; cuando, recreados los ojos y el corazón con la presencia y cariño de nuestros Hijos, empuñemos de nuevo el cayado pastoral, para proseguir, fortificados por vuestras augustas palabras, apacentando, con más ardor, las ovejas de nuestro rebaño; entonces, Santísimo Padre, no olvidéis ni a las ovejas ni al Pastor! Y cuando, todos los días, al caer de la tarde, cansado de vuestras incesantes fatigas, desde la ventana de vuestra prisión, derraméis la mirada por el mundo que os reconoce y aclama por Padre, fijadla de propósito, Santísimo Padre, fijadla en el occidente; salvad la inmensa distancia que de nosotros os separa; mirad con los ojos del alma nuestro cielo azul, nuestro brillante

sol, nuestras nevadas montañas, nuestros fértiles y hermosos valles, nuestras verdes y floridas campiñas, y allí, en medio de la exuberante lozanía de una naturaleza tropical, contemplad a vuestros hijos, la mayor parte de los cuales, sin conocerlos, os aman; y correspondiendo con amor a su ternura, levantad en alto la diestra consagrada, formad con ella la señal de la santa cruz, bendecidnos: que vuestra bendición será prenda segura de la protección de Dios !”

Recorreremos, en seguida, algunos de los célebres santuarios de Europa. Y cuando con el corazón palpitante y las mejillas bañadas en dulces lágrimas, oremos en la santa capilla de Paray-le-Monial, mudo testigo de las portentosas comunicaciones del Corazón Santísimo de Jesús con su fidelísima sierva, Margarita María; cuando nos postremos en la dichosa gruta de Massabielle, en cuya bendita roca tantas veces se posaron las inmaculadas plantas de la Madre de Dios; cuando celebremos el incruento Sacrificio en la Santa Casa de Loreto, largos años santificada con la presencia de Jesucristo, nuestro Bien, de la Virgen María, nuestra dulcísima Madre, y de San José, nuestro bondadoso Protector; allí y en todos los santuarios que podamos regar con nuestras lágrimas, os tendremos presentes, amadísimos Hijos: que a donde quiera que vayamos, grabado irá, con caracteres indelebles, vuestro nombre, impreso vuestro recuerdo, vivo el afecto en lo más íntimo del alma: que ni la vida ni la muerte, ni la salud ni la enfermedad, ni los goces puros de la conciencia tranquila ni las amargas congojas de nuestro penoso destierro, lograrán borrarlos jamás.

Hijos míos, Hijos muy queridos, ¿os acordaréis de vuestro Padre así como él siempre se acordará de vosotros? “Ego autem libenter

impendam et superimpendam ipse pro animabus vestris, licet plus vos diligens, minus diligar" (1.)

El próximo viaje que tenemos que emprender nos ha privado este año del dulcísimo consuelo de exhortaros, con ocasión del mes de mayo, a la devoción a María: celebradlo con el mismo fervor y entusiasmo que en los años pasados. Mirad que María es la misteriosa escala de Jacob que une el cielo y la tierra: nadie llegará a la Patria si no sube por los peldaños de la devoción a María. Mirad que María es la puerta del cielo: nadie penetrará en la gloria si no pasa por esta bendita puerta. Mirad que María es el mismo cielo; porque si Dios habita en todos los santos, el corazón de María es su trono más espléndido y glorioso.

Los sacerdotes, durante nuestra ausencia, desde el día de nuestra salida hasta el de nuestro regreso, dirán en la misa, cuando el rito lo permita, a más de la colecta "De Spiritu Sancto," la "Pro peregrinantibus et iter agentibus."

Como prenda del íntimo y entrañable cariño que os hemos profesado y profesaremos siempre, a todos y a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, bendecimos en el nombre del PADRE, Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO!

¡ Que la paz del Señor sea siempre con vosotros!

Léase esta Carta de despedida, en todas las iglesias y capillas públicas, en la forma acostumbrada.

(1) 2 Corint. 12, 15,

Dada en nuestra Residencia de Loja, a 25
de marzo de 1919, fiesta de la Anunciación de
María Santísima Nuestra Señora.

✠ *Carlos Maria*
Obispo de Loja.

Por mandato de S. S. Ilma. y Rma.

FERNANDO LEQUERICA,
SECRETARIO.



Sr. D. Luis Arias V.
Lo J

142

UNDECIMA
CARTA PASTORAL
que

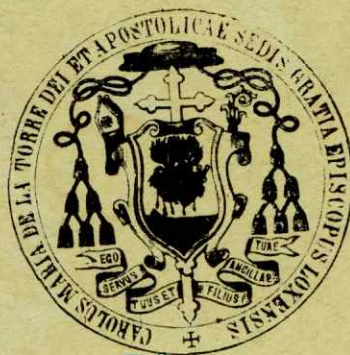
El Ilmo. y Rmo. Señor Doctor Don

Carlos María de la Torre,

OBISPO DE LOJA,

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS.

(Trata del respeto humano.)



Padre V.

1919.

LOJA—ECUADOR.

IMP. DEL CLERO.

Nos, D. D. Carlos M. de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA S. S. APOSTOLICA,

OBISPO DE LOJA.

A NUESTRO VENERABLE CAPITULO
DIOCESANO, AL CLERO SECULAR Y RE-
GULAR Y A TODOS LOS FIELES DE LA DIO-
CESIS DE LOJA, SALUD Y PAZ EN N. S. JESUCRISTO.

*Beatus est qui non fuerit scanda-
lizatus in me.*

*Bienaventura lo quien no se aver-
gonzará de Mí. (Math. XI, 6.)*

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

¡Dos cosas cautivan poderosamente la aten-
ción de quienquiera que contemple la majestuo-
sa marcha de la Iglesia a través de los dieci-
nueve largos siglos que lleva de existencia: el
odio profundo, el furor sanguinario y la saña
cruel e implacable de sus perseguidores; la paz
serena, la tranquila calma y la imperturbable
paciencia con que ella sufre las persecuciones,
segura como está de la victoria.

Los enemigos del Cristianismo han empu-
rado ora las férreas armas de la violencia y de
la muerte, ora las no menos temibles de la hi-
pocresía y de la astucia; pero en todo caso, su
suerte ha sido de antemano decidida: *Non prae-
valebunt*: No triunfarán.

¿Qué imperio hubo jamás tan poderoso e in-
vencible como el romano? Su mano de hierro
derrocó los reinos todos de la tierra con la mis-

ma facilidad con que el martillo tritura y reduce a menudo polvo un vaso de arcilla. Y el águila romana, estando en el apogeo de su gloria, fijó la encarnizada mirada en la nascente Iglesia, y desde entonces le juró odio de muerte y guerra de exterminio. Acostumbrada a contar las victorias por los combates, fácil empresa juzgó la de triunfar del Cristianismo. Y ¿cómo no había de vencer si es máxima evangélica no resistir a los perseguidores, amar a los enemigos y hacer bien a quienes hacen mal?

Abatió, pues, el águila del Capitolio, abatió su poderoso vuelo y cayó sobre la Iglesia; clavóle en el pecho la acerada garra, hizo brotar a torrentes la inocente sangre, gozóse en los estertores de su agonía y no abandonó la presa sino cuando la creyó exánime y sin vida. . . . Pero miserablemente engañábase el jactancioso enemigo! . . . ¿Morir la Iglesia? . . . No; antes bien cual tierno arbolillo que podado por la sabia mano del jardinero lejos de morir cobra nuevo vigor y nueva vida, así ella, herida por el hierro de la sangrienta persecución, bajo la sapientísima mano de la Divina Providencia, rebozando lozanía, belleza y juventud se irguió bien pronto sobre sus plantas, asistió a los funerales del romano imperio, arrojó su cadáver en la huesa y echó sobre él el último puñado de tierra.

En vano el Apóstata Juliano, astuto, hipócrita, perverso y fainado, pretendió la ruina de la Iglesia rehabilitando el paganismo: en esto había cifrado toda su gloria; este fue el ideal de su existencia. "Mirad, escribía a los sacerdotes de los ídolos, mirad cómo han conquistado el mundo los galileos (así llamaba, por desprecio, a los cristianos); predicad, pues, como ellos; conviértelos guardaos de concurrir a las tabernas y de tomar parte en ningún arte sórdido o infame; fundad como ellos hospitales para los enfermos, hospicios para los peregrinos; como ellos practicad la beneficencia con los pobres y menesterosos. Que si es demasiado preponderante

el influjo que ellos, como maestros, ejercen sobre sus discípulos, no temáis: yo los constreñiré a descender de sus cátedras, yo les arrebataré de las manos los clásicos griegos y latinos, yo les vedaré el público magisterio y los relegaré a sus oscuros antros: que se contenten con explicar allí su Mateo y su Lucas." (Cf. Epis. ad Arsacium.) ¡Hermosísimo homenaje tributado por el peor de los perseguidores a la ciencia profunda, piedad sincera, caridad sin límites y admirable santidad de vida de los cristianos! Mas si Tertuliano hubiera entonces florecido, a buen seguro que señalando con el dedo al Apóstata habría vuelto a exclamar: "Ved al diablo de mono de Dios y de su Iglesia!"

Advertid de paso, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, cómo los flamantes enemigos del Cristianismo, para combatirlo han hecho retóñar la política de Juliano. Como Juliano quieren que prediquen sus adeptos en ciudades y aldeas, en clubs y teatros, con discursos y conferencias, con el periódico, el folleto y el libro pernicioso. Como Juliano luchan por suplantar las imperecederas obras de la caridad cristiana con las efímeras y hasta no pocas veces escandalosas de filantropía y beneficencia laica. Como Juliano no pueden soportar que los hijos sumisos de la Iglesia encaminen a niños y jóvenes por los senderos de la ciencia y de la virtud: se los echa injusta e ignominiosamente de las aulas, se les arranca los libros de la mano, y se entrega la educación de la niñez y de la juventud a manos inexpertas y no rara vez impías, criminales y libertinas! . . . ¡Y con todo esto danse a sí mismos el nombre de amigos del progreso! ¡Y se declaran a grito herido enemigos acérrimos del estancamiento de la humanidad! ¡Y quieren que ésta siga siempre adelante, adelante, aunque abandone la eterna e inmovible verdad por el versátil error y la inconstante mentira! . . . ¿Progresistas? . . . Sí; para satisfacer su odio al Cristianismo, ha sido me

monester que remuevan las heladas cenizas de Juliano y que, buscando en ellas la inspiración de su política antirreligiosa, retrocedan apenas el breve espacio de DIECISEIS SIGLOS!!

Pero ¿sucumbió, por ventura, la Iglesia de Cristo ante los rudos golpes cesados por la pérfida e hipócrita persecución de Juliano? No por cierto: que la infalible palabra del Salvador de los hombres ha de cumplirse sin remedio: *Non movet lebas*, ha profetizado, y no han de triunfar. Juliano, en cava frente inscrito con indelebles caracteres de fuego leerán las generaciones todas el infamante nombre de Apóstata; Juliano, que había juzgado muy fácil empresa triunfar del Cristianismo desenterrando los descompuestos restos del paganismo y galvanizando su cadáver; Juliano, entre los estertores de desesperada agonía, confesó su derrota, y en el colmo de su despecho lanzando al cielo un puñado de la sangre que brotaba de la herida recibida en el combate con los persas, exclamó con moribundos labios: "Venciste Galileo;" y cayó para no levantarse jamás, como, repitiendo el mismo despechado grito, es monester que sucumba todo aquel que se atreva a impugnar a la Santa Iglesia.

Hoy, empero, quizá más que en ningún otro tiempo, pululan en el seno de la misma Santa Iglesia, tímidos cristianos, quienes, con su apocamiento y cobardía, causan a su Madre, gravísimos e irreparables males.

Jesucristo, con el fin de prevenir de antemano a los fieles contra los ataques de la astuta y solapada herejía, que, con el objeto de más fácilmente seducir a los incautos, suele encubrir su deforme semblante con la hermosa careta de la verdad, les decía: *Gu ardau de les lobes vestits con pel de oveja* (Mt. 7, 10.) Pero en los calamitosos tiempos que alcanzamos, no son ya los lobes quienes para devorar la grey cúbrense con piel de oveja; son las mismas ovejas del rebaño de Cristo quienes, fingiendo separarse de Je-

sucristo, su pastor, simulando sentir náusea de las purísimas aguas de su divina doctrina y de los saludables pastos de sus adorables enseñanzas, mendigan el antifaz de lobos, y, sin renunciar internamente de su fe, abandonan los campos de la Iglesia para engrosar las filas de los enemigos y adversarios de ella.

Pero ¿porqué, si son creyentes y si nada desean con más vivas ansias que morir en el seno de la Iglesia, porqué exteriormente se apartan de ella? Por el respeto humano.

Querriamos, pues, Venerables Hermanos y amadisimos Hijos, que, en esta ocasión, fijarais de propósito y detenidamente la mirada en este vicio detestable. Veréis que es enemigo de Dios, cuya soberana Majestad menosprecia; es enemigo de la Iglesia, de cuya fe apostata; es finalmente enemigo de la misma dignidad humana, cuya razón envilece y cuya libertad esclaviza.

I.

El respeto humano es enemigo de Dios, cuya soberana Majestad desprecia. No nos detendremos en demostrar los irrefragables títulos que tiene Dios para imponer su voluntad al hombre. Basta que recordemos la relación que media entre los dos.

Dios es Criador del hombre; el hombre es hechura de Dios. Es decir: no hay en la naturaleza humana átomo imperceptible de ser cuya existencia no deba a Dios; no hay circunstancia alguna en la cual deje el hombre de depender de Dios; no hay momento alguno de tiempo ni de eternidad en que cese o por lo menos se relaje algún tanto esta dependencia absoluta y omnimoda del hombre respecto de Dios. El dominio, por tanto, que tiene el Sér Supremo sobre el hombre es entero y total, porque es Dios autor de todo el Sér humano; es absoluto porque es libre de toda condición; es perpetuo, porque ha de permanecer siempre intacto e inalterable.

Pues bien; este Criador se ha dignado hablar al hombre su criatura, le ha revelado los impenetrables secretos de la Religión y ha desplegado ante su mirada las inefables bellezas de la virtud. "Cree en mi palabra, le ha dicho, porque es infalible; practica la virtud, porque ella es tu verdadero bien."

Empero frente a frente de Dios acampa el mundo con sus mentirosas y depravadas máximas, el demonio con sus reconocidos embustes. La impiedad, en nuestros aciagos tiempos, no se avergüenza de sí misma; despliega al viento su bandera, inscribe en ella sus errores y la pasea victoriosa por montes y valles, islas y continentes. El vicio, a su vez, no busca los tenebrosos antros para la satisfacción de sus viles instintos: el vicio, esa horripilante lepra de la humanidad, no ha sido arrojado del consorcio humano ni obligado a encubrir su deformе semblante, para impedir el contagio: desvergonzadamente descubierto muéstrase sin antifaz a todas las miradas, y no faltan seres abyectos y degradados que hacen de él timbre de gloria y motivo de orgullo. Encuéntrase, pues, el cristiano en presencia de estos dos rivales: Jesucristo y Satanás, la Iglesia y el mundo, la fe y la impiedad, la virtud y el vicio. Cree él con fe firme cuanto Dios ha revelado, porque su palabra es infalible; siente él los poderosos atractivos de la virtud y la practica en secreto; ansia, finalmente, él con vivo ardor morir en los brazos de la Iglesia. Pero teme el despótico poder que ejerce la impiedad; recélase de las persecuciones del vicio jactancioso. ¿Qué hace, pues? Cubre con un velo su frente iluminada con los resplandores de la fe; aparenta que su pecho es roído por la úlcera del vicio, y así disfrazado abandonando el campo de Cristo, de la Religión, de la virtud, acógese a la sombra de la impiedad, del mundo y del vicio. ¡Oh injuria, oh desprecio, oh desconocimiento del supremo, absoluto e nalienable dominio del Criador sobre su criatura!

Cuando leyendo el evangelio asistimos al sangriento drama de la pasión; cuando mezclados entre la infinita muchedumbre que rodea el pretorio asistimos al juzgamiento del Salvador; cuando hieren nuestros oídos los desaforados gritos de las desagradecidas turbas que a voz en cuello no se cansan de repetir: *Non hunc sed Barabbar*: no des la libertad a Cristo, dásela más bien a este sedicioso, asesino y convicto criminal, agólpase las lágrimas en los ojos, compadecemos con toda el alma dolorida el ultraje irrogado al Redentor, y no podemos impedir que brote del indignado pecho el grito de reprobación y anatema contra aquel pueblo injusto, desagradecido y criminal. Justo es que honremos; motivo tenemos para indignarnos; pero mayor injuria hace el cristiano que, aunque aparentemente, deserta de la bandera de Cristo. Aquellos ingratos judíos que pedían a un juez cobarde la condenación del Justo, cegados por la pasión los unos, instigados por los sacerdotes los otros, aunque convencidos de la injusticia de su proceder, ignoraban, sin embargo, así lo enseña San Pedro, que aquel Hombre maniatado que tenían delante era el Hijo de Dios y el Rey de la gloria; al paso que el cristiano dominado por el respeto humano, sabe, cree y confiesa que las máximas del Evangelio son máximas de Dios, que los preceptos del Cristianismo son preceptos impuestos por Dios; y, sin embargo, hollando con su planta unos y otros finge seguir la doctrina de la impiedad, aparenta observar los mandamientos del mundo. Tan vil y cobarde conducta ¿no entrañará un menosprecio profundo, criminal, injuriosísimo a Dios?

En vano, viles esclaves del respeto humano, en vano responderéis: "Guárdenos de Dios de pretender menospreciar su augusta Majestad o conculcar sus adorables preceptos! Temerosos del imperio despótico y cruel que ejerce el mundo, guiados por la inspiración de prudente y

sagaz política, no queremos despertar las iras de los malvados ni desafiar sus cóleras: aparentemos exteriormente ser de los suyos, pero interiormente somos de Dios: de Dios es nuestra inteligencia que se inclina reverente ante la verdad revelada; de Dios el corazón que acata y observa los divinos mandatos” En vano, repetimos, pretendéis cohonestar con estas palabras vuestra criminal conducta: vuestra política, prudente y sagaz, como la llamáis, entraña un nuevo desprecio de Dios y le irroga nuevo ultraje: ¿No habéis escuchado la infalible palabra de Cristo que altamente ha protestado que es imposible servir al mismo tiempo a Dios y al mundo: *Nemo potest duobus dominis servire?*

Y vosotros con vuestra conducta habéis pretendido hacer posible lo imposible! Quienquiera, escribe Santiago Apostol, que quisiere ser amigo de este mundo, por ello mismo se constituye enemigo de Dios. *Quicumque voluerit amicus esse hujus saeculi inimicus Dei constituitur* (Jac. 4. 4.)

En vano replicaréis: “Caiga, en buena hora, vuestra justa indignación sobre aquellos cristianos que por cobardía y respeto humano, aunque interiormente adictos a Cristo y su doctrina, aparecen, sin embargo, exteriormente, como secuaces de Satanás y sus adeptos. Nosotros, más advertidos, seguimos muy diverso camino. Profundamente cristianos en nuestras convicciones, lo somos también en la familia y en el hogar; pero públicamente, pero en presencia de ese sin número de enemigos de la Fe que envuelven en el mismo odio a cuantos la profesan, la ocultamos cuanto podemos. Mudos espectadores de la formidable lucha entablada entre los secuaces de Cristo y sus enemigos, nos conservamos neutrales. En nuestra vida pública ni aparecemos partidarios de Cristo ni soldados de Satanás: no mezclamos nuestras voces con la de los impíos para blasfemar a Cristo; pero tampoco la levantamos en público para alabarle y darle culto. Guardando perfecto equilibrio ni

inclinamos nuestro favor a los unos ni tampoco a los otros, aunque en nuestra vida privada y de familia creamos en Dios, le ofrezcamos nuestras plegarias y hasta pidamos por el triunfo de su bendita causa." Nada valen repetimos estas excusas. Famosos neutrales, maravillosos equilibristas, de hecho ni seréis neutrales, ni guardaréis el equilibrio: vuestra neutralidad e indiferencia respecto a la causa de Dios os constituirá sus adversarios y enemigos. ¿Lo dudáis? Aquí tenéis la infalible palabra de la Sabiduría encarnada: de autemano reprobó y condenó vuestra cobarde conducta. Quienquiera que no está conmigo, dice el Salvador, está contra mí; quien no cosecha conmigo despaíramas: *Qui non est mecum contra me est, qui non colligit mecum dispergit.*

Y en verdad, no solo aquellos que con sacrilega audacia fingen militar bajo la bandera de la impiedad, mas también aquellos que, más avisados, como se creen, pretenden conservarse neutrales y guardar inalterable equilibrio entre Dios y Satán, la impiedad y la Iglesia, el vicio y la virtud, de hecho y con sola su abstención y neutralidad son arrastrados hasta apostatar implícitamente de la fe que interiormente profesan y a traicionar a la Iglesia en cuyo seno ansian morir.

II.

Fuera de la Iglesia no hay salvación. Pero para formar parte de esta sociedad sobrenatural, divina y visible, no basta que se haya incorporado a ella el adulto mediante la recepción del bautismo; requiérese además que confiese la misma fe y profese las mismas creencias: *Unus Dominus, una fides, unum baptismum.* (Eph. 4, 4.) Esta profesión de la fe católica, medio esencial para formar un solo cuerpo con la Iglesia, no ha de ser únicamente interior: ha de ser también externa: *Corde creditur ad iustitiam*, enseña San Pablo a los Romanos; *ore autem fit confessio ad salutem.* (Cap. 10. 10.)

Nada puede dispensar jamás de esta sagrada obligación: ni la infamia, ni la confiscación de bienes, ni el destierro de la patria, ni la cárcel, ni los horrores de espantosa muerte. No basta que el cristiano continúe adherido interiormente a su fe: si sus palabras u obras la contradicen, como quiera que sea, hácese reo de enorme crimen, es apóstata de la fe, no puede alcanzar su salvación: *Corde creditur ad iustitiam, ore autem fit confessio ad salutem.*

Empuñaba las riendas del romano imperio Juliano, y en su criminal y sacrilego intento de destruir el cristianismo no contentábase con arrancar la vida, entre exquisitos tormentos, a los cristianos: quería que éstos sucumbiesen sí, pero no vestidos con la inmarcesible gloria del martirio sino cubiertos de baldón y de ignominia: a los mártires prefería los apóstatas.

Un día destinado a repartir cuantiosos donativos a las legiones, apareció sentado en su trono y rodeado del lábaro y demás insignias militares del imperio. Pero el monograma de Cristo que grabado en letras de oro brillaba en el lábaro desde el triunfo de Constantino, había sido sustituido por un idolo, e imágenes de falsas deidades adornaban igualmente todas las otras banderas. Al pie de ellas levantaban en alto sus llamas encendidos braseros.

Cada soldado, llamado por su nombre, antes de besar la mano imperial y recibir el generoso presente, debía arrojar al fuego unos granos de incienso. Algunos soldados valerosos antes que manchar su alma con el delito de apostasía prefirieron desafiar las cóleras del tirano; otros, oportunamente advertidos de la red que había tendido a su fe la pérfida astucia del emperador, fingiéndose enfermos, no asistieron a la ceremonia; muchos, fascinados por el brillo del oro y sugestionados por la presencia de Juliano — el cual si recibía con rostro amable y cariñoso a quienes habían cumplido la consigna mostrábase severo y sañudo con los que habían

tenido el valor de despreciarla — ahogando en el fondo del alma los remordimientos, con pie vacilante y mano temblorosa acercáronse al brasero y echaron en las ascuas el fatal incienso; otros, finalmente, en tal extremo sencillos y candorosos que habían dado crédito a quienes habíanles asegurado que nada encerraba aquella ceremonia que tuviese relación con la Fe, pues únicamente tenía por fin rendir un homenaje puramente civil a las banderas, con tranquilo corazón, paso mesurado y sereno semblante, después de quemado el incienso, besaron la mano imperial y recibieron las monedas que, acompañadas de maliciosa sonrisa, ofreciales Juliano.

Algunos de estos últimos, al sentarse poco después a la mesa, invocaron, como de costumbre, el santo nombre de Cristo, y, antes de tomar, hicieron sobre la copa la señal de la Cruz; visto lo cual por sus compañeros, les dijeron: ¡Cómo! Y ¿todavía os atrevéis a invocar el nombre de Cristo? — Medio muertos por la sorpresa contestaron los interpelados: ¿Qué queréis decirnos? — Cuando habéis arrojado el incienso en el brasero ante las imágenes de los ídolos, replicaron los primeros, habéis renunciado al Salvador.

Apenas aquellos sencillos e incautos soldados escucharon estas palabras cuando mesándose los cabellos y lanzando agudos gritos de dolor, levántanse de la mesa, corren a la plaza pública y allí, a grandes voces, exclaman: “¡Omos cristianos de corazón: que todo el mundo lo sepa y en primer lugar Dios por quien vivimos y por quien queremos morir. No, Jesús; Salvador nuestro, no os hemos traicionado; no hemos renunciado a la dichosa confesión de vuestra fe! Si se ha engañado la mano, no la ha seguido el corazón. Nos ha traicionado el emperador; pero nosotros renunciando la impiedad queremos expiar nuestra involuntaria falta derramando, si menester fuere, hasta la última gota de nuestra sangre” Corren en seguida a palacio, preséntanse a Juliano y con invencible firmeza le dicen:

Señor, no nos habéis hecho hoy un presente: nos habéis más bien condenado a ignominiosa muerte. Hacednos ahora una gracia: inmoladnos a Jesucristo, echadnos en el fuego, cortad nuestras manos criminales y dad vuestro oro a quien pueda recibirlo sin remordimientos." Dicho esto, una lluvia de monedas cae a los pies del Emperador que ebrio de cólera y venganza ordena que inmediatamente sean sacados de la ciudad y degollados. Pero mientras alegres y contentos encaminábanse los gloriosos confesores de la fe al lugar de su martirio, reflexionando el Apóstata que con la muerte iba a cubrir a aquellos héroes de gloria, retractó la sentencia y la conmutó en perpetuo destierro. Cuando llegó el mensaje de gracia, Romano, el más joven y gallardo de los soldados, encontrábase ya de rodillas en el lugar del suplicio; el verdugo tenía ya levantada en alto la cuchilla y a punto estaba de descargar el golpe. Al escuchar la gracia que les había otorgado el tirano, levántose el mancebo y mostrando un semblante nublado por indecible tristeza y unas mejillas bañadas por un raudal de lágrimas, entre sollozos exclamó: "Ay de mí! que no he sido digno de la gloria del martirio!" (Sozomeno l. 5, c. 17.)

¡Valor indomable! ¡Inflexible firmeza! ¡Ardiente y candorosa fe! Fervientes discípulos del Dios crucificado, nõ, no habían traicionado a su adorado Maestro, ni habían apostatado de sus cristianas creencias. Su alma, limpia y pura había permanecido a los divinos ojos. Si al arrojar en las ascuas el fatal incienso se engañó la mano, no le siguió, como ellos mismos decían, el corazón!

Y, sin embargo, advertidos del escándalo que inconscientemente habían producido, se inquietan, se turban, se acongojan y apenas, y no se dan momento de reposo hasta que no prôclaman a voz en cuello su fe, patentizan el engaño padecido y arrojan al rostro del astuto emperador aquellas malhadadas monedas con las cuales

ha creído pagarles la apostasía! . . . ¡Ojalá hubieran seguido tan noble ejemplo todos aquellos desgraciados compañeros suyos que vilmente sucumbieron en la prueba!

Empero ni éstos ni aquéllos habían desplegado los labios ni proferido una palabra; y sin embargo su conducta fue juzgada criminal y tachada de tácita apostasía. Para mancharse, pues, con este crimen detestable no es menester la palabra: basta un acto, basta una omisión que envuelvan en sí el desconocimiento de una verdad revelada.

Venid ahora y presenciad un doloroso espectáculo. Jesús, el Dios del tabernáculo, abandonando por un momento su prolongado retiro, sale de su prisión y recorre, en una de nuestras populosas ciudades, calles y plazas. Va en busca del amigo enfermo para consolarle en sus congojas, fortalecerle en los rudos combates que tiene que librar y servirle de Viático en el largo y peligrosísimo viaje de la eternidad.

Allí, en una de las esquinas, conversa un grupo de personas. Algunas han perdido desgraciadamente la fe. Esta bendita planta, que lozana y robusta germinó en su alma el dichoso día de su bautismo, ha muerto. El fuego asolador de pasiones desenfrenadas, los impetuosos huracanes de libros perversos y criminales ejemplos, el ambiente mismo saturado de mefíticos miasmas después de secar sus flores, marchitar sus hojas y debilitar su tallo, le han dado muerte. Para aquellos infelices los sacrosantos dogmas de la Fe cristiana son mentiras y marañas; y ni su entendimiento percibe la clarísima luz ni siente su corazón el suave calor que proyecta el divino Sol de la Eucaristía.

Traban conversación con ellos católicos sinceros, que creen cuanto enseña la Iglesia, esperan lo que ella espera y aman cuanto ella ama. Creen con inquebrantable firmeza en la presencia real de Jesucristo en el Santísimo Sacramento; confiesan que la Hostia Santa es el portento

más estupendo del amor de Dios al hombre: sus miradas, iluminadas por la fe, descubren, a través del cándido cendal de las sacramentales especies, al Hijo de Dios, al Redentor del mundo, al Rey de la gloria.

Ha llegado entre tanto la Divina Majestad. Todos los transeuntes postranse de rodillas o por lo menos descúbrense reverentes. Los incrédulos, conculcando las más triviales reglas de urbanidad y educación, ni doblan la rodilla, ni humillan la frente, ni siquiera se descubren. . . . ¿Qué harán los católicos? La Fe, levantando su solemne voz desde el fondo de la conciencia, les dice: "Caed de rodillas, adorad a Jesús presente en el augusto Sacramento, rendidle el homenaje que le es debido;" y el corazón agitándose dentro del pecho y golpeándolo con violencia exclama a su vez: "presentad al Salvador vuestro tributo de gratitud, de reconocimiento y de amor." Oh! cómo quisieran estar lejos de aquellos pérfidos compañeros para, obedeciendo el grito de la fe y siguiendo los vehementes impulsos del corazón, con la rodilla hincada en tierra, poder exclamar: "Jesús, Hijo de Dios vivo, os adoramos presente en la Santa Eucaristía! . . . Cuando también nosotros postrados en el lecho de agonía a punto estemos de exhalar el último suspiro, no dejes, adorado Dueño y dulce Bien, no dejes de venir a consolarnos!" . . . Pero, el maldito respeto humano apaga en el corazón estos santos ardores; el respeto humano acalla los gritos de la conciencia y de la fe; el respeto humano paraliza todo movimiento, y aquellos infelices, aunque sinceros creyentes, ni humillan la frente, ni doblan la rodilla, ni siquiera se descubren! . . . ¡Oh pusilanimidad despreciable! ¡oh sacrilega cobardía! ¡oh injuria atroz arrojada al rostro mismo de Dios escondido en el Santísimo Sacramento!

Quienquiera que observe esta criminal conducta ¿no tendrá derecho para concluir que ninguno de aquellos desgraciados tiene fe, que nin-

guno cree en la presencia real de Jesús en el Divino Sacramento? ¿Y no lo tendremos nosotros para proclamar que el respeto humano, en esta ocasión, ha arrastrado al cristiano hasta el profundo y tenebroso abismo de tácita apostasia?

Pero, ¿qué merced ha recibido el tímido creyente del arrogante incrédulo para que así le haya sacrificado lo más santo, lo más precioso, lo más inestimable que puede atesorar el alma cristiana? Cielos, asombrados! No ha recibido merced alguna: se da por satisfecho con evitar una sonrisa burlona, una mirada despreciativa, un "fanático" que habría sido quizá la más grande injuria que contra él habría proferido el impio! . . .

Decid otro tanto de aquel que en su casa y en pública reunión permite que émulos de Satanás pongan su inmunda lengua en lo más grande y santo de nuestros dogmas y con torpes labios se atreven a blasfemar el nombre de Cristo o el de su Madre Santísima, mientras él, tímido y pusilánime, o guarda estudiado silencio o, lo que sería aún peor, acompaña las blasfemias con cierta sonrisilla que cua quiera interpretaría por tácita aprobación; cuando, si no estuviera dominado por el respeto humano, interrumpiendo en sus principios al atrevido blasfemo, debería exclamar: "Caballero, no puedo permitir que en mi presencia se insulte a la Fe Cristiana: católico soy y me precio de serlo; respetad, pues, mis creencias, o si queréis burlaros de ellas, buscad otro lugar, que no tolero se manche mi casa con tales crímenes"! . . .

Pero ¿porqué no se cumple este sagrado deber? ¿Acaso porque no se lo conoce? ¿Que!? ¿Puede un cristiano ignorar que la Iglesia es su madre y que vil y despreciable es el hijo que no cierra los labios de quien, en su presencia, se atreve a insultar a su madre? . . . Nó; este criminal silencio es fruto funesto del respeto humano: aquel caballero, aquella dama temen ser

menospreciados del mundo; temen que los malvados al fijar en ellos la mirada, señalándolos con el dedo, digan con sarcástica sonrisa: "He aquí unos beatos!" ¡Ah! Cristianos, cristianos, que así os avergonzáis de Cristo! Oíd el formidable castigo que la inexorable Justicia tiene preparado a vuestra cobardía. Cuando el día terrible de la cuenta el Juez Supremo de vivos y muertos escudriñe la vida de los hombres y fulmine la sentencia que sus obras han merecido; en presencia de las generaciones de todos los siglos, en presencia de todos los ángeles y espíritus celestiales, en presencia de María, Reina del Empíreo, clavando en vosotros su colérica mirada: "Cobardes, exclamará: ¿os avergonzasteis de Mí en la vida? Pues yo también me avergüenzo de vosotros en este día: no os conozco; apartaos de Mí!"...

Y ¿de qué se avergüenzan ¡cielo santo! de qué se avergüenzan los cristianos? Se avergüenzan de Ti, Oh Jesús, ante quien doblada la rodilla y humillada la frente han rendido en el curso de más de diecinueve siglos homenaje de respeto, veneración y amor los más grandes y esclarecidos ingenios, los más nobles y santos corazones! Se avergüenzan de Ti, Jesús, a quien hasta vuestros más crueles y encarnizados enemigos, constreñidos por la evidencia, no han podido menos de confesar que eres la persona más perfecta que ha aparecido en la tierra, que eres el ideal de la humanidad y que nadie ha hablado jamás como Tú ni ha practicado vida más sublime y santa que Tú! ¡Se avergüenzan de Ti, Jesús, de quien exclamaba Victor Cousin: "Antes subiría al cadalso que negar la divinidad de Jesucristo." (Apud Perraud "Libre pensée et catholic. p. 64.) De Ti, Jesús, en quien fijando sus últimas miradas, mientras tronaba en París el cañón revolucionario del 48, decía Chateaubriand con moribundos labios "Sólo El puede salvar la sociedad moderna: El es mi Dios, El es mi rey." (Saillard, Les hommes

celebres du XIX siècle.) Se avergüenzan de Ti, Jesús, de quien confesaba Saint-Beuve. "A todos los modernos anticristianos como Federico, La Place, Goethe, que te han desconocido, algo les ha faltado o en la inteligencia o en el corazón" (Oeuv. t. 3. p. 368.) Se avergüenzan de Ti, oh Jesús, cuya bellísima y deslumbradora imagen arrancaba de los blasfemos labios de Renán estas palabras; "Descansa en tu gloria. Por millares de años sentirá el mundo tu influencia: bandera de nuestras contradicciones, tú serás el estandarte en derredor del cual se empeñará la más reñida de las batallas. Mil veces más vivo, mil veces más amado después de tu muerte que durante los días de tu peregrinación por la tierra, de tal suerte te convertirás en piedra angular de la humanidad que pretender arrancar tu sombra de este mundo sería conmoverlo hasta los cimientos." (Vie de J. C. c. 25 p. 426.) Se avergüenzan de Ti, oh Jesús, de quien el desgraciado Victor Hugo cantaba: "Oh vosotros los que lloráis venid a este Dios, porque también El llora; vosotros los que sufrís venid a El porque sana; vosotros los que tembláis venid a El, porque sonríe; vosotros los que pasáis venid a El, porque El es el único que siempre permanece" (Les miserab. 3. 7, 8.)

Hemos agregado que el cristiano dominado por el respeto humano con su pusilanimidad y cobardía traiciona a su madre, la Iglesia.

Porque, decidme: ¿No es traidor el soldado que en el campo de batalla y en lo más recio del combate, cuando corre a torrentes la sangre, disputa el enemigo con encarnizamiento la victoria y el porvenir, la gloria, la vida misma de la patria dependen del resultado de la pelea, inmóvil, impasible, el arma al hombro y cruzados los brazos se está contemplando las alternativas del combate? ¿No es traidor el militar que en medio de la batalla no sólo no defiende su bandera siro que desertando de ella pasa a la del enemigo, aun

que tampoco tome parte en la acción ni empuñe las armas contra su Patria? Y qué diremos de aquel que, so pretexto de que los generales enemigos combaten con arte admirable y habilísima táctica, llega a ponderar enfáticamente su pericia y aplaudir calurosamente su valor? Pero entonces ¿qué nombre se merecerá el católico que por cobardía femenil contempla impasible la guerra implacable que se hace a la Iglesia y no la defiende? ¿Qué título se conquistará el cristiano que aunque no en el secreto de su conciencia pero sí en su vida política y social aparece cobijado por el estandarte anticristiano? ¿Cómo deberá llamarse aquel que, inconsciente quizá de su extraviado proceder, aplaude a los corifeos de la impiedad porque, blandiendo éstos contra la Santa Iglesia la acerada y destructora espada de la pluma, lo hacen con talento y maestría y siguiendo en todo las prescripciones del arte?... Ah! Venerables Hermanos y amadisimos Hijos antes que el nombre detestable de traidor temamos contaminarnos con aquellas obras que merecen tal nombre!

Y si los soldados de Juliano, engañados por exceso de simplicidad, cuando descubrieron su error juzgáronse gravemente obligados a protestar de la rectitud de su intención y a proclamar en voz y en grito que ni por un momento habían pretendido manchar su fe ni renegar del nombre de Cristo, ¿cuándo los que de cualquier manera han traicionado a la Iglesia, cuándo han vuelto por los fueros de la verdad conculcados, por los derechos de la justicia menospreciados y por la gloria de la Iglesia por ellos mancillada?

Terminaremos este punto citando las gravísimas palabras de San Alfonso de Liguori en su áureo libro "Verdad de la fe" (c. 9) "Aquel que por respeto humano, escribe el santo, o por temor de alguna burla olvida la devoción, la frecuencia de sacramentos y el retiro, y se

disipa en los entretenimientos mundanos, en banquetes y espectáculos, no puede decirse que tiene la verdadera fe".

III.

El cristiano dominado por el respeto humano degradado, envilece, arrastra por el fango la dignidad humana.

Un corazón noble y bien nacido no puede menos de odiar la hipocresía, la simulación, el fingimiento. Nuestro Señor Jesucristo mismo, cuyo blando y compasivo pecho no exhaló sentimiento alguno de indignación y cuyos amorosos labios no formularon palabra alguna de reproche ante la adúltera sorprendida en fragante delito ni ante el ladrón arrastrado por sus crímenes a morir en un patíbulo, en presencia de la hipocresía de escribas y fariseos despierta en su corazón afectos de justa cólera, da a su voz la severa entonación de santa ira y mientras con aquellas manos operadoras de prodigios arranca la máscara con que aquellos criminales encubrían sus delitos, fulmina contra ellos anatemas terribles: "Ay de vosotros escribas y fariseos hipócritas, ciegos y necios, raza de víboras, sepulcros blanqueados, hermosos por de fuera, pero interiormente repletos de malicia e iniquidad" (Mt. c. 23) ¿Quién se atrevería a defender que en el hipócrita se ha conservado incólume la dignidad humana? Pues el desgraciado esclavo del respeto humano es hipócrita; es más vil y despreciable que el hipócrita.

Es hipócrita; porque finge creer lo que no cree y no creer lo que realmente cree; aparenta estimar lo que desprecia y despreciar lo que en verdad estima; simula amar lo que detesta y detestar lo que ama; ¿no será pues simulador, fingido, hipócrita?

Es más vil y despreciable que el hipócrita. Porque cuando el hombre, aunque criado por,

Dios para la adquisición de la verdad y la práctica del bien, arrastrado por sus pasiones, llega al lamentable abismo de cerrar voluntariamente los ojos a los resplandores de la verdad y las puertas del corazón a los atractivos de la virtud, avergüenzase, por lo menos, de aparecer en aquel miserable estado de abyección y de vileza. Por esto viste el error con el manto de la verdad; por esto engalana el vicio con los atavíos de la virtud. Conducta vil, por cierto, y despreciable; pero que entraña al fin un resto de estima y aprecio a aquellos bienes que constituyen la nobleza y gloria de la naturaleza humana. Pero en quien se deja arrastrar por el respeto humano no son el vicio y el error quienes avergonzados de sí mismos buscan para presentarse a los hombres el manto del bien y la máscara de la verdad; por el contrario es el sol de la verdad quien de propósito eclipsa sus rayos para asemejarse al negro y tenebroso error, es la belleza de la virtud quien esconde y desfigura sus gracias tras la careta del vicio.

Indignos se muestran —¿quién podría dudarlo?— Ananías y Safira cuando aparentando generosidad y desprendimiento ocultan para sí gran parte de sus vendidos bienes; pero más cobarde e indigno es Pedro (que castigó aquella culpa con la muerte) cuando creyendo en Cristo y amándole tiernamente, tiembla ante una criada, y jura y perjura que jamás lo ha conocido; Qué vil aparece Caifás pretextando razones de alta política que encubriendo el odio profundo que profesa al Redentor presentan la inicua sentencia como acto sublime de abnegado patriotismo! Pero ¿no es más vil Pilatos cuando ahogando los gritos de su conciencia y no dando oído a los clamores de la justicia, cede a las sacrilegas exigencias de un pueblo deicida y enclava en la ignominiosa cruz al Justo y Santo?

Ved, pues, si el respeto humano degrada

y envilece al hombre aún más que la hipocresía.

Empero, no hemos llegado todavía al fondo del tenebroso abismo a que puede arrastrar este vicio detestable.

Quienquiera que estudie la constitución de la sociedad pagana y la encuentre constituida por dos elementos esencialmente diferentes: el de seres libres y el de esclavos, no podrá no lanzar el justo grito de maldición y anatema contra filósofos, políticos y juristas que de tal suerte habían envilecido a la criatura humana.

El esclavo carecía de nombre (Quintiliano, *Ins. Orat*, VII, 3 26; *Declamat* 26), de derechos, de personalidad (Ulpia. *Diges.* II, VII, 3); desde el punto de vista legal no era el esclavo una persona sino un objeto, una cosa, res “*mobilis*”; desde el punto de vista comercial era una mercancía, “*merx*”, sujeta como otras mercancías a los impuestos aduaneros que se cobraban en las principales ciudades del imperio. ¿Qué impuestos pagaban los esclavos? El mismo que los caballos, jumentos y mulas; el mismo que las túnicas y tapetes: un denario y medio (L. Renier, *Inscriptions de l'Algerie*, LIII, I) El esclavo estaba privado de los derechos del hogar: en verdad ni e a padre ante la ley, ni esposo, ni hijo: no se le reconocía derecho alguno ni para educar a la prole (Plauto, *Cap. tiv.* III, IV, 50), ni para cohabitar con su esposa (Cod. Just. IX, IX, 23; Papin, *Dig.* XLVIII, V, 6) ni para prestar al padre enfermo o menesteroso los servicios exigidos por la misma naturaleza (Pomponio, *Dig.* XXXIII, VIII, 3; Proculayo, *Ibid.* XXXI, I, 43; Pomponio, *Ibid.* XXXV, I, I, &.)

Nacido el esclavo en aquella atmósfera de envilecimiento y degradación, contemplando a cada paso el irresistible poder y la despótica voluntad con que se imponía el señor, había perdido hasta la noción de aquella soberana li-

bertad que reconcentrando su imperio, aun entre grillos y cadenas, en lo más íntimo e impenetrable del sér humano, muéstrase fuerte, vigoroso e invencible cual infranqueable barreira o muro de bronce ante el cual por fuerza se han de estrellar los furores de la tiranía y las demencias del despotismo. Desde que aparece el Cristianismo, espase por el mundo los efluvios de la santa libertad y desde entonces el esclavo, todavía entre grillos y cadenas, pierde, como por encanto, todo aspecto de vileza o degradación, se hace capaz de escalar las más encumbradas cimas del heroísmo y de ceñir sus sienes con los más vivos destellos de la gloria.

El esclavo cristiano solo, desnudo, inerme, pero consciente de su libertad moral, ante las imperiosas exigencias de su amo que le impone apostate de su fe o sacrifique la virtud, firme sin orgullo, tranquilo sin jactancia, valiente sin rebeldía, le contesta: "No puedo." Y el mundo pagano, estupefacto de admiración al escuchar en labios de esclavo tales palabras, con no menor maravilla contempla su invencible resistencia.

Uno de los escritos más venerandos de la Historia Eclesiástica es, a no dudarlo, la carta que en 177 escriben las Iglesia de Lyon y Viena a las de Asia y Frigia. Entre los innumerables mártires que rodean al obispo Fotino y al decurión Epagato,—según en ella se refiere—destácase la arrogante y bellísima figura de Blandina, esclava cristiana. "Por ella, dice la carta, ha querido Cristo demostrar que lo vil, despreciable y sin honor para los hombres es lo más honorable a los ojos de Dios."—Todos sus compañeros de martirio, sin excepción de su señora, temían por Blandina, a causa de la delicadeza de su complexión y de la extrema flaqueza de su cuerpo virginal. Dióle, empero, Cristo invencible valor y varonil constancia.

“Reniega de Cristo; apostata de la fe cristiana, abraza el paganismo, quema incienso a los ídolos”: tales son las terminantes órdenes del tirano. Blandina es una pobre esclava; y el esclavo, como escribe Séneca (De benef. III, 19), ha perdido el derecho de decir: nó.—Pero Blandina es cristiana y labios cristianos, cuando lo exige la conciencia y lo impone el deber, aunque sean de esclavo, no vacilan un momento en formular el categórico: Nó. Así lo hizo Blandina en presencia de la muerte: “Soy cristiana, contestò, me precio de serlo y, con la divina gracia, lo seré mientras me dure la vida.” En vano de la mañana a la noche se la somete a cruelísimos tormentos; en vano una y otra vez, aprisionada en tupida red, es aventada a los aires por furioso toro; Blandina, encerrada en el castillo roquero de su intangible conciencia, dueña y señora de su libertad moral, no se cansa de exclamar: “No quiero, no puedo, no debo traicionar mi fe.” Finalmente, los verdugos, cansados de atormentarla, la degollaron. Los paganos, testigos de tanto heroísmo, no pudieron menos de confesar que nunca habían visto a delicada mujer padecer con más valor tormentos tan exquisitos. He aquí, pues, cómo el uso de la libertad moral enseñado por el Cristianismo trocó al vil y despreciable esclavo en objeto de respeto, admiración y hasta de culto religioso. Si, de culto religioso; porque la Iglesia Católica, madre y fautora de la verdadera libertad, después de enseñar al esclavo a ser libre aún entre grillos y cadenas; después de restituirle el inalienable derecho de poder decir a su amo: nó; después de mostrarle los, hasta entonces vedados para él, senderos de la gloria, y de empujarle hasta las más empinadas cumbres del heroísmo; recibió con veneración los sangrientos despojos de su cuerpo santificado por el martirio; los envolvió en ricas telas de oro y seda; los depositó en suntuosos y magníficos arcosolios;

inscribió su nombre en gloriosos dipticos, y en sus días natalicios, entre nubes de incienso y cánticos de gloria, les rindió el culto reservado a los mártires de Cristo; MARTYRES VINDICATI. A la antigua vileza había sucedido la honra, a la abyección la gloria, a la ignominia el culto religioso.

Y si ni los tormentos más atroces ni la más ignominiosa muerte pudieron rendir ni siquiera hacer flaquear la incommovible fe del esclavo cristiano, tampoco lograron dollejar su firmísima virtud.

El esclavo, lo hemos dicho ya, carecía de derechos: ninguno, ni siquiera el más sagrado y esencial a la dignidad de la naturaleza humana, el derecho al pudor, era reconocido por la corrompida sociedad pagana: podía abusar el amo con toda libertad de su esclava; podía traficar con el pudor de ella. Filósofos, legistas y políticos se lo permitían sin reparo.

El Cristianismo, también en este punto, rehabilitó al esclavo. En tratándose de los principios religiosos habíale enseñado que no era únicamente un cuerpo como lo pretendía el Paganismo: "*cellis servilibus extracta corpora*", como define a los esclavos Valerio Máximo (VII, VI, I); el Cristianismo puso en labios del esclavo el sublime grito de San Ambrosio: "*Nos animae sumus* (De Isaac et anima, VIII, 79) Somos almas." Pero cuando el despótico señor se creyó con derecho para mancillar la castidad de su esclava, enseñó a ésta que ni su cuerpo pertenecía al señor. Y si antes había dicho el esclavo, "*mia es mi alma*," ahora agregó: "*también mi cuerpo es mío*."

Santa Dula, solicitada por su señor, contesta con varonil entereza: "No puedo; soy cristiana"; y esta confesión orna su frente con la aureola de mártir. Las Actas de su martirio expresan su triunfo en estos términos: "*Su-
cumbió con gloria por su fe y su castidad: pro
fide et castitate occissa est*" [Acta S. Dulae

ap. Acta S. S., martii, t. 3.)

Potamiana, hermosísima esclava del siglo tercero, tenía por amo a un hombre violento y libertino. Este, para triunfar de la castidad de su esclava, emplea súplicas y mandatos, promesas y amenazas; pero nada consigue. Ardiendo en deseos de venganza, denuncia al Prefecto de Alejandria como cristiana. “Vamos, mujer. le dice éste: da gusto a tu amo; si te obstinas en no ceder, ordenaré que te echen en una caldera de pez hirviendo” “¿Qué vergüenza, contesta la virgen esclava, el que haya un juez tan inicuo que ordene a una mujer a someterse a los deshonestos deseos de su amo!” Potamiana, vestida como estaba, fue arrojada a la caldera. (Paladio, His. Laus. 3.)

¡Cuánta nobleza, cuánta dignidad, cuánto heroísmo en estas esclavas cristianas! Todavía las maternas y compasivas manos de la Iglesia no han roto los hierros del esclavo, y ya éste, por la perfección moral y recto uso de la libertad, se muestra superior a su propio amo!

Este recto uso de la libertad, este pleno dominio sobre si mismo, esta invencible fortaleza de espíritu ante la cual necesariamente ha de capitular todo humano poder, constituyen la más pura gloria del hombre y su más portentosa grandeza. Con la libertad moral el esclavo se eleva, se dignifica, se ennoblece; sin ella el más empingorotado señor se abaja, se envilece, se degrada.

Ved ahora las funestas consecuencias del respeto humano. Por él despójase voluntariamente el hombre de este riquísimo tesoro, conscientemente sacrifica este glorioso dón, hácese vil juguete de gente ignorante, viciosa y proterva. El esclavo que gime entre hierros y cadenas puede hacer gala de independencia y, alardeando de esta santa libertad, cual encendidas brasas lanzar al rostro del inicuo señor el grito de la inalienable libertad: “No quiero.” ¿Cuándo el desgraciado que se asfixia con el dogal del

respeto humano ha hecho ostentación jamás de esta santa independencia? ¿Cuándo han brotado de sus labios los nobles y viriles acentos de la libertad? ¿Cuándo ante el incrédulo que se mofa de los sacrosantos dogmas de la fe ha contestado: "Pues a pesar de vuestras burlas, yo los creo con inquebrantable firmeza?" ¿Cuándo ante los sarcasmos del libertino ha respondido: "Pues a pesar de vuestras risas yo venero la virtud?" Sin guiarse jamás por las luces de la fe, sin seguir jamás los dictámenes de la razón, sin voluntad propia, sin propio querer, déjase arrastrar por el primero que se presenta, no siquiera como esclavo que protesta contra las injusticias del señor sino como animal bruto que incondicionalmente se somete a los caprichos del amo. Y ¿todavía me regaréis que ser tan vil y abyecto ha descendido en la escala moral más abajo que el esclavo? ¿Todavía pondréis en duda que voluntariamente ha arrancado de la diadema humana su más rica joya, la preciosa libertad? Libertad, libertad, ¡cuán pocos te corocen! ¡cuántos crímenes se han cometido en tu nombre! . . . ¿Qué es la libertad?—¿Es, por ventura, la facultad de dejarse arrastrar por perversos instintos y depravadas pasiones?—Si en esto consistiera la verdadera libertad, más libre que el hombre sería el animal bruto que no se gobierna sino por el instinto—¿Consiste acaso la libertad en gritar a voz en cuello que se la posee?—Si esta fuera la esencia de la libertad, muy libre sería el papagayo que sin cesar pronunciara este nombre sagrado.—La libertad es la facultad humana de escoger entre dos bienes; la libertad moral, en cuanto importa perfección del alma, es la soberana e inflexible firmeza de la voluntad, por la cual ni las dificultades de la virtud ni las seducciones del vicio pueden apartarla de la primera o arrastrarla a seguir el segundo. La débil doncella que ante las halagadoras promesas o terribles amenazas

del seductor contesta invariablemente: "No quiero;"; el inerme criado ante el iracundo señor, el dócil hijo y la fiel esposa ante el padre cruel o el marido tirano, que invariablemente responden: "Preferimos incurrir en vuestra cólera antes que ofender a Dios;" el pueblo católico que ante impías leyes—que, por no ser dictados de la razón, no son ni pueden llevar el nombre de leyes,—sereno porque en posesión de un sagrado derecho, tranquilo porque consciente de su poder, reverente porque buen súbdito, dice a la autoridad que abusa del poder: "No obedeceré vuestras leyes, porque antes se ha de obedecer a Dios que a los hombres"; esta generosa y nobilísima nación, aún entre los rigores del despotismo, esta esposa fiel, este hijo cariñoso, este respetuoso criado, esta inocente doncella aún bajo el peso de tiránica opresión, no han dejado de ser libres; decimos más: hasta cierto punto, nunca han sido más libres que entonces; porque nunca como entonces han hecho ostentación de la propia voluntad y de la inflexible firmeza de la propia libertad. Viceversa, bien puede un pueblo preciarse de libre; bien puede consignar el sacrosanto nombre de la libertad en su constitución, inscribirlo en sus códigos, grabarlo en sus banderas, no cesar de proclamarlo en público y en privado; si dobla ignominiosamente el cuello ante leyes inicuas o impías, si no levanta la voz para protestar porque se han desconocido y violado los derechos de Dios y de la justicia; si, finalmente, aunque no enarbole el estandarte de la rebelión—que le está vedada—no opone una resistencia pasiva, serena y tranquila pero invencible y constante, hasta obtener, por las vías legales, la derogación de disposiciones que, lejos de labrar la prosperidad de la Patria, la han de arrastrar a los más espantosos abismos; un pueblo tal, lo repetimos, no es ni puede ser libre ¿Porqué? Porque sólo entonces merece el hombre el nombre de libre

cuando, no obstante los atractivos del mal y las dificultades del bien, sin apartarse un ápice de los dictámenes de la razón y de los juicios de la conciencia, desprecia aquéllos y triunfa de éstos: que no hay peor esclavitud ni más vergonzosas cadenas que las del vicio!

Y ¿cuando, volvemos a exclamar, cuándo el desgraciado que arrastra el yugo del respeto humano, cuándo, consciente del propio deber y santamente orgulloso de su invulnerable libertad, cuándo, ante el arrogante impío o el vicioso procaz defiende los derechos de Dios y proclama las excelencias de la virtud? Ah! desgraciado!: conserva en el fondo del alma su libertad; pero si no está muerta, ¿quién negará que está atrofiada?

Y esta vileza, esta cobardía, esta degradación de la dignidad humana no pueden ser excusadas. Porque ¿cuales son los gravísimos males que amenazan ordinariamente al esclavo del respeto humano? ¿Será, por ventura, como refiere Tácito de los primeros mártires romanos, colgado de una cruz, o cubierto de pieles de fieras expuesto a la furia rabiosa de hambrientos perros, o prendido vivo servirá de antorcha para que a sus fúnebres resplandores conduzca el tirano su coche por entre las floridas calles de sus jardines? (Anales, 15, 44) ¿Acaso, a semejanza de los mártires de la Tebaida, serán con agudos guijarros despedazadas sus carnes hasta que exhale el último suspiro? ¿será arrojado vivo a la encendida hoguera? ¿atado a dos ramas de un árbol, violentamente hasta el suelo inclinadas, será en seguida abandonado para que, recuperando aquellas su natural posición, lo descuarticen en su dolorosísima subida? (Eusebio de Cesarea, Hist. Ecles. 8, 9, 1 - 5) ¿Van, por lo menos, a confiscarle los bienes? ¿va a ser arrojado a extranjeras playas?..... Nada de eso. Con frecuencia cierra el cristiano los oídos a los justos clamores de su conciencia, desafía la cólera di-

vina, traiciona a la Iglesia, arrastra por el fango la dignidad humana, ¿porqué Dios santo, porqué?..... Cielos, asombraos!.... por el temor de una burla maliciosa, de una sarcástica sonrisa, de una mueca de desprecio, de una palabra picante!!!

No perdamos, venerables Hermanos y amadísimos Hijos, no perdamos una independencia que tanto nos ennoblece y dignifica, no sacrificuemos una libertad que es el más precioso timbre de nuestra gloria. La norma de nuestros actos no ha de ser el sentir y parecer de los hombres, tan frecuentemente expuestos a yerros y pasiones: sea únicamente la Voluntad divina manifestada en sus santos mandamientos o en las justas órdenes de legítimos superiores; sea la conciencia que desde el fondo del alma deja escuchar su solemne voz y claramente nos intima que obremos el bien y nos apartemos del mal.

No olvidemos las severas palabras de San Pablo: "Si adhuc hominibus placerem, servus Christi non essem: Dejaría ser siervo de Cristo si me empeñara en agradar a los hombres" (Gal. 1, 10)

Aunque, a decir verdad, imposible es evadirnos de las censuras de éstos.

El mundo está dividido en dos grandes ejércitos que se combaten con furor. Y si el mal, a banderas desplegadas, corre a la conquista de los mortales, tampoco faltan almas generosas que enarbolan con entusiasmo el glorioso estandarte de la Religión y hacen pública profesión de rendir culto a la virtud. ¿Obráis mal?—Vuestra conciencia, primero, todos los buenos, después, y, finalmente, Dios mismo condenarán vuestra conducta.—¿Obráis bien? La turba multa e insensata de malvados se burlará de vuestra piedad, se reirá de vuestra religiosidad, se mofará de vuestra virtud. ¿Qué alabanzas preferís?: ¿las del malvado o las del bueno? ¿las del mundo corrompido o las

del Dios justo y santo?

Pero, sabedlo bien y no lo olvidéis jamás: el cristiano tímido y cobarde que por congraciarse con los malos traiciona su fe y aplaude el vicio, ni siquiera obtiene el aplauso de aquellos mismos por dar gusto a los cuales ha procedido con tanta felonía. La firmeza de carácter, la independencia de conducta, la virtud misma ejercen necesariamente grandes y poderosos atractivos sobre las almas. Y es esta la razón por la cual los mismos perversos, con grandísima frecuencia, son los primeros en aplaudir y enaltecer el valor, nobleza y grandeza de alma del virtuoso que no se deja intimidar por sus burlas y sarcasmos.

Terminemos ya: el respeto humano ultraja al Criador que tiene pleno, absoluto y perpetuo dominio sobre el hombre; el respeto humano conduce al cristiano hasta el negro abismo de la traición a la Iglesia y de la tácita apostasía de la fe; el respeto humano envilece, degrada, arrastra por el fango la dignidad humana; el respeto humano con vil simulación y rastrero fingimiento adora el vicio que odia y rinde culto a la mentira que detesta; el respeto humano ata, encadena, esclaviza la más noble y preciosa facultad humana, la libertad; por último, el respeto humano burlase miserablemente de sus víctimas y sin otorgarles el mendigado aplauso de los malos condénalas irremisiblemente al desprecio y desdén de buenos y malos.

Si es la verdad la perfección del entendimiento humano y la virtud el más rico y precioso tesoro del corazón ¿porqué nos hemos de avergonzar jamás de profesar la verdad y practicar la virtud?

Conservemos, pues, enhiesto siempre el glorioso estandarte de la fe católica; agrupémonos en torno suyo: oh! ¡de cuántas calamidades libraremos así a la Iglesia! No nos avergonce-

mos jamás de militar a la sombra de la Cruz: que ella, en el decurso de diecinueve siglos, no ha cesado de abrigar a lo más selecto y florido de la familia humana: los más grandes y poderosos ingenios, los más nobles y virtuosos corazones!: ¿podríamos aspirar a más santa y honrosa compañía?

Dése lectura, por partes, a esta CARTA PASTORAL, en la forma acostumbrada.

Dada en nuestra residencia de la Inmaculada Concepción de Loja, a 2 de febrero de 1919, fiesta de la Purificación de María Santísima, Nuestra Señora.

✠ **Carlos María,**
OBISPO DE LOJA.

Por mi. dat. de su S. S. Ilma. y Rma.

FERNANDO LEQUERICA,
Secretario.

133

CUARTA CARTA PASTORAL

QUE EL

ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

CARLOS MARIA DE LA TORRE,

OBISPO DE LOJA,

DIRIGE A SUS DIOCESANOS.



1914

TIPOGRAFIA "ALIANZA", -CUENCA.

Por Carlos J. Sarmiento.

Nos, D. D. Carlos María de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA APOSTOLICA,

OBISPO DE LOJA.

A nuestro Venerable Capítulo Catedral,
al Clero secular y regular, y a todos los fieles
de nuestra Diócesis:
salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

*Diliges proximum tuum sicut
te ipsum.*

*Amarás al prójimo como a
ti mismo.*

(MAT. XXII, 39).

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:

EL glorioso Apóstol y Evangelista S. Juan,
aquel que, en alas de inspiración profética,
cual águila poderosa remontóse en raudo vuelo
hasta los infinitos espacios, y subiendo de claridad
en claridad penetró en el alcázar mismo de
Dios, y, fortalecida allí la humana pupila, contem-
pló de hito en hito los incomprensibles arcanos
de la divina esencia, trazando en seguida a-
quella sublime página de su Evangelio inmortal
que no puede leerse sin que se embargue el al-
ma, y anonade el espíritu, y de religioso pavor

se estremezca todo el ser, porque descubre el Evangelista ante la estupefacta mirada del lector la misteriosa, eterna e inefable generación del Verbo; aquel dichosísimo discípulo de Cristo e inseparable compañero de Jesús, que contempló las glorias del Tabor, la agonía de Getsemaní y las ignominias del Calvario, y por su angélica pureza e inocentísima vida de tal suerte cautivó el corazón del Salvador que en el Colegio Apostólico, y entre los fieles de la primitiva Iglesia y los cristianos de todas las edades se han granjeado el envidiable y gloriosísimo título de Discípulo amado de Jesús; aquel que en el momento más solemne de la vida humana del Verbo, cuando el corazón Divino agitábase y estremecíase con dos poderosos y encontrados sentimientos: el de entrañable ternura hacia los hombres que acababa de aprisionarle en el Sacramento del Altar, y cautivo le retendría allí hasta la consumación de los siglos, y el de profunda tristeza e indecible amargura porque víctima inocente de negra y sacrílega traición; Juan, decimos, que en tan augustos instantes, reposó ¡oh dicha incomparable!, la inocente cabeza en el sagrado pecho, y contó los latidos del Divino Corazón, y pulsó sus ansias amorosas, y descubrió sus inefables secretos, y, cual ninguno, penetró en el infinito mundo del amor de Cristo; Juan, llegado ya a avanzada edad, coronado con la aureola de un martirio que pudo atormentarle pero no hacerle morir, oráculo de la Iglesia extendida por todo el mundo, y solícito Pastor y amantísimo Padre de las florecientes iglesias del Asia, era llevado, como refiere S. Jerónimo, en brazos de sus discípulos al templo; y como su débil y cansada voz no le permitiese prolongar como quisiera sus discursos, repetía siempre aquellas cortas pero dulcísimas expresiones, que recibidas con veneración de sus labios virginales, han sido transmitidas a la posteridad como el rasgo más saliente y característico de la fisonomía moral del Evange-

lista y la síntesis sublime de su apostólica doctrina: «*Filioli*, decía, *diligite alterutrum*. Hijitos míos, amaos los unos a los otros». Cansáronse por fin sus oyentes de escuchar siempre la misma plática, y, con la filial confianza que profesábanle, dijéronle un día: Maestro, ¿por qué repites siempre la misma enseñanza? Contestóles el santo anciano: «Porque es precepto del Señor, y, si se lo cumple, basta. *Quia praeceptum Domini est, et si solum fiat, sufficit*». (1)

Permitid, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, que en estos momentos en que el demonio de la discordia agitando su funesta antorcha, ciega con densa humareda los ojos de los mortales, y prende en su corazón la destructora llama del odio, y no cesa de clamar a sus oídos: «Odiaos, perseguíos, destrozaos, aniquilaos»; Nos, herederos, aunque indignos del poder de los Apóstoles, recibiendo de los venerandos labios del Anciano de Efeso sus últimas palabras, os repitamos: «*Filioli, diligite alterutrum*: Hijitos, amaos los unos a los otros».

Y ¿cómo no os habéis de ofrecer el mutuo tributo de vuestro amor, si este es el grito de la naturaleza, el clamor de la Religión, la voz augusta de la Iglesia que compendia en ella la moral del Cristianismo? Escuchemos en esta ocasión algunas notas siquiera de tan admirable concierto.

I

Es el grito de la naturaleza.

Ella al modelar el corazón humano infundió en él ese noble y generoso instinto para el cual viendo el hombre en sus semejantes una como prolongación de su propio ser, tiéndeles espontáneamente la mano, ofréceles el rico presente de su cariño, comparte con ellos los mezzquinos y

(1) Jeron. In Galat. VI, 10.

escasos goces de la vida, y ante los lastimeros ayes lanzados por el dolor estremece sus entrañas, nubla sus miradas y hace brotar de sus ojos compasivas lágrimas. Esta poderosa ley de mutua atracción entre los semejantes, que extendiendo sus dominios por el mundo físico y moral impulsarlos a buscarse mutuamente y tiende a estrecharlos con los vínculos del amor, expresaron los filósofos diciendo que la semejanza es causa de amistad, y que los parecidos entre si se deleitan y gozan en la mutua compañía: *Amicitia aut supponit aut facit æquales amicos; similis simili gaudet; æqualis æqualem delectat.*

Y si esto es así, bien pueden todos los hombres darse el sincero abrazo de la amistad y cantar con el poeta las dulzuras del amor:

Homo sum, et humani a me alienum puto.

Hombre soy, y nada que al hombre se refiera puede serme indiferente.

¿Qué semejanza en efecto mayor, ni qué conformidad más perfecta que las que hacen de todos los hombres miembros de una misma familia? Todos han recibido la misma naturaleza racional, todos están sujetos a unas mismas leyes físicas y morales, todos han de saborear la amargura del mismo pan amasado con las mismas lágrimas.

Con el alma inmortal prisionera y cautiva dentro del cuerpo mortal arrástranse los hombres por este valle de lágrimas cual desgraciados peregrinos que alejados de la patria suspiran sin cesar por inmortales destinos. Su inteligencia sedienta de verdad despliega igualmente sus poderosas alas y puede en rauda vuelo remontarse hasta los infinitos espacios alumbrados por la verdad y bañarse con los irradiados fulgores del mismo divino y eterno Sol.

Atraído poderosamente por el bien, subyugado por la belleza de la virtud, y dulcemente encadenado con los encantos de la hermosura,

multiplica de igual manera su corazón los latidos y con el mismo ritmo acelera sus pulsaciones.

Su voluntad, en fin, tomando igualmente en sus manos las riendas de las pasiones, señora y dueña de sus actos, puede o sujetarlas a su querer, o dejándolas libremente ser arrastrada por ellas y precipitada en negros y espantosos abismos.

Si, pues, la Escritura Santa afirma que todo animal ama a sus semejantes: *Omne animal diligit sibi simili* (1); el hombre solo quebrantará esta ley, y no se servirá de los vuelos de su admirable inteligencia, de la exquisita ternura de su corazón y del poderoso dominio de su voluntad sino para contrariar el generoso instinto de la naturaleza y sofocar los clamores de aquella voz que no cesa de gritar al oído de los hombres: «Amaos».

Y la Religión al recordarles lo inviolable y sagrado de esta ley ha fortalecido el grito de la naturaleza y ha confirmado sus enseñanzas: Ella, nacida con el primer hombre en el paraíso terrenal, en páginas de inmortal belleza, ha trazado el sublime cuadro del origen común del género humano. La Biblia, este libro prodigioso escrito por el divino dedo, muestra desde sus primeras líneas la única fuente de la vida humana, la única raíz del gigantesco árbol de la humanidad, y la única semilla que, arrojada por Dios en el mundo, ha crecido, se ha multiplicado y ha llenado toda la tierra.

El primer hombre, Adán, fue esta misteriosa fuente, esta potente raíz, esta fecundante semilla. Todos los hombres han nacido de él como los raudales que brotan de la misma fuente, como los vástagos alimentados por la misma savia y sustentados por la misma raíz, como los granos germinados de la misma simiente e incrustados en la misma espiga.

(1) Ecc. 13, 19.

A todos los hombres anima, pues, el mismo soplo de vida, y por las venas de todos circula la misma sangre: son todos hermanos.

II

Mas la Iglesia Católica, esta mística esposa de la Increada Sabiduría y fidelísima depositaria de la divina revelación, con los dulcísimos acentos de tierna y cariñosa madre, dice a todos los cristianos: «Hijos míos, amaos: sois hermanos no sólo porque hijos del mismo padre, Adán, sino también porque hijos adoptivos del mismo Dios, y miembros del mismo cuerpo místico de Cristo».

Hijos adoptivos de Dios.

Ni en el orden de pura naturaleza, menos aún en el de naturaleza caída por el pecado, habría podido jamás el hombre levantar al cielo su mirada, y contemplando al Creador en los arreboles de su excelsa gloria, exhalar ante El los afectos confiados de su corazón agradecido llamándole con piedad filial su Padre. Anonadado ante El en la despreciable pequeñez de su diminuto sér, y abrumado por la infinita Majestad de Dios, apenas si, en el primer caso, doblada la temblorosa rodilla, e inclinada la humilde cerviz, y junta con el polvo la avergonzada frente, habrían osado exclamar sus balbucientes labios: «¡ Señor, Señor ! ¡ Cuán grande eres ! ¡ Qué excelso es tu poder, cuán sin límites tu Sabiduría ! *Magnus Dominus noster, et magna virtus eius, et sapientiae eius non est numerus.* (1) Pero, en el segundo, mezclado el respetuoso temor de esclavo con la angustiosa vergüenza de criminal, ni siquiera habríase atrevido a llamar a Dios Señor, por temor de manchar con lengua impura su nombre santo.

Mas descendió de los cielos el Hijo del

(1) Ps. 146, 5.

Padre, tendió su omnipotente diestra a la caída naturaleza humana, celebró con ella, tiernos, misteriosos y perpetuos desposorios; y desde entonces los redimidos todos pudieron ser llamados hijos de Dios. «Mirad, dice el Apóstol, la inefable caridad de Dios: nos ha permitido llevar el glorioso título y ser en verdad hijos de Dios. *Videte qualem caritatem dedit nobis Pater ut filii Dei nominemur et simus*». (1).

¿Quién podrá expresar jamás los altísimos misterios encerrados en este título de hijos de Dios ? Para convertir en hijo al esclavo criminal el Espíritu Santo, el Espíritu de Jesús, (2) el Espíritu del Hijo, (3) como le llama San Pablo, debe tomar posesión primero del alma humana. *Spiritus Dei habitat in vobis.* (4) Esta posesión del alma por el Espíritu de vida es eminentemente operadora: purificala, santificala, levántala sobre sí misma y sobre toda criatura, la hace partícipe de la naturaleza divina, y sólo cuando la mira así felizmente transformada, pulsando con su divina mano el deificado corazón, cual de cítara melodiosa arranca de él suavísimos y celestiales acentos, y entreteje con ellos el himno con que el hijo celebra la gloria de Dios su Padre: «*Accepistis Spiritum adoptionis in quo clamamus: Abba, Pater*». (5).

Hombres todos extendidos por el haz de la tierra, poco importa que se levanten vuestras tiendas de campaña entre los hielos del polo o en las arenas abrasadas del desierto; no importa que hayáis a costa de mil sacrificios escalado las luminosas y encumbradas cimas de la civilización, o que, por el contrario, apenas hayáis dado en su camino los primeros pasos; si todos sois hermanos porque por vuestras venas circula la misma sangre ¿con qué nombre os llamaréis si una sangre infinitamente mas preciosa, la divina del Redentor, ba-

(1) Prima Joannis, 3, 1.—(2) Ad Philip. 1, 19.—(3) Ad Galat. 4, 6.—(4) 1 Ad Corin. 3, 16.—(5) Ad Romanos, 8, 15.

ñando con sus raudales vuestra alma pecadora, ha infundido en ella nueva vida? Os dais el dulcísimo título de hermanos porque todos habéis bebido la vida natural en la misma fuente; pero ¡ay! el primer Adán, mas bien que principio de vida fue por su pecado para su desgraciada descendencia emponzoñada fuente de muerte: *in Adam omnes moriuntur*, (1); por el contrario el segundo Adán, Jesús, arrebatando de brazos de la muerte al hombre, lo crió de nuevo, infundió en él vida nueva: *Ipsius factura sumus, creati in Christo Jesu*. (2) El primer hombre formado de fango; *Primus homo de terra terrenus* (3), inspiró en sus hijos también bajos y terrenales afectos: *Qualis terrenus tales et terreni* (4); el segundo, descendido del cielo, creó en ellos celestiales y divinos; *qualis coelestis tales et coelestes* (5). El primero hizo de vosotros hijos del hombre, el segundo hijos de Dios. Para daros la vida ni una gota de sangre derramó el primer hombre; el segundo exprimió hasta la última gota de ella: *Prædestinavit nos in adoptionem filiorum per Jesum Christum, in quo habemus redemptionem per sanguinem eius* (6). ¿Qué herencia ha legado Adán a su infortunada prole? Cruelles dolores, incesantes martirios, desapiadada muerte, vergonzosa destrucción del sepulcro, tinieblas de ignorancia, fuego impuro de concupiscencia, debilidad humillante de voluntad, y entre el llanto y crujir de dientes de suplicio eterno eterna muerte. El segundo, haciendo hijos de Dios, os ha constituido por lo mismo herederos de Dios y coherederos de Cristo, y mostrándoos en lontananza con la incomprensible gloria del alma inmortal la dichosa impasibilidad, y fulgentísima claridad y eterna vida del mismo cuerpo mortal, despierta en vuestros corazones los tormentosos anhelos de la esperanza cristiana, por la cual despreciando cual polvo y fango todo lo terre-

(1) I Corin. 15, 22.—(2) Ad Ephes. 2, 10.—(3) I Corin. 15, 47.—(4) Ibid. 48. (5) Ib.—(6) Eph. 1, 7.

no sólo suspiráis por el precioso galardón, riquísima corona y dichosísima herencia: la futura gloria que se revelará en nosotros: *futura gloria quæ revelabitur in nobis* (1): gloria no temporal sino eterna, no finita sino divina; gloria que no consistirá en el imperfectísimo conocimiento que de Dios tenemos en el tiempo, donde apenas vislumbramos su Hermosura en los muertos reflejos de imperfectas criaturas, y adivinamos su Belleza por entre el tupido velo de impenetrables enigmas: *videmus nunc per speculumⁿ enigmata* (2); sino que rasgándose la densa nube que lo oculta a nuestras miradas, y fortalecida la pupila para que no se deslumbre y ciegue, contemplaremos cara a cara y no nos cansaremos jamás de mirar de hito en hito los inefables encantos de este Divino Sol; y conociéndole le amaremos, y amándole nos trasformaremos en El: viviremos con El de la misma vida, gozaremos con El de una misma dicha, con El nos embriagarán las inefables dulzuras de una misma felicidad, y seremos, en fin, una misma cosa con El: *Deus charitas est, et qui manet in caritate in Deo manet et Deus in eo*. (3).

Ay! Arrastrámonos aún por los áridos eriales de esta vida; rásganse y ensangriéntanse aún nuestras plantas con los ásperos guijarros y penetrantes espinas del camino; cúbrennos aún las sombras de lóbrega y temerosa noche; hieren aún nuestros oídos los lastimeros gemidos que por todas partes se exhalan: gime la naturaleza irracional condenada por el hombre a la corrupción: *Vanitati creatura subjecta est non volens, sed propter eum qui subiecit eam in spe*; (4); gime nuestra alma dentro del pecho porque lejos aún de la dichosa Patria: *et ipsi intra nos gemimus adoptionem filiorum Dei expectantes* (5); el mismo Espíritu Divino que en nuestra alma habita gime con inenarrables a-

(1). Ad Romanos, 8, 18.—(2) I Cor. 13, 12.—(3) I Joannis, 4, 16.—(4). Ad Romanos, 8, 20.—(5) Ib. 23.

centos: *ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus innarrabilibus* (1). Pero estos universales y desgarradores gemidos no son los gritos de la desesperación sino los suspiros de la esperanza: espera con ardiente ansiedad el universo sensible la gloria de los hijos porque traerá consigo su gloriosa transformación: *Ipsa creatura liberabitur a servitute corruptionis in libertatem gloriæ filiorum Dei* (2); gime nuestra alma pero vivificada con la dulcísima esperanza de alcanzar un día su salvación; *Spe enim salvi facti sumus* (3); gime el Espíritu Santo, pero para ayudar nuestra miseria, pidiendo para nosotros las gracias que no sabemos pedir: *similiter et Spiritus adjuvat infirmitatem nostram: nam quid oremus, sicut oportet, nescimus* (4).

Hermanos porque hijos de un mismo padre, porque partícipes de la misma adopción, porque enriquecidos con unos mismos dones, santificados con una misma gracia, bañados con una misma sangre, y abrumados por unos mismos pesares, y alentados por una misma esperanza, ¿qué hacemos que no nos tendemos amorosamente los brazos, y, unidos así por el amor, no atravesamos este valle de lágrimas hasta que brille para nosotros el dichoso día de la liberación de la Patria, en donde se perfeccionará y consumirá en el eterno abrazo de Dios el abrazo de la caridad?

III

Empero antes que la caridad en el eterno y embriagador abrazo de la Patria haga de los predestinados una sola cosa con Dios es necesario que, en el tiempo y en el amoroso regazo de una misma madre, haga de ellos miembros de un mismo cuerpo. Si; los cristianos son por el bautismo miembros del mismo cuerpo místico de Cristo, la

(1) *Ad Romanos*, 26.—(2) *Ibid.* 8, 21.—(3) *Ibid.* 24.—(4) *Ib.* 26.

Santa Iglesia.

Explicando San Pablo a los fieles de Corinto cómo la diversidad de gracias y carismas con que enriquece el Espíritu Santo a las almas no ha de ser parte para que mengüen entre los cristianos la caridad y el amor, les decía. Mirad cómo el cuerpo humano no es monótono y desconcertado conjunto de partes semejantes. Necesariamente y por razón de su propia naturaleza ha de ser organizado. Ciertamente no hay sino un solo cuerpo, pero cuán grande es la multiplicidad de los miembros, cuánta la admirable variedad de los órganos, qué maravilloso el conjunto de ordenadas funciones! *Corpus unum est, et membra habet multa, omnia autem membra corporis cum sint multa unum tamen corpus sunt.* (1)

Maravillosamente adaptado el ojo para percibir los objetos luminosos, retrata en su diminuta pupila ora las gigantescas e inaccesibles montañas que ocultan entre las nubes sus nevadas cimas, ora el vistosísimo manto de verdura y de flores con que engalánase la tierra, ya los inmensos y celestiales espacios tachonados de fúlgidas estrellas, ya las dilatadas y solitarias regiones por donde se extiende el imperio del cerúleo mar; llaman a las puertas del oído las sonoras ondas, y en concertado haz de dulcísima armonía penetran en él y embelésanle con los encantos de música celestial; los olores en infinitas partículas penetran en el olfato y llevan a él el suave tributo de los aromas; la mano, precioso instrumento del hombre, ora, rasgando el seno de la tierra, arroja en él la preciosa semilla que mas tarde ha de ofrecerle el codiciado fruto, ora empuñando la pluma describe en el muerto papel los vivos, luminosos y encantadores mundos iluminados por la verdad, ora en fin, en actitud reverente rinde al Supremo Monarca de tierra y cielo sus encendidos

(1) *Corin.* 12, 12.

afectos de gratitud y amor. ¿Qué sería del cuerpo humano si orgulloso con sus conquistas dijese el ojo a la mano: «no he menester tu ayuda», o la cabeza a los pies: «para qué os necesito?» (1) Destruída la concordia y rota la unión, paralizaríanse bien pronto los miembros del cuerpo humano, y la fría y tétrica inmovilidad de la muerte sucedería a la bullidora acción de la vida.

Pues lo mismo sucede, agrega el gran Apostol, en la Iglesia, cuerpo místico de Cristo: *ita et Christus* (2). Los cristianos forman este admirable cuerpo, y cada uno es miembro separado de los demás miembros: *Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro* (3).

Mas ¿a qué se debe en el cuerpo humano que, no obstante la variedad de órganos y funciones, haya sin embargo en él tan pasmosa unidad; que si un miembro padece padecen con él los demás y si goza gozan también con él todos los miembros? (4). El lazo que une entre sí todos los miembros, la fuerza que armónicamente encadena todos los órganos, el ritmo que preside todas las funciones vitales es el alma: separada el alma del cuerpo, apágase la vida, cesa el movimiento, descomponense los miembros, disuélvense los órganos, y la muerte, cubriendo con fúnebre sudario el cuerpo humano, hasta entonces prodigio de arte incomparable, truécalo en objeto de miedo, de horror, de irresistible repulsión. También dice San Pablo existe en la Iglesia un principio de unidad, de vida, de hermosura: el Espíritu Santo, Espíritu de amor. En los dichosísimos instantes en que las ondas regeneradoras del Bautismo deslízanse por la cabeza y cuerpo del bautizando, no solo se limpia el alma del borron de la culpa, muere y sucumbe el viejo Adan con sus vicios y concupiscencias, sino también aquella mística y cándida paloma que extendidas las alas sobre el primitivo caos in-

fundía en él gérmenes de vida, el Espíritu Santo, descende al alma regenerada, y haciendo de ella hija de Dios, únela y estréchala con las demás almas cristianas con los áureos y dulcísimos lazos del amor. Al suave y fecundante calor de esta nueva vida desaparecen los insondables abismos que dividían a los miembros de la familia humana; extingüese los implacables y seculares odios entre bárbaros y civilizados, judíos y gentiles; cesa la monstruosa y cruel opresión de los pocos libres sobre los innumerables esclavos, y los hombres todos a la sombra bendita de la cruz tiéndense los brazos, estréchanse con indecible ternura contra el amante pecho, y participando de la misma vida de su cabeza, Jesús, llámanse a boca llena: hermanos. *In uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus, sive judaei, sive gentiles, sive servi, sive liberi; et omnes in uno Spiritu potati sumus* (1).

¿Quién se admirará, pues, de que con tanta insistencia vuelva en sus epístolas San Pablo por los fueros de la caridad? ¿Quién se maravillará de que en las negras mazmorras de oscuro calabozo, entre hierros y cadenas, y en visperas de morir, tome aún en su mano la pluma, y empañándola en los sentimientos más tiernos de su corazón de apóstol, pida a los fieles de Efeso que conserven intacto el vínculo del amor? «Cautivo y encadenado por amor de Cristo, les decía, *Ego vinctus in Domino*, os ruego y suplico que correspondáis dignamente a la santidad del estado al que habéis sido llamados: *ut digne ambuletis vocatione qua vocati estis* (2). Conservad a todo trance y fomentad entre vosotros la más estrecha unión; aquella unión que echando profundas raíces en la mancomunidad de pensamientos, sentimientos y afectos, aliméntase y se sostiene con la práctica de la humildad que ante todos se doblega, de la dulzura que a todos atrae y cautiva, de la pacien-

(1) 1 Ad Corin. 12, 21.—(2) Ibid. 12.—(3) Ibid 27.—(4) Ibid. 26.

(1) 1 Ad Corint. 12, 13—(2) Ad Ephesios, 4, 1.

cia que todo lo tolera y de la caridad que sacrificase por todos. *Cum omni humilitate, et mansuetudine, cum patientia supportantes invicem in caritate.* (1) Sólo entonces gustaréis, concluye el Santo, las dulzuras de la paz: *solliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis* (2).

Y ¿qué razones alegaba San Pablo para constreñir a los fieles de Efeso a abrazarse con los dolorosos sacrificios impuestos por la humildad y mansedumbre, paciencia y caridad? Las mismas ponderadas anteriormente en su epístola a los corintios. Podrían los cristianos despedazar las dulces y sagradas cadenas labradas por la caridad si creen y confiesan que no forman todos sino un mismo cuerpo, no están animados sinó por un mismo espíritu, y que no tienden sinó al mismo eterno y dichoso galardón: *Unum corpus, et unus Spiritus, sicut vocati estis in una spe vocationis vestrae* (3); si profesando todos la misma fe, y habiendo sido regenerados por el mismo bautismo, proclaman al mismo Señor y rinden amoroso vasallaje al mismo soberano, Cristo Jesús: *Unus Dominus, una fides, unum baptisma* (4)?; si todos, en fin, doblan reverentes la rodilla y ofrecen el suavísimo incienso de la oración al mismo Dios, Padre de todos, que en todos derrama con generosa liberalidad sus dones, y que en todos, cual cariñoso amigo, demora y habita: *Unus Deus et Pater omnium, qui est super omnes, et per omnia, et in omnibus nobis* (5)?

La necesidad de que se conserve intacta en los fieles la caridad arrancaba de los inocentes labios del Discípulo del amor aquellas terribles al par que ternísimas expresiones: «Hijitos míos, alerta! Que no se os arrebate la vida! Quien no ama a sus hermanos ha muerto. La caridad es la vida, *Nos scimus quia translati sumus de morte ad vitam quoniam diligimus fratres. Qui non diligit ma-*

(1) *Ad Ephesias* 4, 4.—(2) *Ibid.* 3.—(3) *Ib.* 2.—(4) *Ibid.* 5.—(5) *Ibid.* 6.

net in morte (1).

La necesidad de la caridad, en fin, hacía que del pecho mismo del Eterno Sacerdote, Jesús, se exhalase aquella sublime plegaria conservada por San Juan, cuando en los momentos de principiar su dolorosísima pasión, y después de haber consolado a sus tristes y angustiados discípulos, y haber pedido para ellos al Padre inestimables dones de gracia, volviendo su dulce mirada hacia el pueblo entero de los redimidos, y contemplándolo con inefable ternura a través de las edades, exclamaba: «No sólo te pido, oh Padre, por mis apóstoles; ruégote igualmente por todos los cristianos, por todos los que en el decurso de los siglos han de creer y confesar mi Divinidad: *Non pro eis tantum rogo, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me* (2). ¿Qué gracia solicitaba el Señor al Padre para los fieles de todos los siglos? Pedíale que fuesen testimonio auténtico de su divina misión; rogábale que de tal suerte los transformase su infinita Omnipotencia que cualquiera que los mirase no pudiese por menos de exclamar: «¿Estos son los discípulos de Jesús?» Y concluyere: «Luego en verdad fue Jesús el Hijo de Dios»: *ut credat mundus quia tu me misisti* (3). Mas ¿cuál debía ser en la intención del Maestro este inequívoco y auténtico sello que grabado en el corazón y brazos de sus discípulos hiciese reconocer a Cristo por Hijo de Dios? Contesta el Salvador: *Ut omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me et ego in et, ut et ipsi in nobis unum sint* (4). Que sean todos entre sí una misma cosa; y que como tú, oh Padre, estás en mí y yo en tí, así sean ellos una misma cosa en nosotros.» Sublimes palabras y misteriosas expresiones que descubren los impenetrables arcanos de la caridad cristiana! Los verdaderos discípulos de Cristo han de reproducir entre ellos, como es posible entre pobres criatu-

(1) *I Joannis*, 3, 14.—(2) *Joann.* 17, 20.—(3) *Ibid.* 21.—(4) *Ibid.*

ras, la prodigiosa e incomprensible unidad de la adorable Trinidad: *Sicut tu, Pater, in me et ego in te.*

Ahora bien; en el seno de Dios y entre los resplandores del eterno día, pronuncia el Padre una Palabra; y esta Palabra divina, el Verbo de Dios, brilla con los mismos destellos, y rutila con las mismas perfecciones del Padre: es su imagen substancial. La esencia divina, pues, digámoslo así, (ya que balbucean nuestros labios lo que es inefable), la esencia divina fúndese en el Verbo; y tan entera y perfectamente únese, estrechase, abrázase e identifícase el Padre con el Hijo que, reservándose tan sólo para sí la propia personalidad, comparte con el Hijo el poder, la sabiduría, la bondad, los atributos todos, toda su vida; pero de modo tan admirable que el Padre y el Hijo no tienen sinó un mismo poder, una misma bondad, una misma sabiduría, una misma vida, un mismo sér, una misma esencia....El ojo más penetrante, la vista más perspicaz, la inteligencia más sutil no lograrán jamás descubrir en los dos la mínima diferencia....Esta es la maravillosa unidad que han de reproducir los cristianos, este el rasgo característico de su fisonomía moral, este su más preciado timbre de gloria, y el auténtico sello de la Divinidad de Jesús! Ciertamente, esta maravillosa unión, aunque sobrenatural, no puede ser substancial como en las personas divinas: necesariamente ha de ser unión de voluntades, de sentimientos y de afectos, unión de caridad. Pero si la caridad es amor sobrenatural; y si el amor es esencialmente lazo de unión, y fuerza que transforma, los verdaderos discípulos de Jesús de tal suerte han de vivir unidos por la caridad, que de todos ellos pueda decirse lo que con divina armonía cantó de los primitivos fieles, el Espíritu del Amor: *«Erant cor unum et anima una: Un solo corazón tenían y un alma sola»* (1). Sólo entonces tendrán cumpli-

(1) Act. 4, 32.

miento las misteriosas palabras de Jesús: *Omnes unum sint, sicut tu, Pater, in me et ego in Te*; sólo entonces, unidos entre sí y con Dios los fieles por el áureo lazo del amor, entre las lágrimas del destierro iniciarán el indisoluble, dichosísimo y eterno abrazo del cielo. Oh santa y divina caridad, inseparable amiga del justo en la peregrinación de la vida, y su deslumbrante corona en la eterna gloria! Las demás virtudes, incompatibles con el perfectísimo estado del bienaventurado, después de acompañarle en el tiempo le darán eterno adiós a los umbrales de la eternidad: bordón del peregrino durante el viaje y armas del guerrero en el combate, ¿de qué le servirían en el descanso eterno y en las fiestas del eterno triunfo? Ni siquiera la fe y la esperanza, aunque preciosísimas virtudes y riquísimas joyas de inestimable valor, le engalanarán en el cielo: ¿para qué la tenue luz de antorcha débil ante los deslumbradores fulgores del Sol eterno? ¿Para qué la aguja de temblorosa brújula cuando el bajel ha anclado ya en el suspirado puerto? Solo tú, caridad divina, depurada de las imperfecciones del tiempo, absorberás en el cielo la savia toda de la gracia y florecerás con todos los encantos de la divina vida: *Charitas nunquam excidit!* (2)

No podríamos, Vbles. hermanos y amadísimos Hijos, sin cansar vuestra atención, proseguir, como deseáramos, considerando los poderosos motivos que tenemos para amarnos con entrañable y sobrenatural amor: hijos del mismo padre terreno, Adán; hijos adoptivos del mismo Padre celestial, Dios; miembros de un mismo cuerpo, la Iglesia; órganos vivificados por el mismo soplo de vida, el Espíritu Santo: desterrados que lejos del cielo sentimos torturada el alma con la misma nostalgia de la Patria, y gemimos lejos aun de la dichosa herencia que esperamos, y en la que, depurado el fue-

(1) 1 Corin. 13, 8.

go de la santa caridad, hará de todos una misma cosa con Dios; ¿qué más necesitamos para que tomando en las manos el corazón nos lo ofrezcamos mutuamente?

Mas, si plugiere al Señor, esperamos que no Nos faltará propicia ocasión para insistir nuevamente sobre materia tan importante. Porque profundamente grabada en el alma llevamos la sentencia de S. Juan, y no cesan de resonarnos al oído aquellas dulcísimas palabras que sintetizando la larga vida del Apóstol constituyen, por decirlo así, su último testamento: *Filioli, diligite alterutrum. Quia praeceptum Domini est, et si fiat sufficit*. Hijitos, amaos mutuamente: es precepto del Señor, y si se lo cumple, basta.

Más bien para terminar entonaremos con S. Pablo el himno de la caridad.

Oh divina Caridad, bella sobre toda hermosura y gloriosa cima de perfecta santidad! ¿Qué son en comparación tuya los bienes todos de la tierra? Polvo vano, inmundo lodo.

Los mismos sobrenaturales dones ¿qué son sin tí? nada.

Tome en buena hora asiento yo en la asamblea de todos los pueblos, y expreseme con pasmosa facilidad en todos los idiomas, remónteme hasta las nubes y sorprenda en los cielos el secreto lenguaje de los angélicos espíritus: (1) ¿qué seré sin caridad? Vano clamor de sonoro bronce, inútil tañido de ronca campana: *factus sum velut aes sonans aut cymbalum tiniens* (2). Bañe a raudales mi mente la luz divina; y a sus vívidos fulgores penetre los mas altos e impenetrables misterios y conquiste el glorioso dominio de todas las ciencias; (3) traslade a su querer de un punto a otro mi ardiente fe la inmensa mole de gigantescos mon-

(1) Si linguis hominum loquar et angelorum, charitatem autem non habeam (1 Ad Cor. 13, 1).—(2) Ibid.—(3) Et si habuero prophetiam, et noverim mysteria omnia, et omnem scientiam.

tes; (1) ¿qué seré sin caridad? Nada. *Nihil sum*. (2).

Y si a estos gratuitos dones del cielo juntase los meritorios actos de sublimes virtudes; si despojado de todos mis bienes los repartiese a los pobres, y sacrificado ya todo lo mío me sacrificase también a mi mismo y entregase mi propio cuerpo a las llamas; (3) ¿sin caridad habría merecido algo para la patria? Nó: nada me ha aprovechado: *nihil mihi prodest*. (4).

Aspiremos, pues, Vbles. Hermanos y amadísimos Hijos, aspiremos sin descanso a la gloriosa conquista de tan precioso e inestimable dón: dón que encierra en sí todos los dones, y sin el cual todos ellos son nada. *Aemulamini charismata meliora*. (5).

Dése lectura a esta Carta Pastoral en la forma acostumbrada.

Dada en Loja, a 7 de Marzo de 1914, fiesta del Angélico Doctor, Santo Tomás de Aquino.

† Carlos María,

Obispo de Loja.

Por mandato de S. Sria. Ilma. y Rvma.

MANUEL REINALDO JURADO,

Secretario.

(1) Et si habuero omnem fidem ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero.—(2) Ibid. 2.—(3) Et si distribuo in cibos pauperum omnes facultates meas, et si tradidero corpus meum ita ut ardeam, charitatem autem non habuero.—(4) Ibid. 3.—(5) 1 Corin. 12, 31.

DECIMATERCIA
Carta pastoral

QUE EL

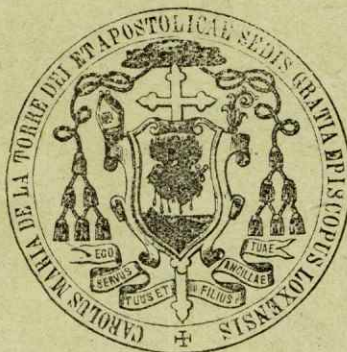
Imo. y Rmo. Señor Doctor Don

Carlos María de la Torre

OBISPO DE LOJA, •

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE SU DIOCESIS

Con motivo de su viaje a ROMA.



1919

Nos, Dr. Dn. Carlos María de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA
APOSTOLICA,

Obispo de Loja.

A NUESTRO VENERABLE CAPITULO CATEDRAL,

AL CLERO SECULAR Y REGULAR, Y A TODOS LOS
FIELES DE LA DIOCESIS DE LOJA, SALUD
Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

“Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos
dedisti mihi:”

¡Padre santo! guarda en tu nombre a estos hi-
jos que tú me has dado (*Joan. 17, 11*)

VENERABLES HERMANOS Y AMADISIMOS HIJOS:

Sagrada obligaciòn, corroborada con jura-
mento, tenemos los obispos de em-
prender, cada cierto tiempo, el viaje a la ciu-
dad de Roma, de postrarnos ante las veneran-
das tumbas de los apóstoles San Pedro y San
Pablo, y de dar cuenta y razón al SUPREMO JE-
RARCA de la Iglesia del gobierno de la diòcesis
que él mismo nos ha confiado.

En cumplimiento de este sagrado deber, des-
pués de pocos días, Venerables Hermanos y a-
madísimos Hijos, nos ausentaremos, por breves
meses, de vuestro lado. Excusado es manifesta-
ros que, durante este corto periodo de tiempo,
aunque lejos de vosotros con el cuerpo, nunca
os estaremos más unidos en el espíritu. Revo-

lotearán sin cesar nuestros pensamientos sobre este amadísimo girón del terráqueo globo, que miraremos con mayor ternura mientras más distante sea el lugar en donde nos hallemos; nuestros afectos, sobre todo, os estarán, como siempre, enteramente consagrados.

Y cuando, rendidos peregrinos, nos derribemos ante los augustos monumentos que, por el espacio de tantos siglos, han guardado con veneración las sagradas cenizas de los apóstoles, no os apartaréis un punto de nuestra mente. “¡Oh santos apóstoles!, les diremos con el encendido lenguaje del amor, ¡oh santos apóstoles, que la antorcha de la fe en la mano y el sagrado fuego de la caridad en el corazón llevasteis a feliz término la más grande y estu-
penda hazaña que han contemplado ni contemplarán jamás los siglos, la de sojuzgar el orgulloso y sabio mundo pagano y someterlo a la humildad y locura de la cruz! Aquí tenéis, en vuestra presencia, a un sucesor vuestro en el apostolado. A él como a vosotros dije un día el Supremo Pastor, Cristo Jesús: “Id y apacentad mis ovejas.” Durante siete años las hemos apacentado con amor: “a nadie hemos injuriado, a nadie pervertido, a nadie explotado” (1). Empuñando el bordón del peregrino hemos cruzado, por dos veces, no sin peligros, todos sus campos: a impulsos del afecto paternal nos hemos arrastrado hasta sus más escarpadas cimas y nos hemos deslizado hasta sus más profundas cañadas; hemos atravesado sus enmarañadas selvas y nos hemos dejado arrastrar por la corriente de sus mansos o torrentosos ríos. “Trabajos, amarguras, desvelos, vigili-
as no nos han faltado: ¿quién al enfermarse no ha herido nuestro pecho con su propia enfermedad? ¿Quién al manchar su alma con el pecado no ha des-

(1) *Neminem læsimus, neminem corrupimus, neminem circum-*
venimus (2 Corin. 7, 2)

trozado nuestro corazón?” (1)

“Pues bien; ¡oh santos apóstoles! aquella querida grey no se ha apartado un ápice de vuestras sublimes enseñanzas. Aunque alejada de vosotros por el largo transcurso de diecinueve siglos, cantan sus labios y ama su corazón lo que cantaron y amaron los vuestros. Y allí, a la sombra de sus pobres iglesias como bajo la suntuosa bóveda de las basílicas que guardan vuestras reliquias, vibran las dulces y cadenciosas notas de aquella augusta profesión de fe, que, como cifra de las enseñanzas divinas, compusisteis antes de esparciros por el mundo. Vosotros, no lo dudamos, habéis escuchado desde el cielo este canto sublime de la fe, y al percibir en él la misma grandiosa cadencia y el mismo ritmo celestial con que vosotros lo entonasteis, más de una vez os habreis sonreído dulcemente. Conceded, pues, oh santos apóstoles, conceded a aquellos hijos nuestros que vuestros también son, que conserven siempre incólume el tesoro de la fe! ¡Que no echen jamás en olvido las divinas enseñanzas! ¡Que entonen siempre sus labios con el mismo entusiasmo y ardor, capaz del martirio, el credo católico! ¡Que conformen siempre sus obras con sus creencias! ¡Que no se muestren degenerados hijos de tan santos padres!....

“Mirad también con especial benevolencia al sacerdote lojano. Allá, bajo los abrasadores rayos del sol, soportando el peso del día y del calor, existe un puñado de abnegados ministros de Jesucristo, los cuales gimen bajo el peso de insoportable fatiga: sostened su confianza y valor; levantad sus esperanzas; mostradles como justo premio de sus fatigas la inmarcesible gloria de que os halláis coronados!

(1) *In itineribus sæpe, periculis fluminum.. Periculis in solitudine.... periculis in falsis fratribus... In labore, et ærumna, in vigiliis multis.... Quis infirmatur et ego non infirmor? Quis scandalizatur et ego non uror?* (2 Corin. 11, 26-29)

“Y a los fieles todos, a sus sacerdotes, a su Obispo, concedednos aquella íntima y dulce unión que es el distintivo de los verdaderos discípulos de Cristo; aquella mancomunidad de afecto de la cual Jesucristo, momentos antes de entregarse en poder de sus enemigos, decía en su oración sacerdotal: “Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi: ut sint unum sicut et nos.” Padre santo, guarda en tu nombre a los que me has dado: para que, por la caridad, sean una misma cosa, así como Tú y yo lo somos por naturaleza” (1)

Después de regar con abrasadas lágrimas de ternura y amor las heladas cenizas de los gloriosos Adalides de la Fe—cenizas que, así lo esperamos, se estremecerán dentro de sus preciosas urnas al escuchar nuestra plegaria—iremos al Vaticano y caeremos de rodillas ante el Romano Pontífice, el sucesor de Pedro, el Vicario de Jesucristo en la tierra. ¡Ah! cuando fijemos la mirada en su augusto semblante, cuando veamos reverberar sus pupilas con los reflejos de la celeste gloria, cuando contemplemos jugar en sus infalibles labios la dulce sonrisa con que el Padre recibe al hijo que desde lejanas tierras ha emprendido penoso viaje por atestiguarle su amor; en aquellos deliciosos instantes, no os olvidaremos, así solemnemente os prometemos, no os olvidaremos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos. Entonces, más que nunca, cuando depositemos en el regazo del común Padre nuestras amarguras y nuestros consuelos, nuestros desengaños y nuestras esperanzas, entonces, cuando de propósito y con intenso cariño nos complazcamos en trazar ante su paternal mirada el hermoso cuadro de nuestra diócesis lejana, entonces, arrasados quizá en lágrimas los ojos, con voz temblorosa y conmo-

(1) Joann. 17, 11.

vida, le diremos: “Santísimo Padre! Sabed que allá, entre las breñas de la gigantesca cordillera andina, existe un pueblo, que a ninguno otro cede la primacía en la fe y amor a la Sede de Pedro. Pobre es y humilde; pero glorioso y grande por sus creencias católicas. Allí tenéis un grupo de hijos que os miran como a su padre, escuchan respetuosamente vuestras palabras, siguen, dóciles, vuestros consejos, y os aman con toda la ternura que sólo se anida en pechos caldeados por el sol ecuatorial. Pueblo nuevo es en comparación de los viejos que en Europa os cortejan; pero en el período de casi cuatro siglos que lleva de existencia, no obstante las vicisitudes de los tiempos y las calamidades de nuestro siglo, incólume y sin mancha ha conservado siempre la immaculada y fervorosa fe que recibió de la católica España. Bendecid, Santísimo Padre, bendecid siempre y nunca dejéis de bendecir a aquellos lejanos y amadísimos hijos!....Y cuando el débil acento de nuestra voz filial deje de herir vuestros oídos; cuando violentamente arrancados por el deber de vuestro cariñoso lado, emprendamos el penoso viaje de regreso, y después de surcar, por dos veces, las inmensas soledades del océano, trepemos la empinada cordillera; cuando, recreados los ojos y el corazón con la presencia y cariño de nuestros Hijos, empuñemos de nuevo el cayado pastoral, para proseguir, fortificados por vuestras augustas palabras, apacentando, con más ardor, las ovejas de nuestro rebaño; entonces, Santísimo Padre, no olvidéis ni a las ovejas ni al Pastor! Y cuando, todos los días, al caer de la tarde, cansado de vuestras incesantes fatigas, desde la ventana de vuestra prisión, derraméis la mirada por el mundo que os reconoce y aclama por Padre, fijadla de propósito, Santísimo Padre, fijadla en el occidente; salvad la inmensa distancia que de nosotros os separa; mirad con los ojos del alma nuestro cielo azul, nuestro brillante

sol, nuestras nevadas montañas, nuestros fértiles y hermosos valles, nuestras verdes y floridas campiñas, y allí, en medio de la exuberante lozanía de una naturaleza tropical, contemplad a vuestros hijos, la mayor parte de los cuales, sin conocerlos, os aman; y correspondiendo con amor a su ternura, levantad en alto la diestra consagrada, formad con ella la señal de la santa cruz, bendecidnos: que vuestra bendición será prenda segura de la protección de Dios !”

Recorreremos, en seguida, algunos de los célebres santuarios de Europa. Y cuando con el corazón palpitante y las mejillas bañadas en dulces lágrimas, oremos en la santa capilla de Paray-le-Monial, mudo testigo de las portentosas comunicaciones del Corazón Santísimo de Jesús con su fidelísima sierva, Margarita María; cuando nos postremos en la dichosa gruta de Massabielle, en cuya bendita roca tantas veces se posaron las inmaculadas plantas de la Madre de Dios; cuando celebremos el incruento Sacrificio en la Santa Casa de Loreto, largos años santificada con la presencia de Jesucristo, nuestro Bien, de la Virgen María, nuestra dulcísima Madre, y de San José, nuestro bondadoso Protector; allí y en todos los santuarios que podamos regar con nuestras lágrimas, os tendremos presentes, amadísimos Hijos: que a donde quiera que vayamos, grabado irá, con caracteres indelebles, vuestro nombre, impreso vuestro recuerdo, vivo el afecto en lo más íntimo del alma: que ni la vida ni la muerte, ni la salud ni la enfermedad, ni los goces puros de la conciencia tranquila ni las amargas congojas de nuestro penoso destierro, lograrán borrarlos jamás.

Hijos míos, Hijos muy queridos, ¿os acordaréis de vuestro Padre así como él siempre se acordará de vosotros? “Ego autem libenter

impendam et superimpendam ipse pro animabus vestris, licet plus vos diligens, minus diligar”

(1)

El próximo viaje que tenemos que emprender nos ha privado este año del dulcísimo consuelo de exhortaros, con ocasión del mes de mayo, a la devoción a María: celebradlo con el mismo fervor y entusiasmo que en los años pasados. Mirad que María es la misteriosa escala de Jacob que une el cielo y la tierra: nadie llegará a la Patria si no sube por los peldaños de la devoción a María. Mirad que María es la puerta del cielo: nadie penetrará en la gloria si no pasa por esta bendita puerta. Mirad que María es el mismo cielo; porque si Dios habita en todos los santos, el corazón de María es su trono más espléndido y glorioso.

Los sacerdotes, durante nuestra ausencia, desde el día de nuestra salida hasta el de nuestro regreso, dirán en la misa, cuando el rito lo permita, a más de la colecta “De Spiritu Sancto,” la “Pro peregrinantibus et iter agentibus.”

Como prenda del íntimo y entrañable cariño que os hemos profesado y profesaremos siempre, a todos y a cada uno de vosotros, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, bendecimos en el nombre del PADRE, Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO !

¡ Que la paz del Señor sea siempre con vosotros !

Léase esta Carta de despedida, en todas las iglesias y capillas públicas, en la forma acostumbrada.

(1) 2 Corint. 12, 15,

Dada en nuestra Residencia de Loja, a 25
de marzo de 1919, fiesta de la Anunciación de
María Santísima Nuestra Señora.

✠ *Carlos Maria*
Obispo de Loja.

Por mandato de S. S. Isma. y Rma.

FERNANDO LEQUERICA,
SECRETARIO.



60

DECIMA CUARTA CARTA PASTORAL

QUE

EL ILMO. Y RVMO. SR. DR. DN.

CARLOS MARIA DE LA TORRE

DIRIGE

A LOS FIELES DE LA DIOCESIS DE LOJA



QUITO — ECUADOR

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACIÓN SALESIANAS

1919

Nos. Dr. D. Carlos María de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA
APOSTÓLICA, OBISPO DE LOJA Y ELECTO DE RIOBAMBA.

**A nuestro Venerable Capítulo Catedral, al Clero
secular y regular y a todos los fieles de la Diócesis
de Loja, salud y paz en N. S. Jesucristo.**

*Ecce ego scio, quia amplius
non videbitis faciem meam.*

Ya no nos volveréis a ver.
(Act. Apos. XX, 25)

Vbles. Hermanos

y amadísimos Hijos en N. S. Jesucristo.



QUELLA misma divina voz que, hace siete años, resonó en nuestros oídos, y arrancándonos de nuestra tierra natal y del hogar de nuestros padres, nos ordenó apacentar el lojano aprisco; clara, imperiosa, irresistible, se ha dejado escuchar de nuevo y nos ha dicho: «Pobre peregrino que arrastras tu penosa existencia por entre las escabrosas sendas de un valle erizado de abrojos y de espinas, acuérdate que en ningún lugar de la tierra has de encontrar reposo..... Levántate, pues, arrolla tu tienda de campaña, despréndete de los

brazos de tus amantes hijos, abandona las verdes y floridas vegas del Zamora, deja el Mediodía, encamina tus pasos hacia el Norte, haz alto en las majestuosas faldas del Chimborazo y planta en ellas tu humilde pabellón....».

¿Qué es el hombre para que ose oponerse a la voz divina?....

Nos, pues, cerciorados del divino querer mediante el infalible oráculo del Pontífice Romano, augusto Representante de Dios y Vicario de Jesucristo en la tierra, sin siquiera atrevernos a desplegar los labios, dóciles, sumisos, resignados, obedientes, hemos inclinado humildemente la cerviz, hemos recibido sobre los hombros el no leve peso de la nueva cruz, y cargados de ella nos hemos dirigido al lugar que el Señor nos ha mostrado.

Aunque con el corazón desgarrado por el dolor, os enviamos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, el triste adiós de despedida.

¿Qué padre al desprenderse para siempre de las prendas de su amor, no siente desfallecido el ánimo, anudada la garganta, trémula la voz, turbios los ojos, arrasado de lágrimas el semblante?....

Raros son los monstruos: y padre sin entrañas o hijos sin corazón monstruos son de la naturaleza. Pero, al fin y a la postre, más fácil, mucho más fácil es encontrar hijos ingratos que desnaturalizados padres.... Y Nos que hemos sido vuestro padre; Nos, que con la unción episcopal participamos de aquel tierno, profundo e invencible amor con que el Redentor Divino ama a las almas, por redimir a las cuales no vaciló un punto en derramar hasta la última gota de su preciosa sangre; Nos, que habíamos identificado nuestra existencia con la vuestra, y al término de la mortal carrera esperábamos dormir apaciblemente en medio de vosotros el

último sueño; al arrancarnos de vuestro lado ¿no sentiremos laceradas las entrañas, destrozado el pecho, desgarrado y hecho jirones el corazón? ¿Acertaremos de otra suerte que con trémula y entrecortada voz y entre un diluvio de lágrimas a despedirnos de vosotros diciendo: «que la bendita paz del Señor habite siempre con vosotros, que nunca se aparte de vuestro lado, que entre vosotros perennemente permanezca»??

Permitidnos, sin embargo, que antes de abandonar el cayado pastoral, presentemos el testimonio de nuestro agradecimiento y profunda gratitud a todos los que, en el no corto período de siete años, nos han ayudado de una u otra manera a sobrellevar la pesada cruz del episcopado.

Hablamos, en primer lugar, de vosotros, Venerables miembros del Capítulo Diocesano. Intimamente estamos persuadidos de que muy pocas veces ha presenciado el mundo el sublime y consolador espectáculo de una adhesión tan sincera, de una unión tan estrecha, de una armonía tan perfecta como las que felizmente han reinado entre el Obispo de Loja y su Capítulo Catedral. Vosotros, Venerables Canónigos, habéis sido los primeros en obedecer nuestras órdenes, los primeros en prestaros a seguir nuestras más ligeras insinuaciones, los primeros en regocijarnos y enorgullecernos con inequívocas pruebas de cordial y sincero afecto. Muy grato nos es, Venerables Hermanos, dejar constancia en este documento público de estas vuestras relevantes virtudes, que os han granjeado la estima y aprecio de los buenos, el reconocimiento y gratitud de vuestro Prelado, y, lo que vale mucho más todavía, el derecho a la eterna recompensa.

Y ¿qué diremos de vosotros, amadísimos sacerdotes? No ignorabais que eraís los predilectos en el amor de vuestro Padre; bien sabíais que el Obispo de Loja

no os dejaba abandonados en vuestras solitarias parroquias, sino que, fija siempre en vosotros la cariñosa mirada, os compadecía en vuestras penalidades y sacrificios, os alentaba en las rudas tareas del apostolado y os colmaba de caricias cuando fiel y exactamente cumplíais vuestros sagrados deberes.... Y vosotros, por vuestra parte, no le habéis escatimado ni la confianza, ni la obediencia, ni el amor.... Cuando no pudimos dudar de la voluntad divina que nos ordenaba separarnos de vosotros, la primera imagen que nos asaltó la mente fué la vuestra. Ah! ¡Quién nos hubiera concedido, antes de daros el postrimer adiós, el poder estrecharos tiernamente contra nuestro amante pecho y mezclar nuestras lágrimas con las vuestras!.... Empero Dios nos ha privado hasta de este supremo consuelo: alabemos humildemente sus santas disposiciones; sometámonos sin murmurar a su divino querer!

¿Y echaremos al olvido, en tan solemne ocasión, a los esclarecidos hijos de Francisco de Asís y Domingo de Guzmán que con tanto celo nos han ayudado a cultivar el místico campo del Padre de familias? Rebo-sando el alma de reconocimiento y gratitud ¿no mencionaremos siquiera a los beneméritos hijos de S. Juan Bautista de la Salle, a las humildes y abnegadas religiosas del Instituto Nacional de Mariana de Jesús, a las admirables Hijas de la Caridad?.... El pensamiento predominante de nuestro episcopado, no lo ignoráis, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, ha sido la educación cristiana de la niñez: a ella hemos enderezado nuestras preocupaciones y desvelos, a ella dedicado todos nuestros varoniles esfuerzos, a ella consagrado todas las energías de nuestro espíritu. Y vosotros, gloria de la Religión y de la humanidad, admirables Institutos religiosos docentes, habéis coadyuvado con toda eficacia al logro de tan santa como importantísima empresa. Merced a vuestra ilustración, sacrificios y perseveran-

cia, Loja—la graciosa ciudad que encierra sus hechizos en el marco de bruñida plata de dos juguetones riachuelos, más allá de los cuales extiéndense campos y colinas de esmeralda—Loja, decimos, cada año ha ceñido sus sienes con la preciosa aureola del saber y virtud de sus niños pequeñines y de sus tiernas y candorosas niñas. Que en los institutos religiosos docentes no sólo, como en ninguna parte, se bañan en torrentes de científica luz las inteligencias juveniles, sino, además, se labran, pulen y abrillantan con el buril de la virtud los tiernos corazones. El Cielo recompensará un día las rudas labores de vuestro apostolado científico, moral y religioso, y Loja, no podemos dudarlo, pagará con su afecto, reconocimiento y gratitud la deuda sagrada que con vosotros ha contraído. Y ya que hablamos de la educación de la niñez, vaya esta despedida empapada en los sentimientos de admiración y reconocimiento hacia aquel puñado de valientes y esforzadas heroínas que, durante los siete largos años de nuestro episcopado, han asombrado al mundo con la generosidad y constancia con las cuales, hollando respetos humanos y venciendo el natural rubor, no han cesado de pedir cada mes, de puerta en puerta, una limosna para el sostenimiento de la Escuela de los Hermanos Cristianos. Es verdad que las erogaciones no han correspondido a sus humillaciones y sacrificios; pero atesorando en su pecho un gran caudal de espíritu de fe, no han desmayado un punto en la difícil empresa: sabían muy bien que la humildad y el sacrificio muy mucho pesan en la balanza de la Misericordia Divina y que la amorosa intención de buscar a todo trance la gloria de Dios y la salvación de las almas es la áurea llave que abre los tesoros de la infinita Bondad. Y, sin duda alguna, merced a este espíritu de fe y a este ejercicio de las virtudes cristianas, puede enorgullecerse Loja no sólo de ver concluido el amplio y cómodo edificio que abriga en su seno a qui-

nientos niños, sino, además, el haber asegurado, casi en la mitad, rentas necesarias al sostenimiento de la Escuela.

Lojanos, hijos nuestros muy queridos, si algún día miráis, no decimos con espíritu adverso y hostil—que nunca podríamos temer de vosotros tan negra ingratitude—pero siquiera con menor interés a estas casas de educación, en las cuales reciben vuestros hijos con el patrimonio de la ciencia el tesoro de la virtud, ese día, no vacilamos en pronosticarlo, echaríais en los fértiles y hasta ahora apacibles campos de Loja, la fatídica semilla de vientos que, trocándose bien pronto en deshechas tempestades, deshojarían y marchitarían las flores de las virtudes privadas, arrancarían de cuajo la planta secular de la moralidad pública, reducirían a cenizas el majestuoso árbol de la Religión, en cuya sombra ha buscado refugio y vida, durante quince siglos la civilización, y, finalmente, sembrarían por donde quiera el espanto, la desolación y la muerte....

Aprended de vuestros adversarios la táctica del combate. Nunca los enemigos de Dios y de la verdadera educación se han mostrado más entusiastas por lo que ellos llaman educación laica como en los calamitosos tiempos que atravesamos. Es que el niño juguetón y travieso de hoy ha de ser el grave ciudadano de mañana; es que bien pronto, arrojando lejos de sí los infantiles juguetes, empuñará aquellos instrumentos que forzosamente han de labrar la desgracia o felicidad de la Patria. Criadle sin Dios y, por ende, sin su santo temor, sin principios de sólida moralidad, sin freno a sus desbordadas pasiones, y mañana veréis a vuestro tierno y candoroso niño blandir en las encrucijadas el puñal del asesino, manchar sus manos con robos, estupros y estafas, echarse en brazos de todos los vicios, correr desalado tras todos los incentivos del placer, y

después de envenenar su vida con el opio y la morfina buscar en el suicidio el coronamiento de una existencia criminal. Dadle, en cambio, cristiana educación, y no tardaréis en cosechar el sazonado fruto de vuestros sacrificios y desvelos; vuestro hijo será el báculo de vuestra vejez, la gloria del hogar, el baluarte y sostén de la Patria: sus manos empuñarán ora la lira del poeta que se embelesa con los castos hechizos de la verdad y canta las encantadoras bellezas de la virtud, ora la inflexible pluma del magistrado que sólo defiende el derecho y patrocina la justicia, ora, en fin, los aunque humildes, respetabilísimos instrumentos del obrero que, cumpliendo uno de los más esenciales deberes del hombre, busca con el sudor de su frente, sin desmedidas codicias, el vestido que cubra su desnudez y el pan que sostenga su vida corporal.

Y ¿por qué? Porque el hombre, como lo enseñan las Divinas Letras, es inclinado al mal desde sus primeros años; porque las pasiones del hombre son a manera de indómitas fieras, las cuales si no son sometidas por la razón y refrenadas por la conciencia le han de arrastrar sin remedio a los más negros abismos de la inmoralidad y del crimen. Y si arrojáis de la escuela a Dios que es el primer fundamento de toda obligación así como el último principio de todo derecho, ¿en dónde encontraréis los robustos frenos que domén estas fieras?

Agradecemos, por último, a todos los fieles de la Diócesis que, animados de viva fe y mirando en Nos, a pesar de nuestras miserias y pecados, al Representante de Jesucristo en la tierra, nos han tributado el sincero homenaje de su respeto, veneración, obediencia y cariño.

Pero ¿cómo, en estos solemnes instantes, no pagar una deuda sagrada de gratitud que hemos contraído con una porción de nuestros hijos? Nos referimos a vosotros, amadísimos fieles de Zumba y Chito. Cuando en el mes de

julio de 1917, ansiando prodigar también a vosotros los inestimables bienes que lleva a los pueblos la visita del Prelado, emprendíamos, con este objeto largo y penosísimo viaje; después de atravesar el caudaloso río que más abajo lleva el nombre de Chinchipe y mientras comenzábamos a escalar la áspera y escabrosa cuesta que conduce a Chito, caímos de la mula en que cabalgábamos y sólo merced a un sinnúmero de circunstancias providenciales, no descendimos a la tumba que la bestia, caída también sobre Nos, sin duda alguna nos habría cavado.

Ah! lo que entonces sucedió no se ha borrado ni borrará jamás de nuestra memoria. Después de levantar con mil precauciones a la mula que nos asfixiaba con su peso, nos rodeasteis con filial ternura, desahogasteis la pena que os oprimía el pecho con sentidos lamentos, nos ungisteis con las lágrimas de vuestros ojos, improvisasteis una parihuela de una pequeña mesita, único arnés que encontrar pudisteis en la solitaria choza que en aquella apartada región se levantaba, para ahorrarnos todo dolor, nos asentasteis, con nimia delicadeza en ella, y cual si llevarais sobre las espaldas no el cuerpo pecador de vuestro indigno Prelado sino las reliquias venerandas de un santo, nos pusisteis sobre los hombros y pugnando entre vosotros por llevar tan inútil carga, durante el espacio de más de diecisiete horas, nos condujisteis, por entre los árboles de la selva, hasta la humilde casa parroquial de Zumba. Viéndonos entonces, aunque indignos, objeto de tan tierno afecto, olvidando el miserable estado en que nos hallábamos y parando mientes tan sólo en la grandeza de vuestra fe y en lo generoso de vuestro amor, emprendimos la penosa marcha bañando el semblante con los arroyos de silenciosas y agradecidas lágrimas....

Hijos nuestros queridísimos, nunca olvidará vuestro padre la deuda sagrada que con vosotros ha contraído. Ah! en este mismo día en que os dirigimos nuestro

adiós de despedida, rebosando todavía el pecho de gratitud, levantamos al Cielo nuestras manos y pedimos al Dios de la caridad y del amor que, en recompensa de vuestra piedad filial, os conceda lo que tan ardientemente deseamos vosotros y Nos: que habite junto a vuestras pobres cabañas el ministro del Señor, el cual alumbrando vuestras almas con los divinos rayos de la verdad evangélica y fortaleciendo vuestros corazones con la sobrenatural vida de la gracia, mediante la predicación de la divina palabra, la administración de los santos sacramentos y la oblación cotidiana de los Divinos Misterios, os muestre el camino del cielo y os conduzca por el difícil y escabroso sendero que conduce a la eterna Patria.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, en estos momentos supremos al fijar la nublada mirada en la amada diócesis que a punto estamos de abandonar, y al considerar lo poco que hemos hecho por su dicha y felicidad, nos sentimos dominados de una profunda tristeza. Ah! Dios, en cuya presencia hablamos, es testigo de nuestros ardientes deseos de haceros bien: si éstos bastaran en un Prelado, creemos sin jactancia que nos hemos merecido el aplauso que se mereció Daniel cuando dábale Dios el nombre de *vir desideriorum*: el varón de los deseos.

Es verdad asimismo que no nos hemos contentado con desear sino que hemos puesto por obra cuanto hemos conocido conducente a la realización de nuestros anhelos. Ultimamente, aún después de haber sido trasladados a Riobamba, hemos llamado de puerta en puerta en todos los lugares en donde habíamos creído podríamos encontrar poderosos auxiliares para el logro de nuestros deseos.

Habíamos soñado con el establecimiento de una Escuela de Artes y Oficios en Loja y Macará: para la primera, a más de los legados de los Rvmos. Srs. Ca-

nónigos Palacios y Moreno, (q. d. D. g.) contábamos con una cantidad no despreciable, adquirida a costa de economías y sacrificios y depositada en la Curia Eclesiástica: pero también los beneméritos hijos de D. Bosco han enrojecido con su sangre y cubierto con sus cadáveres los malhadados campos de batalla: los sobrevivientes apenas si se bastan para el sostenimiento de las casas ya fundadas.

Celosos y abnegados misioneros que ayuden a franciscanos y dominicos en las misiones de que tanta necesidad tienen los pueblos desprovistos de sacerdotes; hábiles y expertos pedagogos que regenten el Seminario; ilustrados sacerdotes que desempeñen el ministerio parroquial en tantas parroquias abandonadas: todo esto, con vivísimo interés, hemos buscado en el viejo continente; pero la depravación de los tiempos, las funestas crisis creadas por la guerra y, lo que más creemos, nuestra insuficiencia e indignidad han hecho inútiles los pasos que hemos dado, vanos los esfuerzos que hemos empleado, ineficaces nuestras instantes y reitiradas peticiones.

Dios mismo inspiró a David la santa idea de erigirle suntuoso templo; pero no él, cuyas manos se hallaban manchadas de sangre, sino su hijo Salomón, el rey pacífico, debía llevar a feliz término la grandiosa empresa. ¡Quiera Dios que no sea vano el único consuelo que experimentamos en el agudo dolor que nos tortura!... ¡Que la Bondad infinita otorgue a nuestro sucesor que, quienquiera que sea, será sin duda alguna, mejor que Nos, la dicha de establecer obras de tanta gloria para Dios, de tanta utilidad para la Iglesia y de tanto bien par las almas!

Tiempo es ya de terminar.

Cuando el Divino Redentor, a punto de arrancarse de los amantes brazos de sus discípulos y encaminarse a la muerte — sello con el cual debía confirmar el in-

comprensible amor con que había amado a los mortales — les daba, entre las más tiernas efusiones de su amantísimo corazón, sus últimas recomendaciones y consejos, les decía: «Hijitos míos, os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros con el mismo amor con el cual yo os he amado»: *Mandatum novum do vobis ut diligatis invicem, sicut dilexi vos* (Joan. 13, 34). También Nos, en el angustioso momento de alejarnos de nuestra Esposa, la diócesis de Loja, a la que hemos amado con toda la ternura de un primerizo amor, nos vienen a los labios las mismas palabras del Maestro adorado: «Hijitos míos, amaos con el amor con que os ha amado Cristo». Esta y no otra debía ser la síntesis de nuestras exhortaciones pastorales. Si fijáis la atención en las que, durante siete años, os hemos dirigido, veréis que, con excepción de una sola, todas han tenido por blanco la caridad: ora os hemos pintado las soberanas bellezas y admirables encantos de esta virtud, que Cristo hizo de un modo particular suya; ora hemos ponderado la deformidad monstruosa y las funestas consecuencias del vicio opuesto.... Amaos, pues, Hijitos míos, amaos los unos a los otros con el mismo amor con que a todos amó Cristo. Camina desapoderado el mundo a negros y espantosos abismos, porque ha olvidado los luminosos senderos del amor; la paz, esta encantadora hija del cielo, ha huido de la tierra y en lugar suyo la guerra, la cruel y destructora guerra, ha plantado en ella, de modo permanente, sus terribles reales, porque en el corazón de los hombres se ha extinguido el bendito fuego del amor: amaos, pues, Hijitos míos, amaos los unos a los otros. Pero no os améis con falso y simulado amor, sino con verdadero y sincero amor, con amor en todo semejante al que nos profesó Cristo. Sea, pues, vuestro amor desinteresado como el de Cristo: ¿qué podía esperar de sus criaturas el Dueño y Señor de todas ellas? Sea generoso, sacrificado y heroico como el de Cristo: ¿quién podría con mayor elocuencia atestiguar

el amor que entregando la vida por sus amigos? Sea, por fin, vuestro amor firme y constante hasta la muerte como el de Cristo: *in finem dilexit eos* (Joan. XIII, 1).

Para que el Dios de la caridad y del amor reine siempre entre vosotros, por última vez os bendecimos en su nombre: Que la bendición del Omnipotente Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda sobre vosotros y perpetuamente os acompañe. Así sea.

Léase esta carta pastoral en todas las iglesias y capillas públicas de la diócesis de Loja, en la forma acostumbrada.

Dada en Quito, a 21 de noviembre de 1919, fiesta del Patrocinio de la Virgen Santísima Nuestra Señora.

✠ *Carlos María,*
Obispo de Loja y electo de Riobamba.

P. 206 129

PRIMERA CARTA PASTORAL

QUE

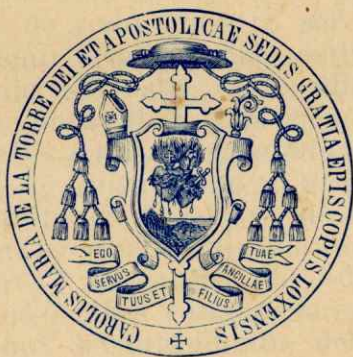
EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

Carlos María de la Torre

OBISPO DE LOJA

DIRIGE

A SUS DIOCESANOS DESPUES DE SU CONSAGRACION EPISCOPAL



QUITO - 1912

Imprenta del Clero

Nós, Doctor Don Carlos María de la Torre,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTOLICA,
OBISPO DE LOJA.

A nuestro Venerable Capítulo Catedral,
al Clero secular y regular, y á todos los fieles católicos
de nuestra Diócesis :
Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

*Sicut misit me Pater, et
ego mitto vos.*

*Como el Padre me envió,
así también yo os envío.*

(JOAN. 20. 21).

Venerables Hermanos y amados Hijos

en Nuestro Señor :



No repuestos aún de ese como profundo anonadamiento de todo nuestro sér producido por aquel mismo prodigio que, embargando de estupor el alma del salmista, arrancábale de los labios aquel grito de maravilla : *Quis sicut Dominus Deus noster qui in altis habitat, et humilia respicit in coelo et in terra* (1). ¿Quién como el Señor nuestro Dios que si bien habita en la altura de los cielos no se desdena de fijar su divina mirada aún en lo más humilde de la tierra ? ; no acertando aún á comprender cómo ni por qué ocultos caminos la omnipotente diestra del Altísimo levantándonos del polvo nos ha encumbrado hasta el excelso trono de gloria, asentándonos entre los Príncipes y Pastores de su Iglesia ; empapadas aún nuestras manos y cabeza con el óleo santo que nos ha otorgado la plenitud del

(1) Ps. 112. 5.

sacerdocio, y rebotando aún el alma de aquella inefable dulzura que las operadoras palabras del Venerando Pontífice en ella derramaron, cuando, revestido de autoridad divina, y extendiendo sobre Nós sus manos consagradas, exclamaba: *Accipe Spiritum Sanctum*: Recibe el Espíritu Santo; hemos volado en espíritu hasta vosotros, amadísimas ovejas que el Supremo Pastor nos ha encargado; y con las expresiones del más entrañable afecto, *Pax vobis*, hemos dicho, La paz sea con vosotros. No venimos ciertamente á auguraros aquella paz que el mundo pretende dar, sino la que el Salvador de los hombres trajo á la tierra cuando cantando los ángeles su admirable nacimiento exclamaron: *Gloria á Dios en las alturas, y en la tierra paz á los hombres de buena voluntad* (2); aquella bendita paz que, reconciliando cielos y tierra en las purísimas ondas de la divina sangre, unió á Dios con el hombre en amistoso abrazo; aquella paz, hija del cielo, que estableciendo la tranquilidad en el orden, somete las pasiones del mortal que la posee á los dictámenes de la razón, y su libertad humana á la voluntad divina. *Pax vobis*, pues, os repetimos, con toda la efusión del pecho conmovido, que la paz del Señor habite siempre en vuestras almas.

Porque no de otra suerte que en un día como éste, hace cosa de diez y nueve centurias, los hasta entonces cobardes y tímidos apóstoles sintieron que abrasábase su pecho con inusitados incendios, y que enanchándoseles sin medida los senos del corazón, principiaban á encerrar en él á todos los redimidos con la sangre del Maestro, no suspirando ya desde entonces por más glorioso galardón que el de entregar por ellos la vida, á imitación del Salvador, que inmoló la suya por su eterna salvación; así Nós, repleta el alma del mismo Espíritu, y abrasado el pecho por el mismo fuego, ardemos en deseos de sacrificarnos, si necesario fuere, por vuestras almas, á fin de ganarlas todas á Jesucristo. *Porque Dios me es testigo, de qué*

(2) Luc. 2, 14.

modo os amo á todos vosotros en las entrañas de Jesucristo (3). Sí; de muy buena gana daría todo lo mío, y aún me sacrificaría á mí mismo por vuestras almas (4). No inculpéis, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, de temerario atrevimiento el que Nós, para ponderaros la ternura de nuestro afecto, nos hayamos servido de las enérgicas y sagradas expresiones del gran Pablo. Porque, en verdad, en la misma fuente en que bebió el gran Apóstol su amor por los Filipenses y Corintios, en esa misma fuente hemos bebido también Nós el entrañable amor que os profesamos. Porque aunque los pasados extravíos de Pablo, llenándole de los sentimientos de la más profunda humildad, obligábanle á confesarse el último de los apóstoles, y que ni siquiera merecía el nombre de Apóstol porque, un día, con encarnizamiento, había perseguido á la Iglesia de Dios (5), lo que no le impedía, sin embargo, apellidarse apóstol por la gracia de Jesucristo (6); así también Nós, aunque indignos del glorioso título de Obispo, porque no pocas veces hemos sido ingratos al Divino Redentor, aunque el último de los obispos católicos, tendremos siempre por nuestra más grande gloria apellidarnos Obispo por gracia y liberalidad de nuestro amadísimo Salvador. Y no de otra suerte que el Apóstol de las gentes, escribiendo á los de Corinto, exigía respeto y sumisión, porque llevaba poderes del mismo Cristo: *Pro Christo legatione fungimur* (7); también Nós, al presentarnos entre vosotros revestidos, aunque indignos, de igual dignidad: Legados somos de Cristo, os decimos, su apóstol somos, del Supremo Pastor hemos recibido el encargo de apacentar esta porción de su redimida grey.

El Hijo de Dios, al encarnarse, recibió de su Padre una misión que cumplir en el mundo; y, para su recto

(3) Ad Philip. 1, 8.

(4) 2 Cor. 2, 15.

(5) 1 Cor. 15, 9.

(6) 1 Cor. 1, 1; 2 Cor. 1, 1; Ad Gal. 1, 1; Ad Ephes. 1, 1; Ad Coloss. 1, 1; 1 Tim. 1, 1.

(7) 2 Cor. 5, 20.

desempeño, dióle el Padre los necesarios poderes. Más tarde, y cuando el Salvador resucitado preparábase á subir al cielo para gozar junto al Padre del premio de sus dolores, padecimientos y muerte, confió á su vez á sus apóstoles aquella misma misión que recibiera del Padre, otorgándoles igualmente la misma suma de poderes.—Finalmente, los apóstoles, por prescripción divina, instituyeron los obispos y transmitieron á ellos y éstos á sus sucesores la misma misión y los mismos poderes que habían recibido del Divino Redentor. Hé aquí los importantísimos puntos dogmáticos sobre los que, antes de penetrar en medio de vosotros, queremos llamar vuestra atención. Después de reflexionar sobre ellos conoceréis perfectamente la altísima misión y los admirables poderes que entre vosotros vamos á ejercitar.

*
* *

Era la tarde de aquel glorioso día, de imperecedera memoria, en que el Salvador divino, derrocado el trono de la muerte, se levantó de su tumba, por su propio poder, lleno de vida. Temiendo los apóstoles el furor de los judíos, habíanse retirado al Cenáculo, cuando, sin que se abrieran las puertas, preséntase Jesús en medio de ellos, y con su acostumbrada dulzura, salúdales diciendo : *Pax vobis*: que la paz sea con vosotros (8). Como no diesen crédito los discípulos á lo que sus ojos veían, el benignísimo Maestro dignóse mostrarles sus santísimas manos, y luego, apartando sus sagradas vestiduras, también les mostró su costado abierto. Nadie entonces pudo dudar de la milagrosa visión : allí estaban aquellas manos ostentando aún, como glorioso trofeo, las heridas de los clavos ; allí estaba aquel costado que, rasgado por la lanza, dejaba contar los latidos de aquel ardiente y generoso corazón sacrificado por el amor. Sosegados los apóstoles, repite el Señor su saludo, y profiere en seguida estas misteriosas palabras : *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos*.

(8) Joan. 20, 21.

Como el Padre me envió á mí, así os envío yo á vosotros (9). Y luego exhalando sobre ellos su aliento divino, agregó : Recibid el Espíritu Santo : quedan perdonados los pecados de aquellos á quienes los perdonareis, y retenidos á quienes los retuviereis (10). ¿Qué obraron en los apóstoles estas palabras del Divino Redentor ?

Un día, en la aurora de la creación, contemplaba complacido el Creador la obra maestra de sus fecundas y omnipotentes manos, el cuerpo humano. Acababa de formarlo El mismo, de un poco de barro ; y había impreso en él el ideal de la belleza. Empero, aquel hermoso cuerpo, no era hasta entonces sino hermosa estatua : inmóvil, inerte, sin vida. ¿Qué hace, el Supremo Hacedor ? Inclínase cariñosamente sobre él, míralo con inefable ternura, y exhalando de lo íntimo del pecho su aliento divino, inspiró en su semblante un soplo de vida. *Et inspirabit in faciem eius spiraculum vitae* (11). Aquel divino soplo derramó en el cuerpo humano la plenitud de la vida : el primero, comenzó á palpar el corazón ; por la innumerable red de arterias y venas circuló la sangre ; abriéronse los ojos á la luz y arrobados contemplaron los encantos de la naturaleza ; escucharon los oídos el melifluido y sonoro concierto de las innumerables y canoras aves ; los sentidos todos pusieron en contacto con el universo sensible ; ardió en la mente la llama del genio, y sedienta de verdad lanzóse atrevida á los espacios sin fin ; y la voluntad, señora y dueña de sus actos, voló, en pos de la mente, á la conquista del Sumo Bien. Pues, ese mismo aliento del divino Verbo, en quien, por quien y para quien ha sido hecho todo lo criado (12), al exhalar de los labios de Jesús, animó, sin duda alguna, de nueva vida el alma de los apóstoles. ¿Qué nueva vida fue ésta ? No otra, sin duda alguna, que aquella sobrenatural y divina que manando del Espíritu de Amor con-

(9) Joan. 20, 21.

(10) Joan. 20, 23.

(11) Gen. 2, 7.

(12) Ad Rom. 11, 36.

feriales no sólo el derecho de remitir y retener los pecados sino también todos los demás poderes sin los cuales no podrían cumplidamente desempeñar la misión que les confiaba. ¿Cuáles fueron estos poderes? Los mismos que el Hijo con idéntico fin recibió del Padre. Veamos, pues, antes los poderes que este Hijo de Dios recibió cuando fue enviado al mundo.

Acababa de perpetrarse la prevaricación del primer hombre. Esta ingrata criatura, rebelándose contra su Criador, había desconocido su soberanía y negádole obediencia. El Padre, en su justa cólera, había lanzado ya contra él la formidable sentencia: sombras en la inteligencia, depravación en la voluntad, dolores, enfermedades y muerte, en el cuerpo, la eterna condenación del alma, hé aquí los diversos artículos de la rigurosa pero justísima sentencia. Y ¿no habrá perdón para el hombre culpable? Nó: mientras no ofrezca condigna satisfacción por su culpa. Lleno, pues, el Hijo de piedad por su ingrata criatura, preséntase ante el excelso trono de su Padre: y «Padre mío, le dice: aquí está tu Hijo; envíale á la tierra. Yo, vestido de carne humana, aplacaré tu justa cólera; yo arrancaré de tu diestra los rayos de tu venganza; yo pagaré con mi muerte la traición del hombre, y arrebatándole de la infernal servidumbre, le purificaré con las ondas de mi preciosa sangre, le ennobleceré con mi gracia, y hecho tu hijo adoptivo, resplandeciente de belleza y hermosura, le arrojaré confiado á tu paternal regazo. *Ecce ego, mitte me*» (13). Oyó complacido el Padre las súplicas de su Hijo; le envió á la tierra; y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. *Et Verbum caro factum est; et habitavit in nobis* (14).

El fin, pues, que se propuso el Padre al enviar á su Hijo á la tierra fue la redención de los hombres. Mas, éste no fue sino el fin próximo; y ¿el último cuál fue? No pudo ciertamente ser otro que la consecución de su extrínseca gloria: ¿puede, en efecto, haber algo digno de Dios fuera de Dios mismo? *Universa propter seme-*

(13) Ad Heb. 10, 7.
(14) Joan. 1, 14.

tipsum operatus est Dominus (15). Todo creó el Señor para su gloria. Los cielos en cuyos infinitos espacios gira, con maravilloso concierto, la luminosa pléyade de innumerables astros; la tierra lujosamente vestida del regio manto de odoríferas flores y fructíferas plantas; el mar, imponente siempre y majestuoso, ora encrespe suavemente sus ondas al soplo de blanda brisa, ora lance rugidos de furor sacudido por la tormenta ó azotado por el huracán; las encumbradas montañas cuyas nevadas cimas piérdense y confúndense con las nubes; las aves con dulces y melodiosos cantares; los animales con sus variados y maravillosos instintos; el hombre, en fin, monarca y señor del universo sensible, con los atrevidos vuelos de su mente creadora y con los admirables latidos de su gigante corazón: todas las criaturas, en una palabra, han de juntar sus voces para elevar un himno armonioso de gloria al Criador..... Empero, callen y enmudezcan los mundos: los sonoros cantares de la creación agradecida no son dignos del Omnipotente: el universo creado granillo es de insignificante arena, diminuta gota de rocío, átomo imperceptible que se pierde y desaparece ante la infinita grandeza del Sér divino (16). Mas, hubo un momento, el más dichoso de la humanidad, el primero de la existencia humana del Verbo, cuando merced á una palabra, no ménos eficaz que la primera creadora, surgió de la nada un nuevo mundo, el sobrenatural y divino de la gracia. Y en aquel dichosísimo instante, en que la inmaculada Virgen pronunciando un nuevo *fiat*, inclinó hasta la tierra los cielos, y bajándose Dios hasta el hombre encumbró al hombre hasta Dios: en ese dichosísimo instante en que el Rocío del cielo, depositado en la purísima concha del virginal seno de María, hizo germinar la preciosa Margarita, embeleso de tierra y cielos, el Salvador de los hombres; en ese instante suspirado de los siglos, cuando por vez primera levantó el Verbo encarnado hacia el Padre sus ino-

(15) Prov. 16, 4.

(16) *Ecce gentes quasi stilla situlae et quasi momentum staterae reputatae sunt; ecce insulae quasi pulvis exiguus.* (Is. 40, 15).

centes manos, y desplegando sus divinos labios entonó un himno en su alabanza; en el augustísimo seno de la Individua Trinidad resonó una voz de inefable complacencia; por vez primera Dios había sido dignamente glorificado: la gloria que el Hijo al Padre tributaba era en verdad digna del Padre.

¿Y este Padre celestial no mirará por la gloria de aquel Hijo en quien ha depositado todas sus complacencias (17), y á quien ha engendrado entre los resplandores del eterno día? (18) Nó; que la gloria del Padre no es distinta de la del Hijo y padie tributará gloria al Padre si á la vez no glorifica al Hijo. *Ut omnes honorificent Filium sicut honorificant Patrem: qui non honorificat Filium, non honorificat Patrem qui misit illum* (19). La creación entera, pues, ha de entonar un himno de alabanza en honra del Padre y del Hijo por Él enviado. Mas, los seres irracionales no son por sí mismos capaces de dar gloria á Dios; porque si la gloria extrínseca de Dios consiste en el conocimiento, amor y servicio de El y en el grito de alabanza arrancado del pecho agradecido de la criatura en presencia de los beneficios, hermosura y grandeza de Dios, ¿cómo podrían ofrecer este tributo de alabanza y de amor criaturas no alumbradas por la luz de la inteligencia ni caldeadas por el sagrado fuego del amor? Las criaturas, pues, irracionales no depositarán al pie del Omnipotente el cántico de alabanza y de amor sino mediante el hombre: toda la razón final de su existencia será el hombre; y el rey de la creación sensible al fijar su penetrante mirada en el suntoso y magnífico palacio que Dios le ha deparado, y al contemplar arrobado la hermosura de la naturaleza y la belleza y esplendor que con tan generosa mano ha derramado el Criador en sus criaturas, llegará fácilmente al conocimiento del Supremo é increado Sér, de sus perfecciones y atributos, de su incomparable hermosura; y fuera de sí por religioso entu-

(17) Mt. 3, 17; 17, 5.

(18) Psal. 2, 7.

(19) Joan. 5, 23.

siasmo, dando rienda suelta á los afectos que embarquen su inteligencia y agiten su corazón, desplegará sus labios y desatará su lengua, y, ora acompañado con los suavísimos cantares de la aurora, ora siguiendo el armonioso concierto de las estrellas en serena noche, celebrará con acentos de admiración y de encendido afecto las magnificencias y glorias del Señor.

Pero ay! *Non est speciosa laus in ore peccatoris*: labios manchados no pueden celebrar dignamente la divina gloria (20). Los sacrificios mismos del impío son á Dios desagradables. *Victimae impiorum abominabiles Domino* (21). Y los hombres todos nacen marcada la frente con el vergonzoso estigma de la culpa, y apenas anima su cuerpo el primer soplo de vida cuando atraen sobre ellos la cólera divina: *natura filii irae* (22). ¿Renunciarán, pues, á cumplir este fin, inherente á su condición de criaturas brotadas como las demás de las divinas manos, ó se contentarán acaso con que su naturaleza, íntima é indisolublemente unida con la divina en la Persona del Verbo, presente al Padre la gloria que le pertenece? Nó; porque la Divina Omnipotencia no arranca los seres de la nada sino únicamente para su gloria, y no sólo la naturaleza humana sino todos los individuos que de ella participan han de glorificarle. Era, pues, necesario que ese mismo Verbo Divino, que ya desde el materno seno, en nombre de la creación entera, había glorificado al Padre; uniéndose é incorporándose con todos y cada uno de los miembros de la familia humana, penetrase en lo más íntimo de su sér, y purificando su alma manchada y santificando sus contaminados labios, hiciese brotar de ellos un himno de alabanza y de amor, santo, puro, inmaculado; tomándolo entonces en sus divinas manos y presentándolo en seguida á su Eterno Padre logrará finalmente que los hombres dignamente tributen á Dios la gloria que le es debida. Mas, para que estos desgraciados hijos de un padre criminal recibiesen la interna santificación del alma,

(20) Eccli. 15, 9.

(21) Prov. 15, 8.

(22) Eph. 2, 3.

requeríase, en el orden actual de la divina Providencia, que, con el perdón de la culpa, se les otorgase también la divina gracia, participasen de la divina naturaleza, y adquiriesen el título y derechos de amigos de Dios, de sus hijos adoptivos, y de herederos de la eterna gloria. Pero derecho á la gloria, y amistad de Dios, y filiación adoptiva ni siquiera pueden concebirse en quien, por el pecado, continúa siendo enemigo de Dios, su criatura rebelde y merecedora de eterna condenación. Sin remisión de culpa, pues, no era posible la glorificación del Criador. Pero, según las disposiciones arcanas de la misma Divinidad, no se remitiría al hombre la culpa si antes no precedía condigna satisfacción por la misma; y ¿quién en cielos y tierra podría satisfacer condignamente por una injuria infinita, ya que irrogada á un Sér Infinito? Nadie. Era, pues, indispensable que el mismo Hijo de Dios, asumiendo sobre sus hombros las iniquidades del mundo, se cargase con las miserias del hombre, y haciéndose mortal y pasible como él, voluntariamente entregase, ya que ésta era la satisfacción que exigía el Padre, sus inocentes pies y santísimas manos al verdugo, para que al ser atravesados contra el infame madero, clavase también con ellos en la cruz el decreto de muerte, lanzado ya contra el hombre. Fue, pues, en verdad, el Calvario el paraíso de la Redención; porque así como en el terrenal erguíase el llamado árbol de la vida, porque su maravilloso fruto la debía dar al hombre inmortal, y los tres ríos que brotando del centro del jardín con los cristalinos arroyos de sus fecundantes aguas debían conservar y desarrollar la vida en sus múltiples y variadas formas; así en la cima del Calvario fue plantada la cruz con cuyo bendito fruto han de recobrar las almas la ya perdida vida; y las cinco llagas del inmolado Redentor, convertidas en perennes fuentes de sobrenaturales dones, debían otorgar, desarrollar y perfeccionar la sobrenatural vida de la divina gracia.

¿Quién, por duro é insensible que sea, no siente conmoverse profundamente el alma y de inefable ternura el pecho rebosarle, cuando, mirando, con viva fe, la imagen del Crucificado, recuerda las conmovedoras frases

de la Escritura Santa: Puso Dios en Jesús todas nuestras maldades (23); El Divino Salvador, cual inmaculado Cordero, borró con su muerte todos los pecados del mundo (24); y la redención de los hombres (25) y la santidad de los justos (26) son el codiciado fruto de su preciosa sangre?

Empero, no de otra suerte que, para extinguir la sed del cansado peregrino, no basta que, con suavísimo murmullo, le ofrezca la cristalina fuente el dulce raudal de sus frescas ondas, sino que es indispensable además que inclinándose el mismo peregrino, junto con la cristalina corriente los marchitos labios, empape en las frescas ondas la abrasada lengua, é introduciendo dentro de sí mismo las refrigerantes aguas, y bañando con su frescura las caldeadas entrañas, mitigue, apacigüe, extinga, por fin, el fuego que las devora: así para que la Pasión del Divino Salvador produjese en los hombres sus santificadores frutos era necesario que cada uno de ellos se acercase antes á esta bendita fuente, bebiese con fe viva de sus purísimos raudales y bañando y empapando con la preciosa sangre su alma pecadora, limpiase la culpa que la mancha y recobrase la gracia que la santifica.

Pero, ¿dónde brota esta dichosa fuente, por dónde circula la divina sangre, quién dispensa por fin tan codiciado tesoro?..... Meditando el gran Obispo de Hipona en la cruelísima lanzada que rasgó el costado del ya muerto Redentor, escribe: «Muy advertido anduvo el evangelista cuando no escribió que la lanza hirió, llagó ó algo semejante hizo en el costado de Cristo, sino que expresamente dijo que abrió el costado del muerto Salvador; porque en cierto modo entonces se abrió la puerta de la vida, de donde en la Iglesia fluyeron los sacramentos, sin los cuales imposible es adquirir la vida que es verdadera vida. Por este motivo la primera mujer, apellidada vida y madre de los vivientes, fue formada del costado del hombre mientras dor-

(23) Isai, c. 53; Coloss. II—14.

(24) Joan. I—29.

(25) 1 Petri, I, 18—19.

(26) Ad Rom. V—9; Ibid. 19.

mía, porque debía representar un inestimable bien antes de perpetrado el enorme mal». ¿De qué grande bien habla el santo Doctor? El mismo responde que el bien figurado con el nacimiento de Eva fue la Iglesia, fuente perenne y abundante manantial de todos los sobrenaturales bienes. «Por esto el segundo Adán, inclinada la cabeza, se durmió en la cruz, porque de su costado abierto debía también brotar la Iglesia» (27). La Iglesia, pues, es la feliz depositaria de la divina sangre, y por medio de los sacramentos derrama sobre los mortales sus fecundantes ondas.

Y es muy digno denotarse que, aun en esto, la Religión Católica muéstrase conocedora de las necesidades y exigencias del corazón humano. Es el hombre naturalmente social, porque sin sociedad no podría adquirir aquella suma de bienes intelectuales y morales, físicos y materiales en la que consiste la perfección que compete á su naturaleza racional. Así mismo, el alma exaltada á un orden sobrenatural no gozará de las excelencias y privilegios de la divina gracia, si antes no forma parte de una nueva sociedad é ingresa en una nueva familia, unida por los vínculos de la fe y animada por el fuego sagrado del amor. Si la identidad de un mismo origen y la participación de una misma pena, no han triunfado del egoísmo humano ni logrado unir á los hombres con los lazos del amor; la esperanza de una misma dicha, la participación de unos mismos medios de santificación, y la aspiración á una misma recompensa harán de todos los hombres hermanos. La sincera, afectuosa y santa fraternidad no contempló en efecto maravillada la tierra sino entre los hijos de la misma divina madre, la Santa Iglesia Católica. Con el fin, pues, de manifestar que los frutos preciosos de la redención no han de alcanzar los hombres sino en la Iglesia y por medio de la Iglesia, el Autor y Consumador de nuestra fe (28) ora dice que ha venido al mundo con el exclusivo objeto de predicar el establecimiento de este bendito reino (29) y ora

(27) Tract. 120 in Joan. n. 2.

(28) Ad Hebre. 12, 2.

(29) Luc. 6, 43.

que ha entregado su vida por las ovejas de su rebaño (30). Y el glorioso apóstol de las gentes enseña que amó Jesús con invencible amor á su Iglesia y que entregó su vida por ella (31), comprándola á costa de su preciosa sangre (32).

Ahora bien: de este fin que encargó el Padre á su Unigénito cuando le envió al mundo, es á saber: glorificarle á El y que le glorifiquen los hombres redimidos con la preciosísima sangre de su Hijo divino, mediante la participación de los copiosísimos méritos del Salvador y la incorporación en la Iglesia por él fundada; podemos deducir fácilmente la suma de poderes que le otorgó para el recto y cumplido desempeño de la misión que le confiara. La Iglesia, en efecto, según las expresas enseñanzas del Salvador, es un reino (33), un rebaño (34), una sociedad, que tiene por fin la santificación de los hombres en la tierra y su glorificación en los cielos. Pero no hay reino sin monarca, ni rebaño sin pastor, ni sociedad posible sin autoridad que mande y súbditos que obedezcan; luego Cristo Nuestro Señor debió en primer lugar recibir del Padre los derechos inherentes al oficio de rey, pastor y depositario de la autoridad; puesto que ¿á quién sino á El podían concederse tales derechos si, como enseña el apóstol á los Colosenses, por habitar corporalmente en El la plenitud de la Divinidad, tócale la supremacía sobre todo poder y principado (35), y por estar su humanidad santísima personalmente unida al Verbo es, como el mismo apóstol enseña á los de Efeso, la cabeza del cuerpo organizado que es la Iglesia? (36)

Por esto, antes de repartir entre sus Apóstoles la tierra para que la evangelicen, alega expresamente el Señor este soberano poder: *Data est mihi, dice, omnis potestas in coelo et in terra* (37). Todo poder se me

(30) Joan. 10, 15.

(31) Eph. 5, 25.

(32) Act. 20, 28.

(33) Lc. 6, 43.

(34) Joan. 10, 15.

(35) 2, 9-10.

(36) Ad Ephe. 1, 22; 4, 30.

(37) Mt. 28, 18.

ha dado en los cielos y en la tierra. Y es tan grande el poder otorgado al Salvador que, como escribe San Pablo, basta pronunciar su nombre para que se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra, y en los mismos infiernos. *In nomine Jesu omne genu flectatur, coelestium, terrestrium et infernorum* (38).

Pero la Iglesia no es un reino cualquiera ni una sociedad natural: el fin que ha de alcanzar es sobrenatural, los medios que emplea sobrenaturales. Luego, por necesidad, ha de existir en quien se halle investido del poder en la Iglesia un derecho, que no existe necesariamente en las demás sociedades: es á saber, el derecho de enseñar; ya que por lo mismo que fin y medios son sobrenaturales, no pueden ser conocidos naturalmente. Residirá, pues, en Cristo junto con el imperio para obligar á los fieles, la autoridad necesaria para enseñarles. Este poder de magisterio tenía presente el Salvador cuando para obligar á las turbas á creer en su palabra recordábase los proféticos vaticinios que anunciaban que, en tiempo del Mesías, todos habían de ser enseñados inmediatamente por Dios: *erunt omnes docibiles Dei* (39); y cuando desenmascarando la hipocresía de los escribas y fariseos, y echándoles en rostro su refinada soberbia por la que apellidábanse á sí mismos rabinos ó maestros, decía á sus discípulos: vosotros no usurparéis jamás este nombre; porque uno solo es vuestro Maestro, Cristo: *Magister vester unus est, Christus* (40). Y tan claramente hizo resaltar siempre esta condición suya de Maestro y Doctor, que ya desde los comienzos de su sagrada predicación, y después del celeberrimo sermón de la montaña, las muchedumbres que apiñadas á las faldas de ella habían estupefactas admirado la sublimidad incomparable de su divina doctrina, el brillo deslumbrador de su irresistible elocuencia y la encantadora sencillez de sus expresiones y lenguaje, notaban al mismo tiempo que no parecíase en nada su predicación á la de los escribas y fariseos; pues no buscaba demostraciones y argumen-

(38) Philip. 2. 9.

(39) Joan. 6. 45.

(40) Mt. 23. 10.

tos para convencer de su doctrina, sino que la enseñaba como quien tiene poder para hacerlo. *Erat enim docens sicut potestatem habens, et non sicut scribae eorum et pharisaei* (41).

Finalmente, esta sociedad sobrenatural debía ser eminentemente religiosa. ¿Acaso el Divino Redentor no acababa con su muerte de sellar la reconciliación de cielos y tierra estrechando con los dulcísimos vínculos del amor filial al hombre con Dios? Pero no hay Religión sin sacrificio, ni sacrificio sin sacerdocio; luego debió también Cristo, al ser enviado al mundo, ser investido de la dignidad y poderes inherentes al sacerdote. Nó, enseña San Pablo en su incomparable epístola á los hebreos, nó usurpó Jesús el glorioso título de Pontífice: Dios mismo hízole sacerdote cuando le dijo: Tú eres mi hijo: hoy te engendré [42]. Y: Tú eres sacerdote eterno según el orden de Melquisedec [43]. *Non semetipsum clarificavit ut pontifex fieret: sed qui locutus est ad eum: Filius meus es Tu, ego hodie genui Te. Quemadmodum et in alio loco dicit: Tu es sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech* [44].

Derecho, pues, para encaminar á los fieles á la consecución del fin que se propone la Iglesia, inherente al depositario de la Autoridad: potestad de Magisterio para enseñarles la existencia del fin sobrenatural y los medios adecuados para alcanzarlo; y, finalmente, la plenitud del sacerdocio, hé aquí los poderes que otorgó el Padre al Hijo al enviarle al mundo.

*
* *

Os decíamos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, que Nuestro Divino Salvador confió á los apóstoles la misma misión que recibió del Padre y les otorgó los mismos poderes que para satisfactoriamente cumplirla eran indispensables. Debía, en efecto, el Redentor, después de vencida la muerte y encadenado el

(41) Mt. 7. 29.

(42) Ps. 2. 7.

(43) Ps. 109. 5.

(44) Ad. Heb. 5. 5-6.

demonio, regresar al cielo y asentarse á la diestra del Padre: continuará desempeñando allí su oficio de Mediador; porque, como escribe San Pablo, no cesa de levantar al Padre sus suplicantes manos por nosotros: *Semper vivit ad interpellandum pro nobis* (45). Pero era necesario además que hubiese en la tierra quienes, en el decurso de los siglos y á través de las edades, enseñasen á los hombres el camino del cielo, y santificasen sus almas con los sobrenaturales dones que constituyen el precioso fruto de la redención. Expresamente había ofrecido Jesús fundar una Iglesia; pero esta Iglesia, aunque el blanco del odio y de la persecución más sangrienta, debía subsistir hasta la consumación de los siglos (46). Era, pues, necesario que, antes de su ascensión gloriosa, constituyese y organizase esta sociedad de todos los siglos. Lo hizo cuando apareciendo en medio de sus apóstoles, reunidos en el cenáculo, les dijo: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos* (47). Dios Padre me confió á mí, su Hijo, una misión: la misma os confío yo á vosotros. Decíamos que estas palabras debieron operar algo extraordinario en el alma de los apóstoles. Porque no es la palabra de Dios como la palabra humana, no pocas veces inútil, estéril, sin verdadero significado: la palabra de Dios es esencialmente eficaz y creadora. Y aquel mismo Verbo que, en el principio de los tiempos, acercándose al primitivo caos, pronunció sobre él una palabra, y de su informe oscuridad hizo brotar la deslumbradora hermosura de los mundos: *Ipsa dixit et facta sunt, ipse mandavit et creata sunt* [48]: ese mismo Verbo, á través de los labios del Salvador resucitado, volvió á pronunciar una palabra, la que no pudo, por lo mismo, ser ménos eficaz y operadora que la primera pronunciada en la formación del universo. Los apóstoles, pues, debieron en virtud de la palabra del Maestro, ser investidos de todos aque-

(45) Ad Heb. 7, 25.

(46) Mt. 16, 18.

(47) Joan. 20, 21.

(48) Ps. 32, 9.

llos poderes sin los cuales no podrían cumplir la misión que acababa el Señor de confiarles; es á saber: promover la divina gloria, mediante la salvación de los hombres, santificados en el seno de la Iglesia. Como el Maestro, pues, enseñarán los apóstoles las sacrosantas verdades de la fe católica; como El apacentarán el rebaño que se les confiare, y también como El, desempeñarán entre los hombres, ofreciendo el incruento Sacrificio y administrando los divinos sacramentos, las elevadas y santísimas funciones sacerdotales. Admirables, estupendos, portentosos los poderes que ha otorgado Cristo á sus apóstoles. Pero solamente así puede hallarse explicación satisfactoria á los prodigios que ellos operaron. Mirad, les dice un día Jesús, mirad el universo poblado de gentes; de raza, de costumbres, de inclinaciones diversas: id, predicad el evangelio en toda la tierra, sujetadla toda á vuestro cayado pastoral, santificadla. Quienquiera que creyendo á vuestra palabra fuere regenerado con las santificadoras aguas del bautismo que vosotros conferiréis será salvo; quien no diere crédito á vuestra palabra perecerá (49). Oyeron los apóstoles la imperiosa voz del Salvador, é internamente iluminados por la divina gracia y fortalecidos por sobrenaturales dones, no vacilaron un punto en cumplir las órdenes del Maestro. Dividieronse, pues, y se desparramaron por el mundo; por toda la tierra resonó su voz y escucháronse sus palabras hasta en los confines del globo (50); y su lenguaje tosco, y sus nada finos modales, y su ignorancia absoluta de la humana ciencia, conquistaron bien pronto el universo. Sostenidos tan sólo por la palabra divina, no temen á los grandes ni huyen de los sabios. Por el contrario, seguros del triunfo, desafían la ciencia humana en sus más augustos y renombrados asilos. Pablo parte al centro mismo de la sabiduría helénica, penetra en el santuario de la ciencia griega, disputa con sus más reputados sabios

(49) Mr. 16, 16.

(50) Ps. 18, 4.

en el Areópago ; y su elocuencia de judío conquista á unos, confunde á otros, admira á todos. Pedro, el ignorante pescador del mar de Tiberíades, fija su iluminada mirada en los distintos centros de la pagana ciencia, y, celebrando ya la gloriosa conquista, penetra seguro y establece su cátedra allí mismo en donde hasta entonces había brillado aquélla con deslumbradores resplandores. Antioquía, centro de la civilización Asiática ; Alejandría, famosa capital de la sabiduría egipcia, y que desde los más remotos tiempos ha asombrado al mundo con los conocimientos, doctrinas y pasmosa erudición de sus sabios, y que aún en tiempo de los apóstoles, con su famosa escuela judía, heredera de las sutiles doctrinas de Filón atraía á su seno á los más inteligentes y eruditos rabinos ; Roma, en fin, la Capital del mundo civilizado, contemplaron, maravilladas, levantarse frente á frente de las cátedras de sus filósofos más renombrados la humilde pero invencible del pescador de Galilea. Roma, sobre todo, la ciudad eterna, fue bien pronto totalmente transformada. A la palabra de Pedro temblaron en sus pedestales de oro y mármol los ídolos y falsas deidades, derrocáronse sus altares, convirtiéronse en polvo sus templos y santuarios, en la cima del Capitolio, allí en donde hasta entonces había flameado sin rival la bandera del paganismo, se enarboló la Cruz, gloriosa insignia del Dios crucificado, y en sus benditos pliegues cobijó á todos los pueblos y gentes de la tierra ; y allí, en donde con siniestros y sanguíneos resplandores, había brillado hasta entonces el temible trono de los césares, erigióse el pacífico de Pedro ; pero despidió de sí tan vivos y deslumbradores destellos, que bastaron á iluminar el orbe, y su brillo no han logrado empañar jamás los siglos.

Y esos pobres é ignorantes pescadores que con rudo lenguaje y sublimes é impenetrables misterios han subyugado y vencido la soberbia de los mundanos sabios, ufanos de saber y ebrios de gloria ; triunfaron igualmente, con más difícil victoria, de las pasiones humanas. ¿ Dónde encontrar una moral más pura y, por lo mismo, más severa que la moral

evangélica ? La perfecta pureza del corazón ; la santidad del pensamiento aunque oculto, secreto, impenetrable á toda mirada ; la inocencia en las costumbres ; y la caridad que haciendo del corazón cristiano el patrimonio de todos, ha convertido á los hombres en hermanos ; destruyendo las máximas fundamentales de los más reputados moralistas gentílicos, echaron por tierra la diversidad de castas, la división de clases, la diferencia entre esclavos y libres, derribando así los cimientos mismos de la sociedad civil pagana. Y sin embargo, aquel puñado de pobres ignorantes subyugando las inteligencias y enseñoreándose de los corazones llegan bien pronto, con sus pacíficas conquistas, hasta los límites del mundo civilizado, y plantan la cruz allí en donde el águila romana, con su atrevido é invencible vuelo, no había logrado aún clavar la formidable garra. Bien pronto un elocuente africano, en la inmortal apología dirigida al mismo emperador, sin temor de ser desmentido exclamaba : "Somos de ayer, y ya hemos ocupado todo lo vuestro : ciudades, islas, castillos, municipios, concilios, los ejércitos mismos, tribus, decurias, palacio, senado y foro ; tan sólo os hemos abandonado vuestros templos [51].

Prodigio es éste naturalmente inexplicable. ¿ Cómo unos pocos hombrecillos sin erudición ni saber humanos, sin ninguna elocuencia, sin prestigio de noble alcurnia, ni brillo de cuantiosos bienes de fortuna, predicando verdades abstrusas y superiores á toda inteligencia, y obligando, sobre todo, á la corrompida sociedad pagana á cambiar de vida, mudar de costumbres, y emprender un género de vida más propio de ángeles que de hombres, ¿ cómo han logrado imponer su doctrina y obligado á aceptar su severísima moral ? Mas, si damos crédito á las palabras de Cristo, si recordamos que el Verbo encarnado, de creadora palabra, ha confiado á aquellos hombres sencillos esta gloriosa misión, si advertimos, por fin, que los poderes del Salvador se han transmitido

(51) Tert. Apolog. c. 37.

á sus apóstoles; si bien no cese nuestra maravilla en presencia de tan estupendo prodigio, habremos con todo encontrado la llave del escondido misterio, y con el profeta exclamaremos: estupendo, portentoso, admirable es tal prodigio; pero no es obra de los hombres sino de Dios. *A Domino factum est istud, et est mirabile in oculis nostris* (52).

Este era el verdadero motivo por el cual los apóstoles no se cansaban de recordar á los fieles que ejercían un poder no propio sino ajeno, no humano sino divino. Lleno de santo celo, predica Pablo á los habitantes de Corinto, exhórtales, insta les, ruégales á que se reconcilien con Dios: ¿quién ha facultado al judío de Tarso para que hable con tanta autoridad? El mismo lo dice: *Pro Christo legatione fungimur, tanquam Deo exhortante per nos; obsecramus pro Christo, reconciliamini Deo*. «Somos legados de Cristo: Dios, pues, os exhorta por medio nuestro: en nombre y con la autoridad de Cristo os pedimos que os reconciliéis con Dios» [53]. Y si el divino Redentor con milagros y prodigios demostró á los judíos la divinidad de su misión [54], prodigios y milagros obrarán igualmente los apóstoles [55], pero no se descuidarán de confesar que ese poder no era propio sino de Cristo. Pedro y Juan suben un día al templo á orar; hallan en la puerta á un cojo de nacimiento que les pide limosna: ni oro ni plata tengo, dice Pedro; pero lo que tengo te doy: levántate y camina. Y levantóse el cojo y caminó. ¿En nombre de quién y por virtud de quién se operó aquel portentoso? En nombre y por virtud de Cristo. *In nomine Jesu Christi Nazareni, surge et ambula* [56]. Echa Pablo en Corinto la semilla de la divina palabra; viene en seguida Apolo y también predica: gloríanse los unos de ser discípulos del primero al paso que los otros alardean de serlo del segundo. A unos y otros reprende el apóstol: ¿y qué? dice; ¿por ventura fuí yo

(52) Ps. 117, 22.

(53) 2 Cor. 5, 20.

(54) Joan. 5, 36.

(55) Rom. 15, 18.

(56) Act. 3, 1—7.

por vosotros crucificado, ó en mi nombre fuisteis bautizados? [57] ¿Qué es Apolo y qué Pablo sino simples ministros de Cristo en quien creisteis? Yo planté, Apolo regó; pero Dios fue quien dió incremento y desarrollo á la planta. Luégo ni el que planta es algo ni el que riega; sino únicamente Dios que dá el incremento (58).

La onda regeneradora del bautismo cae sobre la cabeza del neófito, y, confiriéndole la gracia, hace pura y santa su alma. ¿Qué importa que sea uno más bien que otro quien lo administre? en verdad es Cristo siempre quien bautiza. *Paulus baptizet, Apollo baptizet, Hic est qui baptizat* [59].

¿Qué son, pues, los apóstoles cuando, mediante la administración de los sacramentos, confieren la santificación de las almas? Tan sólo ministros de Cristo, meros dispensadores de sus divinos misterios. *Sic nos existimét homo ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei*.

Pero esto, precisamente, el ser Ministro de Cristo y su mero representante, constituye la admirable y veneranda dignidad del Apóstol: representa á Cristo, hállese investido del poder y autoridad de Cristo, es el mismo Cristo, en cierto modo, que prosigue en la tierra la misión principiada por Cristo. Razón tenía, pues, el gran Apóstol de las gentes, cuando derramando los sentidos afectos de su corazón en su carta á los de Galacia, no sólo aprobaba sino aplaudía las pruebas de profundo respeto y de religiosa veneración que le habían dado: No sólo no me despreciasteis, les escribe, no sólo no me rechazasteis, sino que me recibisteis como á ángel de Dios, como al mismo Cristo Jesús. *Non sprevisistis neque respuistis; sed sicut angelum Dei excepistis me, sicut Christum Jesum* [60].

(57) 1 Cor. 1, 13.

(58) Ibid. 3, 4—7.

(59) August.

(60) Ad Gal. 4, 14.

*
* *

Hé aquí, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, la estupenda dignidad conferida á los apóstoles, y, agregaremos también, la otorgada al Obispo católico. Porque, ¿quién se atreverá á disputar al Obispo la excelsa prerrogativa de haber sucedido en dignidad y poder á los apóstoles, cuando los Padres todos, con maravillosa uniformidad, la exaltan y proclaman? «En la Iglesia, escribe San Jerónimo, ocupan los obispos el lugar de los apóstoles» [61]. Y el Aguila de Hipona, comentando con su acostumbrada unción y sutileza el salmo 44, enseña: «¿Qué significa *Pro patribus tuis nati sunt tibi filii*, en lugar de tus padres te han nacido hijos?—Los apóstoles [oh Iglesia santa] te fueron enviados como padres [en la fe]; y en vez de los apóstoles (esto es cuando ellos murieron) hijos te nacieron cuando fueron creados los obispos. En efecto; ¿de dónde aparecieron los obispos que en todo el mundo existen? Apellídalos Padres la Iglesia, á pesar de que ella misma los engendró y asentó en el trono de sus padres. No te juzgues, pues, [oh Iglesia santa] abandonada porque ni ves á Pedro ni miras á Pablo, ni á ninguno de aquellos á quienes debes tu nacimiento: de tí misma germinó la paternidad..... La Iglesia á los hijos por ella misma engendrados constituyó, en lugar de sus padres, príncipes en toda la tierra» [62].

Y con mayor energía escribía San Paciano en su Epístola á Simproniano: «Dudar del poder de los obispos sería poner en duda el del mismo Jesucristo que en toda su plenitud reside en ellos y que obra en ellos con todo su poder..... La plenitud del poder que Jesucristo dió á sus apóstoles se ha extendido plenamente y sin cesar se extiende á los obispos de todos los siglos» (63). Por esto, con el vigoroso estilo y la vibrante energía característicos del Obispo de Cartago, lleno de santa

(61) Hier. ad Marcellam.—Cf. In Micheam, c. 2 et alibi.

(62) In Psal. 44, n. 32.

(63) Ad Simp.

indignación escribía San Cipriano: «La Iglesia de Jesucristo ha sido fundada sobre el episcopado; derrocado el fundamento, y todo el edificio caerá en ruinas» [64]. ¿Quién, pues, se admirará de que los sapientísimos Padres del Concilio Tridentino, eco fiel de la enseñanza patristica, con infalible autoridad enseñen que los obispos, sucesores de los apóstoles, fueron constituidos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios?» (65).

Ved, pues, la excelsa dignidad de que, aunque indignos, nos hallamos revestidos; ved los maravillosos poderes en virtud de los cuales exigiremos de vosotros sincera sujeción y pronta obediencia: sucesores de los apóstoles, herederos de sus sobrenaturales poderes, debemos desempeñar en medio de vosotros, escogida grey que el Supremo y Eterno Pastor nos ha señalado, la altísima misión que nos ha confiado: promover su divina gloria, mediante la santificación de las almas en la Iglesia Santa. Ardua, difícil, superior á los mismos ángeles es la misión que nuestro adorable Salvador ha encomendado á nuestra humildad y pequeñez; mas, no por esto hemos desmayado, ni con el divino favor, desfalleceremos jamás. Intimamente persuadidos de nuestra absoluta impotencia para la consecución de un fin en el que Dios es todo y el hombre nada, lo acometeremos sin temor y lo alcanzaremos en la medida y proporción en que pluguiere al Señor bendecir nuestros trabajos y hacer fructificar nuestros sudores. Convencidos del divino beneplácito, claramente demostrado por el Vicario y representante de Cristo en la tierra, el augusto Pontífice Romano, nuestro amadísimos Padre, el Papa Pío X, quien nos ha intimado, de parte de Cristo y con sus mismas palabras, el cuidado de vuestras almas: apacienta mis corderos, *pasce agnos meos* (66); llenos de un santo entusiasmo volaremos bien pronto en medio de vosotros y na-

(64) S. Cip. Epis. 3ª ad Rogat.

(65) Sess. 23, c. 4. Cf. Act. 20.—Coelest. 1 Epist. ad Epis. Gall. c. 1.—Conc. Hispalen. 11, c. 5, 7.

(66) Joan. 21, 15.

da podrá amedrentarnos, nada hacernos vacilar en nuestros generosos propósitos; porque ante obstáculos al parecer invencibles, y al frente de dificultades al parecer insuperables, no cesaremos de exclamar con San Pablo: *Omnia possum in eo qui me confortat*: Si Jesús es nuestra fortaleza, ¿qué no podremos? Mientras estemos unidos con nuestro divino Salvador, ¿qué obstáculo ó dificultad no venceremos? ¿Y quién, en cielos y tierra, nos podrá separarnos de Jesús y extinguir en nuestro pecho el amor que le profesamos? ¿Por ventura las tribulaciones?, ¿las indecibles angustias?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿las persecuciones?, ¿la muerte misma? Nó: todo lo venceremos fortalecidos con los auxilios de Dios que nos ha amado. Sí, no permitirá jamás El que seamos arrancados de su lado; y por esto estamos convencidos de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados, ni virtudes, ni lo presente ni lo por venir, ni lo grande ni lo pequeño, ni criatura alguna podrá romper jamás el sagrado y mutuo vínculo de caridad y amor que nos une con Dios mediante Nuestro Señor Jesucristo (67).

¿Qué más? Nuestra misma pequeñez, nuestra misma insuficiencia, nuestra misma nada, nuestra misma manifiesta inhabilidad para el recto desempeño de tan elevada misión, lejos de desalentarnos nos animan y llenan de fundadísima esperanza. La santificación de las almas os decíamos y no nos cansaremos de repetirlo, es toda ella obra eminentemente divina; y Dios, en las obras que se reserva para hacer brillar alguno de sus soberanos atributos no quiere rivales ni competidores. Si, pues, para alcanzarlas, dignase servirse de alguna criatura, busca por instrumento á la más pobre, á la más mezquina, á la más destituida de todo valor intrínseco para que nadie, aunque dotado de poco juicio, piense jamás en atribuir al instrumento lo que es efecto tan sólo de la causa principal. Mirad, decía el gran Apóstol de las gentes, cómo Dios se ha servido de aquello que al parecer del mundo es necio y

(67) Ad. Rom. 8, 35—39.

loco para confundir la sabiduría mundana, de lo débil y flaco para domeñar lo robusto y fuerte, de lo vil y despreciable y de aquello que casi puede apellidarse nada para destruir la soberbia y jactancia de los grandes y poderosos del mundo: nadie, pues, puede gloriarse en su presencia: *ut non gloriatur omnis caro in conspectu eius* (68).

Un ciego de nacimiento preséntase un día al Divino Redentor; éste, amorosísimo siempre y compasivo, deténase á darle milagrosamente la vista. ¡Pobre ciego! rodeado hasta entonces de tinieblas, envuelto por densas y oscurísimas sombras, no ha visto jamás la claridad del día ni gozado del magnífico y deslumbrador espectáculo de la creación! Toma Jesús en sus benditas manos un poco de lodo, y luego, con tan extraña forma con ella un poco de lodo, y luego, con tan extraordinaria medicina, unge los ojos del ciego, cuyas pupilas reatan por vez primera los objetos que le rodean, y contemplan delante, en pie, sonriente de amor, el semblante hermosísimo de Jesús. ¿Hay acaso algo ménos á propósito para devolver la vista que el lodo? ¡Cuántos con él no la han perdido! ¿Quién, pues, será tan insensato y de poco juicio que atribuya al lodo la vista del afortunadísimo ciego? — Pues bien; viven los infelices pecadores rodeados de tinieblas; viven, según la patética expresión de la Escritura Santa, asentados entre densas sombras de muerte. No ha clareado para ellos la luz de la verdad, no han contemplado los soberanos encantos de la virtud, no han saboreado las inefables dulzuras con que embriaga el Señor á quien le teme. ¿Quién será capaz de ahuyentar aquellas sombras, disipar aquellas tinieblas y hacer que se abran aquellos cerrados ojos al claro sol de la divina gracia? Sólo Dios. Pero, ¿si quiere Dios servirse para obra tan soberana de un instrumento vil, negaráse éste á la invitación divina?, ¿alegará su insuficiencia? Nó: porque no es él quien va á iluminar á aquellos infelices ciegos con la luz de la gracia y de la verdad. Poco importa al Señor la condición del instrumento; si lo em-

(68) 1 Cor. 1, 29.

plea no es por necesidad ; es por dignación. Nós, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, aunque dominados por la idea de que no somos ante los divinos ojos sino polvo vil y lodo despreciable, esperamos, sin embargo, hacer brillar en muchas almas el sol divino de la gracia ; porque Dios Nuestro Señor, al escogernos como instrumento suyo y medicina eficaz para curar las dolencias de muchas almas ; mediante la unción santa, nos ha tomado en sus divinas manos, purificándonos y santificándonos con su divino contacto.

Aliéntanos asimismo en la difícil empresa la consideración de que no estamos solos : el Señor, en su infinita y amorosa Providencia, nos ha deparado poderosísimos auxiliares. Nuestro Venerable Capítulo Catedral, cuyos esclarecidos miembros brillan no sólo con los resplandores de la ciencia y de la piedad, sino que abrásanse en los incendios de un celo ardiente y activo por la gloria de Dios y salvación de las almas ; nuestros amadísimos Párrocos, muchos de los cuales, en medio de privaciones mil y de sacrificios sin cuenta, soportan en el cultivo de la mística viña todo el peso del día y las fatigas del calor, y para quienes no tendremos siempre sino sentimientos de indecible ternura y entusiastas frases de admiración ; los beneméritos hijos de Domingo de Guzmán ; los abnegados y celosísimos discípulos del Serafín de Asís ; los herederos de las virtudes y caridad de Vicente de Paúl ; y los sacrificados hijos de Juan Bautista de la Salle, tan acreedores al respeto, admiración y gratitud de todos por la absoluta y entera entrega de su vida á la educación cristiana de la niñez ; y, en seguida, las admirables Hermanas de la Caridad, ansiosas siempre de llevar con los consuelos al cuerpo la medicina y alivio á las enfermedades espirituales del alma ; las Marianas, preciosísimas flor nacida en el hermoso suelo patrio, dignas émulas en la enseñanza y en los sacrificios de la caridad, de las hijas de Vicente y de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ; las Concepcionistas, en fin, que, muertas al mundo, no piensan en él sino para sin cesar levantar al cielo sus inocentes manos, é implorar de Jesús, su divino Esposo, para quien tan sólo viven, luz

para los ciegos amadores del mundo, fortaleza para los atribulados, paciencia para los afligidos, fe y amor para todos : cada cual, en la órbita de acción que el cielo le ha señalado, nos ayudará eficazmente á sobrellevar con fruto la enorme carga que nos abruma.

*
* *

Pero de nada nos serviría la existencia de estos múltiples y poderosísimos instrumentos de santificación si permaneciesen aislados unos de otros, y, lo que sería aún más doloroso, divididos por intestinas discordias. Unión de propósitos, concordia de voluntades, reunión de energías, hé aquí lo que imprescindiblemente necesitamos para emprender con ventaja, no decimos ya la conquista de las almas—pues la mayor parte de ellas conocen al Buen Pastor y dóciles escuchan su voz—sino el adelanto y perfeccionamiento espiritual de todas. Sin unión, sin concordia, sin íntima y sincera caridad no es posible dar gloria á Dios. Porque de la misma manera que no hay edificio sin conexión y enlace entre las diversas partes que lo componen : cimientos, muros, techumbre ; ni hay cuerpo organizado sin unión entre los distintos miembros que lo constituyen ; ni vigorosa planta en donde la raíz no sustente al tallo, y de este broten las flexibles ramas, en las que tengan su nacimiento las verdes hojas que, á su debido tiempo, se vistan de odoríferas flores, las que, á su vez, se trocarán en exquisitos y sazonados frutos ; así no existirá la Iglesia de Dios sin unión íntima y estrecha de todos los fieles ; ya que, según las inspiradas enseñanzas de nuestros Libros Santos, la Iglesia es suntuosísimo edificio levantado por Dios sobre los cimientos incommovibles de los apóstoles y profetas, y cuya piedra angular, sustentadora de todo el edificio, es Cristo (69). Es cuerpo místico, cuya cabeza es Cristo (70) : sarmientos, en fin, alimentados y sostenidos

(69) Ad Eph. 2, 19 ; 1 Timot. 3, 15 ; Hebr. 3, 6 ; 1 Petri. 4, 17.

(70) 1 Cor. 12, 27 ; Eph. 1, 22, 19. ; Ibid. 4, 1 sq. Ibid. 5, 30.

por la mística vid, Cristo Jesús (71). Empero, y no de otra suerte que para que los sarmientos de la vid y los miembros del cuerpo humano estén unidos vivan, no basta que sólo exteriormente estén unidos entre sí, sino que requiérese además que aquella misma fecundante savia que circula por la vid corra también por los sarmientos, y la misma vivificadora sangre que irriga los principales órganos, situados en la cabeza, irrigue igualmente todos los miembros; porque sin savia marchítanse, sécanse y mueren los sarmientos, y sin sangre parálizanse, atrofíanse y corrómpense los miembros del cuerpo humano; así también en la Iglesia de Dios no basta la externa unión de los fieles con sus obispos y con el Romano Pontífice, Cabeza visible, y Vicario de Cristo en la tierra; ni es suficiente la pública profesión de una misma fe y de unas mismas creencias; para que los fieles no sean muertos sino vivos sarmientos de la preciosa Vid, ni paralizados miembros de aquel místico cuerpo, cuya cabeza es Cristo; deben además participar de la misma vida que, como en su fuente y origen, reside en el Salvador divino. ¿Cuál es esta preciosa vida sin la cual necesariamente han de presentar los fieles el triste y terrífico aspecto de cadáveres? La gracia. Pero la gracia, vida del alma, no puede subsistir sin el amor, así como no hay verdadero amor no sostenido por la gracia. Y esta gracia reside plenamente en Cristo y de Cristo derivase y derrámase por todo el organizado cuerpo de la Iglesia. Vínculos exteriores entre los fieles entre sí y con sus Prelados, en especial con el Romano Pontífice, mediante la sujeción y obediencia á ellos y la profesión de las mismas creencias: pero, sobre todo, unión íntima con Cristo, mediante la participación de la divina gracia, hé aquí lo que hará de los fieles vivos sarmientos de la misma Vid, robustos miembros del mismo cuerpo. Razón, pues, tenía el Divino Redentor cuando, después de haber propuesto á sus apóstoles y discípulos la hermosa doctrina que

(71) Joan. 15, 1-11.

acabamos de considerar, valiéndose de la preciosa alegoría de la vid, concluía: *Sine me nihil potestis facere*: nada sois ni podéis sin mí. Permaneced pues, unidos conmigo y yo permaneceré también unido con vosotros: *manete in me et ego in vobis* (72). Mas si no hay verdadera unión con Cristo sin la gracia, vida divina del alma, tampoco hay gracia sin amor. Ay de vosotros exclamaba el Discípulo amado, el Apóstol del amor, ay de vosotros si no amais; parecéis vivos, pero, en verdad, estáis muertos. *Qui non diligit manet in morte* (73). Así como el calor natural es á la vez indicio de vida y signo de la misma; así el sagrado fuego de la caridad es alimento de aquella vida que para que los hombres la tengan en abundancia descendió al mundo el Verbo (74); y el alma, caldeada por las divinas llamas de la caridad, permanece en Dios y Dios en ella; ya que Dios, al fin y al fallo, no es sino Caridad. *Deus charitas est, et qui manet in caritate, in Deo manet et Deus in eo* (75). Inestimable bien, precioso don, riquísima margarita para cuya adquisición nada es que el hombre venda todos sus tesoros. Y ¿en dónde alcanzaremos este riquísimo tesoro? ¿Quién nos lo otorgará? ¿Quién sino nuestro mismo dulcísimo Redentor? Á El hemos de acudir, pues, con ilimitada confianza, porque es el Trono de la gracia y la fuente de la misericordia (76); es nuestro natural Medianero con el Padre (77), y el Padre nunca deja de escuchar favorablemente las súplicas de su Hijo amado: *Exauditus est pro sua reverentia* (78). Pero acudamos directamente á su divino Corazón. Arde, en efecto, este Corazón santísimo en vivísimos deseos de hacer bien á los hombres; pero éstos, seducidos por el mundo y engañados con sus falaces pla-

(72) Joan. 15, 5.

(73) 1 Joan. 2, 14.

(74) Joan. 10, 10.

(75) 1 Joan. 2, 16.

(76) Hebr. 4, 16.

(77) 1 Tim. 2, 5.

(78) Ad Hebr. 5, 7.

ceres, ni siquiera escuchan las quejas de Jesús, ni se apiadan de sus lamentos. Mas, no por esto ha desmayado jamás este amante apasionado. Y en estos últimos tiempos del mundo, cuando la tierra, inundada por un diluvio de males, mira á la sacrílega impiedad y á la arrogante apostasía rasgar el inconsútil manto de la unidad de la Iglesia; cuando los hombres, olvidados de Dios, de sus semejantes y de su propia dignidad, sin rubor ni vergüenza, pasean por calles y plazas las repugnantes é ignominiosas úlceras que les devora el alma; este Corazón divino, no pudiendo contemplar impasible tantas desventuras; haciendo, por decirlo así, los últimos esfuerzos para salvar la desgraciada sociedad que, con el vértigo del placer, corre, á paso agigantado, hacia los negros y horripilantes abismos del ateísmo práctico y desenfrenada inmoralidad, tristísimo preludio de su ruina y destrucción total; como echando al olvido su augusta y adorable dignidad de Hijo de Dios; ha abandonado el silencioso retiro de su prisión en los altares, y saliendo del sagrado templo y rasgándose otra vez su divino costado y, tomando en sus benditas manos aquel divino corazón ceñido de punzadoras espinas, coronado por la cruz y abrasado en inmensa y vivísima hoguera de inextinguible amor: «Desgraciados, dice á los mortales, deteneos, por fin, y escuchad mis justas quejas: mirad siquiera este corazón que tanto os ha amado y que en cambio no ha recibido de vosotros sino injurias y menosprecios». ¿Y este apasionado amante que, impelido tan sólo por el amor, ha llegado al punto de mendigar de puerta en puerta una chispa de amor de parte de los ingratos hombres, nos negará la gracia de amarle, cuando se la pidamos con reiteradas instancias, y proclamemos á voz en grito que nuestro mayor júbilo y más esplendente gloria hemos cifrado en amarle? Nó.

Que si el vergonzoso recuerdo de nuestras pasadas culpas, intimidándonos, nos impide acercarnos hasta su divino trono; acordémonos que tenemos una madre, que, como tal, amorosa y compasiva, no discute méritos ni pondera crímenes. María, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, María, hé

aquí la mística escala que el amoroso Jesús ha colocado entre su santísimo Corazón y el pobrecillo y manchado del desgraciado pecador. En María hemos de depositar toda nuestra confianza, élla ha de ser el sólido fundamento de toda nuestra esperanza. Ella es la tesorera del Corazón de Jesús: ese divino Corazón fue formado en su vientre virginal, y se agita y palpita al mismo ritmo y con la misma cadencia que el de María. Un Hijo, y ¡qué Hijo!, ¿podrá negar algo á su Madre? Nó; escuchará el Hijo las súplicas de la Madre, y el Padre, á su vez, despachará favorablemente los ruegos de su Hijo amado. Hé aquí, pues, diremos con San Bernardo, hé aquí la escala del pecador, hé aquí el fundamento de nuestra ilimitada confianza, hé aquí la razón de nuestra esperanza. *Filioli, haec peccatorum scala, haec mea maxima fiducia, est haec tota ratio spei meae* (79).

Deseando, pues, vivamente hacer ostensibles á todos los sentimientos de absoluta desconfianza en nuestras propias fuerzas y á la vez los de la más ilimitada confianza en el amparo y protección de los dulcísimos Corazones; después de haberlos escogido por nuestra gloriosa divisa, y de haberlos grabado con amor en nuestro escudo episcopal, hemos querido también santificar el primer acto de gobierno en nuestra amadísima Diócesis, consagrándola nuevamente á estos santísimos Corazones. Por tanto, el mismo día en que ingresemos en nuestra ciudad episcopal, después de practicados los ritos y ceremonias prescritos por la Iglesia para estos casos, mandamos que se exponga, en nuestra Catedral, á la veneración de los fieles el Santísimo Sacramento, y allí, confundidos ante el divino acatamiento, y en presencia de nuestro Maestro, Amigo, Padre y todo nuestro Bien, pronunciaremos el acto de consagra-

(79) Div. Bernar. Sermone in Nativ. B. V. Mariae. De Acuae-ductu, n. 7.

ción de nuestra Diócesis á su divino Corazón (80). En seguida, para hacer pública y solemne profesión de nuestra dulcísima creencia en el ilimitado poder de la Virgen Madre, á quien, con tanta razón, llama San Bernardo la Omnipotencia suplicante, y de que, como enseñan muchos Padres, no hay favor que no pase por sus virginales manos, porque así lo ha dispuesto amorosamente el Redentor que todo ha querido recibamos de manos de María, *Qui totius boni plenitudinem posuit in Maria* (81); renovaremos una vez más la consagración de nuestra diócesis á su Inmaculado Corazón (82). Ardientemente deseamos que gocen de estos inefables consuelos de la piedad cristiana no tan sólo las personas que pudieren asistir á la función religiosa que se celebrará en nuestra

(80) *Acto de consagración al Corazón Sacratísimo de Jesús.*—Corazón adorable de Jesús, Rey de reyes y Señor de señores, por quien y para quien han sido criados todos los pueblos y naciones de la tierra, en acatamiento de vuestra amabilísima é infinita soberanía, postrados en vuestra divina presencia, os ofrecemos y *consagramos* desde hoy para siempre la República del Ecuador y en especial esta Diócesis de Loja, como cosa y posesión exclusiva vuestra. Dignáos tomar á este pueblo como vuestra soberana protección, libradle de todos sus enemigos, manifestad á todas las naciones que el Ecuador es vuestro, probad al mundo que es bienaventurado el pueblo que os elige por su Señor y su Dios, y haced brillar para siempre en vuestra República la gloria de vuestro Santísimo Nombre.—Amén.

(81) Div. Bernar. Sermone in Nativ. B. V. Mariae. de Acuae-ductu, n. 7.

(82) *Acto de consagración al Corazón Inmaculado de María.*—Oh Corazón Inmaculado de María, Madre de Dios, y Madre nuestra amabilísima, postrados á vuestras plantas, y en presencia del Todopoderoso y de toda la Corte celestial, os ofrecemos y *consagramos* esta Diócesis de Loja, con todos los fieles que la componen. Os *consagramos* y dedicamos para siempre nuestros corazones y queremos que siempre sean vuestros y de vuestro amadísimo Hijo, Jesús. Aceptad, oh benignísima Madre este nuestro devoto ofrecimiento en unión de los corazones de todos los santos: y haced que de hoy en adelante no vivamos sino para Vos y para vuestro dulcísimo Hijo, Jesús. Con su divina ayuda y con vuestra poderosa intercesión esperamos cumplir fielmente nuestra devota promesa. En medio de vuestros dos Corazones, oh Jesús y María, colocad nuestro pobre corazón, á fin de que se abra y consuma con vuestro purísimo amor: y así después de haber vivido en la tierra de este fuego de amor, ardan eternamente de amor por Vos en el cielo, en compañía de los Angeles y de los Santos.—Así sea.

Iglesia Catedral, sino también, en cuanto fuere posible, todos, sin excepción alguna, todos los fieles que componen nuestra amada grey. Por tanto, mandamos que al domingo siguiente á nuestro ingreso en nuestra ciudad episcopal, igualmente en presencia del Divinísimo Sacramento expuesto en todas las iglesias parroquiales y conventuales, se reitere la consagración de la Diócesis á los Santísimos Corazones de Jesús y de María. Y para que todos los fieles gocen en tan fausta ocasión de la munificencia de la Iglesia, tomando del riquísimo tesoro que Nuestro Señor le ha confiado, concedemos á todos y á cada uno de los que tomaren parte en las antedichas funciones religiosas, 40 días de indulgencia.

Finalmente, postrados ante el acatamiento divino, en el polvo de nuestra nada, después de pedir al Señor con humildes y reiteradas instancias derrame sobre vosotros, por nuestro medio, sus más preciosos y escogidos favores; levantamos, por vez primera, nuestra diestra consagrada, y con toda la efusión del alma os bendecimos á todos vosotros, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ordenamos que se dé lectura á esta nuestra primera Carta Pastoral en la forma acostumbrada.

Dada en Quito, á 26 de Mayo de 1912, festividad del Espíritu Santo, cuarta dominica de Mayo (mes especialmente consagrado á honrar á la Madre de Dios), fiesta de nuestra santa compatriota, Marianna de Jesús, y día de nuestra consagración episcopal.

✠ Carlos María,
Obispo de Loja.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima.

MANUEL REINALDO JURADO,
Secretario.

130

SEGUNDA CARTA PASTORAL

QUE

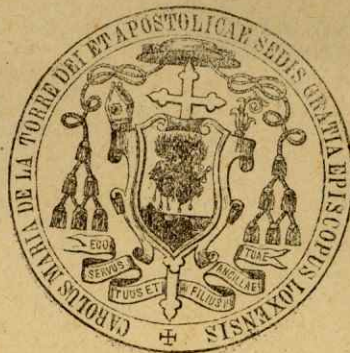
EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

Carlos María de la Torre

OBISPO DE LOJA

DIRIGE

A SUS DIOCESANOS



LOJA-1913

IMPRESA LOJANA

Nos, Doctor Don Carlos María de la Torre,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA APOSTOLICA,
OBISPO DE LOJA.

A nuestro Venerable Capítulo Catedral,
al Clero secular y regular, y a todos los fieles
de nuestra Diócesis:
Salud y paz en Nuestro Señor Jesucristo.

*Pascha nostrum immolatus est Christus.
Itaque epulemur non in fermento veteri,
neque in fermento malitiæ et nequitiae, sed
in azymis sinceritatis et veritatis.*

Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmola-
do. Celebremos, pues, el banquete no con
levadura añeja, ni con levadura de malicia
y de corrupción, sino con los ácidos de la
sinceridad y de la verdad.

(AD CORINTIOS, cap. V. v. 8.)

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:



Rebó ya el día grande y solemne, día por
excelencia formado por el Señor, (1) día
de luz, día de gloria, día alumbrado por
los fulgores del inmortal sol de la Resurec-
ción. Resuena ya la tierra con cánticos
de gloria, dilátase por el orbe el grito de
alegría: Aleluya, aleluya; resucitó el Se-
ñor; triunfante de la muerte se levantó
Jesús; aleluya, aleluya."

Rebose todo pecho de inefable contento, desátese toda
lengua en himnos de alabanza; los pueblos todos y gentes de
la tierra, en magnífico concierto de dulcísima armonía, can-
ten la gloria de Jesús; celebren entusiastas el triunfo del Sal-
vador: *Victimæ Paschali laudes immolent christiani.* (2)

Prosiga en buena hora el antiguo y desgraciado pueblo
escogido, marcado con el indeleble estigma de eterna reprobación.

(1) Ps. 117, 23.

(2) *Sequenz. Missæ.*

ción, prosiga arrastrándose por entre las sombras de su vieja y caduca Ley, y en las observancias sin vigor ni suficiencia (3) de complicadas ceremonias y cruentos sacrificios, busque, en buena hora, la vida que ya no existe; prosiga celebrando con místicos cantares la memoria de su rescate, asíéntese todavía al sagrado banquete, inmole aún con misteriosos ritos su cordero pascual, y coma de sus carnes asadas a lento fuego; (4) para nosotros huyeron ya las sombras; ¿para qué la imagen en presencia de la realidad? (5) Asentémonos, pues, gozosos al celestial banquete, alimentémonos con amor de la carne del cordero; que para nosotros también se ha inmolado la pascua, y sacrificado el Cordero de Dios, (6) Cristo Jesús. *Pascha nostrum immolatus est Christus.* (7)

A imitación de los judíos, purifiquémonos antes, no ya de las inmundicias legales, sino de nuestras culpas y pecados; en vez de lechugas y hierbas amargas, saboreemos las dulzuras de dolorosa penitencia; de nuestros ojos agradecidos broten lágrimas de contento: rompió el Señor nuestras cadenas devolviéndonos la perdida libertad. Cual de la inmaculada blancura del pan ácimo, vístase nuestra alma del cándido y refulgente manto de la gracia, y así, revestidos de gracia y de pureza, celebremos nuestra pascua, asentémonos al sagrado banquete, alimentémonos con las carnes de nuestro inmolado Cordero. *Estis azymi. Etenim Pascha nostrum immolatus est Christus. Itaque epulemur non in fermento veteri, neque in fermento malitiæ et nequitiae, sed in azymis sinceritatis et veritatis.* (8)

Ved aquí, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, el modo como quiere la Iglesia que celebremos la Pascua. Purificada el alma del antiguo fermento de la culpa, limpio el corazón de toda mancha, con el inmaculado y regio manto de la gracia, nos hemos de asentar al banquete real, y nos hemos de alimentar con las santísimas carnes del Cordero pascual.

Y ¿será necesario que os demuestre que Jesús, escondido en los cándidos velos del Sacramento, místicamente inmolado en la divina Eucaristía, es nuestro deliciosísimo banquete, nuestra perpetua Pascua, nuestra amantísima y adorable Víctima, infinitamente más preciosa que el cordero pascual de los judíos?

La obligación que tiene todo cristiano de acercarse al sagrado convite de la Eucaristía, y la urgente y premiosa ne-

(3) Ad Galatas, IV, 9.

(4) Exod. XII; Leví. XXIII; Neros. XXVIII.

(5) Umbram habens lex futurorum bonorum, non ipsam imaginem rerum; Ad Hebraeos, X, 1.

(6) Joan. I, 29, 36; Luc. XXII, 19; I, Cor. XI, 24; X, 20.

(7) I Cor. V, 8.

(8) I Ad Cor. VII, 8.

cesidad en que se encuentra de alimentarse con este pan de vida eterna, si es que quiere conservar en su alma la vida de la gracia, va a ser el dulcísimo tema de nuestra Carta pastoral.

Oh! Y qué abundantes y preciosos frutos de salvación obtendríamos con nuestras palabras si animadas éstas de encendido amor, cual encendidas saetas fueran a herir vuestras almas! Pero, ay! Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, cuán lejos estamos de abrigar el amor que devoraba a los santos en presencia del Santísimo y Divinísimo Misterio de nuestros altares!..... Empero, no por esto nos acobardamos ni permitimos que se apodere de nuestro pecho el desaliento: tenemos a María. Y a esta divina Madre, confidente amorosa de Jesús, conocedora cual ninguno de los inestimables tesoros de su Hijo, que cual nadie abarcó con penetrante mirada el infinito mundo de la Eucaristía; María, a quien desde nuestro primer paso en esta Diócesis de la Inmaculada la hemos consagrado con amor; María, nuestra tierna y cariñosa Madre, nos alcanzará la gracia que humildemente le pedimos: de inflamar y vivificar nuestra fría y muerta palabra para que produzca en vuestras almas frutos de santificación.

I.

¿Está obligado el cristiano a asentarse al Eucarístico banquete, ha de celebrar la Pascua alimentando su alma con la inmaculada carne del Cordero?

De dos maneras, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, nos intima Dios su voluntad. Ora por medio de los preceptos de la ley natural, grabada por el mismo dedo divino en el corazón humano, no ya con debiles caracteres sino con las más íntimas e imperiosas exigencias de la naturaleza racional; ora por medio de las enseñanzas del Verbo Divino Encarnado, de aquella infinita Sabiduría que, vestida de carne humana, levantó en medio de los hombres cátedra de infalible verdad, y con su doctrina y ejemplos nos señaló el camino de nuestros inmortales destinos.

Y para perpetuar el Dios Hombre su divina misión en la tierra, estableció su Iglesia. Ella, revestida de autoridad sobrenatural y divina, fidelísima depositaria de la verdad revelada, cautivando las inteligencias y subyugando los corazones con los incomparables encantos de una verdad jamás mancillada por el error y de una moral purísima no contaminada jamás por el vicio, es la intérprete auténtica de los divinos decretos y el heraldado fidelísimo de los sagrados preceptos.

Dóctiles, respetuosos, humildes y reverentes han de escuchar los cristianos los acentos de su voz: a nadie es lícito dudar de sus infalibles enseñanzas, a nadie negarle pronta y sin-

fecto que la misma vida del Padre es vida del Hijo, y uno mismo el sér, y una misma la esencia, y unos mismos el poder y majestad y sabiduría y hermosura y bondad; así también, y en cuanto es posible por parte de la criatura, la vida divina de Jesús desbórdase sobre el alma q' recíbele en la Santa Mesa, y tan estupendamente en sí la transforma que la vida del Hijo de Dios es vida del cristiano, uno mismo el entender, uno mismo el desear, unos mismos el deleitarse y gozar; porque el alma, así divinamente transformada, no podrá conocer nada de distinta manera que Jesús, no podrá desear nada que desagrade a Jesús, y, con dichosísima imposibilidad, no ciertamente por falta de libertad sino en virtud de las imperiosas exigencias del amor, no podrá gozarse, complacerse, ni deleitarse en nada en que no se goce, deleite y se complazca también Jesús. En una palabra, iniciaráse en el tiempo la portentosa vida de la gloria. Y si la vida del cielo, como enseña san Juan (52), nos hará semejantísimos a Dios porque cara a cara le veremos, *videbimus eum sicuti est*, también en la tierra, mediante la sagrada comunión, participaremos de la misma vida que beatificará a los santos: vida que no se extinguirá en la muerte porque es inmortal, ni desaparecerá entre las sombras del sepulcro porque es imperecedera y no sujeta a corrupción; vida que, sin cambiarse en sí misma, transformará gloriosamente en la eternidad sus operaciones del tiempo: a la oscuridad de la fe sucederán los inefables resplandores de clarísima visión, a los tormentosos anhelos de la esperanza la dulcísima fruición del Inconmutable y Sumo Bien, y a los trabajos ardores de la caridad las embriagadoras dulzuras del supremo y eterno amor..... ¡Oh Santísimo y Divinísimo Sacramento, fuente de la gracia y prenda de la gloria! Miserables desterrados, a la sombra de tus alas descansaremos tranquilos; sedientos de felicidad, saciaremos en Ti los ardores que nos devoran; y hambrientos de eterna vida, purísima y abundante encontraremos en Ti: vida dichosísima que enjugando en el tiempo las lágrimas del destierro nos embriagará en la Patria con las dulzuras de la gloria! ¡Oh Dios oculto en nuestros altares y escondido en el Santísimo Sacramento! Tú eres el perenne manantial de eterna vida, Tú la indeficiente fuente de sempiterna luz: en tu vida beberemos la vida, y en tu luz contemplaremos la luz! *Filii hominum sub tegmine alarum tuarum speiabunt. Inebriabuntur ab ubertate domus tuæ, et torrente voluptatis tuæ potabis eos; quoniam apud Te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen!* (53).

(52) Joan. III, 2.

(53) Ps. XXXV, 8—10.

Pero balbuceamos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, balbuceamos, cuando vanamente nos esforzamos en sondear los abismos de este incomprensible misterio: confúndese la mente, extraviase la inteligencia, en desordenado tropel pugnan entre sí las ideas, y el alma, ofuscada y ciega, es oprimida por la gloria: "*Qui scrutator est majestatis opprimetur a gloria*" (54).

Entre tanto ved si podía nuestro amadísimo Redentor obligarnos más eficazmente a acercarnos al banquete celestial: la muerte, muerte irremediable, muerte eterna para quien, pudiendo, no recibe a Jesús en el Sacramento; la vida, vida sobrenatural, vida divina, vida inefable, vida eterna, vida que ha de comunicarse aun al cuerpo corruptible para quien con las disposiciones debidas se alimenta con este divino pan.

Pero advertido una vez más. No promete el Salvador divino, esta dichosísima vida a los que por una vez sola lo hayan recibido en la Santísima Eucaristía. No dice *quien hubiere comido* mi cuerpo y bebido mi sangre tiene vida eterna, sino *quien come* mi cuerpo, *quien bebe* mi sangre, dando con esto claramente a entender que este divino alimento ha de ser frecuente, y, en cuanto fuere posible, cotidiano. De la misma manera, escribe Dionisio Cartusiano, *que el cuerpo no puede vivir y sustentarse sin alimento corporal, así no puede conservar el alma la vida de la gracia sin este pan vivificador*" (55).

Y el águila de Hipona, san Agustín, sintetizando con su enérgico lenguaje la enseñanza de la Iglesia y doctrina de los Padres: "*De tal suerte vive, dice, que diariamente puedas recibir el Santísimo Sacramento.*" "*Sic vive, ut quotidie possis sumere*" (56) Y refutando de antemano los fútiles pretextos con que tibios cristianos pretenderían alejarse del sagrado altar, añade: "*Quotidie peccas, quotidie sume*". Si tan grande es tu miseria que diariamente pecas, por lo mismo has de comulgar cada día (57). Y el Catecismo del Concilio de Trento nos garantiza que esta sentencia no es propia del Doctor de Hipona sino común a todos los Padres. (58)

Ardamos, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, ardamos en vivísimos deseos de alimentarnos con este pan de vida eterna. No, no nos contentemos con recibirlo tan sólo de vez en cuando, menos apenas cada año; aspiremos

(54) Prov. XXV, 27.

(55) Sicut corpus sine corporeo cibo non sustentatur, nec permanet in vita naturali, ita anima sine hoc cibo vivifico non persistit in vita gratiæ spirituales. [Apud Cor. a Lap. in VI Joan].

(56) Serm. LXXXIV, 3 [in app.] cf. Ep. LIV, 3.

(57) Ibid.

(58) De sacramento Eucharistiæ; n. 54 in fine.

cera obediencia. Jesús así lo ha dispuesto; así lo ha ordenado el Señor. (9) Si alguien con temeraria audacia rebelárase contra la Iglesia, cual miembro engangrenado sería de ella separado: (10) y fuera de la Iglesia Católica, aún en este mundo, la Historia nos lo enseña, reproducense, con todos sus horrores, los desórdenes del infierno: densas tinieblas y temerosas oscuridades en la mente, miserias, angustias, crueles inquietudes en el corazón: y por todas partes, sombras de muerte, desorden perpetuo, caos sempiterno. (11)

Ahora bien; de dos maneras desempeña la Iglesia Católica la altísima misión que Jesús le ha confiado: ora por medio de la enseñanza y gobierno de los Obispos, Pastores de circunscripciones porciones de la cristiana grey; ora, cuando la magnitud del negocio así lo exige, ya por medio del Supremo Pastor, el Romano Pontífice, que con inapelable autoridad define o condena, manda o prohíbe o ya en el augustísimo Senado de todos los obispos, presididos por el Papa, en las solemnes asambleas de toda la Iglesia, los Eucuménicos Concilios. Si los fieles todos obligados están a obedecer a sus legítimos pastores, cuando de parte del Señor, intimanles su voluntad, mayores han de ser la prontitud, docilidad y reverencia con que acaten las leyes dictadas por los Concilios o por el Romano Pontífice.

¿Está, pues, obligado el cristiano, lo repetimos, a asentarse al Eucarístico Banquete, ha de celebrar la Pascua alimentando su alma con la carne adorable del Inmaculado Cordero? ¿Ha intimado la Iglesia este precepto, ha impuesto esta obligación?

¡Felicísimos tiempos aquellos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, los de la Primitiva Iglesia! ¡Dichosísima edad aquella en que los cristianos menospreciando los bienes terrenales únicamente aspiraban a la posesión de los divinos, y purificada el alma de la escoria de la culpa, y limpia de toda afición y apego a la mezquina tierra, abrasábanse en el encendido fuego de la caridad, y nada anhelaban con mayor vehemencia, ni suspiraban con más vivo ardor, que por acercarse diariamente al celestial convite de la santísima Eucaristía!

Ya el inspirado autor del canónico libro de los Hechos de los Apóstoles, al trazar con encantadora sencillez el sublime cuadro de los primeros fieles, conmemora expresamente que tres eran las continuas ocupaciones de aquellos fervorosos creyentes: oír con santa avidez las enseñanzas de los Apóstoles, levantarse en alas de encendida oración hasta el trono del Se-

ñor, y participar diariamente de la mística fracción del Pan, esto es, de la adorable Eucaristía; (12)

Y lo que se observó en Jerusalén se practicó igualmente en todas las Iglesias fundadas por los Apóstoles. Durante la edad heroica del Cristianismo, y cuando abrazar la fe era recibir de antemano sentencia de muerte; en aquellos gloriosísimos tiempos en que la injusta y cruel cuchilla del verdugo amenazaba sin cesar a los cristianos; nadie creíase capaz de afrontar generosamente la muerte ni de triunfar gloriosamente en la lucha, si no sentía arder su pecho con los inflamados ardores de la caridad, si no había retemplado antes su espíritu en la hoguera del Amor, y alimentándose con el Pan de los fuertes en el divinísimo Sacramento, no se había revestido el alma, cual de acerada armadura, de invicta y heroica fortaleza. No es idóneo para el martirio, clama San Cipriano, hablando de la recepción del Santísimo Sacramento, quien no ha sido por la Iglesia armado para la lucha. *Idóneus non potest esse ad martyrium, qui ab Ecclesia non armatur ad praelium.* (13)

Por esto, cuando para huír de sus tiranos, entre las negras y oscuras cavernas de la tierra, buscaron asilo y refugio los fieles de Roma; cuando a través de los estrechos y tortuosos callejones de las Catacumbas, encaminábanse a aquellas pobres, desnudas, bajas y diminutas capillas que enternecen el corazón de quien las contempla, caminaban presurosos, llena el alma de paz dulcísima y rebosando el corazón de inefable alegría: allí, en aquellas húmedas y oscuras mazmorras, celebrará el Pontífice los sagrados Misterios, allí se asentarán ellos al celestial convite, allí, en cándidos lienzos, recibirán el pan eucarístico, y, ricos con su tesoro, lo llevarán a sus casas, lo conservarán en lo más apartado de sus habitaciones, y, a solas y sin testigos, en presencia de su Señor, derramarán con religiosa ternura y confianza filial los sentimientos y afectos de su alma atribulada, beberán a torrentes la invicta fortaleza, y cuando a punto estén de caer en manos de sus verdugos, abrirán el sagrado Depósito, lo adorarán con profunda reverencia, con mano temblorosa introducirán en su agitado pecho a su amadísimo Señor, y una vez realizada la inefable unión, ya podrán presentarse tranquilos y serenos a sus enemigos, ya correrán alegres a las oscuras y temerosas cárceles, ya mirarán impasibles los tormentos que les esperan, ya podrán morir con la sonrisa en los labios, con la alegría en el semblante, con desbordante júbilo en el corazón.....

En aquellos tiempos de pureza y de fervor ¿qué necesi-

[9] Mat. XXIII, 20; Joan. XIV, 16; Ad Eph. IV, 11; Tim. III 15.— Mat. XVI, 19; XVIII, 18.

[10] Mat. XVIII, 17.

[11] Job, X, 22.

[12] Act. Ap. II, 42, 47.

[13] Epis— Lib. I, epis. 2.

dad había de que recordase la Iglesia a los fieles el divino precepto de la comunión?... Pero ay!, la tibieza poco a poco penetró en las aguerridas filas de aquellos invictos cristianos; y lo que no habían obtenido los tormentos, persecuciones y muerte, fácilmente alcanzaron los mezquinos y despreciables bienes de la tierra. Resfriada la caridad, apartáronse de la santa Mesa, y privada el alma de los celestiales fulgores del Sol divino de la Eucaristía, arrastrándose a tientas por entre sombras de noche lóbrega, sin este alimento sobresustancial, desfallecieron en el camino, y sin el suave y vivificante calor de esta divina Hoguera, perdieron por fin la vida.

Entonces, en aquellos momentos mucho más temibles para el Cristianismo que los tiempos de persecución, dejóse escuchar la solemne y veneranda voz de los Pontífices que intimaban a los fieles el divino precepto de la comunión. El glorioso mártir san Anacleto, (14) el invicto confesor de la te san Fabián, (15) ambos desde la sublime Cátedra de Pedro, con divina autoridad recordaron a los fieles que, por lo menos algunas veces al año, debían alimentar sus almas con el cuerpo y sangre del Salvador.

Apresuráronse los Concilios a confirmar con su autoridad las disposiciones de Roma y con frecuencia recordaron a los fieles tan sagrada obligación.

Entre otros el Concilio Agatense, reunido en 506, (16) el Lateranense IV, congregado en el pontificado de Inocencio III, (17) y el celeberrimo Concilio Tridentino, una y otra vez han inculcado este deber y con grande encarecimiento recordado a los fieles esta obligación.

Y ¡qué términos los que emplean, qué castigos los que conminan! Según el primero, los seglares que *ni siquiera* comulguen por las fiestas de Pascua, Pentecostés y Navidad no han de ser tenidos por cristianos. Si, como lo prescribe el segundo, no se acercaren *por lo menos* en Pascua a la Santa Mesa, en vida se les ha de prohibir el ingreso a la Iglesia, y después de muertos háseles de negar eclesiástica sepultura. Finalmente el Concilio de Trento llega a formular un canon y a castigar con anatema a todo el que se atreviere a negar que todos los cristianos no están obligados a acercarse *por lo menos* en Pascua al sagrado altar. (18) Pero notad, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, que cuando los Pontífices y Concilios imponen a los fieles la obligación de comulgar, expresamente advierten que *siquiera* deben hacerlo alguna vez al año. Inocencio III, en el Concilio Lateranense IV, dice

(14) Apud Gratian. p. 3. Dist. II, c. 10.

(15) Ibid. p. 3. Dist. II, c. 16.

(16) Can. 18.

(17) Can. 21.

(18) Sess. XIII, can. 9.

que *por lo menos* comulgen en Pascua, y el Tridentino, *siquiera* por Pascua. Es decir que la Iglesia, aunque no castigue con las severísimas penas que hemos recordado sino tan sólo a quienes *ni siquiera* comulguen una vez al año, con todo, no está satisfecha: vivamente desearía que lo hiciesen con más frecuencia. Oíd sino a los Padres Tridentinos, reflexionad sus palabras, detenidamente medita todas y cada una de sus expresiones: no olvidéis que el Espíritu Santo, es quien habla por boca del Concilio: "*Este Sacrosanto Concilio, dice en el capítulo 8 de la sesión III, este Sacrosanto Concilio, con paternal afecto AMONESTA, EXHORTA, RUEGA Y SUPLICA por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios, a todos y cada uno de los que llevan el título de cristianos, que lleguen finalmente a convenirse y conformarse en esta señal de unidad, en este vínculo de caridad y en este símbolo de concordia; y recordando la inmensa Majestad y eximio amor de Jesucristo Nuestro Señor, que entregó su preciosísima vida como precio de nuestra salvación y su carne para que nos sirva de alimento; (19) crean y veneren estos sagrados Misterios de su cuerpo y sangre con tan firme fe, con tal devoción de ánimo, y con tal piedad y reverencia que puedan recibir con frecuencia aquel pan sobresustancial, de manera que sea verdaderamente vida de su alma y perpetua salud de su mente, para que, confortados con el vigor que de él reciban, puedan llegar del camino de esta mísera peregrinación a la celeste Patria, donde sin ningún velo se alimentarán de ese mismo pan de los ángeles que ahora oculto reciben bajo las sagradas especies*". (20)

Y en otra parte expresan el ardiente deseo de que todos los fieles que concurren a la Santa Misa no sólo espiritual sino también sacramentalmente reciban la Sagrada Eucaristía. (21)

Y el sapientísimo e inmortal León XIII, en su encíclica *Miræ caritatis*, (22) llama perniciosísimo el error, por desgracia muy común, de creer que la frecuente comunión conviene únicamente a aquellos espíritus pusilánimes que, apartados de los negocios, aspiran a una vida tranquila y piadosa. No, dice el gran Pontífice, nada hay más excelente, nada más saludable que la sagrada comunión: conviene sin distinción alguna a todos, de cualquiera alcurnia o condición que sean, si es que quieren conservar en su alma la vida de la gracia y conseguir la eterna bienaventuranza.

(19) Joan. VI, c. Prima de Cons. dist. 2.

(20) Conc. Trid. sess. XIII, c. 8.

(21) Sess. XXII, cap. 6. Así se acostumbraba en la primitiva Iglesia, como lo atestiguan el cap. *Omnes fideles*, de Cons. dist. 1 y c. *Peracta*, cod. dist. 2.

(22) De 28 de mayo de 1902.

Y ¿qué diremos de Pío X, el Pontífice de la Eucaristía? Allí están sus venerandos decretos sobre los requisitos para la comunión frecuente y aún cotidiana, (23) y sobre la comunión de los niños apenas llegados al uso de la razón. [24] Nó, no es verdad, según las enseñanzas del Sucesor de Pedro, que para comulgar diariamente se requieran una virtud consumada y una perfección exenta de toda mancha; ni siquiera es necesaria la inmunidad de la culpa venial. Para comulgar frecuentemente y aún cada día, bastan, a más del beneplácito del confesor, la excusión de culpa mortal y la rectitud de intención, por la cual no pretendamos otra cosa al acercarnos al divino convite que purificar nuestra alma de sus manchas, fortalecerla contra las pasiones, crecer en el amor de Dios y hacer algo, en nuestra miseria, que agrade a Nuestro Señor Jesucristo. Empero, Dios mediante, esperamos ocuparnos, en otra ocasión, con más detenimiento, de materia tan importante.

Entre tanto, meditemos las palabras de nuestro amadísimo Pontífice en su carta al Cardenal Aguirre, en la que le encomienda la presidencia del Congreso Eucarístico de Madrid. *"A este blanco han de tender vuestros proyectos, a donde miran nuestros pensamientos y cuidados: a conseguir que los hombres crezcan en el conocimiento, en el amor, en la familiaridad con Nuestro Señor Jesucristo. Y todo esto se ha de alcanzar mediante la pía y fervorosa participación del vivífico Sacramento. Por esta razón, ANTE TODO CONVIENE que no sólo entre los adultos sino también entre los niños se establezca la costumbre de la Comunión no sólo frecuente sino también CUOTIDIANA."* (25)

Y ¿nos atreveríamos a juzgar de exagerada esta doctrina y a censurar como demasiado severa a la Iglesia de Dios? Nó, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, porque si la Iglesia santa levantara demasiado el punto en sus exigencias, equivocárase, engañárase, descendería del excelso trono de gloria en que la ha colocado el Señor al constituirla maestra infalible de verdad, y, juntándose con el error, mancharía, según la frase bíblica, la santidad del lecho nupcial. Nó, clama San Cipriano, la Iglesia de Cristo no puede mancharse de adulterio asociándose con el error: púdica es e inmaculada; no conoce otro palacio que el de la verdad: guarda con casto pudor incontaminado su lecho nupcial. *"Adulterari non potest sponsa Christi: incorrupta est et pudica. Unam domum novit, unius cubiculi sanctitatem casto pudore custodit."* (26)

(23) Decret. Sacra Tridentina Synodus.

[24] *Quam singulari.*

[25] De 5 de Junio de 1911.

[26] Cypr. De unitate Ecc; 6.

II

Empero, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, el precepto de la sagrada comunión no es humano sino divino; y la Iglesia al imponerlo a los fieles no hace sino intimarles la voluntad divina. Nuestro Señor Jesucristo mismo ha impuesto a los cristianos esta dulcísima obligación. Háblenos, pues, en persona el Verbo divino, la Sabiduría Encarnada, nuestro amabilísimo Salvador. Brote de sus divinos labios el saludable precepto: de aquellos labios divinos en donde florece la verdad y bulle la eterna vida: *"Verba vitæ eternæ habes"*. [27]

Las suavisimas expresiones de Jesús no se nos han transmitido únicamente por el auténtico órgano de la tradición y por el Magisterio infalible de la Iglesia: los melodiosos acentos de su voz divina han quedado indeleblemente impresos en una página del Evangelio: allí, en el de san Juan, el cristiano, en humilde y recogida oración, puede saborear la sublimidad incomparable, la sencillez portentosa, la belleza encantadora, la energía y vida de las admirables expresiones del Salvador.

Está Jesús en Cafarnaúm, la ciudad de su ordinaria residencia [28]; predica en la sinagoga [29]; rodeándole numerosas personas ávidas de escuchar su doctrina celestial. Viva y fresca está la memoria del estupendo prodigio obrado el día anterior, en la ribera oriental del lago de Tiberíades: cinco panes, prodigiosamente multiplicados por el Divino Taumaturgo, bastaron al sustento de más de cinco mil personas. Muchos de sus oyentes, la mayor parte de ellos, ante el inaudito prodigio habían exclamado: *"Este es el Profeta que esperamos, este el Profeta que nos está anunciado."* Y en la febril conmoción de su espíritu habíanle aclamado por su rey [30]. Sin embargo, aquellos arranques de pasajero entusiasmo no eran el grito de la fe. Buscaban los judíos al Maestro, apiñábanse en su derredor, pendientes de sus labios, en profundo silencio, con religiosa admiración, escuchaban sus divinas enseñanzas; empero sus ojos mundanos y carnales no podían descubrir en el pobre, sencillo, humilde, y bondadosísimo Redentor al verdadero Hijo de Dios.

El estupendo prodigio de la víspera y los otros innumerables que habían presenciado no habían conseguido aún doblegar su indomable cerviz, ablandar su incircunciso corazón, y arrancar de sus labios el entusiasta grito de la fe.

(27) Joas. VI, 69.

[28] Mat. VI, 13; IX, 1.

[29] Joan. VI, 60.

[30] Ibidem, 1 15.

Y sin embargo, sin la fe imposible es agradecer a Dios [31], sin la fe nadie participará de los preciosísimos frutos de la Redención, sin la fe, asentada el alma entre sombras de muerte, no puede contemplar los resplandores de la verdad ni gozar de la eterna vida. *Hæc est vita æterna, ut cognoscant Te, Deum verum, et quem misisti Jesum Christum* [32].

Jesucristo es la vida: *Ego sum vita* [33]; ¿cómo sin unirse íntimamente con El, incorporarse con El, y transformarse en El, podría el alma vivir?

Esta íntima y maravillosa unión del alma con Jesús no sólo fuente de la vida sino la vida misma, necesaria e imprescindible para que pueda el alma vivir de sobrenatural y divina vida, va a enseñar Jesús en la sinagoga de Cafarnaúm. De la misma manera, dice, que la vida humana no puede conservarse sin el necesario sustento, así la preciosísima vida del alma necesita también de alimento, imperiosamente exige un pan no criado sino divino, no terreno sino celestial. Los judíos en el desierto, aunque alimentados con el maná, no gustaron del pan del cielo, de ese pan que produce la vida eterna: todos ellos murieron; se eclipsó su vida, con las sombras de la tumba (34). Yo, dice el divino Maestro, yo soy el verdadero pan bajado del cielo: quien venga a mí no sentirá más los tormentos del hambre; quien crea en mí no tornará a experimentar los ardores de la sed. Yo soy el pan de vida, yo el pan bajado del cielo. Yo doy la vida al mundo; quien coma de este pan vivirá eternamente. (35)

Oh señor! Qué palabras tan misteriosas, tan sublimes, tan incomprensibles a nuestro flaco entendimiento son éstas que han brotado de tu santísima boca! No, no las ponemos en duda como lo hicieron tus endurecidos oyentes de Cafarnaúm; jamás pronunciarán nuestros labios la sacrilega sentencia: "¿Qué! ¿No es este el hijo de José? no conocemos a su padre y a su madre? Cómo pues, dice que es pan bajado del cielo? (36)" Las creemos, Señor, y las creemos con toda el alma: Tú eres la Verdad por esencia: no puede tus labios manchar jamás el error. Pero ¿cómo nos alimentaremos de este prodigioso pan? de qué manera, incorporándonos con El, participaremos de la eterna vida?..... *Quien cree en Mí tiene la vida eterna* (37). Oh santa fe, oh dichosísimo adherirse del entendimiento humano a la Verdad divina, oh participación misteriosa de la Increada Luz! Por ti creemos en Jesús, con-

[31] Ad Hebreos, XI, 6.

[32] Joan. XVII, 3.

[33] Joan. XIV, 6.

[34] Joan. VI, 32, 33.

[35] Ibid. 35, 40.

[36] Joan. VI, 42.

[37] Ibid. 47.

fesamos su divina misión y adhiriéndonos a El mediante la humilde sujeción a su divina palabra, nos alimentamos de este pan celestial y principiamos a sentir que brota en el alma aquella misteriosa fuente de aguas vivas, que, según la expresión del Salvador, manan hasta la vida eterna. (38)

Empero la unión con el Redentor, operada por la fe, no basta para que el alma posea plenamente la vida; unión más estrecha, más íntima, más portentosa, más vital, dirémoslo así, es la que ha de comunicarnos tan inestimable don: la unión que opera la Santísima Eucaristía.

"Yo soy, agrega el Salvador, el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que descende del cielo, a fin de que quien coma de él no muera. Yo soy el pan vivo descendido del cielo. Quien comiere de este pan vivirá eternamente: y el pan que yo daré mi misma carne es para la vida del mundo." (39)

Al escuchar estas palabras pásmanse los judíos, escandalizanse, murmuran en su interior: Cómo, dicen, puede éste darnos su carne en comida? (40) Muchos desdeñosamente vuélvenle las espaldas: porque demasiado dura les parece esta doctrina; no la pueden tolerar (41). Mas no por eso retira Jesús una sola de sus palabras, no modifica ninguna de sus expresiones, no pretende interpretarlas en sentido figurado; antes bien sirviéndose con énfasis de aquella solemne fórmula que sólo en gravísimas circunstancias emplea, apoyando con todo el peso de su autoridad divina lo que acaba de enseñar, a la manera de juramento, añade: "*En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del Hombre, y no bebiereis su sangre, no tendréis la vida en vosotros* (42.) Quien no reciba, pues, al Salvador en la sagrada Eucaristía, no puede vivir: *non habebitis vitam in vobis*. Sin remedio se extinguirá la vida en aquella alma infortunada, y la muerte con todos sus horrores hará de ella su presa. He aquí el tremendo, formidable y espantoso castigo impuesto a los que no comulgan: la muerte del alma. ¿Podía el Divino Maestro más eficazmente estimular a los cristianos a acercarse al Divino Banquete? Lejos muy lejos de nosotros la atrevida sospecha de que exagera Jesús: es El el Hijo de Dios, es El la Sabiduría increada, es El la Verdad primera, es El la inexhausta fuente de toda luz: El prende en todos los hombres el rayo luminoso de la inteligencia y alumbra a las almas con los destellos de la verdad. Puede el hombre, engañándose,

[38] Joan. IV, 14.

[39] Joan VI, 48 52.

[40] Ibidem, 53.

[41] Ibid. 61, 67.

[42] Ibid. 54.

errar; Dios, jamás.

Y este misterioso pan no sólo es medicina de inmortalidad, como le llama san Ignacio, *pharmacum immortalitatis* (43), es al mismo tiempo perenne manantial de eterna vida: *Cibum nutrientem ad immortalitatem et vitam æternam*, como lo apellida san Cirilo (44).

"Quien come mi carne y bebe mi sangre, prosigue el Salvador, tiene vida eterna: y yo le resucitaré en el último día. Porque mi carne verdaderamente es comida y mi sangre verdaderamente es bebida" (45). Es decir que el dichosísimo cristiano que con las debidas disposiciones acércease al santo altar no sólo adquiere derecho a una vida que más tarde se le dará, sino q' ya desde entonces esta vida inmortal penetra en lo más íntimo del alma, domina, subyuga y vivifica el espíritu, y apoderándose de todo el sér arroja en el mismo cuerpo mortal y corruptible el germen dichoso de gloriosa inmortalidad. Así como el alma vivificada por este pan de vida no puede por menos que vivir y de eterna vida, así también el cuerpo, santificado con el contacto real del cuerpo y sangre del Salvador, no puede ser condenado a eterna corrupción. Morirá sí, porque ha de cumplir el castigo del Señor: polvo es y en polvo se ha de convertir (46). Pero allí, en la oscuridad de la tumba, entre las humillaciones de la corrupción, en aquel puñado de inmundado polvo que quizá el viento agitará, levantará y esparcirá, vivirá el germen de la inmortalidad. Aquel cuerpo horrible con la descomposición de la muerte, no será confiado al sepulcro sino a la manera de la semilla que es entregada a la tierra (47): un día se levantará de su tumba revestido de gloria, de luz, de vida inmortal. El Redentor a quien recibió en la santa Mesa, con su omnipotente palabra congregará los átomos dispersos de aquel polvo, los unirá entre sí, los amasará cual amasó el cuerpo del primer hombre [48], y en vez de inspirar en ellos un nuevo espíritu, les juntará el alma que ya existe, para que unidos por segunda vez, no vuelvan a separarse jamás. *Ego, ego resuscitabo eum in novissimo die.* [49]

¿Qué de admirar es que el alma principie a vivir, mediante la sagrada comunión, de eterna vida, y que aún el cuerpo mortal reciba el germen de inmortalidad si, como añade el Salvador, "quien come su carne y bebe su sangre mora en

(43) S. Ign. Epist. 14 ad Ephes.

(44) S. Cyril. l. 4, c. 16.

(45) Joan. VI, 55.

(46) Gen. III, 19.

(47) I Ad Corin. XV, 42, 44.

(48) Gen. II, 7.

(49) Joan. VI, 55.

Cristo y Cristo en él?" [50]; ¿Qué morada es ésta Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, qué morada es ésta tan portentosa y admirable!..... Jesús en el Sacramento escóndese en el dorado copón, descansa en el cándido corporal, muéstrase en la rica custodia; pero estos objetos, si bien santificados por el contacto de la carne adorable del Señor, prosiguen, sin embargo, fríos, inertes, sin vida.

No, no permanece de esta misma manera en el alma del que lo recibe. "Así como el Padre que me ha enviado vive, y yo vivo por el Padre: así quien me come también vivirá por mí" (51). No pasemos tan de prisa sobre estas divinas y estupendas palabras: encierran en sí mundos de luz, abismos de nefable amor, piélagos de dulcísimos e inmortales consuelos. Cuando el alma pura, mediante la sagrada comunión, encierra en sí al Hijo de Dios, éste no permanece inactivo sino maravillosamente obra en ella. No de otra suerte que el hierro arrojado a una hoguera y puesto en contacto con el fuego, múdase, cámbiase, transfórmase, conviértese también en fuego, porque el fuego embistiéndole con sus llamas, comunicándole sus ardores, abrasándole con sus incendios comunica su propia substancia; así Jesús, aunque encerrado en los místicos velos del Sacramento, cuando penetra en el alma despliega en ella su divina y omnipotente actividad: y blandamente la conmueve, y amorosamente hasta sí la levanta, y, con indecible ternura, estréchala contra el divino pecho: un torrente de vida circula entonces entre el Corazón de Cristo y el corazón del cristiano: y esta vida, suprasensible, sobrenatural, divina, cual activísima llama abrasa las culpas, consume las imperfecciones, purifica los pensamientos, santifica los afectos, y alumbra e ilumina, y calienta y vivifica y, para decirlo todo de una vez, diviniza al alma.

¿Quién comprenderá jamás esta misteriosa y divina vida? Cristo mismo, para explicarla, acudió a otro misterio no menos inexplicable. "Así como el Padre, dijo, vive, y yo vivo por el Padre, así quien me come vivirá también por mí." Es decir que así como por toda la eternidad, y aun antes que de la nada brotasen los mundos, la Trinidad augustísima no estuvo inactiva y cruzada, por decirlo así, de manos, sino en asombrosa y fecunda actividad, porque desde toda la eternidad el Padre engendraba al Hijo, y el Hijo procedía del Padre como término de su entender, y Verbo de su inteligencia, y rayo de su claridad, Dios verdadero de Dios verdadero; y en virtud de esta inenarrable generación, no sólo participaba el Hijo de la vida del Padre sino que la recibía de modo tan per-

(50) Ibidem, 57.

(51) Ibid. 58.

a recibirlo, como desea la Iglesia, todos los días. Ay! Que no tengamos la desventura de sentir como los judíos alimentados en el desierto por el maná..... (no nos atreveremos a decirlo empleando el término de la Escritura), que no tengamos la desventura de sentir menos estima y aprecio por este Santísimo Sacramento. No echemos de menos los mezquinos y vergonzosos deleites de los sentidos; con monstruosa ingratitud, no murmuraremos contra Dios, no censuremos a la Iglesia que nos aconseja, exhorta y suplica a alimentarnos cuotidianamente con este celestial manjar; no hagamos nuestras las atrevidas y blasfemas expresiones de los ingratos hebreos: "Por qué nos habéis sacado de Egipto para que muramos en el desierto? Nos falta el pan, no hay agua; ya provoca a náusea este pan insubstancial. *Cur eduxisti nos de Aegypto, ut moremur in solitudine? Deest panis, non sunt aquæ; anima nostra jam nauseat super isto cibo levissimo.* (59)

Mandamos que se lea esta Carta Pastoral en la forma acostumbrada.

Dada en nuestro Palacio de la Inmaculada Concepción de Loja, a 23 de marzo de 1913, fiesta de Pascua.

✠ Carlos María,
Obispo de Loja.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima,

JUVENAL JARAMILLO,
Subsecretario.

(59) Num. XX, 5.

131

TERCERA CARTA PASTORAL

QUE

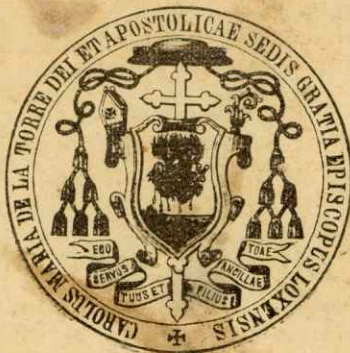
EL ILMO. Y RMO. SEÑOR DOCTOR DON

Carlos María de la Torre

CEISPO DE LOJA

DIRIGE

A SUS DIOCESANOS



Loja— 1913.

IMP. LOJANA.

Nos, Doctor Don Carlos María de la Torre,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SILLA APOSTOLICA
OBISPO DE LOJA.

A NUESTRO VENERABLE CAPÍTULO CATEDRAL,
al Clero secular y regular, y a todos los fieles
DE NUESTRA DIOCESIS:
SALUD Y PAZ EN NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

De plenitudine ejus nos omnes accepimus.
De la plenitud de su gracia todos hemos
participado. JOAN. I, 16.

Venerables Hermanos y amadísimos Hijos:



A tierra entera se ha estremecido de contento al recordar aquella fecha eternamente memorable en que la mística Esposa del Cordero, la Santa Iglesia Católica, abandonando por fin, tras largo cautiverio, las oscuras masmorras y temerosos antros de las Catacumbas, pudo, a la faz del mundo y sin temor de la muerte, levantar al cielo sus inocentes manos, y, llenas después de los celestes dones, derramarlos con pródiga profusión en los mortales. Habían caído por fin las al parecer infranqueables barreras con que una superstición diez veces secular, las pasiones humanas enseñoreadas del hombre y por él divinizadas, el odio cruel e insaciable de un pueblo amamantado con las inmundicias y crueldades del paganismo, la negra y osada calumnia con que sacerdotes y augures defendían sus bienes y haciendas amenazados con inminente ruina, y la muerte, en fin, precedida y acompañada del espantoso cortejo de los más feroces y horripilantes tormentos, al servicio todos de la Idolatría, habían levantado, con temeraria audacia, para contener en su marcha triunfal

al Cristianismo. Cual sol en el cenit, la verdad religiosa, no ya como hasta entonces, a través de negros y sangrientos nubarrones, sino desde un cielo sereno y transparente, pudo irradiar su luz divina por toda la tierra; la fecundante savia de la moral cristiana libremente y sin tropiezos pudo circular por el individuo y santificarlo, penetrar en el seno de las familias y consolidarlas, infiltrarse a la postre por todos los órganos y miembros de la sociedad caduca y carcomida, más que por los años, por sus execrables excesos, y regenerarla e infundirle nueva vida.

La verdadera civilización, aquella que sin descuidar las nobles exigencias de la inteligencia y de la voluntad, sedientas de la verdad y del bien moral, promueve eficazmente el justo desarrollo material, artístico e industrial en el orden individual, político y social, no sólo recibió del Cristianismo trazada ya la ruta que debía seguir y marcado el camino por el cual, para no extraviarse, debía de marchar, sino que encontró en él experto e iluminado guía, entusiasta y celoso promotor, grande y poderosísimo auxiliar.

He aquí los motivos de la justa y desbordante alegría que embarga todo cristiano pecho, he aquí la razón por la cual resuenan los espacios con cánticos de gloria, vístense las ciudades con sus más ricas y preciosas galas, inúndanse los templos con los suavísimos aromas exhalados, en forma de oración, por agradecidos corazones, y circulan por los santuarios las solemnes, entusiastas y fervientes notas del himno de acción de gracias.

Loja, la católica y piadosa Loja, no podía permanecer insensible ante los entusiastas transportes del orbe cristiano. Sus nobles y esclarecidos hijos guardan con solícito cuidado el precioso tesoro que, cual riquísima herencia, de sus padres recibieran: la fe católica.

Esta fe divina vive de exuberante vida en los corazones de todos, y constituye el más preciado timbre de su gloria; azotada por la tempestad, ha permanecido incólume y vigorosa, y, sacudida por el huracán, cual majestuoso cedro del Líbano, ha ahondado y profundizado más sus robustas raíces; a la manera de generosa y fecundante savia mezclada con la sangre ecuatoriana, despierta, sostiene y aviva aquellas nobles ansias y valientes y

denodados esfuerzos con que luchan por labrar el progreso, el engrandecimiento y la gloria de la Patria; de esta amadísima Patria que, so pena de renunciar a sus pasadas glorias y renegar de sus pasadas grandezas, ha de conservarse, a pesar de los obstáculos, católica siempre y fervorosa creyente, porque la fe que le arrulló en la cuna, le inició en los secretos de la vida, le ayudó a dar los primeros pasos, y no ha cesado jamás de promover, con abnegado desinterés, su dicha y engrandecimiento, constituye su fisonomía propia, su carácter distintivo, el sello peculiar que le da la supremacía sobre los demás pueblos de la tierra.

La Diócesis de Loja, pues, en asocio de sus hermanas de la República, por insinuación del piadosísimo Prelado, que con tanto acierto rige y gobierna la Arquidiócesis de Quito, va, en conmemoración de la paz otorgada por Constantino a la Iglesia, a renovar la consagración del Ecuador al Corazón Sacratísimo de Jesús. Proclamará con esto la Iglesia ecuatoriana que el Corazón del Hombre Dios es la fuente primera de donde manan todo favor y toda gracia en el orden natural y en el sobrenatural, para los individuos y también para los pueblos y naciones, y que, por lo mismo, la declaración oficial del triunfo obtenido por el Cristianismo, después de tres largos siglos, sobre sus enemigos, y la libertad que concedióle el inmortal Constantino fue ^{con}precioso dón de este amantísimo Corazón.

He aquí, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, los importantísimos puntos sobre los q' deseamos llamar vuestra atención en esta nuestra Carta Pastoral: todo bien tanto en el orden natural como en el sobrenatural y divino de la gracia lo hemos recibido del bondadosísimo Corazón del Salvador; luego, justo, muy justo es que todo se lo consagremos espontánea, voluntaria y amorosamente.

I

El Apóstol del amor, aquél que tuvo la inefable dicha de reposar la cabeza en el pecho de Jesús y contar los latidos de su adorable Corazón, después de recordar con divino lenguaje la eterna generación del Verbo y su aparición en la tierra cubierto de carne humana, celebra

y canta su gloria diciendo que fue cual correspondía al Unigénito del Padre, a Aquél que es la plenitud de la Verdad, porque, fuente de clara e indeficiente luz, y la plenitud de la Vida, porque el océano de la gracia y del amor; y agrega q' de esta plenitud de verdad y de luz, y de este océano de gracia y de amor, todo lo hemos recibido. *De plenitudine ejus nos omnes accepimus.* (1)

Hemos recibido del Corazón de Cristo todo bien en el orden natural. Si contemplando la magnificencia del universo y las admirables prendas y excelentes cualidades que adornan al hombre, nos preguntamos quién fue su Criador; la razón y la fe nos contestan de común acuerdo: Dios. Y si no satisfechos aún, y a pesar de nuestra débil mirada, sondeando los secretos de Dios, nos preguntamos, por segunda vez, a cuál de sus divinos atributos debemos el sér, la vida, todo lo que poseemos; la Filosofía y la Religión nos muestran a la infinita Sabiduría ordenándolo todo con número, peso y medida, a la soberana Omnipotencia pronunciando el *fiat* creador, a la Divina bondad comunicándose a sí misma, y al infinito Amor ostentando y haciendo gala de todas las magnificencias y grandezas dignas del amor de Dios: amor desinteresado porque amando nada pretende alcanzar: es el piélago inconmensurable de todo bien y perfección; amor activo y operador porque amando causa. El mismo la bondad por la cual se hace amable el objeto amado; amor sacrificado que, a pesar de la infalible certidumbre con que mira la ingratitud y mala correspondencia del hombre, ámale, sin embargo, y no deja de enriquecerle con sus dones. La bondad de Dios, el incomprendible, eterno e infinito amor de Dios, he aquí la causa primera de nuestra existencia, he aquí la razón adecuada de todo nuestro sér. *Quia bonus est, sumus*, dice S. Agustín: si existimos, lo debemos a la bondad de Dios. (2) Nó, agrega S. Ireneo, no crió Dios al hombre porque de él necesitase, sino tan sólo y únicamente por tener en quien depositar sus dones. *Non quasi indigens Deus hominis plasmavit Adam, sed ut haberet in quem collocaret sua beneficia.* (3)

Ahora bien; ese amor divino que cual encendido Sol

al proyectar los rayos de su calor sobre los negros y fríos abismos de la nada, los calentó, fecundizó, y en ellos hizo pulular el ser y la vida, ese infinito, desinteresado y heroico amor, causa del universo y en especial del hombre, no es propio de una sola de las personas de la Tríade Augustísima: la creación es una comunicación de Dios fuera de sí mismo, y, por lo tanto, común a las tres personas de la Trinidad. El Hijo de Dios, pues, en unión del Padre y del Espíritu Santo amó, y de ese amor brotó la creación. El Verbo creador no sólo anegó la creación en el océano de luz de su Sabiduría increada, lo abrigó, calentó, y vivificó con los rayos de su amor. Y si esto es así, caiga de rodillas el hombre en presencia de Jesús, despliegue sus labios, desate su lengua, y desde el fondo del pecho agradecido deje escapar el himno de gratitud y el cántico del amor.

En virtud de los portentos de la unión hipostática del Verbo con la naturaleza humana, reconcentráronse en el Corazón del Hombre—Dios los amores creados e increados, naturales y de gracia, divinos y humanos; y ese Corazón Santísimo, cual infinita e inextinguible hoguera de caridad, se consumió, agitó y estremeció a impulso de estos dos amores. Y si el amor divino arrancó de los oscuros senos de la nada la belleza, esplendor, gracia y hermosura del universo, el Corazón de Jesús, asiento de este amor y símbolo de esta incomprensible caridad, ha de recibir la adoración, la obediencia, los transportes de gratitud de parte de sus criaturas. Y éstas, al fijar su amorosa mirada en el Corazón Santísimo de Cristo, repitiendo las misteriosas expresiones del Profeta, han de aclamarle como rico manantial de purísimas y frescas aguas, en las que el hombre, acosado sin cesar por la sed ardiente de felicidad, encontrará siempre, seguro refrigerio, dulzura inefable, contento cumplido, perfecta felicidad: "*Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.*" (4)

Y ¿qué diremos de ese mundo mucho más hermoso y excelente, el mundo sobrenatural de la divina gracia? ¿Quién podrá poner en duda que el Corazón adorable del Salvador es también la misteriosa fuente de donde manan estos incomprensibles y celestiales dones? Encar-

(1) Joan. 1, 16. (2) De Doctrina crist. l. I, c. 32. (3) l. 4, c. 14. n. 11.

[4] Isaias XII, 3.

nación del Verbo, dolorosa pasión del Redentor, arroyos de gracia que circulan por los misteriosos canales de los Sacramentos, adorable y divina Eucaristía, rehabilitación del pecador, justificación del alma, y como complemento de todo y corona que encierra en sí todos los dones, la glorificación del hombre en el cielo: todo es efecto del amor y arroyos son que brotan de esta inagotable fuente, el Corazón Santísimo de Jesús. *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.* (5) ¿Qué es, en efecto, la Encarnación sino el místico connubio de Dios con la naturaleza humana, el ardiente ósculo de amor del Verbo con el alma: *osculetur me osculo oris sui?* (6) ¿Qué es la Redención sino el sacrificio del amante que por salvar al amado rásgase el divino pecho, y tomando en sus manos el amante corazón exprime hasta la última gota de sangre para infundir en el hombre nueva vida? ¿Qué son los Sacramentos sino el amor convertido en regeneración, fortaleza, vida, sustento, consuelo y dulzura del alma? Del amante Corazón del Salvador brotan, pues, estas misteriosas aguas de la gracia. Pero sus límpidos y frescos raudales no sólo corren por entre las abrasadas arenas del desierto de esta vida: refrigerado en el tiempo el corazón con ellas, conviértese él mismo en perenne fuente que hasta el cielo lanza sus frescas agnas y en las que por toda la eternidad saciará, sin decir jamás basta, la ardiente sed de dicha y gloria que le devora. *Fiet in eo fons aquae salientis in vitam eternam.* (7) El alma peregrina devorada por la sed, junto, pues, sus marchitos labios al costado abierto del Salvador, y beba, beba, beba de esas misteriosas aguas. Y en los arrebatos de su entusiasmo agradecido y en los arranques de su entrañable amor, invite a las criaturas todas a celebrar las magnificencias inauditas del Corazón de Cristo: *Confitemini Domino, et invocate nomen ejus, notas facite in populis adinventiones ejus:* (8) porque sólo el infinito amor de Dios, encerrado en el Corazón del Redentor, podía producir tan extraordinarios y estupendos prodigios de amor: *Mementote quoniam excelsum est nomen ejus. Cantate Domino quoniam magnifice fecit, annuntiate hoc in universa terra.* (9)

(5) H.

(6) Cant. Cant.

(8) Isaias XII, 4

(7) Joann. IV, 14.

[9] H. XII, 4, 5.

II

Si pues, todo dón brota del Corazón de Jesús, la paz, la libertad, la tranquilidad de la Iglesia después de tres largos siglos de sangrientos combates, fueron también efecto de su amor.

Y ¡qué amor, Venenerables Hermanos y amadísimos Hijos, qué amor el que profesa Jesús a su Iglesia! Heredera de la Sinagoga no es solamente la viña plantada por el Señor, (10) la casa que él mismo se edificó, (11) la hija predilecta: (12) es además su amadísima esposa, (13) es el templo en que habita con sus dones el Espíritu Santo, (14) es el cuerpo místico de Cristo. (15) Por amor de la Iglesia, para que fuese santa, gloriosa, sin mancha ni lunar entregó Jesús su propia vida y murió en el árbol ignominioso de la cruz: *Dilexit Ecclesiam et se ipsum tradidit pro ea.* (16) La cuna de la Iglesia se meció en el Calvario y su vida echó raíces en el Corazón rasgado del Salvador.

Contemplemos este portentoso nacimiento, que nada como él nos hará vislumbrar el infinito amor de Jesús por su santa Iglesia.

La víspera de su muerte, compendiando las maravillas de su caridad, entregóse el Salvador al hombre, en la adorable Eucaristía; el día mismo de su pasión le entregó la vida; pero, ya después de muerto, sobreviviendo su amor a su propia vida, le entregó el corazón. Muerto ya Jesús, el centurión con sacrilega lanza rasgó su costado y abrió profunda herida en el divino Corazón; entonces, narra el Evangelista, brotó del destrozado pecho y del herido corazón, sangre mezclada con agua. (17)

¿Qué significan aquellas gotas de la divina sangre? Proclaman a grito herido que el Amante no se había reservado para sí ni siquiera una sola gota de su propia sangre. ¿Y el agua? Que de lo más secreto y recóndito de su divino Corazón, de aquel apartadísimo lugar en donde se había refugiado la última gota de la preciosa sangre, brotaron los sacramentos y especialmente el regenerador del Bautismo. ¿Y el efecto inmediato de este san-

[10] Ps. 79, 9 s. s.; Isaias v. i s. s.; Jer. II, 21, 15, etc. [11] Is. II, 2 s. s.

[12] Ps. XXVIII, 1

[13] Ad Eph. v, 29.

[14] I Corin. III, 9.

[15] Eph. I, 23 etc.

[16] Eph. v, 25

[17] Joann. XIX, 34.

tísimo sacramento, no es incorporar al hombre con la Iglesia y darle derecho a participar de los sobrenaturales dones que ésta trajo a la tierra? Si aquella agua misteriosa representaba, pues, no de oscura manera el Bautismo, y si el Bautismo es el símbolo por excelencia de la Iglesia, la Iglesia brotó del rasgado corazón del ya exánime Redentor. Por esto observa S. Agustín, no dijo el Evangelista que fue golpeado, herido u otra cosa semejante el costado de Jesús, sino que fue abierto, (18) para que comprendiésemos que, abiertas de par en par las puertas del Sagrario, salió de lo íntimo del corazón de Jesús su esposa la Iglesia. Sí, en aquellos tristísimos y solemnes instantes, cuando los compañeros fieles del Salvador con angustiada y estupefacta mirada, penetrando a través de la cruel herida, contemplaron con sus propios ojos el corazón de Jesús, rasgado por la lanza, entonces cual la Eva de la Nueva Alianza, formada como la primera mujer del costado del Nuevo Adán dormido con el sueño de la muerte, saliendo del divino Corazón y representada por lo más florido de sus miembros, apareció la Santa Iglesia. Allí estaba la inocencia inmaculada representada por María, allí la dolorosa penitencia en persona de Magdalena abrazaba con indecible amor la cruz, con incomparable ternura besaba los adorables pies enclavados del Redentor, y con dicha sin igual bañaba su cabeza pecadora con los purísimos arroyos de la divina sangre; allí estaban los fieles representados por las piadosas mujeres, allí el sacerdocio católico representado por S. Juan. Había, pues, nacido la Iglesia. Y si Adán vuelto en sí del misterioso sueño, al contemplar por vez primera, delante de sí, a la primera mujer, resplandeciente de celestial hermosura, que fija en él su dulce mirada, suavemente le sonreía, en un éxtasis de ardiente amor exclamó: *Hoc nunc os ex ossibus meis et caro de carne mea*; (19) también la Divinidad adorable del Salvador unida aún con el yerto y frío cadáver de su sagrado cuerpo, entonó este sublime epitalamio: "Esta es mi esposa querida; yo mismo la he formado de mi propio corazón: la amo y la amaré siempre como a hueso de mis huesos y carne de mi carne: me uniré con ella me estre-

[18] Tract. 120 in Joan.

[19] Gen. II, 23.

charé con ella, no la abandonaré jamás: mi vida será su vida: *et erunt duo in carne una*. (20)

Pero no sólo ama Cristo a su Iglesia como a su purísima esposa: la ama con el amor con que El se ama a sí mismo; porque la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; (21) Cristo es la Cabeza, y de todos los miembros de la Iglesia fórmanse su cuerpo. (22) La Iglesia es la prolongación de Cristo en el tiempo y en el espacio; la Iglesia es el complemento de Cristo, es, según la expresión de S. Pablo, el *pleroma* de Cristo. (23) Cristo nace, crece, se desarrolla, se perfecciona en cada cristiano porque es miembro de la Iglesia. (24) El Cristo místico, esto es Jesús y su Iglesia, son la vid y los sarmientos, (25) el olivo y sus ramas, la cabeza y los miembros. La misma vida que como en su fuente y origen reside en Cristo, circula después y se extiende por los miembros de todo el cuerpo; la misma savia que fecundiza la vid sostiene también los sarmientos; el mismo jugo vital que fluye por el tronco del olivo corre también por sus ramas. (26) Nadie como Pablo ha profundizado este misterioso amor de Cristo con su Iglesia, nadie como él lo ha presentado con los resplandores de clarísima verdad; porque nadie como él sintió más vivamente esta estrecha unión, esta maravillosa identificación de Cristo y su Iglesia.

¿Recordáis, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, a Saulo en el camino de Damasco? Respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor, según la enérgica expresión del Sagrado Texto, (27) armado de las cartas que había arrebatado al Príncipe de los sacerdotes para aprisionar a todo el que profesase la nueva Religión, emprende con incontenible ardor el camino de Damasco. Pero, ¿lo véis? Bien pronto yace en tierra derribado por el divino brazo; clarísimos fulgores de celestial visión deslumbran, ofuscan, ciegan su pupila; en medio de aquella vivísima luz aparece el Redentor, y repréndele severamente por su injusta persecución a la Iglesia naciente.

[20] Ibidem, 24.

[22] Ad Eph. I 22, 23. Ad Coloss. I, 18.

[24] Ad Gal. 18, 19. Ad Eph. IV, 12.

[26] "Totus Christus caput et corpus est; caput Unigenitus Dei Filius, et corpus ejus Ecclesia; sponsus et sponsa, duo in carne una" Aug. De Unit. Ecc. 4.

[27] Act. Appost. IX, 1.

[21] I Cor. 12, 19, 27.

[23] Ad Eph. III, 19.

[25] Ioan. XV, 5.

El inspirado libro de los Hechos de los Apóstoles nos ha conservado con religiosa veneración las palabras de Jesús: *Saule, Saule*, le dijo, *quid me persequeris?* Saulo, Saulo, por qué me persigues? Y como ignorase el temeroso Saulo de quién era aquella voz, le respondió: Yo soy Jesús a quien tú persigues. *Ego sum Jesus, quem tu persequeris* (28) Cómo! El triunfante Redentor no asentábase ya lleno de gloria y majestad a la diestra del Padre? Sí; pero la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo; Cristo y la Iglesia no forman sino una sola persona mística; quien, pues, persigue a la cabeza persigue a los miembros, quien persigue a la Iglesia a Cristo persigue, quien oye a la Iglesia oye a Cristo, quien desprecia a la Iglesia desprecia al mismo Cristo. *Qui vos audit me audit et qui vos spernit me spernit.* (29)

Sí, pues, la Iglesia santa es el cuerpo místico del Salvador, y si, como observa S. Pablo, en el cuerpo humano no es un miembro indiferente a la suerte de los demás miembros sino que todos penan con el que pena y gozan con el que goza; (30) ¿cómo no sentiría crudelísima herida el Corazón Santísimo de Jesús cuando, durante las tres largas centurias de espantosa prueba para su amadísima esposa, contemplábase tan feroz e inhumanamente perseguida? ¿Con qué ternísimos ojos de compasiva misericordia la vería desposeída de todo bien terreno, infamada con las más atropaces calumnias, perseguida con satánico furor hasta en las oscuras y negras cavernas en donde había buscado asilo y refugio, despedazada, por fin, cubierta de heridas, anegada en la sangre de sus propios hijos?... La misericordia de Dios es infinita: campea, según el Salmista, sobre todas las demás obras de sus divinas manos: *miserationes ejus super omnia opera ejus.* (31) Pero los infinitos abismos de la divina misericordia, o sea aquella propensión innata de la voluntad divina, por la cual inclinase Dios a socorrer al hombre en sus calamidades y miserias, (32) por la íntima y misteriosa unión del Verbo con la naturaleza humana, era en el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo verdaderamente compasiva. Y si asentado

ya en su trono de gloria, no puede padecer ni sufrir, su corazón, sin embargo, no ha perdido nada de su exquisita sensibilidad y maravillosa ternura.

Por esto enseña S. Pablo que fue necesario que el Verbo, tomando carne humana y asumiendo un corazón sensible, se hiciese en todo semejante a los hombres, a fin de que no sólo supiese ser misericordioso como lo es Dios sino también a la manera del hombre. *Debit per omnia fratribus similari ut misericors fieret.* (33) Y así, no encuentra el apóstol motivo más poderoso para despertar en el pecho de los cristianos la más ilimitada confianza en Nuestro Señor Jesucristo, que presentarlo como a sacerdote del Nuevo Testamento, Pontífice Supremo, que conociendo, por dolorosa experiencia, lo amargo del dolor, conduélase con el que pena y llora con el que llora. *Non enim habemus Pontificem qui non possit compati infirmitatibus nostris; tentatum autem per omnia pro similitudine absque peccato.* [34]

El corazón de nuestro dulcísimo Salvador no sólo inclinábase, pues, a socorrer a su amadísima Iglesia, sino que, además, sentía, de un modo sensible, en su divino corazón, algo que física e irresistiblemente arrastrábale a poner término a las espantosísimas penas con que había probado su invicta constancia y sacrificado amor; y ante esta irresistible fuerza debía, dirémoslo así, hacerse el Corazón de Jesús grandísima violencia para no abrir de par en par, antes del tiempo decretado por su infinita Sabiduría, las puertas de la prisión en que gemía su amadísima esposa, y rompiendo sus férreas cadenas, hacer brillar al fin sobre ella más claros y serenos días. Pero llegó, por fin, este momento venturoso: tres siglos de sangrienta persecución debían enseñar al mundo entero que nada debe la Iglesia a los poderes de la tierra, y que si ha extendido su dominio por todo el universo, lo debe únicamente al brazo divino que la protege. Por el contrario, el mayor poder de la tierra, aquél que por medio de su invencible espada había derrocado tronos, arrasado ciudades, destruído imperios, nada había podido contra ella; decimos mal; mucho pudo: abrigó su gloria, realzó su hermosura. En adelante, a la cándida y reluciente túnica

[28] Act. IX 3—5 [29] Luc. X, 16. [30] I Ad Corin. XII, 25, 26, 27.
[31] Ps. 144, 9. [32] Cf. Toledo, in c. I Lucæ, Annot. 161.

[33] Ad Hebr. II, 17.

[34] Ad Hebr. IV, 15.

ca de la gracia juntará la Iglesia el regio manto de púrpura, teñido en la generosa sangre de sus hijos. En aquel venturoso y suspirado momento, el divino Salvador, dejándose llevar por los estímulos de su amante Corazón, suscitó al gran Constantino, dióle la altísima misión de libertar a su Iglesia, y, como prenda de su amparo, enarboló El mismo en los cielos aquel glorioso pendón a cuya sombra las huestes del Emperador consiguieron del cruel Majencio estupenda y magnífica victoria. Nó, no fue el número de los combatientes —menor que el de los contrarios— no el indomable valor de los aguerridos soldados, no la pericia del invicto capitán los que dieron la victoria: ésta, con deslumbradores caracteres, como efecto del amor de Jesús, fue vaticinada en lo alto de los cielos: así lo confesó el triunfante general, así lo declaró el ejército victorioso, así lo proclamó a la faz del mundo el el Senado gentil, cuando en el arco de triunfo erigido al vencedor de Majencio, atribuyó la victoria al concurso de la Divinidad; así, finalmente, lo esparció por los cuatro vientos el mismo inmortal Constantino cuando en la estatua que, para eterno recuerdo de su glorioso triunfo, habíasele levantado, y en la que ostentaba su diestra la vencedora cruz, había hecho grabar esta significativa frase: "Con este signo saludable, verdadera señal de fortaleza, libré a vuestra ciudad del yugo de la tiranía." (35)

III

¿No será, pues, equitativo y justo que en la conmemoración de tan grande y excepcional hecho histórico, todos los que nos enorgullecemos con el título de hijos sumisos y amantes de la Iglesia, depositemos al pie del trono del Corazón divino de Jesús el tributo de nuestra rendida fe, de nuestra humilde adoración, de nuestro tierno y filial amor? ¿No consagraremos al Corazón del Hombre—Dios aquellos mismos bienes que de su pródigo y bienhechora mano hemos recibido? Porque, devuelta la paz a la Iglesia, pudo ésta sin obstáculo desarrollar su benéfico influjo en el individuo, en la familia, en la sociedad; y derramando por todas partes con las ine-

[35] Euseb. De Vita Const. I, 27 s. s.

fables claridades de la fe los fecundantes rayos del amor, purificándolo todo, ennobleciéndolo todo, santificándolo todo, y devolviendo la paz al corazón y restableciendo la armonía de las almas, labró la prosperidad y dicha de los individuos, la grandeza y esplendor de las naciones.

Por esto nuestro amadísimo Pontífice, el Papa Pío X, ha dispuesto que el magnífico y suntuoso templo que en aquel mismo sitio memorable en que, hace 1600 años, la gloriosa insignia de la Redención postró para siempre y destruyó el secular poder del gentilismo, sea consagrado al Corazón Santísimo de Jesús.

¡Y con cuánta vehemencia desea este Divino Corazón la entera y absoluta consagración de los individuos y de las naciones! El mismo, con repetidas instancias, exigió de la dichosa confidente de sus secretos, la Beata Margarita María, y reclama de todos sus devotos esta fervorosa consagración, esto es la entrega absoluta y perpetua de su alma de tal suerte que en adelante no suspiren sino por Jesús, no aspiren a realizar sino los deseos de Jesús, no obren sino en unión con Jesús, no vivan, en fin, sino de la vida de Jesús. (36)

Y con los individuos han de consagrarse las familias, los pueblos, las naciones. Desde los comienzos mismos de esta dulcísima devoción el mensaje del Corazón Santísimo de Jesús al rey de Francia hablaba de la consagración oficial de la hija primogénita de la Iglesia. Y como, a pesar del transcurso de los años, no alcanzase este enamorado Corazón el logro de sus deseos, en uno de los momentos más críticos para el mundo, cuando densos y negros nubarrones anunciaban en el horizonte de la Iglesia el inminente estallido de horrenda y formidable tempestad, buscábase Jesús una depositaria de las ternuras de su Corazón, forma en el monasterio del Buen Pastor de Porto a una santa religiosa, déjale escuchar los acentos dulcísimos de su divina voz, comunícale sus deseos, impártele sus órdenes para su Vicario, (37) y el inmortal León XIII, cediendo a las repetidas instancias de Jesús, manda que

[36] Marg. Mar. *Vie et Œuvres* t. II, p. 321, 338.— Lettre XXV, t. II, p. 50; lettre XXXVII, t. VI, p. 65; lettre XXI, t. II, p. 52. [37] Louis Chasle, *Soeur Marie du Divin Cœur, religieuse du Bon Pasteur*, c. XI.

toda la Iglesia, en un mismo día, se consagre al Corazón Divino del Salvador mediante la fórmula que este mismo Deífico Corazón ha inspirado: y el 11 de junio de 1899, fecha de inolvidable memoria, de todo el ámbito del mundo y de lo más íntimo del pecho de la Iglesia militante exhálase un prolongado cántico de encendido amor, remóntase a las alturas, traspasa las nubes, y penetrando en los cielos, cual inmensa onda de dulcísima armonía, rueda a los divinos pies del Corazón adorable de Jesús.

El amor, pues, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, el amor desea esta consagración, la gratitud lo reclama, la justicia lo exige. Sí, la justicia lo exige ¿Quién es, en efecto, Nuestro Señor Jesucristo? Es, no nos cansemos de proclamarlo, no cesemos de repetirlo a voz en cuello: Nuestro Señor Jesucristo es el Monarca supremo, el Rey soberano, el Arbitro y Dueño de la creación entera; es el verdadero Hijo de Dios vivo, a quien toca por derecho la herencia del Padre: el poder, el imperio, la soberanía del Padre son también imperio, poder y soberanía del Hijo. El Padre, en los inefables resplandores de la eterna generación, cuando de su amantísimo seno cual deslumbrante rayo de luz, esplendor de su gloria, su imagen substancial, brotaba el Divino Verbo, el Padre, al fijar complacido en El la mirada, prorrumpió en este cántico de amor: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado en el instante del eterno día: *Filius meus es Tu, ego hodie genui Te.* (38) Tú eres mi Hijo, y contigo compartiré mi poder, mi gloria, mi imperio sobre todo lo criado. Pídeme, pues, Hijo querido, y tu plegaria será escuchada: pídeme y te concederé por herencia los pueblos todos y naciones: tu imperio en la tierra no encontrará otros límites que los mismos confines de ella. *Postula a me et dabo tibi gentes hereditatem tuam et possessionem tuam terminos terrae.* (39)

Nuestro Señor Jesucristo es rey; y por esto, cuando pocos momentos antes de morir preguntó el Gobernador Romano quién era, respondióle que era rey: *Tu dicis quia rex sum ego.* (40) Nuestro Señor Jesucristo es Rey: su poder en cielos y tierra llámase omnipotencia. *Data est mihi omnis potestas in coelo et in terra.* (41) Nuestro

Señor Jesucristo es rey, y ha comprado su trono a costa de su divina sangre ¿No habéis fijado vuestras miradas en lo más encumbrado de la cruz? ¿qué habéis leído? La causa de la muerte del Redentor ha grabado el Pretor en la cruz; pero esa causa no es padrón de ignominia, es título de gloria: ¿qué leéis? *Jesus Nazarenus Rex.* (42)

Jesús de Nazareth, rey. Y este glorioso título aparece tan inalienable, y en tanta estima lo tiene el Salvador que Pilatos, el cobarde Pretor, aquel que, atemorizado por las amenazas de los judíos, había consentido en condenar a aquél cuya inocencia cien veces había exaltado, Pilatos, que, antes que perder la amistad del César, había preferido perder la amistad de Dios, mancharse con la inocente sangre, y hacerse reo de atroz deicidio, Pilatos, presionado, constreñido, amenazado por los judíos, no consiente en que se retire el título de la cruz; y con inusitada firmeza responde: escrito está lo escrito: *quod scripsi scripsi* (43) ¿Cómo explicar tan maravillosa mutación? Es que tiene Dios en sus manos el corazón de los hombres, y no podía permitir que fuese privado su Hijo del título comprado a costa de su sangre. Con su muerte había arrancado al hombre del poder de las tinieblas, (44) había sacrificado su vida divina por su rescate, (45) había formado un pueblo y erigido un reino: el pueblo de los redimidos: (46) las generaciones todas, pues, en el decurso de los siglos, al contemplar, asombradas y llenas de religioso pavor al Dios muerto en la ignominiosa cruz, juntamente con la Víctima adorable mirarán el título por ella conquistado: *Jesus Nazarenus Rex.* Jesús de Nazareth, Rey. (47)

Ríndase, pues, al Corazón Santísimo de Jesús el culto que le es debido: respeto, obediencia, veneración, amor. Conságrense a él los hombres todos, entréguese a él las familias, aclámenle por soberano los pueblos; grábese su nombre en todos los códigos, reconózcase su dominio en todas las constituciones, entre resplandores de oro y plata brille su imagen en todos los pendones, y a la sombra de este lábaro bendito, corran las naciones a la segura con-

[38] Ps. II, 7. [39] Ibid. 8 [40] Joan. 18, 37 [41] Math. 28, 18

[42] Joan. 19, 19.

[43] Joan. 19, 22.

[44] Coloss. 1, 13.

[45] Tim. 2, 16.

[46] Petri 2, 9.

[47] Joan. 19, 19.

quista de la gloria.

No terminaremos sin llamar vuestra atención sobre un motivo poderosísimo para estimular a todos los fieles ecuatorianos a que nos consagremos una vez más al Corazón Santísimo de Jesús. El centenario de la paz concedida a la Iglesia por Constantino ha coincidido con el cuadragésimo aniversario de la consagración oficial de la República del Ecuador a este Divino Corazón. ¿Lo confesaremos, Vbles. Hermanos y amadísimos Hijos? Cuando fijamos nuestra angustiada mirada en aquellos tiempos más felices, sentimos desgarrarse el corazón, y la sangre que brota de la herida, convertida en amargas lágrimas, rueda por nuestras avergonzadas mejillas. ¡Ay! El Ecuador, la primera nación que pública y solemnemente hizo protesta de fe y de amor consagrándose irrevocablemente al Santísimo Corazón; el Ecuador condecorado por los demás pueblos con el glorioso título de República del Sagrado Corazón; el Ecuador, que tan extraordinarios beneficios y gracias había reportado de este acto de consagración; el Ecuador, en día menguado y de eterna reprobación, horrorizado contempló que uno de sus Congresos, con sacrilego decreto, (48) pretendió anular la consagración de la República al Corazón Divino de Jesús. No, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, no consiguieron aquellos extraviados hermanos nuestros, no consiguieron su intento; no eran entonces representantes genuinos de la Nación: el pueblo entero del Ecuador reprobó indignado aquel sacrilego atentado. Loja, en particular, la Diócesis de la Inmaculada, la católica por excelencia, dejó escuchar su grito de protesta; decimos mal: pretendió Loja que en el seno de las Cámaras, manchadas con tan negro delito, resonase el grito de su justa cólera, el clamor de su airada protesta, y cayese sobre los culpables el anatema de su reprobación; pero ni siquiera se dió lectura a la representación de los lojanos. (49)

No, lo repetimos, Venerables Hermanos y amadísimos Hijos, la Nación no se hizo rea de este sacrilego delito; el decreto de quienes contrariaban abiertamente los sentimientos del Ecuador, fue nulo y de ningún valor; y nuestra querida Patria si antes del infausto decreto fue la

República del Sagrado Corazón, después de él continuó perteneciéndole como antes: su consagración fue y ha permanecido irrevocable. Pero ¿quién podrá comprender la enorme injuria que se irrogó al Corazón Santísimo de Jesús? Deber nuestro es, pues, reparar con nuestros actos de obediencia, sumisión y amor esta falta de nuestros desgraciados hermanos; y así siendo este año el cuadragésimo después que el Ecuador se consagró oficialmente al Divino Corazón, justo, conveniente, necesario es que todos los que al nombre de católicos juntamos el glorioso título de ecuatorianos, que reiteremos con humildad y con amor la consagración de nuestras personas, de nuestras familias y de nuestra Patria a este amantísimo Corazón.

Sí, os diremos con el inmortal León XIII: El es nuestra única esperanza, en El hemos cifrado nuestra salvación: *in eo omnes collocandae spes, ex eo hominum petenda et expectanda salus*. Si hasta aquí hemos tenido la desgracia de extraviarnos tiempo es aún de volver al recto sendero. *Erratum est, redeundum in viam*. ¿Las tinieblas del error cual espesas sombras han invadido y cegado las mentes? Que huyan desfavoridas a los rayos de la verdad: *obductae mentibus tenebrae: discutienda caligo luce veritatis*. ¿La muerte, quizá, con sus horrores, ha invadido las almas, ha penetrado en las familias, amenaza destruir la Patria? No temamos, no desconfiemos: el Corazón de Jesús es la vida. *Mors occupavit, apprehendenda vita*. (50)

Mandamos, pues, que el día en que celebra la Iglesia la fiesta del Corazón Santísimo de Jesús, 30 del corriente, todos y cada uno de los distintos grupos de personas que, según el programa de los festejos para las fiestas centenarias, han de hacer guardia de honor al Santísimo Sacramento, durante todo el día, terminen su adoración con el acto de consagración a este dulcísimo Corazón. Por la tarde, Nos en persona reiteraremos, en unión de todos los fieles, este mismo acto de consagración.

En las parroquias del campo, los Vbles. Párrocos, en obediencia de lo prescrito por Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío X, el 30 del presente mes, y en presencia del Santísimo Sacramento expuesto públicamente, recitarán el acto de consagración según la fórmula mandada por

[48] De 23 de octubre de 1900.
fecha el 6 de septiembre de 1901.

[49] La petición al Congreso fue

(50) "Annum Sacrum"

León XIII, seguida de las letanías al mismo Sacratísimo Corazón; y el domingo siguiente, 1º de junio, a la hora de mayor concurrencia, repetirán este acto de consagración, pero sirviéndose de la fórmula inserta en esta nuestra Carta Pastoral.

Nos aprovechamos de esta oportunidad para exhortar a todos los Rectores de Iglesias parroquiales y conventuales que procuren honrar, con el mayor fervor posible, al Corazón de nuestro Dios y Salvador, los primeros viernes de cada mes y durante todo el mes de junio, dedicado de un modo especial a este amantísimo Corazón.

Para terminar levantamos humildemente nuestras manos a este Trono de Bondad, Fuente de misericordia, Píelago de caridad e infinito Océano de amor, y le suplicamos muy encarecidamente que derrame con profusión su gracia en vuestras almas, y que se digne bendeciros, así como a todos con ternísimo afecto os bendecimos en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo.

Léase esta Carta Pastoral en la forma acostumbrada.

Dada en nuestro palacio de la Inmaculada Concepción de Loja, a 6 de mayo de 1913.

✠ Carlos María,

OBISPO DE LOJA.

Por mandato de Su Señoría Ilustrísima y Reverendísima.

JUVENAL JARAMILLO,

SUBSECRETARIO.



FORMULA

mediante la cual se renovará la Consagración

DE LA REPUBLICA DEL ECUADOR

al Divino Corazón de Jesús.



JESÚS dulcísimo, Redentor del género humano, míranos postrados humildemente ante tu altar. Tuyos somos y tuyos queremos ser; y para unirnos más íntimamente a Ti, hoy nuestro corazón se consagra espontáneamente a tu Sacratísimo Corazón.

Muchos jamás te han conocido; muchos, despreciando tus mandamientos, te han repudiado. Apíadate, benignísimo Jesús, de los unos y de los otros, y atráelos a todos a tu Santo Corazón.

Seas Rey, Señor, no sólo de los fieles que jamás se han apartado de Ti, sino también de los hijos pródigos que te han abandonado; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, para que no perezcan de miseria y de hambre.

Seas Rey de aquellos a quienes tienen engañados las opiniones erróneas o separado la discordia, y tórnalos al puerto de la verdad y de la unidad de la Fe. para que presto haya un solo rebaño y un solo Pastor.

Seas Rey, en fin, de los que viven en la antigua superstición gentilica, y no rehuses trasladarlos de las tinieblas a la luz y Reino de Dios. Otorga, Señor, a tu Iglesia una libertad incólume y segura; concede a todas las naciones, y en particular a la República del Ecuador, que reitera y confirma en este día su absoluta e irrevocable entrega a tu Santísimo y Divino Corazón, la tranquilidad del orden; haz que del uno al otro polo de la tierra resuene una sola voz: *Alabanza sea dada al Divino Corazón, por quien se nos ha alcanzado la salud: a El gloria y honra por todos los siglos. — AMÉN.*